

A black and white photograph of a person running away from the camera on a grassy hill. The person is wearing a jacket and dark pants. The sky is filled with many birds in flight. The overall mood is one of freedom and movement.

LA GUARIDA DEL RAPOSO

ANTONIO OROZCO GUERRERO

LA GUARIDA DEL RAPOSO

Antonio Orozco Guerrero

**LA GUARIDA DEL
RAPOSO**

© Todos los derechos reservados

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, copiar o distribuir ninguna parte de esta obra, por ningún medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. Con ello, estás respaldando a los escritores y permitiendo que puedan continuar publicando sus libros para todos los lectores.

Título: *La guarida del raposo*

© El autor: Antonio Orozco Guerrero

Diseño de la portada: Sara García

Maquetación, correcciones, revisión y
planos: el autor

1ª Edición: Julio de 2017

A todos los que creen firmemente que cada ser humano puede ser dueño de su destino y superarse a sí mismo a pesar de las circunstancias más adversas.

Más libros en
www.DESCARGASMIX.com

ÍNDICE

EL RAPTO

LA FUGA

AMIGOS

ECHARSE AL MONTE

UN SALTO HACIA ATRÁS

UN CAZADOR

RAPOSO

ENCUENTRA

GUARIDA

LA PRIMERA PEDRADA
CARTAS EN EL ASUNTO

UN TIMO

ISÀ

NO SOLO DE GALLINAS VIVE

EL RAPOSO

ESFUMADO

UN GIRO SORPRENDENTE

DÍA DE CAZA

TODO ACLARADO

UN VIAJE PROVECHOSO

SALVAR UNA VIDA

LA FAMILIA

BIEN ESTÁ LO QUE BIEN

ACABA

EPÍLOGO

EL RAPTO

La calesa transita con dificultad por la zona de Alcubilla, al oeste de Jerez de la Frontera, ya en las afueras y muy cerca del lugar donde se cruzan el carril de Sanlúcar de Barrameda, el camino viejo de Rota y la trocha de El Puerto de Santa María, para entrar en la ciudad por el sur. Hace un día desapacible. Un final de marzo típico de

la zona. El viento de levante se acaba de apaciguar, dando paso a una lluvia débil e intermitente.

El carruaje ha salido por la mañana temprano del cortijo de los Gálvez, y lleva recorridos más de diez kilómetros. Se desplaza entre una maraña de chozas, todas casi idénticas, a veces apiñadas y a veces algo más dispersas. Las paredes son siempre de adobe, oscurecido por el tiempo y la intemperie, y los techos de enea. En algunas puertas, siempre desvencijadas y viejas, hay ancianos sentados en sillas cuyo asiento está hecho del mismo material que los techos de los habitáculos inmundos donde viven. Mejor sería decir malviven.

Dentro de la calesa, en el sentido de la marcha, están sentados un hombre y una mujer, ambos jóvenes. Él es alto, tiene el pelo oscuro y peinado hacia atrás. En el rostro, escrupulosamente rasurado, la línea de sus labios parece marcar un carácter resuelto y firme. O tal vez se trata de alguien que está acostumbrado a hacer siempre su voluntad, de una u otra forma. Los ojos delatarían ante un buen observador a una persona tan educada como cínica. Alguien que gusta de deshacerse en cumplidos y elogios cuando le conviene, pero también es capaz de hacer todo lo necesario para desembarazarse de cualquier estorbo, del tipo que sea, sin el menor escrúpulo.

Ella tiene el pelo más claro que oscuro, los ojos azules y la tez pálida. Entre las manos, algo temblorosas, se mueve, cuenta a cuenta, lentamente, un rosario de fina manufactura. La ropa que lleva es de calidad, aunque sus tonos oscuros desentonan con el rostro.

Enfrente de la pareja está sentada una chica, casi una niña, con cofia y traje immaculado de criada de buena familia. No suele atreverse a levantar la cabeza salvo cuando es preguntada; y esto no ha sucedido desde que salieron del cortijo, situado algo más allá de Albaladejo, justo al lado contrario de la ciudad.

El conductor de la calesa la detiene de vez en cuando y pregunta a

algún anciano de los que están sentados en las puertas de sus casas, como si no lloviera y estuvieran tomando el sol. Al fin, se detiene delante de una choza.

—Don Jesús, aquí es.

—Gracias.

La pareja permanece en el interior un tiempo. Como si no se terminasen de decidir a bajar. Los dedos de ella recorren el rosario a mayor velocidad y las manos tiemblan ligeramente. La criada baja aún más la mirada, como si tratara de encontrar la manera de esconderse debajo del suelo. De repente, con un brillo duro en los ojos y los labios apretados, Jesús mira, apremiante, a la criada.

—¡Niña! ¿Se puede saber a qué

esperas? Ya sabes lo que tienes que hacer.

La chica, tremendamente nerviosa, baja de la calesa ayudada por el conductor, que lleva un rato esperando ante la puerta. A continuación, se dirige a la entrada de la choza y se asoma.

Es un habitáculo redondo con un palo vertical en el centro. Hay tres colchones de paja, totalmente ennegrecidos y deformes, en el fondo. Cuatro sillas y una mesa redonda hacia la izquierda, debajo de la cual se puede ver una estufa de picón, que se encuentra apagada. Al lado de la mesa, un armario comido por la polilla y un enorme baúl —mejor sería decir una gran caja de madera medio astillada—.

A la derecha, una cocina de carbón hecha de ladrillos bastos, junto a la que se encuentra una pila de leña. Sobre la cocina y en la pared de frontal hay varios cacharros totalmente negros por fuera, que sirven para cocinar. Al lado, una tinaja de barro de más de un metro de altura y una jarra grande para sacar y echar agua.

Algunos soplillos de palma, una escoba del mismo material con el mango de caña, un utensilio de madera para lavar la ropa, un cántaro de barro de boca ancha, colgado del palo central, una tina grande de zinc, un pestilente cubo del mismo metal, y pocas cosas más, completan el «mobiliario».

En las sillas, alrededor de la mesa,

están sentadas tres personas. Una de ellas, muy joven, de unos dieciséis años, vestida con un sencillo traje negro y una toquilla de lana del mismo color, tiene un niño pequeño, dormido, en los brazos. Los otros dos son un hombre de algo más de cincuenta años —si bien representa más—, y otro muy joven, casi un crío. Los dos visten pantalones negros, anchos y ajustados a la cintura con trozos de cuerda, y sendas camisolas de color gris oscuro. Todos son menudos y de baja estatura. Su piel es oscura, más por el hollín de la choza que por los rigores del sol. Hay una mujer, también menuda y vestida de oscuro, echada sobre uno de los colchones, dando la espalda a la puerta.

—Buenos días —comienza la criada, completamente azorada—
¿Viven aquí los Raposo?

El hombre mayor, mirando con ojos famélicos y expresión humilde, contesta:

—Sí...

—Mi señora, doña Inés Sánchez, quiere hablar con ustedes.

Todos cecean. El viejo duda un momento.

—Que pase si lo desea. Hay una silla libre y la señora será bien recibida.

La criada, tras un momento de duda, sale. Cinco minutos después, aparece Inés.

—Pase usted, señora. Ahora mismito no tenemos nada que ofrecerle,

como no sea un poco de café del que hemos hecho esta mañana. Pero aquí tiene una silla. ¿Qué desea, señora?

Después de un instante, Inés se dirige resueltamente hacia el interior, se sienta y empieza a hablar, primero con precipitación y nerviosismo, mas pronto con aplomo y firmeza.

—Pues verá... Usted es el padre de José Raposo, si no me equivoco. —El aludido rehuye un momento con la mirada a la recién llegada; a continuación la mira vagamente y afirma con la cabeza—. Yo soy doña Inés Sánchez, la esposa de don Jesús Gálvez... —Inés deja un momento de hablar, esperando a que su interlocutor, que empieza a mostrarse alterado,

encaje la información.

—¿La mujer de don Jesús Gálvez?
¿Y cómo se le ocurre a usted venir aquí...?

—Sí. Soy la esposa del hijo y hermano de los tres que su hijo asesinó. Y vengo para proponerles un trato.

El padre de José Raposo —que tiene su mismo hombre— se pone de pie y empieza a mirar por todas partes, buscando algo que no encuentra. Completamente fuera de sí, empieza a dar voces.

—¡Querrá usted decir el hermano de los dos violadores de Juanita! ¡De mi hija! —En ese momento, la chica con el niño en brazos se pone de pie y empieza a gritar y llorar; el niño sigue dormido

— ¡Salga usted de mi casa ahora mismo!

El cochero aparece, con aire distraído. Se entretiene dando suaves y constantes golpecitos con la parte trasera de una alargada fusta en el vano de la entrada.

—¿A qué viene usted aquí? ¿A insultarnos? ¿A amenazarnos? Mi hijo está condenado a cadena perpetua; mi hija jamás podrá casarse, y sus cuñados se merecían lo que les pasó. Así que no entiendo qué quiere usted de nosotros.

La mujer que está echada en el colchón no se ha movido. La hija sigue llorando, débilmente. El padre se sienta.

—Ya le he dicho que vengo a hacer un trato con ustedes.

—¿Un trato? No entiendo qué trato podemos hacer...

—Un trato sobre el niño. Quiero que piense si merece la pena dejarlo en este lugar. Este no es un sitio adecuado para él. Al fin y al cabo, supongo que uno de mis cuñados es el padre, ¿no? Y, siendo así, este niño es un Gálvez...

—¡Es usted una mala persona! — grita la chica, con la voz ronca—. Viene aquí a quitarme a mi niño y, encima, duda que uno de esos dos malnacidos sea el padre.

—Yo no dudo nada. Vengo a darles a ustedes y a este niño una oportunidad. Me gustaría que llegásemos a un acuerdo. Y lo hago porque sé que es un Gálvez. Supongo que ustedes serán unos

buenos cristianos... ¿No querrán que este niño tenga una vida mejor?

—¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro? Yo soy su madre y le daré todo el cariño que le pueda dar. Y mi padre y mi hermano se ganarán el pan como buenamente puedan para que mi hijo no pase calamidades.

—Por eso mismo, porque eres su madre, deberías aceptar lo mejor para él. Contigo es un hijo ilegítimo, que no tiene ni tendrá nada en la vida. Piénsalo. Si me lo entregas, yo lo cuidaré como hijo mío. Tú eres todavía una niña. Con lo que ha pasado, nadie te va a recoger ni te va a aceptar de criada, ni ahora ni cuando tus padres falten. Una soltera con un hijo fruto de una violación...

El padre ha perdido todo el ánimo inicial y se mantiene sentado, con las manos entrelazadas debajo de la mesa y la cabeza baja. Inés mira a la puerta.

—¡Juan!, no hace falta que esté usted ahí. Vaya al coche y espere. Mire, abuelo —continúa Inés, hablando con el padre—, usted no tiene trabajo desde lo que ocurrió. De todas formas está ya mayor y nadie lo va a llamar a hacer el jornal. Eso ya lo sabe. Su hijo, aquí presente, sí que tiene fuerzas para trabajar, pero ¿quién va a darle un solo jornal al hermano de un asesino, que ha matado a un padre y unos hijos de una familia de bien? De una familia de las mejores de Jerez... Pues bien: si aceptan el trato, yo me comprometo a que tengan

ustedes trabajo. No en nuestra finca, claro. ¡Estaría bueno, el padre y los hermanos de un asesino trabajando en casa de las víctimas!...

El padre no levanta la cabeza. El chico —que se llama Rafael— mira al infinito. Parece que no estuviera presente ni oyera nada de lo que habla Inés. La chica, Juana, llora y murmura entre dientes, en voz muy baja:

—Usted lo que quiere es quitarme a mi niño...

—Es lo más cristiano que podemos hacer. Tú y tu familia vais a tener qué comer y el niño tendrá una buena educación y una madre que lo va a querer. Es un buen trato.

—¡No! ¡Mi niño no se lo doy a

nadie!

—Piénselo usted —dice Inés dirigiéndose de nuevo al anciano—. Llevan casi un año sin trabajar. No sé cómo han llegado hasta aquí. Supongo que les habrán ayudado los vecinos. Piensen en este niño. Se les va a morir...

—Mi hija ha dicho que no y es que no. Pediremos limosna si hace falta. No hay más que hablar.

—Inés duda un momento y sale de la choza. En dos minutos, aparece en la puerta Jesús con el cochero al lado.

—¡Vaya! Ya sabía yo que los Raposo sois de los que muerden la mano que les da de comer. ¡Con todo el mal que habéis hecho a nuestra familia y no sois capaces de ceder en algo tan simple

como salvar a este niño de la miseria!
¡Pues si no queréis trato, no hay trato!

Se dirige resueltamente hacia Juana, le quita el niño de los brazos, se va hacia la puerta y sale.

—¡Se llevan a mi niño! ¡Se llevan a mi niño! ¡Me lo roban! ¡Yo soy la madre! —grita Juana, que sigue sentada, con los brazos cerrados, como si todavía estuvieran sosteniendo a su hijo dormido.

El abuelo sale corriendo tras Jesús, intentando recuperar al pequeño. A mitad de camino hacia la calesa, el cochero le está esperando. Con la parte trasera de la fusta firmemente asida y apuntando al estómago del anciano, hace que se frene en seco y caiga al suelo. A

pesar del dolor, el hombre trata de incorporarse. Impotente por el dolor, se queda de rodillas, encorvado, tratando de recuperar las fuerzas que le faltan para terminar de levantarse. El cochero, con una mueca de indiferencia, apoya una bota en el pecho del anciano y le propina un fuerte empujón que lo tira hacia atrás, haciéndole caer sobre el fango, con la cara y los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada.

Jesús, ya en el coche, le entrega el pequeño a Inés. Con cara de profundo fastidio por tener que volver a mancharse de barro los zapatos, baja del carruaje y se acerca al caído. Cuando llega a su lado, comienza a darle patadas en el costado, en la cabeza, en

los muslos... Entre patada y patada, le va hablando en voz baja, con un profundo desprecio:

—¡Hijos de zorra!... ¿No habéis hecho suficiente daño?... ¡Matasteis a mis hermanos y a mi padre!... ¿Y ahora queréis quedaros con mi sobrino?... ¡Hijos de...!

—¡Luis, déjalo ya, por Dios! ¡Que lo vas a matar!

—¿A matarlo? —Luis deja de patear al anciano, pero sigue delante de él observando cómo se retuerce y jadea —. ¡Eso es lo que debería hacer! ¡Matarlos a todos! Te advierto, viejo: ¡Como se os ocurra hacer algo para impedir que este niño forme parte de la familia Gálvez, te juro por la gloria de

mis dos hermanos y mi padre que mando mataros a todos! ¡A todos! Y luego hago quemar esta choza para que no quede ni el recuerdo de los Raposo.

Luis se vuelve, sudoroso, y se sube a la calesa.

—¡Nos vamos, Juan!

Mientras se alejan los Gálvez, pueden oír el grito desgarrador que proviene de la choza de los Raposo.

La madre de Jesús, doña Ernestina, toda vestida de negro y con grandes ojeras, aún mayores desde lo que sucedió el año anterior, está hablando con su hijo y su nuera. Mira a Jesús con

aire desaprobador.

—¿Pero se puede saber qué has hecho?

—Lo que había que hacer, mamá. Ese niño es tu nieto. El nieto de papá. Y el hijo de uno de mis hermanos, que Dios los tenga a todos en su gloria.

—¡Ese niño es hijo de la hermana del asesino de tu padre y tus hermanos!

—¿Qué tiene que ver eso? Te repito que es tu nieto.

—Pero...

—Además, mamá, va a ser un hijo para nosotros. Para Inés y para mí. Ya sabes que el doctor, don Felipe, duda mucho que Inés pueda procrear, después de los dos abortos que ha sufrido.

—De acuerdo, hijo. Este es su

sitio. Lo acepto como buena cristiana que soy. Por cierto: ¿sabes si está bautizado?

Jesús se muestra sorprendido.

—Pues no lo sé. No lo había pensado. Supongo que habrá que consultar a don Raimundo...

—Hay que bañarlo bien —continúa Ernestina, que parece haber recibido una fuerte dosis de energía en un segundo— y llamar ahora mismo a don Raimundo para lo del bautizo.

—Que venga don Felipe y vea si está bien de salud —añade Inés.

—Sí —corroborra Ernestina—. Y hay que buscar inmediatamente, una ama de cría. Porque, lo que es tú, Inés, no puedes criarlo...

—Yo había pensado —comenta, indecisa, Inés— que tal vez la madre..., quiero decir la hermana de..., Ya me entendéis... La madre..., podría ser la ama de cría...

—¡Ni hablar, Inés! —rechaza Jesús—. En primer lugar, la madre, a partir de ahora, eres tú. Esa a la que te refieres es una Raposo. Esa que se pudra; igual que el asesino de mis hermanos.

—Pero...

—¡Ni peros, ni peras! ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¿Aquí la hermana del hombre que mató a mis dos hermanos, que Dios los tenga en su gloria, y a mi padre?

—¡Llevas razón, hijo! Aquí no

entra la hermana del hombre que mató a mis niños ¡A mis hijos que eran unos santos! ¡Unas personas de bien! De lo mejorcito de Jerez. ¡Y estos Raposos me los han matado! ¡A esos ni agua! Además, ¿qué clase leche le va a dar a tu hijo una escuálida muerta de hambre como esa?

—Pues yo le prometí al padre que le buscaríamos a su hijo pequeño algún cortijo donde ganarse la comida —argumenta Inés—. No aquí, claro... Quizá en otro pueblo...

—Mira hija —argumenta Ernestina—, eso lo prometiste en un momento de ofuscación. Seguro que si le preguntamos a don Raimundo nos confirma que no es obligación de un

buen cristiano acoger ni beneficiar a la familia de un criminal. Sería como aprobar lo que ha hecho.

—¡Yo lo prometí!

—Inés, tú se lo ofreciste como trato. Y ellos lo rechazaron —apunta Jesús—. Me costó aceptar que lo intentaras. Pero lo hiciste y ellos dijeron que no. Así que el trato no existe. Tú lo prometiste a cambio de que ellos aceptaran entregar al niño voluntariamente, cosa que no ocurrió. De todas formas, una señora como tú no está obligada a cumplir sus promesas con gente de esa condición.

Inés mira con cara de sorpresa a su marido. Se queda un rato callada y termina por decir:

—Mira Jesús, una señora como yo también está obligada a cumplir lo que promete. ¡No me vengas con esas!

—¡No hay más que hablar! Soy el jefe de la familia y yo decido lo que se tiene que hacer. ¡Esos miserables que se mueran de hambre! A ti lo que te debe importar es cuidar a ese niño como nuestro. Lo demás te tiene que dar igual. ¡Exactamente igual!

Pocos días después, Antonio Javier Gálvez fue bautizado en la capilla del cortijo. En un arrebató de fervor cristiano, la abuela decidió ponerle los nombres de sus «pobres hijos

asesinados, tan buenos que fueron». Al fin y al cabo, uno de ellos era el verdadero padre de su nieto. ¡A saber qué habría hecho la sinvergüenza de Juana Raposo para engatusarlos! Si el apellido ya lo decía todo... ¡Una zorra! ¡Y pensar que la había tenido a su servicio personal...! ¡Una zorra y una desagradecida, eso es lo que era!

El padre Raimundo, canónigo magistral de la colegiata de Jerez y amigo de la familia, acompañó a «los padres» para que registraran al pequeño en la parroquia de San Marcos. No se tomó la molestia de averiguar si el niño había sido registrado con anterioridad y, menos, si había sido bautizado. De sobra sabía —dijo él— que los

jornaleros eran «en su mayoría unos hijos del diablo que solo saben quejarse de sus amos y blasfemar contra todo lo sagrado». Bien sabido era, según don Raimundo, que los jornaleros no registraban ni bautizaban a sus hijos.

El canónigo se equivocaba: en la misma parroquia en que fue bautizado Antonio Javier, figuraba, con fecha de más de dos meses antes, el registro y bautizo de un niño llamado José Raposo, hijo de Juana Raposo y padre desconocido. El párroco, don Benito, no se percató de la duplicidad. No tenía por qué dudar de una familia acomodada y cristiana. Y menos cuando venían acompañados nada menos que por el canónigo don Raimundo. Bautizar al

pequeño en la capilla del cortijo de los Gálvez, además de aportar a la parroquia —por qué negarlo— una sustanciosa limosna, que sería bien empleada en auxiliar a los más menesterosos y en algunas atenciones para el culto, fue un honor que colmó la vanidad personal del bienintencionado don Benito.

LA FUGA

Quince años después, a finales de mayo de 1886, Isà, un musulmán al servicio del gobernador militar de Melilla, cruza la plaza de armas de la ciudad fortificada, en dirección a la puerta de Santiago. A través de ella se accede a un recinto amplio y alejado de los baluartes y cuarteles más próximos al límite terrestre con el Sultanato del

Rif.

En ese recinto se encuentra el presidio de la ciudad, además del hospital del Rey, la iglesia de la Purísima Concepción con su convento —conocido como «El Conventico»—, varios almacenes —los de la Florentina, el de San Juan Viejo y el de las Peñuelas —, la sala de Armas de San Juan, la Maestranza, el cuartel de Santa Ana, así como otras casas y dependencias militares.

Isà es lo que los españoles de Melilla llaman «un moro amigo». Su principal cometido consiste en deambular por la ciudad, sin horario ni itinerario fijos, y comunicar al secretario del gobernador militar

cualquier rumor o comentario que haya oído y pueda ser importante para la seguridad de la ciudad. Generalmente, no tiene nada que informar. O si lo tiene, suele carecer de importancia. Aunque a veces sus servicios han sido fundamentales para capturar a algún preso fugado o para conocer un intento de ataque a la ciudad, casi siempre más repetido de palabra que llevado a los hechos. No tiene ningún contrato, pero tiene un sueldo aceptable, que es lo que le importa.

Sin embargo, para los rifeños, Isà, a pesar de ir casi siempre con chilaba y hablar como ellos, es un musulmán sospechoso, que habla español perfectamente y no se parece casi nada,

físicamente, a ellos. «¡Qué se puede esperar de este —opinan algunos—, si hasta tiene el nombre del profeta de los cristianos!»; «¿No será un infiel que se hace pasar por uno de los nuestros?», se preguntan otros. Hijo de un español y una rifeña, es más parecido a su padre que a su madre y más pálido de piel que muchos españoles.

Va acompañado de un hombre menudo, muy moreno, de estatura mediana, con la cara cuadrada, ancha, de mandíbulas fuertes, las orejas grandes y unas cejas singularmente espesas. «El Flaco» —apodo con el que le conocen todos en Melilla— acompaña a Isà casi a diario. Hace años que el secretario del gobernador, el

capitán de infantería Gumersindo Billón, de vientre prominente, voz chillona y carácter amable, ha tomado al Flaco como criado. El capitán es soltero impenitente —al menos hasta ahora— y, salvo un cepillado somero al uniforme, un repaso al sable, correaes y pistola, o la compra de la comida diaria, poco tiene que mandar al criado. Algunas veces, cuando faltan los dos soldados que tiene en la oficina como escribientes, o estos están demasiado atareados, el capitán manda al Flaco a entregar documentos en algún cuartel o departamento militar. Pero no es lo habitual.

Todo empezó, hace tiempo por un «anda Flaco, vete a dar una vuelta con

Isà y de paso me compras esto y lo otro» y ha acabado en algo rutinario

—Mi capitán, que me voy con Isà. Ya tengo la lista de la compra. Si no tiene nada más...

—Nada, Flaco. Hasta luego. Y no me hagas ninguna jugarreta.

—Mi capitán, ya sabe que no...

El Flaco es un condenado a cadena perpetua. Bebedor empedernido y analfabeto hasta que un preso le hizo ver que su peor condena no era la que le había impuesto la justicia, lleva ya casi seis años —uno menos que de criado con el capitán Billón— sin probar una gota de alcohol y se ha leído todos los libros que han pasado por sus manos, que no han sido pocos.

Después de cruzar la puerta de Santiago, a la derecha, llegan a la Puerta de la Marina, Enfrente, se encuentra la calle, algo empinada, que va hacia el gobierno militar y «Melilla la Vieja», donde se encuentran las dependencias ya aludidas. El Flaco no podría cruzar en solitario la Puerta de la Marina pero yendo acompañado por Isà es diferente.

—Flaco, hoy no ha habido mucho que hacer —dice Isà, como si realmente algún día lo hubiera—. Vamos a ver a Ahmed. Nos tomaremos un té con él, si no está ocupado.

El preso calla. Hoy está pensativo y más silencioso de lo habitual. Amhed es un rifeño residente en Melilla. Su barca va y viene con cargas de todo

tipo, unas veces legales y otras no tanto. Cuando no tiene otra cosa que hacer, se dedica a pescar.

La barca de Ahmed no está lejos. En verdad no puede estarlo, ya que el puerto es de reducidas proporciones.

El Flaco lleva puesta una pelliza que le regaló un amigo cuando estuvo aislado a causa de «su comportamiento incorregible», según le dijo el alcaide, y, más concretamente, de una pelea con los «encargados», los presos que se ganaban la confianza del alcaide y, con ello, el derecho a vender aguardiente, además de asumir la obligación de mantener «el orden» y chivarse de todo. La pelliza es de buena factura. Eso sí, le queda un poco corta y ancha. También

lleva unos buenos zapatos, que usa muy pocas veces.

—Veo que te has puesto la pelliza y los zapatos que te regaló Eugenio. Con el calor que hace te vas a asar. —El preso calla.

Llegan a la barca de Ahmed y se saludan. El rifeño enciende picón en un anafre de barro. En poco tiempo, cuando las brasas desprenden suficiente calor, coloca encima una marmita pequeña de barro casi llena de agua. Al rato, están los tres tomando té, sentados en unos bancos hechos con láminas de corcho unidas con cuerdas. Isà —hijo de un soldado español y de una musulmana de Ceuta— habla perfectamente español, árabe y la lengua de los rifeños —

llamada *tarifit* o también *chelja*—. Es amigo de Amhed, porque este es de los pocos que lo aceptan tal como es: un musulmán, que no lo parece. Aunque Isà traduce a veces lo que están hablando, el Flaco se entera de muy poco y parece aburrirse. De igual manera que otras veces, cuando se acaba de tomar el té empieza a dar muestras de impacientarse.

—Isà, si puede ser, me voy a dar una vuelta por el puerto

Esta situación se ha repetido muchas veces en los últimos años. E Isà siempre ha accedido. Cuando el capitán Billón decidió dar un poco de libertad al Flaco, habló con Isà y le dejó bien claro que, mientras estuvieran juntos, él

era responsable del preso. Pero él siempre ha estado seguro de que el preso no se la va a jugar. Después de tanto tiempo, son buenos amigos. Hoy, sin embargo, nota vagamente que hay algo extraño en su forma de actuar. Isà duda un momento. Al fin, le responde.

—Claro que sí, Flaco. En una hora te vienes para acá. No se nos haga tarde en llegar al gobierno militar. Además, ya sabes que a la hora de comer tienes que estar en el presidio, no vayamos a tener problemas con el alcaide.

El Flaco se queda mirando fijamente a los dos, se da media vuelta y empieza a andar. De repente, se gira un momento hacia ellos.

—Hasta luego, amigos.

El preso nunca se ha retrasado hasta ahora, así que, hora y media después, Isà está francamente preocupado. Angustiado. Va andando a lo largo del puerto, junto a con Ahmed, mirando hacia todos lados. Pregunta a todos los conocidos y nadie dice haber visto al preso. Un musulmán se les acerca y les habla en *Chelja*.

—Yo he visto al Flaco.

—¿Dónde!

—Iba para el embarcadero que está debajo del torreón de Florentina.

—¡Vamos para allá! ¡Me va a oír este! ¡Ya deberíamos estar en el

Gobierno Militar!

El torreón de Florentina está a la izquierda de la entrada del puerto. Aunque debajo hay un pequeño embarcadero, este se encuentra fuera de lo que es propiamente el puerto. Para llegar hasta allí hay que pasar por delante del torreón y batería de cañones de San Juan.

Cuando llega al lugar, no hay más que dos barcas con sendos musulmanes y algunas cajas en el interior. Los musulmanes hacen como que están reparando unas redes. Pero, las cajas indican que, seguramente, se trata de contrabando. Eso ahora no importa en absoluto a Isà.

—¡Eh! ¿Habéis visto por aquí a un

tipo delgado, muy moreno?

—No...

—A ver... ¿Qué hacéis aquí?

—¿Y eso a ti que te importa?

—Amigos, Alá es grande —Dice

Ahmed mientras saca una gumía—. Tened cuidado. Como no le digáis a mi amigo la verdad, os va a costar un disgusto.

—Hace una hora vimos a una persona así por aquí. Flaco y moreno. Se subió a una barca que estaba abandonada y se puso a remar —explica uno de los dos.

—Como era cristiano, no nos metimos en nada; no queremos líos —se justifica el otro.

Están en una zona restringida. Isà

no se explica cómo puede haber llegado hasta allí el preso y haber salido con una barca sin haber hecho saltar los gritos de alarma de los vigías de arriba. Los consabidos gritos de «hombre al moro» y «hombre al agua», así como los repiques de campana de los centinelas. Él, que no ha jurado ni blasfemado en su vida, se acuerda de todos los santos cristianos, de su Dios y de la familia completa del Flaco.

—¡Me la ha jugado, el muy hijo de perra! ¿Y ahora qué hago yo?

Lo ha dicho en español y Ahmed no le entiende. En su lengua, le pregunta:

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Isà se palpa insistentemente en el interior de su ropa y enrojece. La sangre

parece que está a punto de salirse de sus venas y reventar para irse en busca del preso.

—¡La madre que lo parió! ¡Me ha quitado todo el dinero!

—¿Y qué piensas hacer? —repite Ahmed.

Isà se serena un poco. Aunque los ojos todavía parecen estar a punto de echar fuego.

—Me hice responsable del Flaco. No sé...

—Puedes decir que te atacó por la espalda y te dejó inconsciente; que salió corriendo. Yo juraré como testigo lo que tú me pidas. Si hace falta digo que iba armado.

—No, Ahmed. No quiero mentir.

Esto le perjudicaría aún más. Sería considerada como una huida usando la fuerza.

—¡Hombre, Isà! ¿Te vas a preocupar ahora por el Flaco, con lo que te ha hecho? Si quieres, podemos coger mi barca y las de varios amigos. Seguro que todavía lo cogemos...

—No Ahmed. El Flaco ha traicionado mi confianza. Pero le voy a dar una oportunidad. Además, no tenemos ni idea sobre qué dirección puede haber tomado.

—Se fue hacia el este —informa uno de los dos testigos.

—Seguramente para Orán. Ya se sabe: las autoridades francesas no suelen devolverlos —añade el otro.

—Es igual hacia dónde haya ido. No pienso seguirlo. Además, podría desembarcar en cualquier punto de la costa. Igual tiene algún contacto que le está ayudando.

—¿Y qué vas a decir cuando regreses al Gobierno Militar?

—No voy a regresar. Creo que esto ha sido una señal para cambiar de vida de una vez. Llevo tiempo pensándolo. Para vosotros soy un español que habla árabe; no soy uno de los vuestros. Y para los cristianos no soy más que un moro. Primero voy a ir a Ceuta a ver a mi madre. Luego, lo más probable es que me vaya a España y me busque una identidad nueva. Ese es mi plan por el momento. Después, ya veré

qué hago.

Mientras Isà y Ahmed se van hablando sobre los planes del primero, los dos que estaban en el embarcadero, cogen sus barcas y salen hacia su cabila. Antes de partir, intercambian un breve diálogo

—Ha salido bien.

—Sí.

—Buenos dineros nos dio el negro.

—Buenos.

—Si no le hubiéramos puesto enseguida la chilaba, los vigías habrían tocado las campanas al verlo salir remando.

—¡Seguro!

El Flaco se había ido directamente hacia la barca que le habían preparado en el embarcadero de Florentina. Con la ayuda de los dos musulmanes que estaban allí, la sacó de la orilla y se puso a remar hacia el norte, buscando sobrepasar el cabo Tres Forcas. Una vez lo consiguió, todo fue más fácil. El viento de levante le había hecho decidir que ese era el día. Sería sencillo remar con rapidez y alejarse.

Llevaba mucho tiempo esperando el momento. Al principio, no quiso aceptarlo. No podía. Pero, con el tiempo, se fue convenciendo de que tenía derecho a volver a ver a su familia. Aunque luego lo volvieran a

coger y, con un poco de suerte, lo ahorcaran y así no tenía que aguantar más condenas. Eugenio, un negro, preso como él hasta tres años antes, lo había convencido.

—Mira, Flaco: estoy orgulloso de haberte enseñado a leer y escribir; y de haberte convencido para que dejases la bebida, aunque ahí el mérito fue tuyo. Eres mi único amigo de verdad. Yo llevo tres años justos en libertad; pero tú no saldrás jamás de aquí, a no ser que te fugues. Te voy a ayudar. Tengo dinero más que suficiente. Ya sabes que me sobra el dinero.

Eugenio, negro de Puerto Rico y esclavo hasta poco antes de ser condenado, estuvo muchos años

trabajando en el puerto como cargador a pesar de su condena. La escasez de mano de obra en la ciudad, así como la costumbre, trae consigo que un alto porcentaje de presos, siempre que observen buen comportamiento, sean ocupados en diferentes trabajos. Hay casi de todo: auxiliares de los sacristanes de las iglesias, ayudantes de panaderos, sirvientes, empedradores, escribientes, cargadores de mercancías en el puerto y hasta vigías.

Los trabajos de los presos fuera del presidio siempre han sido un buen negocio para todos: los empleadores se ahorran gastos en mano de obra, los carceleros se llevan sus comisiones, que en algunos casos resultan muy jugosas, y

los presos tienen, al menos, algún dinerillo para mantener sus vicios cuando regresan, a la hora de la primera comida o ya por la tarde, al presidio. Todos contentos, aunque tanto ir y venir facilita que casi todos los meses se produzca alguna fuga.

En Melilla no está clara la línea divisoria entre lo legal y lo ilegal; como tampoco lo está la percepción acerca de cuáles son los musulmanes amigos y cuáles los enemigos. La frecuente necesidad de víveres, hace que el trapicheo ilegal de fruta, carne y pescado, entre otros productos, sea tratado con bastante condescendencia por las autoridades. Por otro lado, un sobre con dinero, siempre ayuda a mirar

hacia otro lado. Respecto a los «moros enemigos», es frecuente que los cabileños de *Beni Sinassem*, *Beni Busién*, *Beni Sicar* y *Beni Bufallar* que por la tarde se dedican a montar vigilancia y a apresar a todo cristiano que abandone la ciudad por tierra — cosa que, en realidad, solo hacen los prófugos—, sean los mismos que todas las mañanas entran —legal o ilegalmente— en Melilla con su ganado, sus frutas y hortalizas, su pescado fresco o sus telas y se precien de tener amigos cristianos.

Normalmente, cuando llega un barco desde la península cargado de vituallas, aumenta la rigidez de las autoridades en lo que se refiere al

trapicheo. Eso trae consigo el efecto de aumentar la beligerancia de los musulmanes contra los cristianos. Más de un melillense preferiría que no llegasen los barcos de España con tanta frecuencia: más beneficios y menos posibilidades de recibir algún sobresalto.

Eugenio, como hombre inteligente y observador, se dio cuenta enseguida de todas estas circunstancias. Y pensó que no iba a estar siempre cargando para que le diesen dos reales diarios. Pronto convenció a más de un comerciante de que era mejor tenerlo controlando la descarga y sirviendo de intermediario en ciertos negocios: «Jefe, aquí faltan dos fardos»; «jefe, me parece que esto pesa

menos de lo que pone aquí»; «jefe, si quiere le pongo en contacto con un amigo que le compraría el doble de lo que trae por un precio muy bueno. Y es de toda confianza».

Pronto entró de lleno en el asunto del trapicheo. Por supuesto, con conocimiento y regocijo del alcaide del presidio, que se llevaba un buen pellizco, eso sí, haciendo como que dejaba hacer o no se enteraba de nada. Eugenio comprendió enseguida que quien tenía que estar al corriente de sus actividades era el alcaide, sin que otros «intermediarios» del presidio metieran la mano.

—Señor alcaide, le dejo aquí el sobre con el porcentaje de lo que

hablamos hace tres días.

—No sé de qué me hablas, Eugenio; pero déjalo ahí en la mesa y no me distraigas, que estoy leyendo un libro muy interesante.

—Señor alcaide, si tiene algún libro ya leído...

—En la mesa hay un par de ellos. Llévatelos y que te aprovechen.

Cuando se convirtió, por fin, en un hombre libre, en mayo de 1883, Eugenio controlaba buena parte del contrabando de la ciudad. Pocas cosas relacionadas con el tema dejaban de pasar por sus manos. Eugenio se quedó a vivir en Melilla, y todo siguió funcionando casi igual durante un tiempo. Solo que, en vez de entregar en mano los sobres con

dinero al alcaide, se los mandaba, eso sí, más abultados, al gobernador.

Hasta que un día decidió que ya sabía lo suficiente como para dedicarse a negocios legales y abandonó por completo las actividades que le habían hecho rico.

Lo único que lamenta ahora el prófugo, mientras va remando a toda la velocidad que le dan sus fuerzas, es haber traicionado la confianza de Isà. Pero tiene que ver a sus hermanos y a sus padres, sobre todo a estos últimos, antes de que mueran. Nadie de su familia sabe escribir y no ha recibido ni

una sola noticia de los suyos en los dieciséis años que lleva preso en Melilla.

Ha vivido adormecido y embrutecido por el alcohol durante muchos años. Ahora es alguien muy distinto a aquel joven analfabeto que llegó al presidio. Sabe, entre otras cosas, que no debía haber matado a aquellos «señoritos» de Jerez, y menos al padre, aunque supone que si volviese a ocurrir algo semejante, sería muy probable que hiciese lo mismo. Bien le había enseñado Eugenio que la justicia no es igual para todos y que un jornalero —igual que un negro— no puede esperar justicia de los que tienen el poder y el dinero.

El Flaco, el preso borracho y pendenciero, había muerto años atrás. Ahora vuelve a ser, más que nunca, José Raposo, hijo y nieto de José Raposo, jornaleros de Jerez. Mientras rema, va rememorando su niñez, cuando jugaba y reía con sus dos hermanos en la choza donde vivían. Desde muy pequeño, se tuvo que buscar el sustento. Su padre lo mandó cuando tenía siete años con «Perico el Cojo», un pastor de cabras que llegaba con su ganado desde la Barca de la Florida —una diminuta pedanía situada a unos kilómetros al este de Jerez— hasta Grazalema, buscando montes con pastos y sin dueños que los echasen a escopetazos, y vendiendo ganado en las ferias y cortijos.

Durante aquellos años, el niño no tuvo más familia que Perico ni más amigos que una niña, algunos años menor que él, con la que pasaba los meses que el Cojo volvía a la Barca de la Florida y lo dejaba en la venta de Piña, cerca de San José del Valle.

El Cojo solía abandonar las proximidades de Jerez con sus cabras cuando la escasez de lluvias lo hacía imprescindible, lo cual solía ocurrir entre junio y octubre, y algunas veces en enero y febrero. El resto de los meses del año, Perico mantenía su ganado pastando por las inmediaciones de la Barca de la Florida y José se quedaba en la venta de Piña.

El fugado recuerda con nostalgia,

mientras rema en dirección a la libertad, que aquellos años, y sobre todo los meses que pasaba en la venta de Piña, fueron los más felices de su vida. En realidad, los únicos felices que ha conocido.

Ya con quince años, regresó con su familia a la choza de Jerez. Todos los días, su padre, su hermano Rafael y él, iban a la plaza del Arenal a esperar que algún encargado de los cortijos de las afueras los escogiese para hacer alguna faena. Un día, tuvieron suerte. —«¡Maldita suerte!», piensa ahora José —. El capataz del cortijo de los Gálvez, en persona, los escogió a los tres:

—Hay faena en las viñas y en la bodega. Así que, si trabajáis como debe

ser, os dejáis de reivindicaciones y no sois unos haraganes, tenéis trabajo para largo.

Lo único que entendieron fue que había faena; lo demás escapaba a su raciocinio.

Dos meses más tarde, el capataz, don Jacinto, mandó llamar al padre y a dos los hijos. José recuerda, más o menos, la conversación:

—A ver José —empezó el capataz poniendo al padre una mano sobre el hombro—, tus niños están trabajando bien. Y tú también, aunque ya te veo viejo para esto. De todas maneras, estás cumpliendo.

—Muchas gracias, don Jacinto.

—Verás, tengo entendido que

tienes una hija jovencita, ¿no?

—Sí señor, mi Juanita. Catorce añitos tiene mi niña.

—Estás de suerte. El señor Gálvez, don Jesús, quiere que su esposa, doña Ernestina, tenga una niña para hacerle los recados y sobre todo para compañía.

—Don Jacinto yo no sé...

—¡Hombre de Dios! ¿Sabes la suerte que tienes? ¡Esto es un premio para ti! Lo hago porque veo que sois personas de bien. Bueno..., todo lo personas de bien que pueden ser unos jornaleros analfabetos y embrutecidos. ¡Es broma, hombre, no pongas esa cara de imbécil! Además, no querrás que os eche a la choza y diga a mis amigos de

otros cortijos que vosotros no os ofrecéis como es debido cuando los amos os piden un favor...

—Hombre, don Jacinto...

—¿¡Qué es eso de «hombre»!? ¡A ver si tenemos más respeto! ¡Todavía te voy a tener que echar a ti y a tus hijos a palos del cortijo! —El capataz volvió a poner la mano, con afectada benevolencia, sobre el hombro de José Raposo—. José, tu hija va a estar aquí en la gloria. Va a dormir en una cama como Dios manda, se va a lavar a menudo y va a comer como es debido. Además, estáis aquí vosotros y podréis verla. Vamos..., sin abusar..., ya me entiendes, que la señora tendrá sus ocupaciones y no va a estar

prescindiendo de la niña por un capricho...

—Don Jacinto, así sea. Mañana, si Dios quiere, tiene usted aquí a mi Juanita.

«¡En mala hora dijo mi padre que sí!», piensa José mientras rema.

Un año después, Juanita seguía siendo una niña pequeñita y menuda. Pero, a sus quince años, su cuerpo era ya el de una mujer. No era bonita, pero tampoco fea. Y tenía unos grandes ojos negros. Don Antonio y don Javier, los dos hijos menores del patrón, tenían veinte y veintiún años. Se habían criado entre las faldas de su madre y, a pesar de su edad, no tenían el valor suficiente para ir a Jerez a buscar alguna hembra

con la que desfogar sus ansias juveniles. Su padre se lo había dicho a los dos claramente:

—Pronto tendréis novia. Ya nos encargaremos tu madre y yo. Mientras tanto, tenéis que aprender a dirigir el cortijo y a ser unos hombres de bien. Ya que no ha habido forma de que vayáis a la Universidad, el cortijo es vuestro futuro. De mujeres, ya tendréis tiempo. Si hubieseis estudiado como vuestro hermano Jesús, que a sus veintiocho años es un abogado de renombre en Jerez, sería distinto.

Hacía meses que los dos hermanos no paraban de «gastar bromas» a Juanita.

—Juanita, hija, ¡cómo te estás

poniendo!

—Juanita, un día te voy a dar unos azotes en el culo ese que tienes.

—Juanita, con lo menuda que estás, qué buenas tetas se te han puesto.

Nadie vio venir la tragedia.

—Hermano, un día de estos me voy a coger a la Juanita y le voy a dar bien dado.

—¿A qué te refieres, Javier?

—¡Joder, Antonio, cómo se nota que eres un año más chico que yo! ¿Es que a ti no te apetece una hembra?

—¡Hombre, no es eso! Juanita es una criada...

—¿Y eso qué tiene que ver? Precisamente porque es una criada, le haríamos un favor. ¿Cuándo se va a

acostar esa menudencia con dos tíos guapos como nosotros?

—Ja, ja, ja, si vas a tener razón... Pero ¿cómo lo hacemos?

—Muy fácil. Cuando mamá esté acostada, mañana mismo, le decimos a Juanita que tiene que ir a la cuadra; que sus hermanos y su padre la están esperando para hablar un rato con ella. Le podemos decir que ha venido su madre.

—Ya..., pero cuando se sepa...

—¿Qué se va a saber? ¿Es que va a ir pregonando acaso que la hemos deshonrado? Esa gente no tiene honra, hermanito. Se le da un dinero y calla como una muda. ¡Seguro!

«Con lo que no contaban los dos

—medita José con gesto sombrío mientras sigue remando— es con que mi hermana iba a salir a buscarnos en cuando hicieron su fechoría.

A pesar de que ya era de noche, José Raposo y sus hijos seguían en el cortijo. La mayor parte de los días se quedaba a dormir en un corralón algo alejado de la casa principal. Demasiados kilómetros para ir y venir a diario desde Alcubilla.

Juanita apareció en la puerta, temblando, sudorosa, con la cara magullada y la ropa hecha jirones. El primero que se fue hacia ella fue su padre.

—¿Qué te ha pasado, hija mía? ¿Te has caído?

—Los... los «señoritos»...

—¿Qué «señoritos»? —gritó José hijo.

—Los chicos. Javier y Antonio...

—Pero ¿te han pegado?

—Me han... Me han... —Juanita se quedó paralizada, sin saber cómo terminar la frase.

—¿Qué te han hecho, Juanita?! ¿Se van a enterar!

—¡No, hijo! Déjame que piense... Podemos hablar con don Jesús...

Rafael, el hermano menor, con solo catorce años, estaba petrificado.

—Padre, tú quédate aquí pensando que yo voy a Jerez y vuelvo más tarde —decidió José.

—¿Pero qué vas a hacer hijo?

—Voy a la taberna del Largo a tomarme unas copas. No queda lejos.

—Sí hijo, ve. Así tendrás tiempo para tranquilizarte. Yo me quedo aquí con tu hermano. Vamos a lavar la cara a Juanita y luego vemos qué hacemos.

—Me voy padre.

José desapareció en la oscuridad mientras su padre aguantaba a Juana por debajo de las axilas, para que no cayera al suelo, y Rafael miraba, inquieto, en dirección al vacío que había dejado su hermano.

Está anocheciendo y el Flaco, ahora José Raposo de nuevo, piensa que

tiene que acercarse a la costa y dormir un poco. Lleva la barca hasta una pequeña playa y la empuja todo lo que puede hacia tierra. Hay pinos. Coge una manta y un saco con alguna comida que le habían dejado los dos que le ayudaron a escapar. Extiende la manta sobre el suelo, se quita la chilaba y, en camisa, echado bajo uno de los pinos, sigue recordando aquel día fatídico.

En la taberna del Largo, tomó aguardiente por primera vez en su vida. Recuerda que, aunque bebió mucho, no llegó a perder la noción de todo, como le pasaría tantas veces después. Habló

con el Largo de cosas sin importancia. O, más bien, era el Largo el que hablaba y él se limitaba a asentir vagamente. Hasta que, de improvviso, lo miró a los ojos y le preguntó.

—Largo, ¿tú no tendrás un arma de fuego...?

El Largo lo miró sorprendido y pensativo. Era amigo de su padre. Habían trabajado juntos como jornaleros. Él había sido uno de los que buscan el alcohol para olvidarse de todas las calamidades y miserias que tenía que vivir día a día. Una noche tuvo la suerte de cara y, en una partida de cartas, le ganó la taberna al dueño. Un pardillo. Y ahora ya no bebía apenas. «Solo cuando vienen los amigos», solía

decir.

—Pero Pepito, ¿qué preguntas son esas?

—Dos «señoritos». Los hijos pequeños del cortijo de los Gálvez. Han violado a Juanita. Si no me das el arma tú, me la dará otro. Pero tú eres amigo de mi padre.

—¡Olvídate del asunto, Pepito; te vas a buscar una ruina y se la vas a buscar a tu familia!

—¿Más ruina de la que tenemos encima? Me da igual. Esos mal nacidos lo van a pagar caro. Han desgraciado a mi hermana para toda la vida. ¿Quién se va a acercar a ella ahora?

—No tiene por qué saberlo nadie...

—Ya se encargarán ellos de contar

su hazaña a los amigos... ¡Pero eso no va a ocurrir! ¡Estos lo van a pagar bien caro!

—¡Pero, hombre! ¿A esto has venido? ¿A pedirme ayuda para matar a dos hombres?

—No lo sé, Largo. De pronto me he acordado que mi padre me dijo una vez que tenías un arma de fuego.

—Pepito —susurró el Largo mirando para los lados—, tengo una carabina *Winchester* escondida. De cuando los Voluntarios de la Libertad. Yo fui uno de ellos aquí, en Jerez. El problema es que si te la doy y saben que es mía me la cargo.

—No te preocupes por eso. Si me la cogen diré que hace un año se la

compré a un forastero.

—Pero hay gente que te ha visto aquí...

—Mientras no me vean cogiendo de tu mano la carabina...

El Largo se quedó un rato valorando, torpemente, las posibilidades de verse metido en un lío. No estaba dotado para hacer reflexiones juiciosas, así que, finalmente, le pudo más la amistad al padre que cualquier otra consideración.

—Sal fuera y espérame en la puerta de atrás. Espero que tengas suerte. Después de esto no te quiero ver por aquí en mucho tiempo. La carabina la tiras a un pozo o lo que sea, pero por aquí no vengas.

A las siete de la mañana, José Raposo hijo estaba de pie, detrás de un árbol, a unos cien metros de la puerta de la casa principal del cortijo de los Gálvez. Vio entrar a Jacinto, el capataz, seguramente para recibir las instrucciones diarias de don Jesús. Diez minutos después, salió.

Pasó una media hora. De repente, la puerta volvió a abrirse y aparecieron los dos hermanos. Estaban riéndose a carcajadas y comentando algo. José, que tenía la carabina cargada, empezó a correr al trote hacia la puerta, encarando el arma. Los hermanos seguían riendo. Lo último que oyó José antes de pararse a unos quince metros de los dos hermanos, y lo último que dijo Javier,

entre risas, fue:

—¡Estaba buena, la muy zorra!

Todavía riendo, Javier volvió la cara hacia el frente y vio a José apuntándole con la carabina. No le dio tiempo a procesar lo que ocurría. Una bala le entró por el pómulo izquierdo y le salió por la nuca. Cayó sin vida, como un fardo.

—¡Pepito..., yo no...! —musitó Antonio.

José tiró del cerrojo para atrás y recargó el arma, cogiendo otra bala del bolsillo. Lo hizo a una velocidad, que, ahora, debajo del pino y mirando las estrellas, no se explica. Antonio cayó fulminado por un disparo en el pecho. Tardaría unas horas en morir en brazos

de su madre, doña Ernestina.

Don Jesús, el padre, apareció en el zaguán apuntándole con una escopeta. José estaba ya a un metro de la puerta. Se adelantó: le disparó, a quemarropa, en la cabeza, y lo mató en el acto. Recargó inmediatamente y se quedó apuntando hacia el patio interior, que servía de comedor. No apareció nadie.

Su padre y su hermano Rafael estaban unos metros detrás, presenciándolo todo. José arrojó, con rabia, la carabina contra el patio y se dio media vuelta. A sus dieciséis años se había convertido en un asesino.

—Vámonos hijo, a ver si podemos ver a tu madre antes de que te cojan los civiles.

Se fueron todos para Alcubilla.

Cinco horas después, ya por la tarde. Los Raposo —hijos y padre—, se abrazaban a Juana Lobillo, que no paraba de llorar.

—¡Ay, hijo de mis entrañas!... ¡Vete antes de que lleguen los civiles! ¡Ay mi niña! ¿Qué te han hecho?

No tardaron en llegar. José los esperaba mirando hacia la puerta, con la madre abrazándole por la cintura y llorando. De nada le valió llevarse las manos a la cabeza y ponerse de rodillas. Recibió un culatazo y fue arrastrado hasta un carromato que lo llevó a la cárcel de la ciudad.

—¡Juro a Dios y a todos los santos que no vuelvo a ver la luz del día! —

gritaba la madre mientras el carromato se alejaba.

José oyó el grito cuando se estaba despertando, ya tirado en el suelo de madera del carruaje. Sería la última vez que vería y oiría a su madre, pero eso, ahora que está recordando todo aquello debajo de un pino, con el frío metido en el cuerpo, todavía no lo sabe.

El fugado se queda dormido muy pronto. Está agotado. Su hermana lo mira fijamente, con la cara amoratada, pero sonriente y agradecida; su padre está agarrando a su madre, que grita una y otra vez «no volveré a ver la luz del

día». De repente, el sol lo despierta. Se levanta, mete la mano en el saco y coge una hogaza de pan, que se va comiendo mientras se acerca a la playa. Empuja la barca y sigue remando.

Así continua durante cinco días, remando de día y durmiendo en los sitios que ve más aislados. Una mañana, al levantarse comprueba con desazón que la barca no está donde la había dejado. Se la ha llevado la marea. No sabe dónde se encuentra, pero calcula que siguiendo la costa, o los caminos próximos, no le debe faltar mucho para llegar a Ceuta.

Aunque era el destino que había pensado inicialmente para embarcar hacia la península, ahora no está

convencido de ir allí, ya que no tiene cédula de identificación y, en cuanto se la pidan, estará perdido. Decide que se las tiene que apañar para llegar a su casa sin entrar en Ceuta. Luego, ya verá si se va a América o qué hace. No tiene ningún plan, salvo ver a su familia y evitar a toda costa que lo cojan.

El juicio duró poco. Un mes después del trágico suceso, José estaba sentado en un banquillo con grilletes en muñecas y piernas. Jesús Gálvez hijo, abogado conocido en la ciudad y en toda la provincia, se presentaba como único testigo. No hacía falta más. ¿Para qué

molestar a la madre y a la esposa del ahora dueño del cortijo? Bastante mal lo habían pasado las señoras... No era conveniente ni necesario hacerlas comparecer en el tribunal para declarar. Según el fiscal, con la palabra de un hombre —y más siendo «del oficio»— era más que suficiente, pues se trataba de un caso muy claro.

—Con la venia, señor Juez —dijo en su momento el abogado defensor— llamo a declarar a don Jesús Gálvez, hijo y hermano de las víctimas.

Después del juramento, el defensor inició el interrogatorio.

—Don Jesús, cuente usted al tribunal lo que vio u oyó la noche de autos.

—Ejem, señor abogado, yo diría la mañana de autos...

—Tengo entendido que por la noche sucedieron, al parecer, ciertos hechos que dieron lugar a lo ocurrido posteriormente...

—Yo de eso ni vi ni oí nada. Es más, dudo que sucediera algo que diese lugar a un crimen tan horrendo.

—Por supuesto don Jesús... No hay nada que justifique un crimen. Entienda que yo tengo la obligación...

—El señor testigo ya le ha respondido que no oyó ni vio nada; no procede que continúe usted en esa línea —advirtió severamente el juez al defensor.

—Bien, señor juez. Con la venia,

continúo. ¿Qué vio u oyó usted la mañana de autos?

—Yo estaba terminando de desayunar con mis padres en el patio principal de la casa que hace las veces de comedor. El capataz estuvo unos minutos antes sentado con nosotros, recibiendo instrucciones de mi padre para las tareas agrícolas del día. Esa mañana, mis hermanos estaban con sus bromas. No puedo..., ustedes perdonen. Deme un momento, por favor.

—Tómese el tiempo que necesite —concedió el abogado defensor—. Comprendo que está usted sometido a una gran tensión.

—Si al menos no tuviese a este criminal delante...

—No hay prisa, don Jesús —
confirmó el juez.

—Gracias. Creo que puedo
continuar. Mis hermanos se levantaron
de la mesa, como siempre con permiso
de mi padre, y se dirigieron, riendo y
gastándose bromas mutuamente, a la
puerta. —Nueva pausa. Larga. El
silencio era completo—. De pronto —
continuó Jesús—, estaba yo hablando
con mi padre, cuando se oyó un ruido
seco, parecido a un latigazo. Yo no me
imaginaba qué podía ser. Pero mi padre
me dijo que alguien había disparado y
salió corriendo a coger una de las
escopetas de caza que tenemos
guardadas en una vitrina situada en el
mismo comedor. —Nueva pausa—. Las

escopetas las mantenía mi padre cargadas. Siempre tenía las llaves de la vitrina en un bolsillo. Por seguridad. Enseguida, oímos otro ruido igual que el anterior, pero más fuerte. Venía de la entrada. Mi padre salió corriendo hacia la puerta y yo me levanté para coger otra escopeta. Mientras estaba en ello, vi un fogonazo y oí un ruido muy fuerte. Casi al mismo tiempo, mi padre retrocedió y cayó al suelo con un agujero en la frente. Me quedé paralizado. Vi a este asesino —gritó señalando con el dedo a José— apuntando con un arma hacia el interior. Luego tiró la carabina que llevaba. Cayó al lado de la mesa donde estaban mi señora madre y mi señora esposa.

—Señores, les ruego silencio —

advirtió el juez ante los crecientes murmullos y voces.

—No cabe duda, don Jesús — continuó el defensor—: el acusado mató a sus hermanos y a su padre. Pero piense bien lo que le voy a preguntar y sea sincero. ¿No diría usted que el acusado estaba o actuaba como un loco?

—¿Cómo se atreve usted a dudar de la sinceridad de mis respuestas? ¿Es que no he jurado delante de la Biblia? ¡Por supuesto que seré sincero!

—Retire usted o cambie la pregunta, abogado.

—Pido disculpas, señor juez. Retiro lo referente a la sinceridad del testigo y le pido que conteste a la pregunta que le he formulado.

—Yo lo que vi fue a un asesino. Está claro que no tenía un arma en el cobertizo para arar el sembrado o binar las viñas...—A pesar de la tensión se oyeron algunas risas en tono bajo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que para cometer el asesinato, el criminal tuvo que buscar un arma y esperar el momento propicio. Esto es lo quiero decir: que no estaba ofuscado ni actuaba alocadamente. Lo planeó.

—¿Y por qué iba a planear el acusado un crimen tan horrendo?

—Eso pregúnteselo a él. No querrá que me ponga en el pellejo de un asesino de esa calaña. ¡A saber...! Le molestarán los «señoritos» o será uno de esos jornaleros que se creen que tienen

más derechos que sus amos. ¡A esto estamos llegando con tantas libertades!

—Tenga usted cuidado con esas palabras —le interrumpió el juez—. Tenemos una Constitución, un sufragio universal y una regencia que vela por los intereses de todos los ciudadanos. Aquí no estamos hablando de cuestiones políticas.

—Pido disculpas, señor juez. Pero no estoy hablando de política, sino de las ideas equivocadas que están inculcando algunos alteradores del orden a más de un jornalero.

En la sala se formó de nuevo un pequeño tumulto que fue acallado de inmediato por el juez. El abogado defensor continuó el interrogatorio.

—Mire, le voy a ser claro. Siento tener que decírselo de esta manera, pero no tengo más remedio que hacerlo. El acusado ha declarado en prisión que actuó como lo hizo porque su hermana, criada de su señora madre de usted, había sido forzada por don Javier y don Antonio. ¿Qué tiene usted que decir a eso?

—Lo único que tengo que decir es que si hay algún testigo que lo pueda demostrar, que lo haga. Yo ni sé nada de eso ni me lo creo. Mis hermanos eran cristianos de misa casi diaria. El canónigo don Raimundo podría dar fe de ello. Yo, más bien, creo que es una excusa de este asesino para moderar la pena que se merece. Y respecto a usted y

a su pregunta, señor abogado, le puedo asegurar que en otras épocas, le hubiera obligado a que la retirase o nos habríamos visto las caras en un duelo.

Los gritos de aprobación del público, son acallados por los de reprobación del juez.

—Señor testigo, comprendo su estado. Puede estar seguro. Pero estas últimas palabras son inadmisibles. Retírelas inmediatamente o me veré obligado a tomar medidas muy severas contra usted.

—Señor juez, no las puedo retirar porque estoy bajo juramento y he dicho lo que pienso. Pero pido disculpas de nuevo a su señoría y al señor defensor. Sé que está cumpliendo con su

obligación.

—Bien... Es suficiente. ¿Tiene el abogado defensor más preguntas?

—No, señoría.

—¡Señor fiscal, su turno!

—Señoría, después del interrogatorio del señor abogado defensor, para no cargar más el ánimo del testigo, que bastante tiene con todo lo sucedido, y teniendo en cuenta que todo está meridianamente claro, no necesito interrogarle.

—Levántese el acusado. ¿Tiene usted algo que alegar en su defensa?

José Raposo no había entendido casi nada de lo que allí se había hablado. Pero sabía lo que había hecho y por qué.

—Señor ilustrísimo. Yo maté a los tres. Y no me arrepiento. Los dos hijos violaron a mi hermana. De eso estoy seguro. El padre no tuvo culpa de nada. Y eso sí que lo siento. Pero en ese momento me hubiera llevado por delante a cualquiera.

—Dígame usted —preguntó el juez — qué pruebas tiene usted de que su hermana fue violada.

—La noche anterior, mi Juanita entró en el cobertizo donde dormimos. Llevaba la ropa rota y la cara llena de golpes. Y nos dijo que la habían violado los dos «señoritos».

—¿Usted vio, tal vez, cómo la violaban?

—No entiendo..., nos lo dijo mi

hermana. Ella no dice mentiras.

—Entonces, usted no fue testigo...

—¿Qué quiere decir eso?

—Que usted no lo vio.

—Pero ¿qué iba a ver? Si lo veo, los mato antes...

—Está muy claro: no tiene pruebas.

—No entiendo...

—Que no puede demostrar lo que afirma.

El defensor pide la venia al juez para explicar al acusado lo que se le está diciendo. José Raposo le dice al juez:

—Sí. Tengo una... Una prueba.

—Pues cuéntela, hombre, que ya me está cansando todo esto.

—Cuando estaban en la puerta los dos hermanos estaban riéndose y diciendo que la zorra estaba muy buena.

—¿Nombraron a su hermana?

—No...

—¡Hombre, por Dios!... ¿Me está usted queriendo decir que cuando alguien habla de una zorra usted ya está seguro de que se refiere a su hermana?

José se levantó fuera de sí, tratando de llegar al juez. Los grilletes le hicieron caer al suelo.

—¡Tú sí que eres un hijo de zorra! ¡A ti te tendría que matar también! ¡Y a todos vosotros! ¡Mi hermana es una santa y vosotros la habéis desgraciado para toda la vida! ¡Ojalá os maten a todos!

—¡Queda el juicio visto para sentencia! ¡Se levanta la sesión! Llévense de aquí a este energúmeno. Si en el momento de dictar sentencia no se ha calmado, lo haré en ausencia.

José no sabe qué hacer. Sin la barca, tendrá que ir andando en busca de algún lugar donde alguien lo pueda embarcar para la Península. Si es que lo hay... Afortunadamente, no se dejó el dinero ni la comida en la barca. Tiene claro que debe evitar entrar en los pueblos que aparezcan en su recorrido, aunque no tiene la menor idea de cuáles puedan ser, si es que hay alguno antes de

llegar a Ceuta.

Durante varios días, sigue un camino serpenteante próximo a la costa. Pasado el cabo Negro, aparece ante sus ojos una costa rectilínea que marca la dirección norte. Al fondo, se divisa un pueblo. Es Castillejos.

A mitad de camino entre el inicio de la playa y el pueblo, divisa una barca de dimensiones más que medianas, con una sola vela. Está varada en la orilla y varias personas se afanan haciendo algo en el casco de madera.

El fugitivo se interna corriendo en tierra firme, tratando de esconderse. Pasa por encima de una alta duna y se tiende sobre la arena. Espera que no le hayan visto. Piensa quedarse ahí, sin

moverse, hasta la mañana siguiente. Para entonces —supone—, los de la barca se habrán marchado y podrá continuar.

—¿Quién eres amigo?

Le ha despertado un cañón de escopeta rozando su cara. Se había quedado dormido. No tiene idea de cuánto tiempo ha transcurrido.

—¿Me vas a hacer repetirlo?

—Soy... español. Lo mismo que tú.

—Hombre, ¡menos mal! Por lo menos, podemos entendernos. ¿Y se puede saber de dónde eres?

—De... De Jerez.

—¡Entonces somos casi paisanos! Nosotros somos de Conil de la Frontera. ¡Venga esa mano, amigo! —El de la escopeta la retira y ayuda a José a

levantarse. El fugitivo está un tanto aturdido. No sabe qué le puede ocurrir —. Te habíamos tomado por alguno de aquí que pretendía asaltarnos. Cuando te hemos visto correr y con esa chilaba que llevas puesta hemos pensado que tramabas algo contra nosotros. Me he venido por aquí con la escopeta y...

—Ya... La chilaba me la quito ahora mismo. Era para protegerme.

—¿Y se puedes saber qué haces por aquí y solo?

—Es una historia muy larga...

—¡Vale, hombre! Tú sabrás si nos la quieres contar. Es cosa tuya. Yo soy Pedro Ramírez Sánchez. En la barca están mi hermano y dos primos nuestros, que son Sánchez Ramírez de apellidos.

Para eso somos de Conil...

—No entiendo qué quieres decir...

—Es que la mitad del pueblo somos Ramírez de apellido y la otra mitad Sánchez —apostilla Pedro muerto de risa—. Pues ahí estamos, intentando reparar el casco de la barca. Salimos de pesca hace tres días. Y, como hacemos otras veces, nos dio por pasar el estrecho y bajar desde Ceuta, buscando sardinas, boquerones, caballas y todo eso. El casco debe haber tocado alguna roca y se nos ha abierto una buena vía de agua. Estamos reparándola lo mejor que podemos y, en cuanto terminemos, nos volvemos a Conil. No nos gusta estar en tierra por aquí. Dicen que hay muchos bandidos y que te roban hasta la

ropa.

—Ah.

—Hombre, no eres de mucho hablar, ¿eh? No me has dicho ni tu nombre.

—Pérez. José Pérez. La cosa es que iba a Ceuta, para pasar a España, y me he perdido...

—¡Uy, uy, uy! Me suena todo muy raro, amigo. ¿No serás un desertor del Ejército o un fugado de algún penal español?

—¿Quién, yo? No, qué va...

—¿Sabes qué te digo? ¡Que me da igual! No vas armado y no eres un peligro para nosotros. Vamos para la barca. Te voy a proponer un trato. Ya que dices que estás perdido y que

quieres pasar a la Península...

—¡De acuerdo!

Cuando llegan a la barca, Pedro presenta a José a su hermano y sus primos.

—Te propongo algo que nos vendrá muy bien a todos. La barca está casi reparada, pero la vía no va a quedar taponada completamente. Si te vienes con nosotros y nos ayudas a achicar agua, te dejamos en Conil y no te hacemos más preguntas sobre quién eres y qué haces por estos andurriales. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

De repente, entre los pescadores, José Raposo se hace consciente del hedor de su cuerpo. Nota la nauseabunda

mezcla de sudor agrio y viejo en su ropa y en su piel; el olor asqueroso de la sala en la que ha pasado tantos años con los demás presidiarios. Se quita toda la ropa, menos los pantalones. Se quiere meter en el agua y desprenderse de toda la mugre del presidio. No es solo el prurito de sentirse limpio; es el deseo profundo de quitarse la capa de dieciséis años de presidiario y así abandonar al Flaco para siempre y volver a ser José Raposo.

Dos días después, está en España.

AMIGOS

Hace un calor infernal. A finales de julio, Jerez parece un horno. El Largo está haciendo como que limpia con un trapo húmedo la barra de la taberna, sin brillo si no fuera por la pátina de mugre oscura que la cubre en su mayor parte. Ve entrar a un parroquiano. El bar está vacío. No conoce al recién llegado, debe ser un forastero que va de paso. Es un tipo de estatura mediana, muy

delgado y moreno. La cara no se la ve muy bien, porque lleva una gorra con la visera encasquetada hasta las orejas.

El recién llegado se acerca lentamente, mirando hacia todo lo que hay en la taberna. Cuando llega a la barra, unos ojos negros miran directamente al Largo. En la boca del recién llegado se dibuja una mueca que quiere ser una sonrisa.

—Largo, esto no ha cambiado nada. Bueno, tú estás más viejo, pero en eso vamos todos a la par.

—Perdone, amigo, ahora mismo no caigo... Aunque, esa voz...

—Largo, vengo a darte las gracias por un favor que me hiciste hace dieciséis años.

—¿Quién yo? Bueno, dígame qué se le ofrece y luego me cuenta lo del favor. ¿Un fino? ¿Una copita de aguardiente?

—No. Dame un vaso de agua que vengo seco. Quiero darte las gracias por haberme dejado aquella noche tu carabina, amigo.

Al Largo se le erizan hasta los pelos de los pies. En voz muy baja acierta a decir:

—¡Joder, Pepito! ¡No me lo puedo creer!

—Sí..., soy yo.

—¿Pero te has vuelto loco? ¿Qué haces aquí?

El Largo sale del mostrador precipitadamente y se lleva a José

cogido por el codo a la trastienda. Comienza a hablar precipitadamente y en voz baja, mirando de vez en cuando a la entrada.

—¡Pepito, buena liaste aquel día! Y yo me salvé por los pelos. Dos días después de aquello apareció por aquí una pareja de la guardia civil. ¡No te digo nada! Me dice uno de los dos, mientras se tomaban una copa, invitación de la casa, claro: «Oye Largo, ¿no habrás perdido últimamente una carabina de esas americanas?». Y yo le digo: «¿quién, yo?» Y él me dice: «hombre claro, ¡no va a ser tu hermana, que no tienes...!». Y yo le digo: «yo nunca he tenido una carabina de esas». Y él me dice: «¿ah, no?». Y yo le digo...

—Largo, abrevia, hombre, que así no vas a terminar en toda la tarde.

—Pues, nada, que estuvieron más de dos meses, vigilándome y preguntando a todo el mundo. Sabían que tú habías estado aquí esa noche y que yo había alardeado muchas veces, antes de aquello, de tener una carabina *Winchester*. ¡Maldita sea mi lengua! ¡Menos mal que nunca se la enseñé a nadie! Tuve que jurar mil veces que había sido una bravata y que jamás había tenido un arma, salvo cuando fui Voluntario de la Libertad, y que la entregué cuando se ordenó que todos lo hiciéramos, en diciembre del sesenta y ocho.

—Lo siento. No quería

comprometerte...

—La cosa pasó..., aunque hubo momentos en los que me vi en prisión sin comerla ni beberla.

—Te doy las gracias por el favor que me hiciste, Largo. Y si algún día necesitas que te lo devuelva, lo haré. Sea lo que sea.

—Pepito, eso ya está olvidado. Lo hice porque quise y no hay que hablar más del asunto. Ahora lo importante es que te largues de aquí. Como es natural, las autoridades y la Guardia Civil saben que te has escapado del presidio y te están esperando aquí, en Jerez. Hace días que los guardias civiles van y vienen por tu casa. Lo sé de buena tinta. No puedes ir a la choza.

—Largo, ¿tú me harías otro favor?

—¡Maldita sean tu estampa, la mía y la de Dios, Pepito! ¡Sé por dónde vas! Aquí también entran y salen guardias civiles todos los días. Supongo que piensan que estás tan loco como para venir a verme. Y aciertan. Si viene tu padre o tu hermana y los siguen, no sales vivo de aquí y puede ser que yo tampoco.

—¿Por qué dices mi padre o mi hermana? ¿Y mi madre y mi hermano?

—Pepito..., tu madre..., murió dos años después de que te mandaran a presidio. Siento darte esa mala noticia. No comía y estaba todo el día metida en la choza, echada en la cama y sin moverse apenas. Un día vino tu padre

por aquí y me contó todo lo que estaban pasando.

—¿Y mi hermano Rafael?

—Tu hermano hizo bien: un día marchó de Jerez. Tu padre me dijo que su intención era irse para América. No sé más.

—¿Por qué dices que hizo bien? Mejor habría sido que se hubiera quedado aquí, ayudando a mi padre a ganarse unas pesetas.

—Tu padre y tu hermano no volvieron a echar un jornal desde que tú te fuiste. Esos cabrones no les dieron ninguna oportunidad. Todavía no entiendo cómo están vivos tu padre y tu hermana. Supongo que Rafael les habrá estado mandando algún dinero.

—¿Y mi Juanita?

—Tu hermana lo ha pasado muy mal. Ya te puedes imaginar...

El rostro de José está congestionado por el dolor; las uñas clavadas en las palmas de sus manos están a punto de atravesar la piel. Después de dieciséis años, por primera vez, se le escapan dos hilos de lágrimas, gruesas y calientes.

—¡Tengo que verlos como sea!

—¡Joder, Pepito! Si alguien te ha visto entrar, a estas horas puede que estemos rodeados de guardias. Nos van a freír a tiros. No sé qué puedo hacer...

—Espera, ya sé... ¿Te acuerdas de Perico el Cojo?

—Sí..., el cabrero.

—¡Ese! ¿Sigue viviendo en su choza, en la Barca de la Florida?

—Que yo sepa, sí. Está viejo. Ya no saca las cabras. Le ha dejado el oficio al hijo. Si está vivo, seguro que sigue en su choza.

—A ver si hay suerte. Me voy a donde Perico y tú te las apañas para que mi padre y mi Juanita vayan allí a verme. No creo que nadie sospeche de él.

—Si voy yo a ver a tu padre, puedo levantar la liebre. Pero tengo dos amigos de confianza, que serán más mudos que uno de verdad, si hace falta. Eso sí te digo: cuando llegues a la choza de Perico, esperas como máximo un par de días y si no aparece tu familia mejor

te largas. ¿Me entiendes?

—De acuerdo. Lo dicho, Largo: te estaré siempre agradecido, amigo ¡Un abrazo!

—Espera Pepito. Me asomo un momento y... ¡No hay nadie! ¡Tira! ¡Y que haya suerte! ¡Venga ese abrazo!

Al día siguiente, por la noche, José Raposo entra en Jerez siguiendo el camino de Montealegre. Ha pasado todo el día escondido y meditando sobre qué hacer. Y se ha decidido a intentar llegar, aprovechando la oscuridad, a la choza de su padre. Quiere, al menos, darle un abrazo a él y a su hermana antes de

seguir su camino hacia donde sea, pues aún no lo tiene claro. Gira al sur y pasa al lado de la Cartuja, un edificio imponente y ruinoso. A continuación, avanza por la hijuela de Pino Solete, bordeando varias fincas llenas de viñedos, muy próximas al río Guadalete.

Cuando va a tomar la carretera de Cádiz a Madrid, para acercarse a Alcubilla, se encuentra, casi de bruces, con una pareja de guardias civiles a pie. Se echa al suelo, echa un vistazo y ve cómo otra pareja se acerca a caballo. «No hay nada que hacer. Esto está lleno de guardias. No voy a ganar nada yendo más hacia el sur y cruzando luego por el campo hasta llegar la choza, para luego encontrarme con que está vigilada.

Llevaba razón el Largo: me están esperando».

Desanda todo el camino recorrido, subiendo por la cañada de Lomopardo. Cae en la cuenta, por un instante, de lo cerca que queda el cortijo de los Gálvez. Continúa para tomar la cañada de Cuartillos en dirección este, alejándose de Jerez. Unos kilómetros más adelante, sigue por la cañada de la Barca.

Muy avanzada la madrugada, casi amaneciendo, llega a la choza de Perico, cerca de un puente que cruza el río Guadalete. El anciano se encuentra despierto, echado sobre un jergón. La choza es muy parecida a la de todos los jornaleros, pero abundan los tasajos de

carne seca, los quesos y las verduras. Detrás tiene un pozo y un pequeño huerto, medio abandonado. El viejo está torpe de piernas, pero lúcido y aún activo. Es un hombre vivaracho e inteligente, a pesar de su ignorancia en lo relativo a muchas cosas. Se levanta y se acerca renqueando al tipo que está en el umbral, cerrando a medias los ojos, tratando de encajar el cambio de luz o de recordar la cara que tiene delante.

—¡Pepito! ¡Qué feo te has puesto con los años! ¿De dónde sales?

José tiene treinta y dos años; el Cojo cerca de setenta. Pero ambos rivalizan en arrugas alrededor de los ojos.

—Perico, ¿me ha conocido usted a

la primera!

—¡Pues claro, hombre! Pasaste conmigo ocho años y no me olvido de un careto fácilmente. Y menos de uno como el tuyo.

Ambos ríen. Ciertamente, José tiene un rostro que no es fácil de olvidar. El aire del campo, la atmósfera del presidio y su propia naturaleza han construido una cara que denota un carácter firme. Un rostro que puede inspirar temor. Sin embargo, sus facciones, y sobre todo sus ojos, en momentos como este, resultarían agradables para cualquiera si no estuvieran esas dos cejas, convertidas en una sola. Dos cejas negras y abundantes en exceso.

—Perico, ¿qué sabe usted de mí? Me refiero a después de que dejé de acompañarle con las cabras.

—Hijo, uno se acaba enterando de todo. Sé lo que sucedió y sé que te has escapado del presidio. Perdona que te lo diga, Pepito: buena ruina os echaron encima los Gálvez...

—Lo pagaron bien pagado, aunque a mi familia le ha salido muy caro todo aquello.

—¡A tu familia y a ti, Pepito! Yo que tú me iba para la sierra, salía para la provincia de Málaga o la de Sevilla y me largaba hacia el norte lo más rápido posible. Tal vez desde allí te pueda resultar más fácil coger un barco. ¡Aquí debe estar la cosa jodida, Pepito!

—Yo pensaba encontrarme primero con mi familia y luego hacer lo que tú dices; pero no he podido verlos y no quiero largarme para siempre sin darles al menos un abrazo. Creo que me esconderé en la sierra hasta que vengan tiempos mejores. Cuando vea a mi familia, entonces me iré; ahora tengo que encontrar un escondite que no esté muy lejos de Jerez.

Pepito, lo primero que haría yo sería cortarme ese pelo y esas barbas y darle un buen esquilado a esas cejas de los cojones que tienes. Para que no te reconozcan o al menos ponérselo más difícil.

—¿Y dónde voy a hacerme eso?

—En ninguna parte, hombre.

Quiero decir que aquí. Yo te lo hago. Estoy temblón, pero tengo tijeras y maña. ¿No te acuerdas de los esquilados que te hacía de chico?

—¿Que si me acuerdo? Un día me hizo usted más trasquilones que dedos tienen las manos...

—¡Nos ha jodido, Pepito! Todavía te acuerdas. Anda, antes de pelarte vamos a tomarnos unos vasos, que tengo aquí unas botellitas de lo bueno.

—Ya no bebo, Perico.

—¡La madre que te parió! Perdona, hijo, pero eres raro de cojones. ¡Nos ha jodido! ¿Mira que no querer tomarte un vaso? ¡Anda que...!

Dos días más tarde, se acercan por la choza del Cojo dos hombres a caballo. Llevan botas de montar, sombreros y ropa de calidad. José estaba a punto de marcharse de la casa de Perico.

—¡Pepito! ¡La madre que me parió! Dos a caballo se están acercando. ¡Esto me escama! ¡Corre! Por aquí hay un agujero por el que puedes salir a rastras. ¡Tira!

Minutos después, dos hombres aún jóvenes se encuentran en la puerta de la choza hablando con Perico. «Se nota a la legua que estos son gente de dinero», piensa.

—¡Buenas tardes, amigo!

—Buenas las tengan ustedes...

—Esto..., ¿es usted Pedro, el pastor de cabras?

—No conozco a ese Pedro, pero si se refieren ustedes a Perico el Cojo, puede que lo sea.

—Pues eso...

—¿Qué se les ofrece?

—Teníamos entendido que estaba con usted un tal José Raposo. Queremos verle para hablar con él.

—¿José, qué? Como verán, aquí no hay nadie...

—Ya, ya. Pero ¿no ha pasado por aquí?

—¿Quién?

—Se lo estoy diciendo —responde con paciencia el que parece llevar la voz cantante—: José Raposo. Y no me

diga que no lo conoce...

—Es que no caigo...

—Mire, amigo, no tiene usted nada que temer de nosotros; ni José tampoco. Somos amigos. Venimos de parte de un amigo. Usted lo conoce: el Largo.

—Miren ustedes. Yo a ese José no lo conozco; y largos conozco a unos cuantos, pero no sé a cuál se refieren. Me parece que lo más fácil es que ustedes se hayan perdido o equivocado de sitio ¿El Largo, dicen? ¡Qué jodido! ¿Y ese quién es?

—Verá: José Raposo, al que usted no conoce ni ha estado ocho años con usted de pastor por la sierra de Cádiz, tenía que venir aquí para esperar a que su padre y su hermana se encontraran

con él. Ellos no han podido venir porque están vigilados y en dos intentos de salir hacia aquí los siguieron los guardias civiles, que están desde hace tiempo vigilando su choza y todos sus movimientos. En fin..., es una lástima: no vamos a poder darle a José noticias de su familia...

—A ver, a ver... ¿Pero qué tienen que ver con todo esto dos «señoritos» como ustedes?

—Eso de «señoritos» lo concluye usted. Nosotros somos hijos de familias adineradas, no se lo vamos a negar. Pero estamos en contra de las injusticias que se hacen a los menos favorecidos de la sociedad.

—¡Nos ha jodido! No he entendido

eso de los de los favores o favorecidos o como se diga. Pero sí..., no se crean que soy tonto: ya sé que hay «señoritos» y «señoritos». Bueno, supongamos que yo conociera a ese José... Ahora que lo pienso, a lo mejor se refieren ustedes a un chico llamado Pepito que estuvo conmigo hace años...

—Seguramente... Si lo conociera, le diríamos que le avisara para que viniera aquí sin temor. Que hemos venido en nombre de su padre y su hermana, porque no han podido venir. Yo haría eso.

—Ya... Y si ustedes me estuvieran engañando, ¿qué le podría pasar al tal José?

—Mire amigo, si nosotros

quisiéramos algo en su contra no estaríamos aquí. Estarían los carabineros o los guardias civiles. ¿Ve acaso alguno por aquí?

José aparece en la puerta.

—Aquí estoy. Supongo que si me quisieran matar o prender no se habrían quedado aquí hablando y habrían salido a buscarme inmediatamente.

—¡Efectivamente! Además, vea que no vamos armados.

—Ya... Y también he comprobado que no hay guardias por aquí cerca.

—Soy Francisco Montes —se presenta el más joven— y mi acompañante es Pablo Gutiérrez.

—Digan lo que tengan que decir.

—Nosotros somos periodistas de

El Guadalete. Yo, además, soy abogado —explica Montes—. Si bien solo ejerzo en determinados casos. Pocos. Aunque esto no lo reconoceríamos ni bajo tortura, somos republicanos y desde el año setenta y cuatro estuvimos unos años ayudando a algunos compañeros escondidos en la sierra. Ya no quedan. Un señor que tiene una taberna, en Jerez, ya sabe, el Largo, se puso en contacto con nosotros. Nos contó su historia y nos dijo que usted quería ver a su familia y que les estaba esperando en la choza de Pedro el Cojo.

—Teníamos nuestras dudas. Una cosa es ayudar a republicanos perseguidos injustamente y otra muy distinta echar una mano a alguien que ha

cometido varios asesinatos —puntualiza Gutiérrez—. Hemos ido a ver a su padre y su hermana y nos hemos enterado de todo lo ocurrido cuando usted fue condenado. Que su hermana fue violada y usted reaccionó de aquella manera. No cabe duda: fue un crimen, pero usted tenía dieciséis años... No debían haberle impuesto una condena a cadena perpetua. Ni por su edad ni por la atenuante de la violación.

—Por eso, decidimos ayudar a su padre y a su hermana, diciéndoles dónde se encontraba usted esperándoles e intentando acompañarles para que pudieran encontrarse —continúa Montes—. Pero la choza está vigilada y ha sido imposible salir sin ser seguidos. En

vista de que no podía ser, nos hemos venido los para acá, dando un buen rodeo para no ser seguidos. Primero nos volvimos a nuestras casas y esta noche pasada salimos para acá. Su padre y su hermana han sentido mucho no poder venir. Hemos copiado por escrito lo que ambos querían decirle.

—Me pueden dar los papeles. Sé leer y escribir. Si no les importa y pueden esperar, les podría dar la contestación. Aunque no creo que mi amigo tenga para escribir.

—No se preocupe. Nos lo dice de palabra y le prometemos que se lo diremos a su padre y a su hermana mañana mismo, a ser posible. Aquí tiene.

José coge una de las dos hojas que le ha entregado Francisco y lee:

Hijo mío. Sé lo que debes haber pasado en presidio. Aquel día nos cayó la ruina encima a toda la familia de los Raposo. Pero hiciste lo que debías. La culpa fue de aquellos... Aunque más valiera que no lo hubieras hecho. No he vuelto a echar un jornal desde entonces. También es verdad que ya no estoy para jornales.

Tu madre murió, siento darte esta mala noticia. No comía ni quería vivir. Casi no se levantó de la cama el tiempo que estuvo viva después de que te prendieron.

Tu hermano Rafael se fue. Aquí no tenía nada que hacer. Hemos recibido de vez en cuando algunas cantidades de dinero y suponemos que son de su parte. Pero no sabemos nada de él. ¡Quiera Dios que esté bien y que pueda volver a verlo antes de morir! Eso mismo pido para ti: verte y abrazarte. Pero ahora no puede ser.

Vete lejos, hijo mío, y espera a ver si se olvidan de tu estampa o llega una amnistía. Aunque ya sabes que eso es para los ricos. A nosotros, lo que nos toca es pudrirse en la cárcel o la horca. Es lo que hay.

Un abrazo de parte de tu padre. Y no te dejes coger.

—He procurado escribir lo más exactamente posible lo que su padre nos dijo. Algunas expresiones no son literalmente las mismas. Y tampoco he querido reflejar algunas expresiones que fue intercalando, si bien opino que están más que justificadas.

José coge el otro papel.

Hermano: No sé si hiciste muy bien en matar a aquellos dos... De lo que estoy segura es de que los pobres siempre salimos perdiendo. Tengo que decirte algo que no sabes: Tuve un hijo de aquellos dos.

No me importaba que los que me han destrozado la vida fueran sus padres. Yo lo quería; y lo quiero, con todo mi corazón. Ese niño es lo más grande que he tenido en la vida.

Tengo que decírtelo, Pepito. Los Gálvez me robaron al niño siendo casi un recién nacido. Un día vino el hermano mayor, don Jesús, con su mujer, y se lo llevó a la fuerza. No pudimos hacer nada para impedirselo.

José levanta la vista del papel con el rostro crispado y las manos temblorosas por la rabia y la impotencia. Se sienta y deja el papel

sobre otra silla.

—Lo siento amigo —musita Pablo, poniendo un brazo sobre su hombro.

—Si lo pienso bien, me alegro de lo que me dice mi hermana. Ahora tengo una razón más para luchar y seguir libre. Ya no es solo poder abrazar a mi padre y a mis hermanos.

—Lleva usted razón. Pero va a ser casi imposible recuperar a ese niño. Tiene quince años. Y, legalmente, es un Gálvez.

—Pero ese niño sabrá algún día quién es su madre. Y al ladrón de niños más vale que Dios lo proteja.

—¡Hombre! No se meta en más líos. Bastantes cosas han pasado. Y bastante venganza se tomó usted en su

momento.

—Lleva usted toda la razón —
rectifica José de inmediato—. La rabia
ha hablado por mí. Desde luego, no
hablaba de matar. Nunca más mataré a
nadie en mi vida. Pero mi hermana no
tiene ninguna culpa de nada. Y ese
ladrón no tenía ningún derecho a quitarle
su hijo. Algo tendré que hacer. Aunque
ahora...

—Bueno, amigo, ahora lo
importante es que se ponga usted a
salvo. No puede seguir ni aquí ni en
Jerez. Tocar un puerto del sur para salir
de España es, por ahora, inviable. Su
fuga es muy reciente y le cogerían los
carabineros casi de seguro.

—Ya... Voy a terminar de leer la

carta de mi hermana.

Hermano. Yo sé que el niño está bien. He ido varias veces a escondidas cerca del cortijo de esos ladrones de niños y lo he visto desde lejos. Es un niño alto. Casi un hombre. Pero fíjate que su cara es igualita a la de los Raposo. Un día lo oí de lejos arreando a su caballo y era tu misma voz. Te lo juro hermano.

Yo te pido por Dios que no hagas nada más contra los Gálvez. No quiero que vuelvas a presidio. El niño está bien donde está. Me muero de tanto quererlo y no tenerlo. Pero sé que está bien y no

le falta de nada.

Solo espero que algún día nos veamos y no tengas que huir más. Un abrazo de tu Juanita.

Todos están serios. Perico ha sacado una botella de vino y unos vasos, algo opacos. Los llena y se los ofrece a los visitantes. Él se echa una buena cantidad.

—Digan ustedes a mi padre que tiene que seguir vivo, porque un día tengo que verlo y abrazarlo. Y a mi hermana que, si puedo, conseguiré que su niño sepa que ella es su verdadera madre.

—Lo haremos. Claro que lo haremos. Usted lo que tiene que hacer

ahora es irse lo más rápidamente posible hacia el norte y salir por Francia o por algún puerto del Cantábrico.

—No me voy a ir. Antes tengo que abrazar a mi padre y a mi hermana. Si me marcho de España es posible que nunca más vuelva a verlos, así que me esconderé en la sierra de Cádiz y esperaré el momento más oportuno para que nos veamos.

—Vamos a hablar de eso, Pepito. ¿Quieres un vasito de vino? ¿No? ¡Qué jodido! Mira, entre San José del Valle, Algar, el puerto de Galis y Grazalema, o un poco más allá, por los mismos sitios que recorrías tú conmigo de pequeño, anda mi hijo con las cabras. Se llama igual que yo. Tú no lo conoces, pero es

inconfundible. Si recuerdas cómo era yo cuando venías al monte con las cabras, seguro que le reconoces a él. Todos dicen que es clavadito a mí. Menos en la cojera, claro. En el año sesenta y uno, cuando tu padre te mandó conmigo a guardar las cabras, mi hijo se acababa de ir de soldado a Cuba. Terminó allí el servicio militar, pero se quedó. Le cogió la guerra en el año sesenta y ocho y se volvió al año siguiente para acá. Fue cuando tú te volviste con tu familia. Teniéndolo a él ya no te necesitaba a ti. Gracias a mi hijo, sigo teniendo una vida mejor que la mayoría. Búscalos, Pepito. Tú te conoces toda la sierra y sabes de memoria los sitios donde solíamos llevar las cabras.

—Eso haré, Perico. Pero ¿por dónde lo puedo encontrar?

—Él va a los mismos lugares y pueblos que nosotros porque me acompañó durante varios años. Hasta que se me quitaron las ganas y las fuerzas. Ya sabes que aprovechábamos las salidas por la sierra, no solo para alimentar el ganado cuando no llueve en Jerez, sino también para vender cabras en algunos cortijos, ventas y pueblos. Como te digo, él suele ir a los mismos sitios. Tú los conoces de sobra.

—Perico, recuerdo todos los itinerarios que hacíamos. Si yo estuviera huyendo de la justicia, sería fácil encontrarlo; pero me parece que va a ser difícil teniendo que estar escondido.

—A ver... Él te puede encontrar un sitio donde esconderte mientras pasa el chaparrón. O despistar a tus seguidores. No sé... Algo podrá hacer por ti.

—Mañana mismo me voy. Veré si encuentro a tu hijo. Y, si no puede ser, me escondo en la sierra o me voy para Cortes de la Frontera o a la sierra de Ronda y a esperar mejores tiempos.

—Mi Pedro salió a mediados de junio; para principios de octubre espero que esté ya de vuelta. Tienes algo más de dos meses para encontrarlo.

—Amigo, hemos traído con nosotros un caballo de más —interviene Pablo Gutiérrez—. Con algunas vituallas y cosas que va a necesitar, como fósforos y un mechero de yesca.

Le vamos a dar un dinero. Aunque no es mucho, si cambia de opinión y quiere salir del país será suficiente para el viaje. Y una escopeta con tres cajas de cartuchos.

—El caballo, el dinero y lo demás se lo acepto. Algún día les devolveré el favor. Aunque tengo que decirles que no monto a caballo desde que era niño. No soy buen jinete. En una venta en la que pasaba meses, como sabe Perico, tenían un par de ellos. Pero aquello queda tan lejos que ni siquiera sé si me acuerdo de cómo se hace. La escopeta no la quiero.

—Por lo que se refiere a montar a caballo —explica Pablo— no tiene motivos para preocuparse, pues el que traemos es un animal muy especial, que

hará todo lo necesario sin que necesite ser un experto. Está entrenado para huir de los guardias civiles y carabineros por la sierra.

—Y respecto a aceptar o no la escopeta —añade Francisco—, es posible que tenga que defenderse alguna vez. Actuar en defensa propia no es un crimen. Al menos en conciencia, no lo es.

—Me da igual. No voy a volver a matar a nadie. Actuaré de la misma forma que los animales que tienen por nombre mi apellido. Ya saben: los raposos. Me esconderé y buscaré comida cuando tenga necesidad. Seguro que va a haber cazadores que quieran detenerme o matarme, pero el raposo va

a ser más listo que ellos.

—Tenga en cuenta que la mayoría de las veces a los zorros los cazan a tiros. Y usted tiene derecho a defenderse en las mismas condiciones que sus cazadores.

—Ya veremos... Si me cazan, será con los pies por delante. Me llevaré la escopeta, pero no creo que llegue a usarla.

—Otra cosa: si necesita contactar con nosotros, y tiene ocasión, recuerde que somos Francisco Montes y Pablo Gutiérrez, redactores *El Guadalete*.

—Pepito. ¿Te acuerdas? Cuando íbamos con las cabras, eras capaz de acertar a más de cincuenta metros con la honda a las que se descarriaban.

—Sí que es verdad Perico. Usted me enseñó a usarla. Pero ha pasado tanto tiempo...

—Aquí tienes una de las buenas. Y esta navaja cabriterera te la quedas también. Te va a venir muy bien para desollar conejos y liebres y para defenderte de las alimañas, si es necesario. Me gustaría darte alguna trampa de las que usábamos para cazar. Pero no tengo. Mi hijo se las ha llevado.

—Gracias, Perico. La navaja y la honda me vendrán muy bien.

ECHARSE AL MONTE

Unos días antes de la llegada de José Raposo a Jerez, un capitán de carabineros, vestido con su uniforme de azul de diario y con la gorra de plato bajo el brazo, llama a la puerta de los Gálvez. Sale una criada algo mayor.

—Buenos días, ¿qué se le ofrece al señor?

—Buenos días, soy el capitán

Genaro Quesada, jefe del Escuadrón de Caballería de Carabineros de Jerez. Quisiera hablar con don Jesús Gálvez.

—Pase usted al recibidor, por favor.

El capitán se sentó en un cómodo butacón. El recibidor era amplio y acogedor, con cuadros de buena factura: paisajes, naturalezas muertas y escenas de caza, con ciervos, jabalíes y zorros huyendo despavoridos de caballistas bien armados y perros enfurecidos. «Estos cuadros deben costar un Potosí», pensó el capitán mientras esperaba. Los muebles eran todos de caoba. Una mesa de mármol con un portarretratos de los dos hermanos fallecidos llamó la atención del carabinero. Se levantó y se

les quedó mirando, pensativo, justo en el momento en que entraba el dueño de la casa.

—¡Pero Hombre, Genaro! ¡Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos! —Se dieron un fuerte abrazo con grandes palmadas en la espalda incluidas.

Luis Gálvez y Genaro Quesada fueron compañeros de pupitre en el colegio de los Jesuitas de El Puerto de Santa María, antes de que estos tuvieran que salir corriendo cuando la revolución de septiembre del sesenta y ocho. No se habían visto muy a menudo después de aquello; pero hay amistades de la niñez que permanecen toda la vida. Y esta era una de esas.

—¿Quieres tomar algo, Genarito?

¿Un amontillado? ¿Café?

—Café, por favor.

—Me alegra mucho verte. A ver si nos vemos más a menudo. Ya sabes que esta es tu casa...

—Lo sé, Jesús. ¡Ya me gustaría! Siempre estoy ocupado persiguiendo contrabandistas. ¡No paran!

—Lo entiendo.

—La cosa es que vengo a darte una noticia. Una noticia inquietante, siento decírtelo. No tiene por qué ocurrir nada, pero he creído necesario informarte y prevenirte.

—Me preocupan tus palabras. ¿De qué se trata?

—Te lo diré sin más preámbulos: el asesino de tu padre y tus hermanos se

ha escapado del presidio de Melilla.

—¿Qué me dices?! ¿Cómo es posible? —Un escalofrío recorrió el cuerpo de Jesús—. ¿Y qué puede pasar ahora?

—No hay, en principio, motivos para preocuparse, Jesús. A este criminal ni le conviene ni tiene motivos para ponerse en peligro viniendo al cortijo. No obstante, la Guardia Civil va a poner vigilancia sobre la casa durante un tiempo. Cabe la posibilidad de que el prófugo intente venir a Jerez para ver a los suyos.

—Pues ahora sí que me preocupas.

—En principio, no hay motivos. Como te he dicho, la Guardia Civil va a tener vigilada tu casa. Si se asoma por

aquí, puedes contar con que lo cogen.

—¿Y si no viene ahora y le da por volver pasado un tiempo? No sé...

—Jesús, los amigos estamos para echarnos una mano cuando es necesario. Ya sabes que la Guardia Civil es la que se encarga de perseguir a los huidos de prisión. Y si no lo sabes yo te lo digo. Pero los del Cuerpo de Carabineros, por nuestras labores de persecución de contrabandistas por toda la franja que va desde Gibraltar y Algeciras a Cádiz y Jerez, tenemos mucha experiencia y nos manejamos bien persiguiendo y cazando fugitivos. Los puertos de mar son cosa nuestra y tenemos a todo el personal pendiente de ver aparecer al fugado; si aparece por aquí y no lo cogemos, se

echará al monte tratando de salir de la provincia; en ese caso, ya me encargaré de dar las órdenes oportunas a la gente que tengo destacada en Arcos de la Frontera y en Ubrique. Además, mandaré desde Jerez a un grupo escogido de mis hombres para que busquen exclusivamente al fugitivo. Ese no vuelve a Jerez. Ya me encargo yo.

—Te lo agradezco, Genaro.

—El fugado no tiene ninguna razón para hacer nada contra vosotros. Cometió su crimen y debe pensar que todo quedó saldado.

Jesús, por un instante, aterrizado, se imaginó qué podría ser capaz de hacer el asesino de sus dos hermanos y su padre si se llega a enterar

de que él le quitó el hijo a su hermana Juana.

—Por supuesto que no le hemos hecho nada. No obstante, eso no me tranquiliza del todo: mi padre y mis hermanos tampoco le hicieron nada a ese energúmeno y mira lo que hizo, el muy canalla...

—Ya. Pues por eso, por si acaso, la Guardia Civil estará un tiempo vigilando tu casa.

—Muchas gracias de nuevo, Genaro.

—No te preocupes, Jesús. Te tendré informado de lo que suceda. Si el prófugo comete la torpeza de venir a Jerez a ver a su familia, le daremos caza. Y si se va para la sierra, igual. Lo

cazamos como a los zorros de tus cuadros.

José no ha tardado mucho salvar los veinte kilómetros que hay entre la Barca de la Florida y las inmediaciones de San José del Valle, donde hay una colonia rural creada hace solo unos años en torno a un antiguo convento de Carmelitas convertido en parroquia. Ha estado cabalgando durante la noche. Conoce muy bien la maraña de cañadas, caminos, trochas y veredas que tejen un entramado complicado en todo el término municipal de Jerez. Nada más cruzar el puente de la Barca, toma la

cañada de la Pasada del Rayo en dirección este. Luego gira ligeramente a la derecha, tomando la bifurcación del camino de Jerez al Valle.

El caballo es muy bueno. Fuerte y sano. Y parece haber sido entrenado para hacer el mínimo ruido al desplazarse.

Poco antes de llegar a San José, cerca de un lugar denominado el Granado, hay una casa que el fugado conoce muy bien: la venta de Piña. En la época en la que él acompañaba a Perico, todos los cabreros y ovejeros que iban de Jerez a la sierra de Cádiz pasaban por allí a comprar víveres y otras cosas antes de internarse en los montes comunales de Jerez y en la sierra de

Grazalema.

Era un buen sitio para ponerse de acuerdo sobre los lugares concretos a los que llevar cada cual su ganado, para así no coincidir varios al mismo tiempo en el mismo sitio. También era el lugar donde los pastores trataban de cerrar acuerdos sobre cómo para repartirse de la mejor manera posible las transacciones de ganado en caseríos, cortijos y ventas. Algo, esto último, que resultaba bastante complicado y solía provocar no pocas discusiones, en las que, generalmente, terminaba venciendo el buen juicio de unos y otros. Aunque no siempre.

José ha llegado a las inmediaciones de la venta por la mañana

y lleva todo el día esperando a que anochezca para entrar. No se fía. Desde una loma cercana, al otro lado del camino, observa la entrada. Solo hay dos caballos amarrados cerca de la puerta, a la sombra de unos granados. El sol está cayendo y en unas horas será de noche. Decide que si no se van los jinetes de los dos caballos de fuera se quedará a dormir allí mismo, encima de la loma. Desde que se fugó, le apetece dormir al aire libre; y si puede ser viendo las estrellas, mejor que mejor.

Cuando menos se lo espera, salen los dos dueños de los caballos. Da un respingo: son dos carabineros, con su uniforme de servicio, de color gris verdoso y sus gorras de visera.

El Largo había tenido una desagradable visita poco después de ver al prófugo.

—Buenas noches, señores. Soy el capitán Quesada. ¡Me van saliendo de la taberna ahora mismo todos!

El Largo empezó a preocuparse seriamente. Acababan de entrar cuatro carabineros y uno de ellos era oficial. Le daba en la nariz que pintaban bastos. Y él, que había sido buen jugador de cartas, sabía bien qué significaba eso.

—Así que tú eres el Largo...

—Para servirle a usted, señor capitán.

—¡Pues sí! ¡Me vas a servir! ¡Por la cuenta que te va a traer!

—No entiendo...

—Entenderás, hombre. Ya entenderás...

—¿Qué se le ofrece, mi capitán?

—Mira, para empezar, pon aquí unas copitas de oloroso del bueno para todos y siéntate aquí con nosotros, hombre, que vamos a tener una charlita.

El Largo, con más temblores de la cuenta, no consiguió evitar que se derramase algo de vino sobre la mesa mientras servía las copas.

—Siéntate hombre, que estás en tu casa. Vamos a ver cómo está este vino, Largo. ¡Bueno, sí señor! ¡Muy bueno! Echa otra, anda...

—Usted dirá si se le ofrece algo más, mi capitán

—Pues sí, Largo, se me ofrece algo más. Te lo voy a decir todo seguido, así que más te vale estar pendiente. Si no me cuentas lo que quiero oír, lo vas a pasar mal.

—Mi capitán, yo le digo lo que sea. Pregunte usted.

—Te cuento. Y no me vayas a interrumpir, ¿entiendes? Sabemos que conoces a un preso que se ha escapado del presidio de Melilla. Ese preso estuvo contigo la noche que mató a dos hermanos y su padre en el cortijo de los Gálvez.

—Pero yo no...

Quesada lanzó una mirada

elocuente a uno de los carabineros, como si le estuviera diciendo: «¿No te lo dije?». El carabinero, negando con la cabeza, le dio un bofetón al Largo que lo derribó de la silla.

—¡Mal empezamos, Largo! Lo primero que te dije fue que no me interrumpieras. Anda, siéntate y atiende, hombre, que sigo con la historia. Sabemos que el fugitivo, al que tú conoces muy bien...

El Largo abrió la boca, pero la cerró de inmediato.

—¿Ibas a decir algo? ¿No? Decía que sabemos que el fugitivo ha venido a Jerez. Es lógico: querrá ver a su familia... Pues mira por donde, la Guardia Civil lleva un montón de días

rondando la casa de los Raposo y el fugado no ha aparecido por allí. Y yo me dije el otro día, dándole vueltas a todo esto: «Normal, ¿no va a ir directamente al sitio donde es seguro que le van a estar esperando!; lo lógico es que recurra a un amigo». ¿Entiendes hasta ahora lo que te digo? —preguntó el capitán dándole una palmadita en el hombro.

—Si..., mi capitán.

—¡Perfecto! Y ahora, contéstame sin miedo, Largo. Si fue a ti a quien visitó la noche del crimen, ¿a quién puede visitar ahora para que le ayude a ver a su familia? —El Largo no se atrevía a decir ni una palabra—. Amigo, esto funciona así: si te digo que no me

interrumpas, te callas; y si te digo que me contestes, me contestas. ¿Entiendes?

—Sí... Mi capitán... Es que ahora mismo no sé cuál era la pregunta.

De nuevo, el capitán le echó una ojeada al carabinero, abriendo los brazos con gesto desolado. Un puñetazo en pleno rostro tiró de espaldas al Largo.

—¡Joder, largo! ¡Esto va mal! ¡Muy mal! ¡Y mira que lo siento! ¡Con lo fácil que podía ser! ¿No te dije que estuvieras atento? —El largo se levantó completamente aterrorizado, sangrando por la nariz y temblando de los pies a la cabeza—. ¡Tranquilo hombre! Te voy a dar otra oportunidad.

El capitán sacó un cigarro habano

del bolsillo. Parsimoniosamente, lo encendió y comenzó a saborearlo con fruición. Dos carabineros sujetaron con fuerza los brazos del Largo contra la mesa

—Te voy a preguntar otra vez: ¿a quién crees tú que debe haber visitado tu amigo últimamente para que le ponga en contacto con su familia?

—No lo sé mi capitán. Aquí no ha estado. ¡Se lo juro!

Genaro Quesada le aplicó el habano encendido sobre la mano derecha. Con fuerza. Mientras el Largo soltaba un prolongado alarido de dolor, el capitán continuó apretando hasta apagar el puro.

—¡Por tu culpa se me ha apagado

el cigarro, Largo! Anda, enciéndemelo hombre. Ya que lo has apagado tú...

Olía a carne quemada. Los demás carabineros estaban muy serios. Pero el capitán parecía disfrutar de la situación. Cuando el Largo le acercó, con la mano temblorosa, un fósforo, el capitán le sujetó fuertemente por la muñeca.

—¡No me tiembles hombre! Tú tranquilo. ¡Pero si esto es muy fácil! No tienes más que contarme la verdad y dejarte de heroísmos. Ya verás cómo lo vamos a arreglar ahora mismo...

Quesada miró a un carabinero. Este se desabrochó el tahalí de la vaina que llevaba cogida a la izquierda del cinturón de cuero y le pasó un machete.

—Te voy a hacer por última vez la

pregunta. Si me contestas bien, esto va a ir como la seda; pero, si cometes otro error, yo, personalmente, te voy a tener que cortar los dedos uno a uno con este machete. —Quesada clavó el machete en la mesa a unos centímetros de la mano del Largo—. ¡Atento a la pregunta! Si fue a ti a quien visitó la noche del crimen, ¿a quien puede haber visitado ahora para que le ayude a ver a su familia?

—¿A... mí...?

El capitán Quesada aplaudió mientras mostraba una amplia sonrisa de aprobación y le dio al Largo dos cachetitos afectuosos.

—¡Muy bien Largo! ¿Lo ves? Y ahora me vas a decir todo lo que sabes:

cuándo ha estado aquí, adónde ha ido, qué contactos tiene..., ¡todo!

—Sí, mi capitán se lo diré ahora mismo. ¡Se lo juro!

Y ahí están los dos carabineros saliendo de la venta de Piña. Los cazadores han llegado antes que la presa. Además de los servicios rutinarios que presta el Escuadrón de Carabineros de Caballería de Jerez, con destacamentos en Arcos de la Frontera y Ubrique, hay un pelotón del Cuerpo dedicado exclusivamente por el capitán Quesada a la labor de cazar al fugitivo que mató al padre y a los dos hermanos

de su amigo de la infancia.

Los carabineros ya saben que el fugitivo va al encuentro de un pastor de cabras llamado Pedro Cárdenas, que está con su ganado en la amplia zona que se extiende entre San José del Valle, Algar, el puerto de Galis y Grazalema. Su padre, Perico el Cojo, tras varios puñetazos y cortes de machete, ha tenido que contarle. Algo de lo que el capitán no se siente excesivamente orgulloso: aunque en su fuero interno reconoce que disfruta sacándole confesiones a facinerosos y contrabandistas, lo del viejo le ha dejado un regusto un tanto amargo. Duda si no se habrá propasado con los puñetazos en el pecho: «El viejo se quedó en la cama sudando y jadeando

como un caballo herido».

José no se puede imaginar nada de esto. Supone que los dos carabineros, que se alejan con sus caballos en dirección a San José, cumplen sus labores rutinarias en busca de contrabandistas. Cuando desaparecen, empieza a valorar si baja a la venta o no. Y se decide.

Al llegar a la puerta, lo piensa mejor y tira del caballo hacia la parte trasera de la casa. Allí hay unos alcornoques, en uno de los cuales amarra al animal. A continuación, tras atravesar un corral de gallinas y un patio, se acerca a una puerta trasera y llama. No hay respuesta. Vuelve sin el caballo a la puerta principal de la venta

y entra. Tras la barra hay una chica aún joven. Lleva el pelo recogido y tiene unas facciones que a José le parecen perfectas. Al principio no la reconoce.

El asesino, el condenado a cadena perpetua, el hombre temido por todos en las reyertas del presidio de Melilla, es un desconocedor casi absoluto del sexo femenino. Cabrero entre los siete y los quince años, y preso desde los dieciséis a los treinta y dos, ha conocido a muy pocas mujeres. De pronto, cae en la cuenta de que debe estar delante de la niña con la que ha jugado y reído tantas veces. ¿O estará equivocado? ¡A saber! Puede que la venta haya cambiado de dueño...

—Buenas tardes. Yo quería hablar

con el dueño de la venta. No recuerdo el nombre.

La mujer muestra inquietud al ver la catadura del recién llegado. Tiene toda la pinta de un contrabandista huyendo de los carabineros.

—¡Padre salga usted y traiga lo que sabe!

Aparece tras la barra un hombre alto, algo encorvado y nervudo, con el pelo blanco. Lleva en la mano una escopeta.

—¿Qué se le ofrece, amigo?

José reconoce a Juan Piña. Mira preocupado hacia la entrada. O el ventero se acuerda de él o lo va a pasar mal. «No tenía que haber entrado».

—Verá. No sé si usted se acuerda

de mí. Pero de Perico el Cojo sí se acordará...

—¿Perico? ¿El Cojo? ¡Ni idea! ¡No sabe usted la cantidad de Pericos y de cojos que pasan por aquí!

—Pero el que yo digo era un cabrero de la Barca de la Florida, que venía todos los años por aquí, antes de internarse por la sierra con el ganado. Entre el sesenta y uno y el sesenta y nueve venía con un niño...

—Mire, ahora que me dice todo eso, sí que me acuerdo —afirma el ventero, mientras la hija sale de la barra, vuelve con otra escopeta y apunta a José—. Usted se refiere a un chico que se llamaba José Raposo, que, pasado el tiempo, mató a varias personas en Jerez,

fue condenado a cadena perpetua y se escapó no hace mucho de prisión, ¿no?

José está aturdido. No sabe cómo es posible que el ventero esté al corriente de todo. ¿Le ha reconocido? «Estoy perdido: Juan me va a pegar un tiro o avisa a los carabineros».

—¿No?

—No estoy seguro de que estemos hablando de la misma persona. Porque el chico que yo le digo era uno que pasaba aquí meses ayudando al ventero. Volvió a Jerez en el año sesenta y nueve a trabajar con su padre y su hermano de jornalero. Un año después, dos «señoritos» violaron a su hermana. Es verdad que los mató, pero también lo es que aquellos dos le hicieron un hijo a su

hermana y la familia se lo quitó. El chico que yo le digo no era un asesino, pero le obligaron a serlo. Y ahora tampoco es un asesino. Jamás volvería a matar a nadie.

Juan Piña duda un momento. La mujer baja la escopeta y él la secunda.

—¡Pepito! ¿Sabes qué te digo? ¡Que te creo! ¡Un abrazo, hombre! En buen lío estás metido: hace menos de una hora estaban aquí dos carabineros contándomelo todo. Me dijeron que están siguiendo a un criminal fugado de presidio, de nombre José Raposo. Creen que puedes pasar por aquí y me pidieron que les avisara inmediatamente si esto ocurriese. No sería la primera vez que colaboro con los carabineros. También

me preguntaron por un cabrero llamado Pedro Cárdenas.

—Es el hijo de Perico. Por lo que dice usted, me temo que saben que voy en su busca. No se cómo se pueden haber enterado.

—A Pedro lo conozco tanto como a ti. Se pasaba con su padre por aquí todos los años y lo sigue haciendo ahora.

—¿No te acuerdas de mí? — pregunta, con una sonrisa, la chica joven.

—¿Yo?

—Hombre claro. ¿Quién si no? Aquí no hay nadie más. ¡Soy María!

—¿María? ¿Tú? ¡Pero si estás echa una mujer!

—Suele pasar —ríe el ventero: las niñas se hacen mujeres y los hombres nos hacemos viejos. Mira, Pepito —comenta el ventero entre risas—, tienes una cara de criminal facineroso que tira para atrás. Pero lo que me has contado de la violación de tu hermana y el hijo que le quitaron, me lo creo. Mientras lo contabas, he visto al niño que venía por aquí. Yo lo veo así: si alguien le hace la décima parte a mi María, le descargo los dos cartuchos de la escopeta en la cabeza.

—Reconozco que debí evitar hacer lo que hice. Pero no pude.

—Lo primero que vas a hacer es entrar en la casa. Como aparezca ahora un carabiniere, la liamos.

José pasa gran parte de la noche en la casa del ventero, hablando de los tiempos pasados y de la situación presente.

—Pepito, ¿cómo ha sido que estés por aquí? Habría sido más lógico marcharte lo más lejos posible. A algún país de América, por ejemplo, o a Francia.

—Esa era mi intención. Pero antes quería abrazar a mi familia. No ha podido ser y no pienso alejarme mucho hasta que no lo consiga. Conozco bien la sierra de Cádiz y les voy a poner difícil que me cojan. Cuando la cosa esté más tranquila, intentaré abrazar a la familia y entonces me iré bien lejos.

—Ya me enteré de lo de tu madre

—interviene María—. Lo siento.

—Gracias, María. Pues, como os decía, no me quiero alejar mucho de momento. La idea era que Pedro me ayudase. Pero, por lo que veo, ya saben que voy en su busca.

—Sobre Pedro, te puedo decir lo mismo que a los carabineros: que, como siempre, pasó por aquí en junio, hace ya más de un mes. Me dijo que seguramente iría a los sitios de siempre. Ya sabes, dependiendo de las lluvias y de cómo vayan las ventas.

—No me va a ser fácil encontrarlo. Voy a tener que esconderme durante el día. Y de noche todos los gatos son pardos...

—Los carabineros que vinieron

esta tarde me preguntaron si habías pasado por la venta. Me advirtieron que cuando lo hicieras, les avisara sin excusas. Me enseñaron un dibujo con tu cara. Tengo que decir que algo te pareces, pero más bien poco, la verdad. Lo tienes muy mal, Pepito. No hace falta que te diga que puedes tener la seguridad de que no van a saber que has estado aquí. Ya me encargaré de decirles lo que me venga en gana.

—Estoy seguro de que puedo contar con usted, Juan.

—Por supuesto que sí. Pero tienes que marcharte antes de que sea de día.

—Lo sé. Lo último que se me ocurriría sería arriesgar su seguridad y la de María.

—Pepito —interviene María mirando intensamente al prófugo—, sé que no eres un asesino. Si sales bien de esto, ¿quién quita que algún día te vuelvas a pasar por aquí como un hombre libre?

—Ya... Ya me... gustaría. —José siente que se le eriza el cabello y un escalofrío le recorre la espalda—. Va a estar difícil...

—Padre, ¿se imagina si Pepito volviera a la venta ya libre?

Sin saber cómo, José Raposo empieza a hablar de los años de pastor, de los juegos con María, los meses que se pasaba en la venta, del crimen que cometió, de su rabia y su odio posterior contra todo, de sus miserias en Melilla,

de su época en la que estuvo a punto de morir por culpa del aguardiente, de sus reyertas, de su embrutecimiento...

Luego, cuenta al ventero y a su hija cómo conoció a un negro de Puerto Rico, que se llama Eugenio y nunca dijo a nadie sus apellidos, el cual le enseñó que el odio no lleva a ninguna parte, que todos los seres humanos son hermanos, que la bebida es la peor arma que usan los ricos contra los pobres y los amos contra los esclavos y que saber leer y escribir es la mejor respuesta que tienen los pobres para defenderse. Y se lamenta amargamente mientras recuerda que tuvo que traicionar a Isà, un buen amigo, para poder escapar.

—Pepito, si un día llegas a ser un

hombre libre, te vienes para la venta y padre te da trabajo ¿Verdad, padre?

—Si eso ocurre, cosa que dudo mucho, y si tu padre acepta, lo prometo.

—¡Nunca se sabe, Pepito! — afirma Juan de forma ambigua y dubitativa—. Ahora, solo puedo desearte que salgas con bien de todo esto.

—Solo una cosa más antes de irme, por si alguna vez fuera necesario. Hay dos periodistas de Jerez que me han ayudado. Esto no debe saberlo nadie. Trabajan en el periódico *El Guadalete*. Sus nombres son Francisco Montes y Pablo Gutiérrez. Si yo necesitara algo, y usted tuviera que recurrir a alguien, ellos me ayudarían.

José sale por detrás de la venta acompañado por los dos. Son las cuatro de la mañana y ninguno de los tres ha dormido. Lleva la cantimplora de hojalata que le dejaron los dos periodistas en las alforjas llena de agua, otra manta y un capote para cuando lleguen el frío y la lluvia. Y más comida de la que traía cuando salió de Jerez. Pero, sobre todo, lleva una vaga esperanza de que, tal vez, exista alguna posibilidad de salir bien de todo.

—Juan, María, muchas gracias. No olvidaré lo que habéis hecho por mí. Lucharé para salir de esta. Aunque no me va a resultar fácil conseguirlo.

—¡Suerte, Pepito!

—No te olvides de tu promesa —

le pide María mientras se acerca a José y le da un beso en la cara—. ¡Y no te rindas!

José está a punto de caerse mientras se monta en el caballo. Le tiemblan las piernas. Nunca le ha besado una mujer, salvo su madre. Mira largamente a padre e hija y emprende el camino.

A unos seis kilómetros de la venta, llegando a San José del Valle, hay un cruce de dos caminos. Hacia el este, se encuentra la cañada de los Llanos; hacia el norte, hay una cañada que en muy poca distancia se subdivide en dos, formando una horquilla de pocos grados. El ramal izquierdo va hacia la casa de las Vegas de Elvira; el derecho hacia los

manantiales del Tempul y hacia el pueblo de Algar. Cuando está llegando a la intersección entre la cañada de los Llanos y la que se dirige al norte, oye voces:

—¡Alto, ahí! ¡No se mueva!

Lanza el caballo al galope, pegándose fuertemente a su cuello. Varias balas silban muy cerca. Pasa por el cruce a toda velocidad y sigue hacia la cañada del norte a todo galope durante unos kilómetros. Los gritos se oyen cada vez más lejanos. José se detiene un momento. Sus seguidores han quedado algo rezagados. Cuando llega a la siguiente intersección, gira hacia el Tempul. Poco después, deja la cañada y se interna por un cerro lleno de árboles.

En cuanto sube unos doscientos metros, se baja del caballo, tira de las riendas y el animal se tiende en el suelo. Dos carabineros pasan de largo con sus caballos y se detienen unos cien metros más allá. El fugitivo puede oír su conversación.

—¿Qué te parece? Ese tiene algo que temer...

—¡Eso seguro!

—Debe haber tirado hacia Algar. Con esta oscuridad y con el caballo que tiene, no lo vamos a coger. Hace tiempo que no veía uno tan veloz.

—¿Será nuestro hombre?

—Imposible saberlo. Si ha pasado por la venta de Piña, lo sabremos.

—Eso lo podemos averiguar

mañana. Primero vamos a terminar el servicio.

—Mejor nos vamos a San José, damos parte al sargento y que él decida. Ya falta poco para que amanezca.

José se tumba bajo las estrellas, con una manta encima y el caballo a mano. Piensa que lo mejor es salir lo antes posible hacia Algar. Han hablado de un sargento, lo cual quiere decir que en San José del Valle hay más carabineros. No quiere pensar que vuelvan todos y empiecen a peinar el monte.

Sus pensamientos vuelan hacia atrás. Recuerda la conversación que acaba de tener con Juan y su hija María sobre el día que mató a aquellos

hombres, los años de presidio, el hambre, las borracheras, las reyertas con otros presos... A pesar de aquella miseria, de aquel embrutecimiento, se pregunta si realmente ha merecido la pena fugarse. Ha tenido que traicionar a Isà, un hombre cabal que confió en él, se ha enterado de la muerte de su madre y no ha podido ver a su padre y a sus hermanos. Luego está lo del hijo de su hermana. Y todo, para verse escondido en el monte, sin tener muchas esperanzas de salir adelante ni una idea clara de cómo hacerlo.

«Puede que esto no haya servido de nada; pero voy a luchar para salir adelante y ser un hombre igual que los demás. Si algún día volviese como un

hombre libre y siguiese María en la venta...».

Empieza a llover con fuerza. En pocos minutos, sus pantalones están calados completamente; por la cabeza abajo le cae el agua a chorros, mezclándose con sus lágrimas. Y, mientras se queja amargamente, levanta al caballo, comprueba que las alforjas están bien ajustadas, coge y se coloca un sombrero y baja a pie llevando al caballo por las riendas hasta que alcanza el camino que enfila hacia el Tempul y, un poco más al norte, Algar. No se ve nada a más de cuatro o cinco metros. Y José Raposo, la reencarnación de un preso al que llamaban el Flaco, piensa que es como si él no estuviera

ahí, cabalgando a ciegas bajo la lluvia, y solo se tratara de un sueño. Un mal sueño del que, probablemente, no va a despertar.

UN SALTO HACIA ATRÁS

Mientras cabalga, lentamente, bajo la lluvia, el fugitivo rememora los años de prisión...

Llegó al presidio de Melilla en mayo de 1870. Caían chuzos de punta y la tormenta retumbaba con fuerza en los

montes cercanos. Dos soldados lo llevaron a una nave grande y oscura. Varias docenas de pares de ojos, incrustados en sendas caras pálidas y famélicas, se clavaron en él.

No sabía qué hacer. Se sentó en el suelo, algo separado de los demás. El agua le resbalaba aún por el rostro. Un olor nauseabundo, formado por la mezcla de sudor, heces, comida podrida y humedad, se le metió por la nariz. Repugnante.

«Menos mal —piensa José mientras cabalga de noche— que solo tardé unos días en dejar de notar aquella peste».

Había unas ventanas altas, que apenas dejaban pasar la luz, y otras tres

ventanas bajas, con barrotes, que aireaban algo la estancia.

Al cabo de unos minutos, una masa imponente se levantó y se dirigió hacia él. Una cara sudorosa, con una nariz torcida y un solo ojo, se le puso a pocos centímetros.

—¡Vaya! ¡Tenemos a un nuevo!

La cara se retiró hacia atrás y permitió a José ver un bulto de grandes proporciones, con unos brazos cortos y una prominente panza.

—¡Pero si es un crío! ¡Este está sin estrenar aún! ¿Cómo te llamas, muchachito?

—José Raposo...

—¡No te pega el nombre! Con ese cuerpecillo, te pega más «Flaco». Así

que ya sabes: a partir de ahora eres el Flaco.

Los demás callaban y miraban. José intuía que no podía esperar nada bueno del tipo que lo seguía mirando con aire de estar sopesando qué hacer con una nueva mercancía.

—Pues verás, Flaco: aquí puedes vivir como un rey. Es un decir... Lo primero que tienes que saber es que en esta nave mandamos mi amigo Julio Limón y yo. Cada uno en su parcela, claro... Ah, se me olvidaba. Yo soy Ramón Mejías. Choca esos cinco, muchachito.

Acercó la mano, dubitativo, al cíclope. Al tocarla, notó un sudor y una frialdad asquerosos. La retiró

inmediatamente.

—Vamos a hablar de unas cositas, Flaco. No te lo pierdas, que aquí te va la decisión de vivir como un rey o pasarlas moradas... —Todos callaban; Mejías continuó hablando con una voz cavernosa, entre amenazante y conciliadora—. En primer lugar, yo soy aquí el dueño de los jergones y de la comida. Los compañeros me tienen encargado de distribuir lo que les llega en paquetes desde sus casas. Y la que reparten los soldados es, igualmente, un asunto de mi competencia. ¿Me entiendes? Quiero decir con todo esto que quien me paga duerme en su jergón y come; y el que no me paga, ni lo uno ni lo otro. Creo que me he explicado bien

claro, ¿no? Es muy fácil...

—Yo no tengo con qué pagar...

—Seguro que algo tienes. Te refieres a que no tienes dinero, supongo...

—Eso mismo: no tengo dinero.

—No es problema, muchachito — le explicó Mejías, con una mirada codiciosa—. No es problema. Aquí no sobra el dinero. Algunos reciben algo de sus familias y otros hacemos nuestros trabajillos fuera. Pero para eso vas a necesitar tiempo. No es fácil que te den alguna ocupación hasta que no estén seguros de tu buen comportamiento, del que, por cierto, somos Limón y yo los encargados de informar a los jefes. Pero, no te preocupes. Tienes otras

formas de pagar... En especie, por ejemplo. Ya sabes...

—No. No entiendo.

—¡Sí muchachito! Te tienes a ti mismo. —La mirada de Mejías era manifiestamente lúbrica—. Y con esa juventud, te va a resultar fácil convencerme de que es mejor que me pagues en especie que con dinero.

—Te repito que no tengo con qué pagar. Dormiré en el suelo. Y la comida ya veremos...

—Bueno, muchachito, tú verás. Aquí todo se hace como se tiene que hacer. Si no quieres jergón ni te apetece comer, se respeta. Cuando cambies de opinión aquí está tu amigo Mejías para cobrarte. Y te aseguro que estoy

deseando ver el género. No tengo prisa... ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis...

—¡Madre mía! ¡Qué buena edad!

¡Desde luego, merece la pena esperar! En unos días caerás, muchachito. Ya lo verás...

José se quedó solo de nuevo, con todos los ojos mirándole todavía. Aunque, poco a poco, las miradas empezaron a desviarse hacia otros puntos a medida que se oían cuchicheos, que terminaron en conversaciones diversas.

—Bueno, amigos, ¿alguien quiere una copita de aguardiente blanco o de coñac? A real lo pongo hoy.

Varios presos buscaron

ansiosamente al del licor, que les fue echando —tras recibir el real correspondiente— en sus jarrillos de aluminio el líquido procedente de dos damajuanas.

«¡Buen pago le di a Mejías por el jergón y la comida», recuerda José mientras sigue cabalgando por la cañada del Tempul.

Seis días después, José estaba muerto de hambre. Dormir en el suelo le resultaba soportable, ya que era algo que había hecho habitualmente durante muchos años cuando era pastor. Pero necesitaba comer. Mejías había advertido bien claro a todo el mundo

que al que le diera a escondidas algo de comida lo molía a palos.

Un preso rubio con pecas y cara simpática se sentó en el suelo al lado de José y empezó a hablarle en voz baja.

—Amigo, me llamo Cristóbal, aunque aquí todos me llaman «Carretero». No es que me haya dado alguna vez por llevar carros; es que me dedicaba a asaltarlos. De todas las clases...

—Ya...

—Flaco, ese tipo es un hijo de mala madre. Nos tiene a todos acobardados. Ha abusado de muchos de nosotros... Ya me entiendes... Le cae mal hasta a Julio Limón. El del aguardiente y las cartas...

—¿Y qué puedo hacer? No tengo nada para darle y cada vez estoy peor...

—Si tienes redaños, te puedo echar una mano...

—¿Cómo?

Carretero miró cauteloso hacia los lados y le tendió la mano, dejándole una punta de cuchillo cogida por detrás con un trozo de cuerda a modo de mango. La parte que sobresalía tendría menos de tres centímetros.

—Ni se te ocurra decir quién te lo ha dado. Si fallas y se entera Mejías, soy hombre muerto. Ya me lo devolverás...

Todos estaban distraídos viendo una partida de cartas organizada por Limón. En este caso, de Julepe. Mejías

no jugaba nunca, aunque le gustaba mirar, como a casi todos. José se acercó al grupo. Cristóbal ya estaba mirando la partida.

—Oye Mejías, que estoy pensando que ya llevo casi una semana sin comer y que, como tú decías, tengo con qué pagarte. No veo la necesidad de esperar más, con el hambre que tengo.

—¡Hombre, muchacho, ya sabía yo que no ibas a tardar en hacer un buen negocio conmigo! Aunque, la verdad, esperaba que aguantaras un poco más... Ya verás qué bien te lo vas a pasar. Aunque mejor esperamos a más tarde...

—¡No! ¡Te voy a dar lo que tengo ahora mismo! ¡En especie, como a ti te gusta!

Le lanzó un manotazo con la punta del cuchillo y se la clavó en el costado, retirándola inmediatamente. Mientras Mejías miraba con ojos atónitos como brotaba un hilillo de sangre, José le soltó una fortísima patada en el escroto que lo hizo caer al suelo gimiendo de dolor. Se le subió encima y le puso la punta en el cuello.

—¡Pues mira, muchachote, esto es lo que te puedo ofrecer! —le espetó en un susurro— A ver qué te parece la oferta: tú me das un jergón y el derecho a comer y yo te doy el derecho a seguir vivo. Si lo piensas, es un buen trato. Lo mejor que te puedo ofrecer es nada menos que librarte de morir ahora mismo. ¡Porque te juro que, si no

aceptas aquí delante de todos, te corto el cuello!

Mejías chillaba como un cerdo; todos los presos se habían quedado mudos de asombro.

—¡Tú dirás, muchachote! Dime ya si aceptas o no, que me está entrando la idea de que va a ser mejor para todos matarte de todas formas. ¡A ver quién me va a impedir que coma y duerma!...

—¡Sí, sí. Acepto! ¡Acepto! ¡Deja eso!

—Solo te voy a decir una cosa: ¡como intentes hacerme una mala jugada, te mato! Sin preguntas ni tratos que valgan. ¿Entendido?

—¡Sí. Entendido! ¡Por favor, no me hagas nada! ¡Por favor! —La voz de

Mejías era aguda y lastimera. Le corría un hilo de sangre por el cuello, mezclado con múltiples gotas de sudor, cuando José retiró la punta.

—Bueno, amigos, creo que lo mejor es suspender la partida por hoy— anunció Limón—. Que cada uno recoja lo suyo y cada mochuelo a su olivo.

Limón se acercó a José mientras cada cual se retiraba a su rincón a comentar en voz baja lo ocurrido y Mejías se iba a las letrinas del fondo.

—Flaco —le dijo en voz baja—, ten mucho cuidado con ese. Es un mal bicho. Él y yo somos los «encargados»: mantenemos el orden y avisamos al alcaide cuando algo va mal; a cambio, nos concede ciertos privilegios. Hace la

vista gorda... Yo acordé un reparto de atribuciones con él porque tampoco soy un santo. A huevos no me gana ni él ni nadie, pero ese tío es peligroso. Ha dado aquí muchas palizas. Si te coge en un descuido, te mata. ¡Ten mucho cuidado!

—He llegado a un acuerdo con él en público. Si intenta algo, ¡ya veremos quién mata a quien!

—Ha abusado de muchos. A mí me da igual cuáles sean sus preferencias. Aquí hay necesidades que algunos no pueden cubrir de otra manera. Yo soy contrario, pero cada uno que haga lo que quiera. Lo que no soporto de ese energúmeno es que haya obligado a compañeros a fuerza de palizas y de

hacerles pasar necesidad. ¡Me alegro de lo que has hecho! Pero le has dejado en ridículo; y eso es muy peligroso para ti.

—Procuraré respetar su sitio. Pero no me voy a amedrentar. En realidad, no tengo ningún miedo a morir. No se lo voy a poner fácil.

—¡Así se habla, Flaco! ¿Sabes qué te digo? Te invito a un par de vasos. Anda, trae el jarrillo, que hoy invita la casa.

«Limón, sin saberlo, me hizo mucho más daño que Mejías —medita José—. Es lo que había para olvidarse de aquella miseria y lo acepté. Desde aquel día, aprendí que podía imponerme a los demás porque tenía más valor que

todos juntos. O, tal vez, porque me daba todo igual. Todos me temían y me respetaban. Y el que se atrevía a ir contra mí bien que lo pagaba. Aunque nunca abusé de nadie. Solo quería vivir tranquilo y tener mi ración de aguardiente».

Mejías siguió ejerciendo de «encargado». José se especializó en proteger del gigante a cuatro o cinco presos, que decidieron pagarle a cambio de su seguridad. —El primero fue el Carretero; pronto le siguieron los otros—. Él no pidió nunca nada ni obligó a nadie. Con lo que le daban, tenía para beber; y los demás no eran asunto suyo: allá se las entendieran con Mejías. Se

convirtió en un borracho empedernido. Y eso le valió que no le dejaran salir a trabajar fuera del presidio.

En mayo de 1873 llegó un preso nuevo. Era un hombre negro como el betún y más grande aún que Mejías. Se le notaba una ligera cojera. Era de Ponce, una ciudad de Puerto Rico. Había sido cimarrón durante años, hasta que un rancheador consiguió capturarlo, hacía apenas un año, mientras dormía.

Su amo se encargó, personalmente, de cortarle los dedos del pie izquierdo cuando se lo devolvieron. El esclavo tuvo suerte: el hachazo se desvió un

poco y solo se llevó la mitad de los dedos.

Dos meses antes de ingresar en presidio, el 27 de marzo de 1873, la Asamblea Nacional había decretado la abolición de la esclavitud en Puerto Rico. Pocos días después, al enterarse, el antiguo esclavo entró en la hacienda del antiguo amo con unas tenazas y le arrancó, uno a uno, todos los dedos de su pie derecho.

Le cayeron diez años.

—No me arrepiento—dijo en el juicio—. Lo único que siento es que a él le salió gratis y a mí me va a costar ir a presidio. Pero no me arrepiento.

El mismo día en que entró el nuevo en la nave de los presos, en mayo de

1873, Mejías repitió su «ceremonia de bienvenida». Ya quedaba un tanto atrás el encontronazo con el Flaco. Y Mejías sabía que, respetando a los protegidos de este, en lo demás tenía vía libre.

—¿Cómo te llamas, amigo?

—Eugenio.

—Eugenio, ¿qué más?

—Nada más.

—¡Hombre! Todos tenemos un apellido...

—Yo no. Mi apellido es el de la familia que fue la dueña de mis abuelos, de mis padres y de mí mismo. No quiero usarlo ni oírlo nunca más.

—¡Es igual! No tienes cara de llamarte Eugenio. Tienes cara de llamarte «Negro» —sentenció Mejías

riendo la ocurrencia y mirando a los demás, que permanecían en silencio.

—Llámame negro una sola vez más y te mato...

Mejías enrojeció. Se daba cuenta de que si no hacía algo, iba a quedar en ridículo. Y no quería perder el poco crédito que le quedaba entre los demás.

—Bueno, ya hablaremos de eso... En primer lugar, te voy a hablar de las normas. Si las cumples, te va a ir muy bien...

—No hay hombre en el mundo que me imponga una norma después de los años que he sido esclavo. Soy un hombre libre. Cumpliré lo que corresponda a un preso. Pero tú a mí no me das ni una sola norma. Ni nadie de

aquí. ¿Entiendes?

Mejías se quedó desconcertado. Ganas le entraban de dejar todo aquello. Pero no podía hacerlo. Sería quedar relegado a ser uno más. Tal vez tendría que soportar los abusos de todos aquellos a los que había sometido a toda clase de bajezas durante años. No podía consentirlo. Y se decidió a arriesgar.

—Me parece que el que no entiendes eres tú, Negro.

Eugenio se fue hacia Mejías sin mediar palabra y le propinó un puñetazo tan fuerte que todos pudieron oír el crujido de la mandíbula. Su cuerpo salió disparado hacia atrás y su cabeza se estampó contra la pared. Cuando llegó al suelo, ya estaba muerto.

Al día siguiente todos aseguraron que no sabían qué había sucedido. La versión unánime de los presos fue que Mejías estaba tapado con su manta y alguien, al ver que no se levantaba, le había destapado, comprobando que estaba muerto.

«Aquello le estuvo bien empleado a aquel hijo de perra. Aunque a mí me vino fatal —piensa José mientras sigue caminando camino del Tempul— A partir de aquel día nadie necesitó de mi protección y me tuve que jugar a las cartas la posibilidad de poder seguir bebiendo. Aunque Limón me daba fiado

cuando no tenía... Al final yo debía bastantes pesetas que Eugenio se encargó de pagar, hasta que se cansó de facilitar con su dinero mi comportamiento».

En abril de 1874, José Raposo estaba sumido en plena degradación física y moral, como consecuencia de sus constantes borracheras. Gracias a que Perico el Cojo le había enseñado de niño a jugar a las cartas para pasar los largos periodos en los que no había mucho que hacer con las cabras, José dominaba el mus como nadie. Solía ganar. Y cuando no lo hacía, Limón le

seguía dando de beber a crédito.

Mas, embrutecido por el alcohol, fue perdiendo facultades con los naipes. Limón dejó de fiarle y tuvo que «pedir prestado» a otros presos.

Un día, Eugenio se sentó al lado de José.

Mira, Flaco, esto no puede seguir así. Eres un buen chico, pero no puedes estar todo el día borracho. No ganas nada con eso. Deberías aprender a leer y a escribir. Los libros te enseñarán qué es lo que debes hacer en la vida. A mí me sirvieron, y me sirven, para ser un hombre mejor.

—Amigo, si piensas que por pagarme las deudas con la bebida me vas a hacer leer esos papeles, vas

apañado. Lo único que quiero es mi aguardiente y que nadie se meta conmigo.

No hubo forma humana para que Eugenio lo convenciera.

«¡Que equivocado estaba yo! — medita José—. ¡Qué equivocado!»

Pasaron varios años y José siguió en su caída hacia el infierno. De una forma u otra conseguía su ración. La mayoría de las veces, obligando a otros a «prestarle» un dinero que no tenía forma de devolver. Se enteraba de todo como entre sueños.

—¿Flaco, hombre, cómo sigues?

—le dijo un día Eugenio.

—Mal, amigo. ¿Cómo voy a estar?

—Hazme caso, Flaco. Tenemos que hacer algo. No puedes seguir así».

—Si quieres hacer algo, préstame un dinerito, hombre. Como hacías antes. No seas tan agarrado.

—Ni una peseta te presto, Flaco; ya lo sabes... ¡La bebida te va a matar!

—Eso intento, Eugenio. Aunque no hay manera...

«En el verano del año ochenta, todo cambió para mí», sigue recordando José.

En junio de ese año, José fue trasladado a una bóveda oscura. Lo había castigado el alcaide a estar completamente aislado por un tiempo indefinido. Todo por causa de las constantes peleas con demás los presos, unas veces por que se negaban a darle dinero para beber y otras porque, en su degradación, cada vez se mostraba más agresivo.

José pasó en la bóveda, con diferencia, la etapa más dura de su vida. Al día siguiente de entrar, comenzó a sufrir fuertes dolores de cabeza. Su cuerpo temblaba y terminó vomitando hasta la bilis. Luego vinieron las convulsiones, la agitación, las

palpitaciones... Empezaron a aparecer los monstruos más horripilantes. Todo era real en su imaginación. Por último, llegó la pérdida de contacto con la realidad y la más horrible y prolongada pesadilla que puede sufrir un ser humano.

Doce días después, se despertó, sudoroso y agitado. Le habían llevado una cama y estaba atado.

—Flaco, ¿cómo sigues?

—¿Quién eres?

—Soy Eugenio. ¿No me reconoces?

—¡Mal. Muy mal! ¡Por Dios te lo pido, tráeme una copita de licor! Te doy lo que me pidas. Lo que sea... ¡Te lo juro!

—Flaco, te traigo esta pelliza para que te abrigues y una manta.

—¡Déjate de abrigos! ¿Te estoy diciendo que necesito beber y me vienes con esas tonterías!?

Flaco, lo peor ha pasado. Podías haber muerto y, sin embargo, sigues aquí. Nadie te va a traer nada de alcohol; de eso olvídate. Lo que tienes que hacer es comer y recuperarte.

—¡¡¡Si no me vas a traer aguardiente ya te puedes ir de aquí!!! — gritaba José— ¡¡¡Déjame que me muera, hijo de perra!!!

—¡Aguanta, Flaco, aguanta! Ahora me tengo que ir.

—¡¡¡No, espera!!! ¡¡¡Por Dios te lo pido, tráeme un vasito, solo uno!!! Y

si no, mátame ahora mismo. ¡¡¡Por favor, Eugenio, acaba con esto!!!

Cuatro meses después, en octubre de 1880, Eugenio volvió a la bóveda.

—¿Qué es esto...? ¿Eugenio, eres tú? ¿No estarán volviendo las visiones...?

—¡No, hombre! Soy yo. Veo que te ha venido de perlas la ropa que te he ido mandando.

—Sí, Eugenio. Muchas gracias...

—De nada hombre. Tómatelo como un préstamo.

José estaba demacrado, muy delgado, famélico. Pero su necesidad de beber parecía haber pasado completamente.

—Eugenio, no sé dónde estoy. Se me va la cabeza...

—Flaco, me han dado permiso para que vea cómo estás. He tenido que insistir. No creo que me dejen venir muy a menudo. Le diré al alcaide que no te encuentras muy bien y que necesitas que te den algo más de comer.

—De bebida, ni te pregunto, ¿no?

Seis meses después, Eugenio volvió a la bóveda para hablar con el Flaco. Le iban a dejar salir y Eugenio quiso ser el primero en darle la noticia. «Aquella conversación cambió mi vida para siempre», recuerda José. Con la

cara desencajada, los ojos muy abiertos y el cuerpo encorvado, le dijo a Eugenio

—Eugenio, gracias por la noticia. Esto ha sido un infierno. En cuanto llegue a la nave me voy a meter en el cuerpo unos cuantos vasos de aguardiente.

—Flaco, ¿por qué no te olvidas del aguardiente de una puñetera vez?

—Hace diez meses que no pruebo ni una gota. Estoy deseando llegar a la nave y comprar algo. Aunque, como no me fien...

—Mira, Flaco: si llevas diez meses sin probarlo, puedes seguir sin beber... Ya no lo necesitas... ¿No te das cuenta?

—¿Y para qué, Eugenio? ¿Qué

alegrías me llevo yo aquí, en este presidio en el que se me va a ir la vida, como no sea coger una buena borrachera y olvidarme de mi mala estampa?

—Te voy a preguntar una cosa, Flaco. ¿Por qué estás aquí, en el presidio?

—¿Por qué? —José cerró ligeramente los ojos, recordando lo que sucedió— Por dos hermanos; dos «señoritos» de Jerez. Su padre tenía bodegas y viñas. Eran de esos que no saben hacer otra cosa que matar de hambre y necesidad a los jornaleros y abusar de sus mujeres. Eran como cualquier otro «señorito» de Jerez, pero tuvieron la mala fortuna de abusar de mi hermana pequeña. Les di un tiro a cada

uno y los maté. Lo peor fue que, al oír los disparos, salió su padre y se llevó otro tiro más. Y si se me ponen delante todos los «señoritos» de Jerez en aquel momento, los hubiera matado sin dudarlo.

—Pues mira, Flaco: lo que quieren esos «señoritos» que tú dices, como los amos que teníamos los esclavos en Puerto Rico, es tenernos borrachos a todos, para que no aprendamos a leer ni sepamos defenderos sin necesidad de pegarles dos tiros y ser condenados a cadena perpetua. Si alguna vez sales de aquí, la única forma de que puedas hacer algo para cambiar las cosas y ser un hombre como los demás es no bebiendo y aprendiendo a leer y a escribir, para

que nunca más te engañe nadie.

—¿Y a ti de qué te ha servido tanto leer y escribir? Estás aquí como yo...

—Llevas razón, pero no del todo, Flaco. Yo estoy aquí por haberle arrancado los dedos del pie a mi antiguo amo. Antes lo hizo él conmigo. Pero estoy arrepentido. Sé que me equivoqué y no ahogo mis penas en alcohol. Y cuando salga de prisión sé que debo seguir luchando contra las injusticias. Yo no me rindo bebiendo cuatro vasos de licor. Y te aseguro que, aunque esté en presidio como tú, me siento libre. Porque nadie puede obligarme a decidir nada en contra de mi voluntad.

—Me lo pensaré, Eugenio. Sí. Me lo pensaré. ¡Te lo prometo!

«¡Bien que me lo pensé! — concluye José mientras sigue cabalgando por la cañada del Tempul y comprueba que, al frente, aparecen las luces de una nueva mañana—. ¡Bien que me lo pensé! Desde aquel día no he vuelto a beber ni una gota de alcohol. Eugenio me estuvo enseñando todo lo que sabía. Pronto entré de criado con el capitán Billón y me hice amigo de Isà. Eugenio salió en libertad dos años después, y siguió ayudándome. Soy otro hombre. Quiero ser un hombre como los demás. Una buena persona. Ahora tengo que encontrar una guarida para

esconderme».

UN CAZADOR

En uno de los saloncitos de la casa principal del cortijo de los Gálvez, está la familia hablando con un hombre. Jesús ha insistido en que estén todos presentes, incluido el jovencito Antonio Javier.

El invitado tiene unas facciones que llaman la atención inmediatamente. La mandíbula es fuerte, con un

prognatismo muy acusado. Todo en él da a entender que se trata de un tipo peligroso. Aunque una amplia sonrisa parece desmentirlo, su mirada directa y fiera, así como una mueca desagradable en su boca, lo confirman. Sin embargo, sus modales parecen ser excesivamente elegantes y hasta sumisos en ocasiones. Es como si se esforzara por aparentar lo que no es. O como si tratara constantemente de embaucar o engatusar a las personas que le oyen. Y, generalmente, lo consigue. Sin duda, se trata de un tipo de esos con los que no conviene nunca estar a las malas. Ni a las buenas. Tiene el rostro plagado de pecas y el pelo rojizo.

—Don Jesús, pierda cuidado.

Todo se hará de la forma que usted desee... Si me paga lo que corresponda, claro.

—Por supuesto. El tema del pago no será problema. O así lo Espero.

Inés, interviene mirando a su marido.

—Yo pienso que, con dar un susto al huido y alejarlo de aquí para siempre, sería más que suficiente.

—A mí me parece bien, Inés — afirma Jesús—. Darle un buen susto sería lo mejor. No somos unos asesinos como él. Somos unos buenos cristianos, que no matamos ni cometemos fechorías. No digo yo que el tipejo ese no se merezca la muerte... Lo tenían que haber ahorcado entonces, y ahora no

estaríamos hablando de él.

—Mire usted, yo hago lo que me diga. No tengo ningún problema. Es indignante que un jornalero, un tipo de baja calaña, asesine a personas decentes como lo son ustedes. No obstante, comprenderá que, si el tipo me ataca o se resiste, me tendré que defender... Yo soy un cazador. Si no puedo coger a la presa viva o esta me pone en peligro, no lo dudo ni un instante.

—Si tiene usted que matar a ese criminal es cosa suya—interviene Ernestina, la madre de Jesús—. Nosotros solo le pedimos que haga lo necesario para que nunca más lo veamos por aquí...

—Señora, para asegurar eso al

cien por cien es más que probable que haya que matarlo. Se lo digo con sinceridad. Un criminal escapado de presidio y con una condena a cadena perpetua no se va a dejar coger como un corderito.

—Usted tiene un encargo nuestro: que no aparezca por Jerez nunca más. En ese encargo —aclara Jesús— no entra matarlo. Ahora bien, lo que usted haga o deje de hacer, en su conciencia queda, no en la nuestra.

—Claro, claro. Lo he entendido perfectamente.

El pelirrojo dirige la mirada a Antonio Javier.

—¿Y usted qué opina joven? — pregunta el cazador con un tono que trata

mostrarse benévolo y educado.

—¿Quién, yo?...

—Bastante tiene mi hijo con estar presente y al corriente de que estamos haciendo todo lo posible por sacar de nuestras vidas de una vez por todas al asesino de sus tíos —media Inés.

—No, mamá. Ya que papá ha querido que esté presente, voy a contestar a este señor.

—¡Bravo! Un chico con agallas... ¡Como tienen que ser los jóvenes!

—Pues opino que, si yo fuera como él, me encargaría personalmente de matar a ese malnacido. Pero yo no soy un asesino, y mis padres y mi abuela tampoco. Pienso igual que mi madre: con darle un buen susto y que se aleje de

nosotros, me parece suficiente.

—¡Hijo!, pues de eso estamos hablando —replica el padre.

—Llevo toda mi vida oyendo la barbaridad que cometió ese acanalla. Lo odio con todas mis fuerzas. ¡Ojalá este señor lo encuentre y lo aleje de nuestras vidas para siempre! Pero aquí se está hablando de matar, papá, y a mí eso no me parece bien.

—Yo pienso igual —musita Inés.

—Bueno —matiza el invitado—, aquí solo se ha hablado de la posibilidad de tener que acabar con su vida. Ustedes comprenderán que yo tengo derecho a defenderme. Además, repito que eso iría por mi cuenta.

—Exacto —concreta Jesús—:

nosotros no le hemos pedido que lo mate. Eso tiene que quedar muy claro.

—¡Meridiano, amigo! ¡Meridiano! No se preocupe. Yo también debo ser claro con ustedes. Tratándose de un criminal, no hay ningún problema por mi parte. Porque yo no mato a cualquiera por mucho que me paguen. Yo cazo criminales, y si me atacan, cosa que ocurre en la mayor parte de los casos, me defenderé.

—Solo me resta hacerle una advertencia —puntualiza Jesús—: considere que esta conversación nunca ha tenido lugar. Nosotros no hemos hecho ningún trato con usted. Lo negaré pase lo que pase. Y tenga en cuenta que tengo muy buenos amigos en la

judicatura. Si usted me nombra a mí o a mi familia en relación a lo que estamos hablando aquí, se la juega. ¡Puede estar seguro!

—Oiga amigo, no me gustan las amenazas. Le aconsejo que no vaya por ahí. Pero sí..., estoy de acuerdo.

Jesús se dirige a Ernestina.

—Madre, creo que ya hemos terminado con este señor. Ahora vamos a concretar algunas cosas de dinero y demás. Si le parece bien, ya pueden salir.

—De acuerdo, hijo. Anda, Inés, vamos a hacer unas cosas. Antonio Javier, vamos, que tienes mucho que estudiar.

Jesús continúa la conversación con

el pelirrojo.

—Bien. Si acepta el encargo, lo pactado era pagarle cinco mil ahora y diez mil cuando todo esté hecho.

—Veamos, don Jesús: las condiciones han cambiado. Tengo que apechugar con toda la responsabilidad. Yo soy un cazarrecompensas. Muchas veces son la Guardia Civil, los Carabineros o las autoridades judiciales las que me pagan por mis servicios. Yo entrego a las presas vivas o muertas y nadie me pide explicaciones. Pero usted me piden que haga todo esto a título particular, como si fuera exclusivamente cosa mía. Quiero decir con todo esto, que, si me cogen, es posible que me manden a presidio. En realidad, no

entiendo por qué no ofrece usted una recompensa a quien lo coja, sea quien sea. Eso es legal...

—Entiendo sus argumentos. Le voy a dar la deferencia de explicarle mis motivos para contratarle. Tenemos contactos entre los perseguidores del criminal. Sabemos que es posible que los carabineros terminen apresándolo. Si bien, entre usted y yo, tampoco sería el primero que consiguiera escapar y largarse al extranjero. Y entonces estaríamos toda la vida temiendo que reapareciese.

Además, para nosotros ya no es garantía de nada que lo vuelvan a apresar. Fíjese que está libre después de tantos años. Yo, personalmente, no creo

que lo vayan a ajusticiar por haberse escapado. Volverá a su cadena perpetua y pondrán, tal vez sí o tal vez no, más medidas para evitar que vuelva a escapar. No obstante, con todo eso, ¿quién nos asegura que no nos lo encontramos por aquí otra vez, dentro de unos años?

Por otra parte, no queremos que se sepa que hemos ofrecido una recompensa. El criminal podría saberlo y eso empeoraría nuestra posición. Ese loco vendría por nosotros.

—Pero yo podría fallar y él podría enterarse igual. Le adelanto que eso no sucederá; solo trato de ponerme en su lugar.

—No creo que eso suceda. Aunque

el prófugo le ganase la partida, usted no hablaría. Va incluido en el trato.

—Entiendo.

—Por si no lo ha entendido del todo, se lo voy a decir sin rodeos, ahora que estamos solos usted y yo: al Raposo lo quiero muerto. ¿Está claro? Le daré diez mil pesetas más. Pero no quiero dudas con esto: le pago para que lo mate; para que haga la justicia que se tenía que haber hecho hace dieciséis años.

—¡Claro que sí, don Jesús! Si no fuera un acto de justicia, yo no accedería. Eso sí, con todas las condiciones que me pone y con los gastos que voy a tener que afrontar hasta que encuentre a la presa, van a tener que

ser diez mil ahora y veinte mil al terminar el trabajo. Si no es así, no hay más que hablar.

—De acuerdo. Ahora mismo le pago las diez mil pesetas. Espere un momento. —Jesús sale y vuelve enseguida con un sobre en la mano—. Aquí tiene. Puede contar el dinero, claro.

—No será necesario.

—Bien. Para que tenga por donde empezar, le diré que sé que el Raposo puede estar buscando la ayuda de un pastor de cabras de Jerez que se llama Pedro Cárdenas que suele llevar su ganado a pastar a los Montes de Propios y luego se pasa por la zona de Ubrique, Villaluenga y Grazalema. Regresa sobre

finales de septiembre o primeros de octubre. Normalmente lo hace bajando desde Ubrique hasta el puerto de Galis y pasando luego por San José del Valle. Todo eso no es seguro. Puede variar el itinerario. Es todo lo que le puedo decir. Respecto a la fisonomía del asesino, aquí tiene un dibujo de varios que le hicieron cuando el juicio. Me lo han prestado en el juzgado de aquí. Debe estar muy cambiado; sin embargo, su cara, igual que la de usted, es inconfundible.

—Don Jesús, me pongo a la tarea de inmediato. En unos días me voy para la sierra. Espero traerle buenas noticias muy pronto. Señor don Jesús —el pelirrojo se despide con una reverencia

algo grotesca—, ha sido un placer hacer tratos con usted.

Tras recibir de una criada un abrigo negro que le llega hasta los tobillos, a pesar de su estatura elevada, y un sombrero de ala ancha del mismo color, el sicario se marcha. Mientras abandona el cortijo, Publio Cano Berlanga —que así se llama— va pensando: «¡Qué facilidad tienen los ricos para lavar su conciencia con dinero! En fin, para eso estoy yo».

Publio Cano es de Vejer de la Frontera. Seis años mayor que José Raposo, pues nació en 1848, se trasladó con quince años a la capital, para trabajar en el almacén de pianos *Berlanga y Cía*. Situado en la calle de

Santa Inés, número 47. Su dueño, Enrique Berlanga es hermano de su madre y un liberal progresista convencido. En septiembre de 1868, se enroló en los Voluntarios de la Libertad y convenció a su sobrino para que también lo hiciera. Publio vivió en primera persona la insurrección de las Barricadas. Allí aprendió a manejar con soltura las armas de fuego.

La amnistía que se dictó en pocos meses permitió a tío y sobrino reanudar el trabajo en el negocio de los pianos. Pero la situación ya no volvió a ser la misma, al menos al principio. La ciudad no estaba para muchas músicas. El sobrino se aburría en la tienda y faltaba a sus obligaciones más veces de las que

el tío estaba dispuesto a tolerar. Empezó a jugar a las cartas, con fortuna incierta, aunque más buena que mala, y a «entablar amistades de la peor calaña», como le recriminaba con frecuencia el tío.

Durante los años que mediaron hasta la llegada de la república, Publio pasó por las etapas de jugador de ventaja, timador y contrabandista. Después de la república, se convenció de que «lo suyo» era cobrar las recompensas que se ofrecían por algunos criminales. Eran demasiados perseguidos para pocos guardias civiles y carabineros. Se trataba de un trabajo bien remunerado y, con una buena carabina, relativamente sencillo. A

nadie importaba demasiado si la presa era entregada andando por su propio pie o con los dos por delante. Y su etapa de contrabandista de tabaco le había dado un conocimiento bastante amplio sobre caballos, relieves, cañadas y escondrijos.

Ahora, acaba de alcanzar un escalón más en su carrera. Nunca había sido un sicario al margen de la ley. «Bueno, si está mejor pagado, bienvenido sea el cambio», piensa Publio mientras se aleja a caballo del cortijo de los Gálvez

«Además —resuelve—, nadie tiene por qué saber que hago de cazarrecompensas al margen de la autoridad; no son cosas incompatibles.

Si me sale alguna recompensa legal, a través de las autoridades, también la puedo coger. En realidad, el trabajo es el mismo: perseguir a criminales y cazarlos. Solo que, a partir de ahora, me debo al que me pague mejor, sea autoridad o no. Me estoy haciendo mayor y ya va siendo hora de ir pensando en buscarme una buena mujer y retirarme con un buen dinero».

En lo relativo a mujeres, Publio ha conocido a muchas; pero todas le han costado buenos dineros. Siendo tacaño y mujeriego, no se le ocurre mejor porvenir que amasar una buena fortuna con sus actividades y casarse con una mujer ahorradora.

En dos días, Publio Cano sale de

Jerez con su caballo en dirección a la sierra de Cádiz.

RAPOSO ENCUENTRA GUARIDA

Hace solo unas horas del encuentro nocturno con los carabineros, a la entrada de la cañada del Tempul. La lluvia, como corresponde al verano en esta zona, ha durado poco. José ha estado recordando los duros años de prisión.

Ahora, ya casi de día, está llegando a los manantiales del Tempul.

Mientras se acerca, valora las posibilidades de encontrar a Pedro Cárdenas, el hijo del Cojo. En dos meses, o algo más, el pastor deberá estar regresando a Jerez. Si no lo encuentra en este plazo, tendrá que esperar hasta que vuelva a la sierra, tal vez hasta junio del próximo año. «Va a ser muy difícil encontrarlo —piensa—: si me muevo de día, es muy posible que los carabineros no tarden en capturarme. Y de noche va a ser casi imposible».

Se encuentra en la entrada de los Montes de Propios de Jerez de la Frontera, una amplia zona de monte bajo, arbolado y matorral, en el extremo oriental del municipio, en la que el ganado puede pastar libremente. Aunque

se trata de una superficie apreciable, la desamortización de Pascual Madoz, treinta y un años atrás, la dejó reducida a menos de una quinta parte de su extensión original. Aún así, los ovejeros y cabreros de Jerez no necesitan acudir a otros municipios en búsqueda de pastos para sus numerosos rebaños, salvo en los años de sequía, en los que se hace necesario buscar la lluviosa sierra de Grazalema. No obstante, todos aprovechan el verano para pasar por las ventas, cortijos y pueblos de la sierra, con el fin de hacer buenas transacciones comerciales con el ganado, cosa que no siempre se consigue.

No le interesa seguir hasta los manantiales del Tempul. Es un lugar

relativamente concurrido, ya que mucha gente acude a coger agua. Además, hay una venta muy cerca. Cuando llega a la cañada de Palmetín, que sale a la derecha antes de llegar al Tempul, la toma.

Más adelante, tiene que decidir entre varias posibilidades. Una de ellas es seguir hacia el norte hasta llegar al pueblo de Algar. Otra, tomar la cañada de Ubrique, en dirección noreste. Por último, puede tomar la cañada que va, en dirección sureste, hacia el puerto de Galis y al lugar denominado la Saucedá, unos cinco kilómetros al sur del anterior. Desde el puerto de Galis, girando hacia el norte, se puede tomar la dirección de Ubrique, Benaocaz, Villaluenga del

Rosario y Grazalema. Si se gira al sur, se llega a Alcalá de los Gazules. Opta por seguir la cañada que va al puerto de Galis. A la derecha, discurre la sierra de las Cabras, que Raposo conoce muy bien.

Desde sus cimas, podrá observar las cañadas de Ubrique, Galis y los Caños, las vías pecuarias por las que transita la mayoría de los rebaños que vienen de Grazalema, Ubrique o Villaluenga del Rosario en dirección a San José del Valle y Jerez.

Aunque la sierra de las Cabras no es muy elevada, ya que su mayor altura no llega a los setecientos metros, es lo suficientemente accidentada como para dificultar que lo encuentren. A unos

kilómetros del inicio de la cañada que ha tomado, se interna en la sierra de las Cabras y comienza a subir hacia la cima de un cerro. Hay, muy cerca, un lugar que le vendrá muy bien para esconderse.

Cuando termina de subir la pendiente, el sol ya está elevándose más arriba de la línea del horizonte. El caballo ha respondido perfectamente, aunque si fuera noche cerrada y estuvieran bajando tal vez no sería lo mismo.

Tras alcanzar la cima, mira hacia el norte. Se divisa perfectamente la cañada de Ubrique. En esa dirección hay un tupido arbolado de acebos, quejigos, acebuches, sauces, agracejos y alcornoques; en la base de la sierra,

hacia el noroeste, se ve la zona del Tempul; cerca de la cañada de Ubrique, está el río Majaceite, un afluente del Guadalete.

Desde el lugar donde se encuentra, puede ver la hilera de chopos que discurre antes de bajar al lecho, que está plagado de zarzas, adelfas y helechos. Lo sabe muy bien porque ha estado en el río en muchas ocasiones. No ha terminado el mes de julio y tener cerca algún curso de agua es totalmente imprescindible. Más allá del río, relativamente cerca, está el pueblo de Algar. A lo lejos, un poco a la izquierda, se puede ver el caserío de Arcos de la Frontera. Al otro lado de la sierra, hacia el sur puede ver perfectamente la cañada

de los Caños, continuación de la de los Llanos, que sale de San José del Valle hacia Alcalá de los Gazules.

La cima del cerro es un buen lugar para observar sin ser visto. Baja un poco la pendiente hacia el sur —hacia el lado contrario por el que ha accedido a lo alto del cerro— y no tarda en encontrar una cueva, no muy profunda, con la entrada disimulada por las ramas de varios arbustos. Más de una vez ha dormido ahí con Perico.

Tras soltar su fardo con la comida, agua y ropa de abrigo, ata el caballo a un árbol próximo y vuelve a subir el trecho que le queda hasta la parte alta del cerro. Ya el sol ilumina con fuerza los montes cercanos situados al este y se

puede apreciar con nitidez el puerto de Galis. La ladera de esa parte tiene también arbolado y monte bajo, si bien es lo suficientemente despejada para ver venir con mucho tiempo por delante a cualquiera que pretenda subir. A veces, los pastores de cabras ocupan esa parte.

Tendrá que tener cuidado. De todas formas, si ve venir a alguien sospechoso, tendrá mucho tiempo para bajar hacia el norte y tirar, bien por la cañada del puerto de Galis o por la de Ubrique o internarse a lo largo de las márgenes del Majaceite, llenas de un denso matorral, dificultarán la persecución y facilitarán su huida en caso necesario. También podría bajar hacia el sur y coger la cañada de los

Caños.

«Esta noche bajo al río con el caballo, echo una ojeada y lleno la cantimplora de agua «decide José, mientras baja de nuevo hacia la cueva». Está agotado. Nada más llegar, aparta algunas de las ramas que tapan la entrada y va introduciendo sus cosas. Algo se viene hacia él desde dentro y pasa por su lado a toda velocidad. Es un zorro, que se ha quedado sin vivienda por una temporada. El animal se detiene a unos metros y se queda mirando hacia la cueva. José le tira una piedra blandamente y el raposo emprende una rápida huida.

Ha sido un día sofocante. José ha dormido hasta la tarde entre sudores y pesadillas. Tan pronto estaba en Melilla como en la venta de Piña. Ha soñado que unos carabineros lo estaban ahorcando delante de la venta de Piña.

—*¿Alguien quiere una copita de aguardiente blanco o de coñac?*
—*le ofrecía Juan Limón guiñándole un ojo desde detrás de unos arbustos.*

—*Ya sabes, muchachito: si quieres comer antes de que te ahorquen...* —*le soltaba Mejías, babeando, casi pegado a su rostro, congestionado por la soga.*

—Te lo dije, Pepito —le gritaba Juan Piña—: solo tenías que volver si eras libre. Ahora te van a ahorcar por tu mala cabeza.

—¡Por tu mala cabeza! —repetía María.

—¡Me traicionaste, Flaco! —le espetó Isà, que apareció de repente en medio de la ejecución— ¡Y mira para lo que te ha servido!

—Pepito, te vas y yo sin mi hijo —le recriminaba Juanita.

—¡No soy un asesino! ¡No soy un asesino! ¡Quiero ser un hombre como los demás! ¡No me podéis ahorcar!

Los carabineros y los testigos se

reían a carcajadas cuando José se despierta sobresaltado y sudoroso. Está a punto de anochecer.

La guarida es segura. La entrada está completamente cubierta por retamas y pasa desapercibida. El interior es suficientemente ancho y espacioso para que quepan él y el caballo. Pero hace demasiado calor, sobre todo ahora, terminando el mes de julio. Recuerda que un día, estando con Perico, se coló por un agujero y logró entrar en un espacio mayor que el habitáculo exterior donde está ahora. Allí la temperatura era más agradable que fuera. Lo busca y lo encuentra con facilidad.

No le resulta muy complicado pasar, pues el diámetro del agujero

supera holgadamente el ancho de su cuerpo. Después de un par de metros arrastrándose, entra en un espacio oscuro. Del techo, que no consigue ver, gotea agua constantemente. El lugar es húmedo y fresco, justo lo que necesita para soportar el calor de fuera. Un silencio denso, salpicado por el sonido del constante goteo, parece invitarle a descansar. Decide que, si no puede dormir con el calor en la parte exterior, meterá una manta en la gruta, para evitar en lo posible la rugosidad y aristas del suelo, y dormirá aquí.

Sale de la oscura gruta y de la zona externa de la cueva y camina de nuevo hasta la cima del cerro. Al fondo, en lo alto del cielo, observa cómo varios

buitres vuelan haciendo círculos. «Algún animal muerto», piensa. Hace calor, demasiado calor. Aunque una ligera brisa parece anunciar que, después de todo, tal vez baje un poco la temperatura cuando se haga de noche. Cuando el sol se va poniendo hacia la dirección de Jerez, José oye un aullido lejano, profundo, prolongado e inquietante, seguido por otros que parecen responder. «Me había olvidado de los lobos. ¡Buena briega nos daban a veces con las cabras a Perico y a mí!».

El pelotón de Carabineros a Caballo que manda el sargento Nicolás

Roncero ha llegado al minúsculo pueblo de Algar un día después que Raposo a su guarida. Ambas ubicaciones están a muy pocos kilómetros de distancia. Los carabineros se han acomodado en la pequeña casa-cuartel del puesto de la Guardia Civil, en la que un cabo y cuatro guardias prestan servicio y residen con sus familiares.

Roncero no ha perdido el tiempo. Desde que han llegado al pueblo, los carabineros, de dos en dos, han empezado patrullar la zona en turnos continuos de ocho horas, empezando el primero a las cinco de la mañana del día siguiente. Ya pasado el mediodía, el sargento está tomando un café en la taberna más importante del pueblo.

—¡A sus órdenes mi sargento, no hay ninguna novedad! —saludan militarmente los dos que acaban de llegar, tras finalizar su ronda a la una de la tarde—. Hemos recorrido la cañada de Galis y no hemos encontrado ni un solo rebaño.

—¿Nada?

—¡Nada, mi sargento! Si me permite la opinión...

—Claro que sí, Romerales... Diga —accede Roncero, con cara de fastidio.

—Verá mi sargento: yo pienso que lo lógico es que el fugado haya pasado a estas horas el puerto de Galis. Si está buscando al pastor, se habrá internado por la sierra. No sé... No creo que esté por aquí cerca. Lo mismo a estas horas

está ya por la serranía de Ronda o en la provincia de Sevilla. Lo que es seguro es que no lo vamos a encontrar paseando por las cañadas. Digo yo, mi sargento...

Romerales, algo regordete, si bien sorprendentemente fuerte y ágil, es un carabinero todavía joven, aunque suficientemente experimentado. Sus deseos de aprender y cumplir correctamente sus obligaciones no se suelen ver acompañados por juicios sensatos o apreciaciones acertadas, en opinión de su jefe, el sargento Roncero, tan alto y flaco y recio como pagado de sí mismo.

A pesar de todo, el sargento aprecia al carabinero porque sabe que sus dotes —o su instinto— de

perseguidor de forajidos y su puntería como tirador de fusil son únicas y célebres entre todos los miembros del Cuerpo. Pero, generalmente, trata de disimular este aprecio, lo cual, a menudo, no le resulta difícil, porque Romerales le suele hacer pasar con suma facilidad del aprecio a la exasperación.

—Romerales, así no me llega ni a cabo... Ande, siéntese aquí conmigo y tómese un café. ¡Felipe!, llévese su caballo y el de Romerales y avíseme a todos los carabineros libres de servicio.

—A sus órdenes —responde Felipe, marchándose para la cercana casa-cuartel con los dos caballos.

—¡A ver, hombre de Dios! —

continua el sargento dirigiéndose a Romerales, que ni ha pedido el café ni tenido opción para hacerlo— ¿Usted se cree que no hay carabineros por la sierra de Cádiz? ¿Ni tampoco los hay patrullando a lo largo de los límites de la provincia? ¡Pues los hay! Y, a parte de sus misiones para impedir el contrabando, tienen órdenes expresas respecto al prófugo.

—Ya, mi sargento... Pero, aunque fuéramos cientos de carabineros, si es el que interceptamos hace dos noches, con el caballo que tiene, es capaz de saltarse todas las patrullas y, entonces, lo perdemos.

—Nosotros no podemos hacer más que cumplir con nuestra misión. Se nota

que usted no analiza las situaciones, Romerales. Fíjese: el prófugo ha venido desde Melilla hasta Jerez. Podía haber ido a cualquier otra parte, pero no ha sido así: él quería venir a Jerez. Esto significa que o bien viene para terminar de ajustar cuentas a los Gálvez o lo que quiere es ver a su familia. Sabemos que no ha podido hacer ninguna de las dos cosas. Así que lo más lógico es que se quede escondido por aquí, esperando volver a Jerez cuando la cosa esté más tranquila.

—¡Vaya, mi sargento!, lleva usted razón.

—¡Pues claro que la llevo! ¡Yo no pienso a tontas y a locas como usted! Por cierto Romerales, a ver qué me

dice: ¿cuál es nuestra misión?

—Hombre, mi sargento... Buscar al Raposo y entregarlo vivo o muerto.

—De acuerdo. Esa es la misión general. Hasta ahí, bien. Pero, ¿dónde lo buscaría? Es decir, ¿cuál es nuestra misión más inmediata?

—Estooo..., ya no estoy seguro, mi sargento. Me he perdido. Después de lo que me dice sobre que en la sierra y en los límites provinciales ya hay otros carabineros y lo de que no se quiere ir porque quiere ver a la familia y demás..., pues, no sé...

—¡No sabe! ¿Lo ve? ¡No sabe! Pues yo se lo voy a explicar. ¡A ver si se entera de las cosas y no pone tantas pegas! —El sargento se hurga en un

bolsillo de la guerrera y saca una libreta con aire de suficiencia—. Aquí me he hecho un dibujo a lápiz de toda la zona, con inclusión de los pueblos donde hay ferias o fiestas durante estos meses. Mire, mire.

Romerales coge la libreta y observa el plano que ha confeccionado el sargento. Se lo queda mirando un buen rato con gesto de admiración.

—¡Vaya, mi sargento! No sabía que dibujaba usted planos y todo. Pero no entiendo... ¿Qué tienen que ver las ferias y las fiestas de los pueblos con nuestro prófugo? No creo que se nos vaya de juerga con la que tiene encima...

—¡No se entera, Romerales! Los pastores de Jerez se pasan desde junio

hasta octubre, más o menos, pastando en los Montes de Propios de la ciudad. Por si no lo sabe, se trata de toda la zona que hay desde aquí hasta la Saucedá y el puerto de Galis. Tres mil quinientas hectáreas de monte con un sinfín de cañadas, veredas y caminos. Y buena hierba en estos meses. Según el año, claro. Cuando se celebran ferias o fiestas en los pueblos de la sierra, dejan los pastos y se acercan para intentar vender parte de su ganado. O a intentarlo. Si Raposo no se encuentra con el pastor en los montes de Jerez, es posible que intente localizarlo en uno de esos pueblos. A principios de agosto, ya mismo, hay feria en Algodonales; y a finales de mes, en Alcalá de los Gazules

y en Grazalema. A mediados de septiembre hay fiestas en Ubrique, y a principios de octubre en Benaocaz, El Gastor y Villaluenga, por ese orden.

—Entonces iremos a los pueblos esos cuando llegue el momento...

—¡Eso es! Si yo fuera el Raposo, no me pondría a dar vueltas por la sierra buscando como un loco al pastor que le va a ayudar. Me estaría lo más quieto posible, escondido en una guarida en la que estuviera seguro de que no me iba a encontrar ni Dios.

—Entonces mi sargento, si no lo va a encontrar ni Dios, nosotros...

—Vamos a ver Romerales... — explica el sargento con gesto de tener suma paciencia, cosa que no es cierta

del todo—, el fugado estará escondido hasta que haya una feria; pero el pastor andará por algún sitio de los Montes de Propios sin saber nada. ¿Me entiende ahora?

—Mi sargento, yo...

—¡Nada, Romerales! ¡Qué no se ha enterado para qué ha salido de patrulla!

Hace un rato que los dos cabos y los cinco carabineros restantes — puesto que dos de ellos se encuentran de patrulla— están de pie a unos metros de Roncero y Romerales, oyendo atentamente la conversación. El sargento mira a uno de los cabos, el más antiguo, y este manda firmes y le da novedades.

—¡A ver! —comienza el sargento

en tono de arenga— ¡Descansen, cabo! ¡Prestad atención todos! ¡Que no nos enteramos! Estamos buscando a un prófugo, ¿cierto?

—¡Sí, mi sargento! —corean todos con más curiosidad que entusiasmo.

—Bien. A partir de ahora, ya que el fugado se llama Raposo de apellido y lo vamos a cazar, lo conoceremos como «el Raposo», ¿entendido?

—¡Si mi sargento! —gritan todos, con algo más de ímpetu, fruto de su deseo de contentar al sargento y abreviar el largo y enrevesado discurso que temen se les viene encima.

—Sabemos que ese fugado, quiero decir el Raposo, puede estar buscando a un pastor de cabras que se llama Pedro

Cárdenas. El pastor debe estar por los Montes de Propios, entre Algar y el puerto de Galis. Así que al que buscamos ahora es al pastor, ¿entendido? A ver, Romerales, ¿qué pasaría si encontramos al pastor y ya ha ayudado al Raposo?

—Esto..., que lo hacemos cantar, ¿no, mi sargento?

—¡Muy bien! ¿Y si no se han encontrado todavía?

—Ahí me pierdo. A ver... Que lo controlamos a distancia hasta que llegue el Raposo y entonces lo cogemos, ¿no?

—¡Hombre, el carabinero Ezequiel Romerales, lo ha pillado! Y entonces, si el Raposo intenta escapar, será cuando usted podrá demostrarnos que su fama

de buen tirador es bien merecida. Porque, Romerales, si no fuera usted buen tirador, el mejor tirador del escuadrón, le aseguro que no le habría escogido para formar parte de este pelotón.

—Mi sargento, yo...

—Segunda parte: si no encontramos al pastor en unos días por los Montes de Propios, nos iremos pasando por los pueblos que celebran ferias de ganado. En los que tengan Guardia Civil, nos encargaremos de rondar por las inmediaciones. Y si el pueblo no tiene Guardia Civil ya decidiré lo más conveniente. Ese es el plan. Y cuando lo crea conveniente, lo cambio, que para eso soy el sargento.

¿Entendido?

—¡Sí, mi sargento! —gritan todos.

—Bueno, pues el que se quiera quedar a comer aquí que se siente.

¡Cabo, rompan filas!

Todos, menos el sargento, se acomodan en una mesa grande; Roncero, se sienta a cierta distancia debajo de una parra. Se quita la guerrera y se queda en camisa. Hace demasiado calor. Saca un cigarro y lo enciende parsimoniosamente. «Estoy demasiado viejo para esto». Sale la chica joven que suele servir a los pocos parroquianos que acuden a comer y se dirige directamente hacia él. «Bueno, para lo otro, parece que todavía no estoy para jubilarme del todo», rectifica el sargento

a la vista de las curvas de la chica.

—¿Qué desea, mi sargento?

—Ay, hija mía, si yo te dijera lo que deseo...

—¡Ande, ande!, déjese de tonterías y dígame qué le pongo para comer.

—¡Qué disgusto me estás dando, mujer! Anda, pon lo que tú quieras, pero con un buen vaso de vino.

La chica, sonriendo, se da media vuelta, convencida de que la mirada del sargento no está concentrada precisamente en el cigarro que se está fumando.

—Mi sargento, perdone por la intromisión. ¡Qué angustias tiene que pasar uno por aquí, tan lejos de la civilización!

El sargento mira con desconfianza al parroquiano que está sentado dos mesas más allá, en plena degustación de un buen trozo de queso payoyo bien curado y una jarra de vino fresco. Es un tipo raro, pecoso y con el pelo rojizo.

—Usted perdone. Es que hace cinco minutos me vi en su misma situación. Con la tabernera, le digo. Y aquí me ve, con vino y queso, que dicen que las penas son menos. —El parroquiano se levanta y se dirige con una sonrisa al sargento—. Pedro Cañadas, para servirle, mi sargento.

Roncero se levanta y le da la mano sin mucho convencimiento.

—¿A qué se dedica usted, amigo? Porque usted no parece del pueblo...

—Soy tratante de ganado. Ya sabe... ovejas, cabras, vacas, caballos..., de todo un poco. En esta ocasión voy en busca de algún cabrero que quiera venderme todo o parte de su rebaño.

—Pero, hombre... Hasta yo, que no entiendo de ganado, sé que lo mejor para comprar es ir directamente a una feria de las que se van celebrando estos meses en los pueblos de la sierra. Es más, si lo que pretende es comprar mucha cantidad, mejor le hubiera sido hacerlo en Jerez, en la feria de mayo, antes de que salieran los pastores para acá. Allí hubiera montado usted el ganado en ferrocarril y lo hubiera llevado a su pueblo o lo más cerca posible. No se cómo se va a llevar el

ganado desde la sierra hasta el sitio donde vive usted, tratándose de mucha cantidad. Porque, ¿usted de dónde es?

—Esto... ¿Yo? De Ronda.

—¿Y cómo no compra el ganado allí? O es usted nuevo en el oficio o no entiendo lo que hace.

—No... Verá... Es que yo lo que pretendo es aprovechar la ocasión y coger a algún pastor ya cansado de su oficio y que se decida a darme todo por un precio bajo. Quiero decir que a las ferias van muchos compradores y es más difícil encontrar lo que se busca. Hay más competencia. Y los precios suben. Yo lo que quiero es convencer a algún cabrero u ovejero para que me venda todo su ganado y me lo lleve él mismo a

Ronda.

—Amigo, ya le digo, no entiendo de su negocio. Usted sabrá lo que hace. Desde luego, por el pueblo pocos van a pasar. Si pasa alguno, es antes de seguir para la sierra. Venden algunas cabezas, con suerte, y siguen su camino. Sobre finales de septiembre, ya acabada la feria de Ubrique, van regresando y, normalmente, se van directamente hasta San José del Valle y luego tiran para Jerez, Paterna, Medina, Chiclana..., en fin, para su pueblo respectivo. Otros esperan a las ferias de Benaocaz, y El Gastor y las fiestas del Rosario, de Villaluenga, y se vuelven a partir del nueve de octubre. Pero eso lo sabe usted mejor que yo, ya que se dedica a tratar

con ganado...

—Si, claro... He decidido hacer noche aquí y mañana me voy a mirar por las cañadas y lugares donde suelen estar los cabreros por esta época. Ayer estuve dando una vuelta hasta el puerto de Galis y no vi ni un rebaño. Estarán metidos por los montes. Si pasan unos días y no encuentro nada en condiciones ya iré viendo en las ferias.

—Por cierto, usted debe ser el que me han informado mis hombres que andaba ayer por las cañadas de abajo con su caballo.

—Seguramente...

—Tenga usted cuidado, amigo. Los pastores son bastante desconfiados. Los que no llevan una escopeta al hombro

tienen adiestrados a los perros para atacar a su orden. Y con la honda son un peligro.

—Pero, mi sargento. Yo voy con las mejores intenciones... No tengo nada que temer.

—Ya, claro. Ahora parece que la cosa está tranquila. Casi todos los años hay algún asalto de gente indeseable a algún pastor para quitarle el dinero o robarle algunas cabezas de ganado. La Guardia Civil está siempre patrullando las cañadas. Y más durante la época de desplazamiento de los pastores, es decir, todo el verano. Pero no son suficientes para tanto terreno. Los carabineros colaboramos con ellos en dar seguridad. El regreso es el momento crítico, porque

los pastores traen dinero de sus transacciones, y siempre es más fácil robar algunos fajos de billetes que varias cabras ariscas, que no obedecen más que a sus dueños y a los perros.

—Pero no entiendo por qué he de tener cuidado, mi sargento...

—Porque los pastores van siempre con la mosca detrás de la oreja: al menor gesto raro, ya están tirando de escopeta o de honda o le están echando los perros encima. Pero ¿qué le estoy contando a usted, con lo acostumbrado que debe estar a tratar con esta gente?

—¡Si yo le contaré!... ¡Venga, mi sargento, le invito a un vaso de vino, mientras le llega la comida!

—Me parece bien.

Ambos hombres terminan comiendo juntos. Cada uno piensa que puede sacarle alguna información interesante al otro.

—Así que usted se piensa patear la sierra buscando ganado que comprar...

—Enterita, mi sargento. ¡Enterita del todo! Para encontrar buen género y a buen precio hay que ir a buscarlo. No te lo traen a casa...

—Una pregunta, Pedro: ¿no se habrá encontrado usted con un pastor de cabras, de nombre como el suyo de usted y de apellido Cárdenas? No me refiero a ahora, claro. Si acaba usted de llegar como quien dice...

—Podría ser, mi sargento. Lo que pasa es que no suelo preguntar el

nombre a los pastores. Otra cosa es si cerrásemos un negocio. Desde luego, con ese no he hecho ningún trato.

—Ya. Comprendo. Es que verá, entre usted y yo: los carabineros tenemos un interés especial en encontrarnos con ese pastor. Con Pedro Cárdenas.

—¡Ya me gustaría poder ayudarle, mi sargento! Pero, ya le digo..., no lo conozco. ¿Otro vaso? ¡Niña, anda, trae otra jarra, que esta se acaba!

—Sí que podría ayudarme, Pedro...

—Dígame cómo. Lo haría encantado. Para eso estamos, para ayudar a los representantes de la autoridad. Yo, todo lo que sea

colaborar...

El sargento Roncero piensa que es más fácil que Pedro Cárdenas se identifique ante un posible comprador que no ante una pareja de carabineros.

—Mire, amigo. Nosotros vamos a estar un tiempo por aquí; luego iremos por los pueblos de la sierra. El favor que le pido es que cambie su costumbre de no preguntar el nombre a los pastores. Y que, si se encuentra con el que le digo, con Pedro Cárdenas, nos informe de inmediato.

—A Publio Cano —convertido en Pedro Cañadas— le conviene el trato: puede andar buscando a Pedro Cárdenas sin despertar sospechas de los carabineros. Y, por supuesto, cuando lo

encuentre, ya se encargará él de sacarle al pastor lo que sepa del fugado sin informar al sargento ni a nadie.

—Eso está hecho, mi sargento. No obstante, piense usted que me puede coger en algún punto lejos de donde estén ustedes. Me resultaría difícil informarles...

—Le voy a ser franco: si eso ocurre, quiero decir si se encuentra con Pedro Cárdenas, y no quiere problemas, deje lo que esté haciendo y nos busca. En cualquier caso, en Ubrique hay un destacamento de carabineros y ellos podrían contactar con nosotros.

—Pues no se diga más, mi sargento. Cuente conmigo.

—¡Ah! Otra cosa en la que tal vez

podría ser de gran ayuda...

—¡Lo que usted mande, mi sargento!

—Hay un fugado por la sierra. Es un criminal peligroso. Se ha escapado del presidio de Melilla. ¡No le digo más...!

—¡Vaya!, le agradezco la advertencia. Tendré cuidado. No me gustaría encontrarme con alguien así...

—Sí, tenga usted cuidado. Y, si por casualidad lo viera, sería de gran ayuda que nos avisara. Podría hacerse pasar por otra persona. Miré, aquí tengo un retrato. De cuando lo condenaron.

—¿A ver...? ¡Vaya! Es un tipo muy joven...

—La foto es antigua. Es lo que

tenemos.

—Pues lo dicho, mi sargento. Pedro Cañadas a su servicio. ¿Una última copita?

Cuando «Cañadas» se marcha, Romerales se acerca al Sargento Roncero.

—Mi sargento, ¿quién era ese tipo?

—Un tratante de ganado. Nos puede ayudar a encontrar al cabrero.

—¡Qué raro!

—¿A qué se refiere?

—A que me parece que esa cara la he visto en algún sitio.

—¡Qué va a ver usted, hombre! Si es un tratante de ganado de Ronda.

—¡Ahora me acuerdo! Para mí que

a ese lo he visto en el cuartel de Jerez.

—¡Sí, hombre! ¡En el cuartel de Jerez! Comprando algún cabrito de allí, ¿no? ¡Venga ya Roncero! ¡Es que no se entera de nada!

Unos días después, José Raposo está fuera de su guarida, echado en la cima del monte, a la sombra de un alcornoque, y observando la cañada de Galis. Sabe que es muy pronto para que las cabras regresen, así que, más que nada, lo hace, para no permanecer todo el tiempo en la cueva.

Ha decidido quedarse donde está. Aunque la comida terminará por faltarle,

siempre podrá buscar de noche algún caserío y robar alguna gallina. Es capaz de llegar a cualquier casa, cortijo o venta de las inmediaciones casi completamente a oscuras. Se sabe de memoria cómo acceder a la casa de Garciso Baco, a la de la Pardilla, al cortijo de Rojitán y a la venta del Tempul, todos al norte de la guarida; hacia el sur, puede hacer alguna visita nocturna a la casa de los Castillejos y la de la Ventilla, aunque, al ser el terreno más despejado —o menos desenfilado—, será menos seguro.

«Cazar no me va a resultar fácil —calcula José— Hace mucho tiempo que no manejo la honda. Ya veremos si soy capaz de acertar a los conejos, liebres y

perdices que se me pongan al alcance».

Sabe que también se puede encontrar con relativa facilidad con jabalíes y venados. Pero es muy difícil matarlos con un tiro de honda. Y la escopeta no la puede usar. El ruido atraería a todos los carabineros que haya a diez kilómetros a la redonda. Por otra parte, una pieza grande solo le traería malos olores y la posibilidad, nada halagüeña, de que los lobos terminen rondando por su escondite. De momento, puede asar las piezas pequeñas que vaya cazando. La madera está todavía seca y, con un poco de cuidado, no hará casi humo. Pero con piezas grandes haría falta más leña y el humo alertaría con toda probabilidad a

sus perseguidores. Sabe que cuando llueva no va a poder hacer fuego y eso le obligará a comerse la carne cruda. Agua no le va a faltar, teniendo el río Majaceite tan cerca. Y, sobre todo, está convencido de que la guarida es un lugar bastante seguro.

Ahora no ve posible buscar a Pedro Cárdenas. Si lo hace, es muy probable que lo capturen. De alguna manera, los carabineros han averiguado que él busca al cabrero y estarán tras su pista. Cuando pasen el tiempo los pastores empiecen a regresar, intentará hablar con el hijo de Perico, aunque es consciente de que será muy difícil. Será muy arriesgado bajar y hablar con él con los carabineros vigilando las cañadas.

Solo espera que se produzca un golpe de suerte: que Pedro, cuando regrese, suba por la ladera a dar de comer a las cabras o que se le haga de noche y acampe cerca. Es una posibilidad. Su padre, Perico, lo hacía siempre cuando regresaba. Y precisamente se guarnecía en la misma cueva que sirve de habitación a José.

¡Casi se pone de pie! A lo lejos, aparece un rebaño... de cabras. No cree que sea Pedro, porque hace más de un mes que ha salido de la Barca de la Florida y debe estar más alejado. No hay carabineros a la vista. Por detrás, aparece un hombre a caballo. Tal vez sea un carabinero vestido de civil para no llamar la atención.

El rebaño se arrima a la falda del monte desde el que observa José. El caballista se acerca al pastor y se pone a hablar con él. El cabrero niega con la cabeza, el otro sigue hablando y el pastor negando. José no puede oír la conversación, mas lo ve todo.

—Amigo, ¿te estoy preguntando si conoces a Pedro Cárdenas y me dices que no? ¡Hombre, por Dios! ¿Me vas a decir que no os conocéis todos vosotros, los de las cabras?

—Lleva usted razón. Los cabreros y los ovejeros nos conocemos todos. Por eso me extraña su pregunta. Es que no hay ningún Pedro Cárdenas entre los que yo conozco.

—Sí que lo hay. ¡Te aseguro que lo

hay! Y que me lo niegues me está haciendo disgustar. Te aseguro que no te conviene disgustarme. Piénsatelo bien.

—A ver... Déjeme hacer memoria... ¡Nada! No me suena ese nombre.

Al cabrero no le gusta el tipo pecoso y con el pelo rojo. Tiene una cara que no anuncia nada bueno. Se está arrepintiendo de no haberse dado cuenta que le entraba por la espalda y haberle dado una buena pedrada. No sabe por qué está buscando a Pedro, mas intuye que no es para nada bueno. No se fía un pelo del tipo. Ha visto a muchos desaprensivos y malhechores, y este es uno de esos.

—¡Lo siento, amigo!

—Qué va..., todavía no lo sientes. ¡Lo vas a sentir cuando te dé la mala noticia! —el caballista saca un revólver con el que apunta al pastor.

—¿La mala noticia? —el cabrero se lamenta de haber sido tan confiado.

—¡Sí! ¡La mala! ¡Muy mala!

—¿Y qué noticia es esa, si se puede saber?

—Pues verás, la mala noticia es que o me dices dónde puedo encontrar a Pedro Cárdenas o de aquí no sales con vida.

José ve cómo el tipo grande pega un gran puñetazo al pastor y este cae aturdido hacía atrás. A continuación, saca una cuerda corta y otra larga de las alforjas y con la primera ata las manos y

los pies al cabrero. Con la larga le echa una lazada al cuello y pasa el cabo por la rama de un alcornoque.

—¡Amigo! ¡Ya lo siento! Me vas a tener que decir todo lo que sabes de Pedro Cárdenas y dónde está ahora. Si no, voy a tener que ir tirando poco a poco de la cuerda y...

—¡No sé nada! ¡Me cago en mi estampa!

El pelirrojo da un tirón a la cuerda que pone de puntillas al pastor.

—¡Joder, macho, qué mala suerte morir por no saber nada!

—¡Hijo de perra, no conozco a ese Pedro!

—¡Última oportunidad!

—¡Vale, vale! Lo diré todo...

En ese momento, aparece el pelotón de carabineros. Roncero ha decidido salir para Benamahoma, una pedanía de Grazalema, que está a punto de empezar sus fiestas.

—¿Qué pasa aquí?

—No se preocupe, mi sargento. ¡No pasa nada! Estoy cumpliendo con lo que dijimos.

—¡Coño! ¿Le he dicho yo, tal vez, que vaya por ahí ahorcando pastores para sacarles información?

«Cañadas» aleja un poco al sargento Roncero y le habla en voz baja:

—Una estrategia, mi sargento; una estrategia. ¿Cómo voy yo a ahorcar a nadie? Es una estrategia para que hable.

—¿¡Qué estrategias ni que

hostias!?

—Un engaño, quiero decir...

—Ah... ¡Muy bueno! ¡Ya sé que «estrategia» y «engaño» es lo mismo! ¡Me deja de hostias, amigo! Nosotros interrogaremos al pastor y usted se viene detenido. Lo vamos a entregar en el puesto de Ubrique.

—¡Pido perdón mi sargento! ¡Exceso de celo! Eso es lo que ha sido. Le juro que yo no...

—Bueno, eso ya lo iremos hablando. Ahora voy a encargarme de arreglar esto con el pastor.

—Sí, mi sargento, vamos a hablarlo.

Roncero se dirige al cabrero, que ya ha sido desatado y se está frotando el

cuello con las dos manos.

—Amigo, puede hablar con total libertad. ¿Conoce usted a un compañero llamado Pedro Cárdenas?

El cabrero —que sí conoce a Pedro— duda un momento. Algo no va bien ¿A qué viene que todo el mundo esté buscando a su colega? Hasta los carabineros. Decide que los compañeros están para ayudarse.

—A usted sí que se lo puedo decir, señor carabinero.

—Venga, dígame. No se preocupe, puede hablar con total libertad. No tiene usted nada que temer.

—Pues sí señor. ¡Claro que lo conozco!

—¡Hombre! Y, ¿me podría decir si

lo ha visto últimamente?

—Mire usted, mi sargento, yo voy de ida. Así que, desde la última campaña, no lo he visto, como es natural.

—Claro, claro. Pero ¿hay algún sitio donde suela ir de manera fija o que tenga por costumbre pasarse? ¿O suele ir sin rumbo fijo?

—Mi sargento, usted perdone. Sin rumbo fijo quiere decir a cualquier sitio ¿no?

—¡Eso!

—Pues entonces, creo que sí. Aunque en enero, cuando nos vimos por última vez, me dijo que esta temporada se iba a ir hacia Alcalá de los Gazules y que pensaba aguantar por allí hasta la

feria de ganado que se celebra en el pueblo a finales de agosto.

—¿A Alcalá de los Gazules? ¿Y no pensaba acercarse por Benamahoma?

—Eso mismo le pregunté yo. Pero el año pasado no vendió ni una cabra en Benamahoma. Alcalá no es sitio donde solamos ir; pero precisamente por eso me dijo que quería pasarse por allí. Porque habría menos cabreros y le sería más fácil vender algo.

—¿Y cómo es Pedro Cárdenas?

—¿Cómo? No sé qué decirle...

Normal...

—Quiero decir si tiene alguna cosa que le haga fácil de identificar.

—«Identificar» quiere decir apresarlos, ¿no? Pues, si no lo sabe

usted...

—¡No hombre! Quiero decir alguna señal que lo haga distinto a los demás.

—¡Ah! Eso sí. Lleva un abrigo azul.

—¡Ajá, buena observación! Amigo, gracias por la información. Puede usted seguir tranquilamente. No le molestamos más. Y de este gazzápiro no se preocupe que ya le ajustamos nosotros las cuentas.

—¿De quién?

—Es igual, siga su camino y que le vaya bien.

—¡A mandar! Así da gusto, con la protección de los carabineros da gusto. Y no con los «gansos puros» estos o

como diga usted.

—El pelotón sigue su camino adelantando al rebaño de cabras. «Cañadas» va maniatado en su caballo.

—Bueno, ya sabemos donde está el pastor.

—Mi sargento —interviene «Cañadas»—, ¿le va a hacer usted caso a ese? Yo estaba a punto de sacarle todo lo que usted quería saber. ¿Y si le ha mentado?

—¡Usted se me va callando! ¡No va el fulano este y está a punto de ahorcarme a un pobre inocente! ¡Y encima diciéndome que sigue mis instrucciones!

—De verdad, mi sargento. ¡Lo siento! No volverá a pasar. Yo estoy

aquí para comprar ganado y para servir al Cuerpo de Carabineros. ¡Le juro que no volverá a pasar!

—Pero hombre, Cañadas, usted no es quien para ahorcarme a un pastor por las buenas... ¡Se ha colado usted, amigo!

—Mi sargento, le ruego que me perdone. El exceso de celo me ha perdido. Le aseguro que no tenía la menor intención de hacer daño al pastor. Era solo una estratagema.

—Mire, dejémoslo ahí. Ahora tenemos mucho que hacer. Siga usted a lo suyo, que nosotros, cuando lleguemos al puerto de Galis giramos a la derecha y nos vamos a Alcalá. ¡Romerales!, quítele a este hombre la cuerda de las manos. Está usted libre, Cañadas.

Mucha suerte.

—Muy agradecido, mi sargento. Yo les acompaño hasta Galis. Allí giro a la izquierda y me voy en dirección a Grazales. Voy a ver si compro en la feria de Benamahoma. Si veo algo, doy parte en el destacamento de Ubrique. Y le vuelvo a jurar que no volverá a pasar. No habrá más estratagemas.

—Eso espero.

—Puede estar seguro, mi sargento.

Nada más perder de vista a los carabineros, Publio Cano da media vuelta y sale a galope en dirección al lugar donde se encontraron con el

cabrero. Tiene que averiguar a toda costa si miente o si es cierto lo de Alcalá. De ser esto último, se tiene que adelantar a los carabineros cogiendo otro camino; y si el cabrero ha mentado, le sacará la verdad y encontrará a Pedro Cárdenas. En ese caso le vendrá de perlas que los carabineros estén en Alcalá siguiendo una pista falsa y perdiendo el tiempo.

LA PRIMERA PEDRADA

José Raposo ve cómo se alejan los carabineros con el pelirrojo. El cabrero sigue abajo. No puede ser el hijo de Perico, pero tal vez lo conozca.

No falta mucho para sea mediodía. Las cabras no han avanzado, sino que han empezado, lentamente, a subir la pendiente, hacia el lugar donde está José. Tal vez no tenga que bajar hasta la

cañada.

Al cabo de quince minutos, a media ladera, se encuentra con el cabrero.

—¡Buenos días!

El cabrero da un respingo. No se esperaba la aparición de un hombre. Y menos con la pinta de este: sucio y con barba de muchos días.

—Buenas tenga usted, amigo. Está visto que no es mi día. Segunda vez que me sorprenden.

—Disculpe, quiero hacerle una pregunta.

—¡Vaya! Hoy todo el mundo quiere preguntarme algo.

—Esto..., ¿conoce usted a Pedro Cárdenas.

—¡Coño! ¿Se puede saber qué pasa con ese Pedro Cárdenas? Todo el mundo me pregunta hoy por él. Y no me hables de usted que me voy a creer que soy un marqués.

—Vale... ¿Me quieres decir que los carabineros que estaban hace un rato ahí abajo también te han preguntado por el mismo Pedro? ¡Ya me lo imaginaba yo!

—¡Pues sí! Y el pelirrojo, que por poco me ahorca, también me preguntó por el Pedro ese. En mi vida me habían sorprendido de esa manera. Se me acercó por detrás y empezó a hablarme amigablemente. Te aseguro que con la honda no necesito más defensa. Soy de los que ponen a una cabra patas arriba

de una pedrada en un cuerno. Pero por poco me lleva el tío al otro barrio por culpa de mi distracción. Menos mal que llegaron los carabineros...

—Yo, de pequeño, venía por aquí con las cabras y se me daba muy bien lo de la honda. Pero supongo que habré perdido mucha puntería. Hace años que no la uso.

—Sí. Esto de la honda es cosa de práctica.

—¿Y no usas perros para defensa? El cabrero al que acompañaba, hace años, tenía dos exclusivamente para eso. No había ser humano que se le pudiera acercar a menos de cinco metros si el no quería.

—Yo siempre he confiado en mi

habilidad con la honda. Aunque, en vista de lo de hoy, me lo voy a tener que ir pensando. Muchas veces me lo han dicho otros compañeros. Lo de los perros, digo. Pero yo solo los he utilizado hasta ahora para llevarme el ganado. Veo que entiendes del tema de las cabras...

—Al menos, entendía. Verás, amigo. Si quieres, te explico lo que pasa con Pedro Cárdenas. Y conmigo, de paso.

—Sí, claro. Ya me pica la curiosidad.

Se sientan los dos sobre un tronco mientras los tres perros del cabrero hacen su trabajo.

—¿No tendrás algo de comida? De

momento tengo, pero pronto voy a estar escaso. Cuando te explique entenderás por qué.

—Un trozo de queso nunca nos falta a los cabreros. Y menos comida me va a faltar cuando ayer estuve comprando cosas en la venta de Piña.

Mientras come el queso con pan que le ha pasado el cabrero y bebe agua de su cantimplora, José le explica, por encima, su situación.

—¡Joder, amigo! Lo tienes fatal... Conozco a Pedro Cárdenas. No es que seamos íntimos, ya sabes que los cabrero nos ayudamos unos a otros lo mismo que nos hacemos la competencia. Pedro es un tipo legal, un buen tipo. A veces hemos coincidido en pastos o nos

hemos repartido alguna venta de ganado, ya sabes, poca cosa. Si estos lo encuentran antes que tú no hay problema para ti. Pero él lo puede pasar muy mal. Ya has visto cómo se las gasta el pelirrojo...

—Ya...

—Y si tú lo encuentras y él te indica un sitio donde esconderte o te ayuda, entonces lo va a pasar igual de mal y, además, tú vas a tener a los carabineros o al Pecas encima en nada.

—Tengo claro es que lo mejor que puedo hacer es no buscar a Pedro. ¡Ojalá él tenga suerte y no lo encuentren!

—¡Está la cosa difícil para ti, amigo! ¡Muy difícil!

—Lo sé, compañero. Lo único que

se me ocurre es seguir aquí escondido y esperar. Pero, es muy probable que, tarde o temprano, terminen por capturarme.

—Cuanto menos te muevas, mejor para ti. De momento he mandado a los carabineros y al pelirrojo a Alcalá de los Gazules. ¿Qué tal el queso?

—Buenísimo.

—No llevo más que para unos días, pero ya compraré más cosas en alguna venta. Mira, te voy a dar la comida que he comprado, menos algo que me reservaré. Además, en el burro llevo una buena reserva de chicharrones y chacinas.

—Pero no sabes quien soy ni por qué me persiguen los carabineros...

—Es verdad que no te conozco de nada. Pero, si fueras un maleante, no me habrías pedido comida. Me la habrías robado y quién sabe si no me habrías atacado para quitarme el poco dinero que llevo.

—Te agradezco la confianza. Lo cierto es que, como te he dicho, soy un fugado de prisión.

—Yo de eso entiendo poco. Por lo que he visto, que no es mucho, en prisión entran buenos y malos. Y fuera hay muchos que me parece que son peores que los de dentro. Y tú no me pareces de los malos, la verdad sea dicha.

—Yo no sé lo que soy. Quiero ser una persona normal, con su familia y sus

hijos, aunque me temo que eso no va a poder ser.

—¡Nunca se sabe, amigo...!

—Estoy pensando que, si me quedo aquí, tú lo sabrás. Y si te vuelven a interrogar, me puedes delatar.

—No entiendo qué es «delatar». Pero, es verdad: el pelirrojo sí que me dio la lata...

—Bueno, más o menos a eso me refiero. Imagínate que aparece ese tío u otro por el estilo. Ya hemos visto que el pelirrojo estaba dispuesto a ahorcarte con tal de sacarte algo que no sabías. Pero ahora sabes donde estoy...

—Pues, no sé..., tendrás que confiar en mí. Lo que sí te aseguro es que, si el pelirrojo se me acerca, esta

vez no me coge de sorpresa. Dos veces no. De eso puedes estar seguro.

—¡Me arriesgaré! Voy a confiar en ti. Me quedo aquí. Si me cogen, no será culpa tuya.

—Se me ocurre una cosa...

—¿El qué?

—¿A ti te conoce alguno de tus perseguidores? Quiero decir que si te han visto el careto ese que tienes.

—Creo que no... Supongo que la descripción que pueda haber es la que haya dado el alcaide del presidio de donde me escape. Porque aquí en Jerez lo que puedan saber es de un niño de dieciséis años. Y no creo que me parezca mucho...

—«Descripción» quiere decir el

careto que tienes ahora, ¿no? O sea, que habrán dicho a los carabineros que eres un tipo con barba muy cerrada, dos cejas que parecen una sola, moreno, de estatura mediana y ojos de entre buena persona y zorro cabreado —confirma el pastor mirando de arriba abajo a José.

José ríe de buena gana y confirma la descripción del pastor.

—Sí... Ese soy yo.

—Ea, ya lo tengo. Para arreglarlo. Estirarte no puedo; y engordarte tampoco, así que te voy a prestar la navaja de afeitar y unas tijeras que llevo y las vas a usar a diario. Las cejas te las afeitas cada semana. Y el pelo siempre corto.

—Gracias, amigo.

—Y lo más importante de todo. ¡Me vas a robar la cédula de identificación!

—¿El qué?

—Ya sabes que en los pueblos nos dan una cédula de identificación a todos los avecindados permanentemente o desde mucho tiempo atrás. Yo tengo una y te la voy a dar a ti. En caso de peligro, la enseñas y dices que eres yo, o sea, el que viene en la cédula. Yo no sé leer, pero ahí está todo. —El cabrero mete la mano en la zamarra que lleva puesta y empieza a rebuscar hasta que saca el documento.

—Pero...

—Nada, hombre. Aquí la tienes. A mí nunca me la han pedido. Y, si me la

pidieran, digo que me la ha robado un maleante y doy la dirección que me dé la gana, según dónde esté en ese momento.

José recoge el documento, es un papel, grueso y de pequeñas dimensiones, que se cierra como un libro. Por fuera, en la primera página, hay un escudo grabado y pone:

*Ayuntamiento de Chiclana
de la Frontera*

*Cédula de residencia
correspondiente a*

ANTONIO ARAGÓN
PANÉS.

En el interior, está escrito lo siguiente:

DETALLES

<i>Nombre del padre:</i> Antonio	<i>Permanencia autorizada:</i> Indefinida
<i>Nombre de la madre:</i> Josefa	<i>Actividad a la que se dedica:</i>
<i>Hijos:</i> -----	<i>Registrado</i> <i>al</i>
<i>Residencia:</i> Desde 14 de septiembre	<i>Panadería</i>

de 1854
(Su fecha de
nacimiento)

folio: -----
Del libro: -----

En la contraportada vienen diversos datos de filiación.

—Bueno, mi nombre es...

—No hace falta que me lo digas, Antonio. Sé leer. Lo que no entiendo es por qué pone que eres panadero.

—Mi padre tiene una panadería en Chiclana de la Frontera, que es donde yo nací. He estado muchos años trabajando de panadero. Luego, compramos cabras y yo me hice cargo. Cuando estoy en el pueblo sigo ayudando en la panadería.

Mi padre ha estado unos meses enfermo y por eso precisamente es por lo que he llegado por aquí más tarde que la mayoría de los pastores.

—¡No sé cómo agradecerte la ayuda!

—No dejando que te cojan. Por mí no te preocupes. Cuando vuelva a Chiclana, digo que me la han robado y me hacen un duplicado. Lo mismo no te sirve la cédula para nada, pero igual te puede salvar de un apuro.

—¿Y si me preguntan qué hace un panadero de Chiclana por aquí?

—Hombre... ¡no lo voy a hacer yo todo! Di que tienes una prima en algún sitio, que ibas a verla y te han robado el burro. Cualquier historia...

—No..., si ahí arriba tengo un caballo...

—Entonces lo tienes más fácil.

Después de estar toda la tarde hablando, el Antonio verdadero y el falso son ya amigos.

—Bueno, yo me voy a ir marchando por la cañada, a ver si la noche me coge un poco más hacia el puerto de Galis y la venta que está por la Saucedá.

—Antonio, te prometo que si salgo de esta, un día aparezco por Chiclana y te devuelvo lo que has hecho por mí.

—¡Ojalá! Y no lo digo por la devolución... ¡Venga, me marcho!

El pastor da unos gritos a los perros coge su burro y empieza a

moverse con el ganado ladera abajo. José se queda mirando cómo se va alejando el rebaño, lentamente por la cañada. En una hora será de noche. Cuando desaparece todo rastro de las cabras, José —que a partir de ahora se llamará Antonio Aragón, en caso necesario— se marcha para su guarida con un lienzo de paño lleno de provisiones.

Publio Cano viene desandando el camino. Ya le parece extraño no haberse encontrado todavía con el cabrero. «Se habrá detenido —piensa—. No puedo tardar mucho en encontrarlo, porque ya

estoy cerca del lugar en que lo encontré por la mañana. Tal vez no se haya movido todavía en dirección al puerto».

Lleva el revólver a mano. La carabina *Sprinfied*, modelo de 1873 — un arma capaz de disparar diez balas de 11.43 milímetros por minuto y con un alcance eficaz de hasta trescientos metros—, sigue desmontada y en el lateral del caballo desde que salió de Jerez. Piensa que, de momento, no la necesita.

De repente, tras una curva, a unos doscientos metros, ve al rebaño que se acerca. Algo retrasado, vislumbra al cabrero y echa mano al revólver. Todavía no es de noche, mas ya no se ve con claridad. «¡Se va a enterar este! ¡A

ver si ahora se ríe de mí!»).

En ese pensamiento se encuentra Publio Cano, cuando ve que el cabrero empieza a girar un brazo, haciendo círculos. Oye un zumbido, seguido de un sonido fuerte, semejante a un latigazo. Sin llegar a saber qué está sucediendo, siente cómo algo le desgarró la frente.

Un minuto después, Antonio Aragón está junto al caído con la honda colgada del cuello. Comprueba que el pelirrojo está vivo, aunque tiene siesta para un buen rato. Lo primero que hace es arrancarle el revólver de la mano y guardárselo en un bolsillo. A continuación, le quita las botas y las introduce en el serón del burro.

Luego, se va para el caballo y le

desata los arreos, echándolos encima del burro. Le da un repaso a todo lo que lleva el animal encima. «La madre que lo parió, este tío tiene una carabina. Si no se la quito, como he hecho con el revólver, me sigue y me mata sin que me dé ni cuenta». Coge el arma, que tiene la culata y el cañón separados, y la echa también en el serón. A continuación, le propina una fuerte palmada al caballo en la grupa y este sale galopando a toda velocidad. «El caballo regresará, pero los arreos va a tardar el Pecas este en encontrarlos. Hasta mañana no los tiro por ahí. La carabina y el revólver igual..., no vaya alguien a prenderme por robo. Y menos con armas encima. Pero las botas me las quedo como pago por el

susto que me dio este hijo de perra esta mañana».

CARTAS EN EL ASUNTO

Desde el día en que conoció a José Raposo en la choza del Cojo, Francisco Montes, el periodista de *El Guadalete*, se ha tomado la protección y apoyo a la familia como algo personal.

Ha estado visitando al anciano y a su hija todas las semanas. Les ha llevado comida, ropa e incluso algunos enseres. Han pasado casi tres meses

desde que el fugado se fue huyendo para la sierra.

A Montes, un hombre aún joven, apuesto, generoso y educado, le gusta quedarse a hablar un rato con padre e hija. Sobre todo con la segunda, porque el padre habla poco, aunque asiente mucho.

Juanita, con poco más de treinta años auestas, mal llevados por el peor dolor, que es el que sale del alma, sigue sin ser guapa ni tampoco fea; no obstante, sus ojos son negros y grandes, como siempre, y su mirada transmite una inmensa sinceridad, una bondad que se refleja en todo lo que hace. Es una mujer inculta; sin embargo, a pesar de ello, tiene una especial habilidad para

expresar, a su manera, lo que piensa y lo que siente.

—Juana, ¿cómo sigue todo?

—Como siempre, don Francisco.

—¡Pero mujer!, ¿cuántas veces te voy a decir que no me pongas el «don» por delante cada vez que me dices algo?

—Así son las cosas: usted es un «señorito»...

—¡Qué «señorito» ni qué...! Soy un amigo y nada más. Creo que os lo he demostrado, ¿no?

—También es verdad...

—Quería deciros que hay una cosa que podemos interpretar como buena para José: ya han pasado cerca de tres meses desde que se fue a la sierra y no hay noticias. Eso significa que no lo han

cazado. El tiempo juega a su favor: cuanto más pase, más se irá aflojando la búsqueda. De hecho, he comprobado que desde hace unas semanas ya no hay vigilancia de guardias civiles por aquí.

—Para mí que no veo más a mi Pepito —tercia el padre, que parecía no estar pendiente de la conversación—. Me moriré sin verlo.

—Ya se verá... No es fácil. No obstante, no hay que perder la esperanza.

—Esa la perdí yo hace dieciséis años, cuando mi Pepito mató a los tres Gálvez; y más todavía un año después, cuando me quitaron a mi nieto.

—Le comprendo —responde Francisco—. Sin embargo, la vida sigue.

Hay que confiar en que las cosas cambien cuando menos se espere

—No. La vida se paró aquel día para mí. Nunca hemos hablado con nadie de todo aquello. No habría servido para nada —aclara Juana, abatida—. Usted y su amigo Pablo saben lo de mi hijo porque yo se lo dije a ustedes para que lo escribieran en el papel que le llevaron a mi hermano.

—¿Has visto al niño alguna vez, Juana?

—Sí, desde lejos y a escondidas. Es un buen mozo. Tiene un aire parecido al de mi hermano Pepito, aunque es más alto y mucho más guapo. Y habla como él. Quiero decir su voz, porque las palabras son diferentes.

—Lo que más me duele —afirma el padre— es que, en el bautizo, los Gálvez le pusieran al niño los nombres de los dos que violaron a mi Juanita. — La mujer rompe a llorar suave y amargamente—. Cuando nosotros lo bautizamos, le pusimos el nombre que tenía que tener: José.

—Un momento... ¿Qué me dice? ¿Que ustedes bautizaron al niño?

—¡Pues claro! Somos buenos cristianos..., o al menos lo intentamos. Y el niño tenía derecho a ser bautizado, ¿no? El párroco lo entendió...

—Sí, claro que tenía derecho. ¿Y cuándo lo bautizaron?

—Cuando mi niño tenía un mesecito. En enero del setenta y uno. El

día ocho.

—¿Dónde?

—En la parroquia de San Marcos. Fuimos a ver a «don Bendito» y él lo registró en el libro y lo bautizó.

—Juanita, te referirás a don Benito...

—Sí, sí, el párroco de San Marcos. Yo pensaba que se llamaba así...

—¡Pero esa es una gran noticia!

—¿El qué?

—Vamos a ver si os explico: si vosotros habíais bautizado y registrado al niño en la parroquia, cualquier registro posterior no tiene validez. — Francisco está entusiasmado con el descubrimiento.

—No entiendo eso —replica el padre—. Nos lo quitaron y no podemos hacer nada. Don Francisco, yo le pido por Dios que no nos dé esperanzas, que bastante mal lo hemos pasado..., y lo seguimos pasando.

—Dejadme que piense... Está claro que en la parroquia tiene que estar registrado el niño con fecha de ocho de enero de 1871. No creo que el párroco haya borrado nada. Todo el mundo lo conoce en Jerez y todos sabemos que es un «bendito», como le llamas tú, Juana. Y no habiendo borrado el registro, el posterior no puede tener validez efectiva ni jurídica.

—De lo último no he cogido nada, don Francisco. Vamos..., que no le he

entendido.

—A lo que voy: lo primero que podemos demostrar con toda seguridad, si consultamos el registro, es que tú tuviste un hijo. El problema va a ser probar que el bautizado meses después era el mismo. Eso es: hay que demostrar que ambos eran el mismo niño... Creo que sé por dónde empezar. No os voy a dar esperanzas, pero me voy a ocupar del asunto.

Al día siguiente, Francisco Montes está hablando con el párroco de San Marcos en su despacho.

—Don Benito, soy Francisco

Montes, periodista de *El Guadalete*. Estamos haciendo una estadística sobre los niños que se registraron en Jerez después de la puesta en vigor, en junio de 1870, de la Ley de creación del Registro Civil. Más que nada para demostrar que aquella nefasta ley no sirvió para nada y que los padres siguieron registrando a sus niños en las correspondientes parroquias, como toda la vida de Dios. Y usted me perdonará por la expresión.

—Pues, si es con esa intención, hijo mío, estoy a su entera disposición.

—¿Podría usted facilitarme los libros de registro parroquial de 1870 y 1871? Digo para consultarlos aquí en la parroquia...

—Hijo, yo no estoy seguro de que eso sea correcto...

—Don Benito, la causa es buena...

—No lo dudo. Entiéndame: yo tampoco lo conozco a usted...

—Puede preguntar por mí en el periódico, si lo desea. Si usted no me ayuda, padre, no voy a poder demostrar que, antes y después de la famosa y nefasta ley, la Iglesia siguió cumpliendo su sagrada misión de registrar a todos los niños antes de ser bautizados. ¡Es una lástima! En fin..., siempre puedo ir a otra parroquia. La cuestión es que usted es el único párroco que sigue aquí después de todos estos años. No va a ser lo mismo.

—Mira, hijo: se me ocurre que

puedo ver todo lo que me pidas y luego te informo.

—¿De verdad, padre? ¡No sabe cuánto se lo agradezco!

—Bueno, pues ¿por dónde quiere que empiece?

Después de una semana de visitas de Francisco Montes al párroco de San Marcos, este está ya más que cansado de contar y dar datos de registros, libros, folios y folios vueltos.

—Mire, don Francisco, por hoy hemos terminado. Tengo misa dentro de diez minutos.

—Por Dios se lo pido, don Benito,

déjeme un poco más que esto está ya casi terminado...

—De acuerdo. Siga usted solo. Le veo después de misa.

Nada más salir el párroco, Montes se lanza como un poseso hacia el libro de 1871. Ahí está, con letra clara y precisa, el registro, el día 8 de enero, de «José Raposo, hijo de Juana Raposo Lobillo y de padre desconocido». Ahora solo le falta encontrar el registro de Antonio Javier Gálvez. El párroco regresa mientras Montes aparenta estar en plena faena.

—Padre, esto está casi terminado.

—Me alegro, hijo, porque ha sido agotador.

—No sabe cuánto le agradezco su

colaboración. La Iglesia va a demostrar, a través de su valía y entrega como párroco, lo mucho que ha hecho, y hace, por sus hijos.

—Hijo me aturde usted. Me aturde y me halaga en exceso...

—¡Justicia! ¡Eso es lo que hago, padre! Ya tengo casi todos los datos. Para terminar, querría preguntarle algo.

—Usted dirá, hijo mío.

—¿Sería posible que usted me diera algunos certificados de bautismo?

—¿Para ponerlos en su periódico? Hijo, eso es imposible del todo.

—¡No, por Dios! ¿Cómo iba yo a hacer eso? Verá, sé que las leyes eclesiásticas permiten a cualquier feligrés pedir un certificado de

bautismo, para así poder comprobar si algún conocido es cristiano como debe ser.

—¿Ah, sí?

—Claro, padre. ¡Imagínese!

¿Cómo no va a tener derecho un buen católico a saber si su vecino o su criado son o no son, no diré buenos cristianos, sino cristianos a secas?

—Ahora que lo dice, lleva usted razón...

—¿Podría usted expedirme algunos certificados de bautismo? De forma aleatoria... Ya me estoy imaginando la reacción de los lectores cuando lean mi artículo en *El Guadalete*

—Montes extiende los brazos y hace como si se encontrara leyendo un

periódico:

Tenemos en nuestro poder algunos certificados de bautismo y podemos asegurar que las personas que fueron registradas también fueron bautizadas. ¿Para qué sirvió aquella nefasta ley de Registro Civil, tan atentatoria contra la Iglesia como para sus fieles corderos, si no alteró en nada la fe de nuestro pueblo, que siguió bautizando a sus hijos...

—Eso lo puede usted escribir sin necesidad de que yo le expida los certificados...

—¡No padre! ¡Eso no puede ser!

Si yo digo que tengo en mi poder unos certificados y no es cierto, estoy pecando. ¡No puede ser!

Francisco Montes sale de la parroquia de San Marcos con varios certificados de bautismo. Entre ellos, el de José Raposo y el de Antonio Javier Gálvez, el segundo fechado el 14 de abril de 1871.

Al día siguiente, Francisco Montes se pasa por la consulta del doctor Felipe Agudo, un hombre algo mayor, que sigue ejerciendo su profesión, tanto por amor al prójimo como por necesidad.

—¿Qué se le ofrece, caballero?

—Mire usted, no vengo como paciente. Soy periodista. Vengo a hacerle una consulta de otro tipo.

—Usted dirá. Si está en mi mano ayudarle...

Nada más ver al médico, Montes tiene la impresión de que se trata de una buena persona. Parece un hombre íntegro. No se suele equivocar en eso. También le pasó cuando conoció al prófugo. Pero las buenas personas también cometen errores, a veces graves, e incluso bajezas inexplicables.

—Doctor, le voy a contar algo muy serio. Usted es médico de la familia Gálvez desde hace tiempo, ¿no es así?

—Cierto. Desde hace más de veinte años.

—Pues bien, tengo sospechas de que el hijo de Jesús Gálvez e Inés Sánchez no es suyo. Y, quisiera equivocarme, pero creo que puede tratarse de un niño robado.

—¡Qué dice usted! ¡Eso no puede ser! Esa familia es intachable...

—Eso yo no lo sé. He acudido a usted porque, como médico, podría aclararme varias dudas. En primer lugar me gustaría que me indicase si recuerda el embarazo de doña Inés...

—Eso es algo que no me permite el secreto profesional. No puedo contestarle. Lo siento.

—Doctor, no le estoy preguntando por ningún detalle o contratiempo del embarazo. Solo si recuerda que

estuviera embarazada. Además, no hablamos de una enfermedad, sino de un embarazo... Usted tiene que saberlo.

—Lleva usted razón. No se trata de una enfermedad y podría contestarle. Pero creo que no debo hacerlo. Digamos que no lo recuerdo.

—Doctor, ¿cómo no va a recordar si doña Inés estuvo embarazada, siendo el médico de la familia? No puedo creerle.

—He atendido a tantas personas embarazadas... No sé... supongo que sí.

—¿Solo lo supone? ¿No lo recuerda?

—Esto... No. Lo cierto es que no recuerdo que estuviese embarazada.

—¡Doctor, por favor! Sea franco.

Le repito que, siendo médico de la familia, no me puedo creer que no se acuerde de esto. ¿Estuvo o no estuvo embarazada.

—No. No lo estuvo.

—Entonces, el hijo no es suyo...

—Yo no he dicho eso.

Obviamente, el niño es suyo legalmente.

—Entonces, si no estuvo embarazada y el hijo es suyo legalmente, eso debe significar que el niño es un recogido de la casa de expósitos y los padres no quieren airear el tema. Y esa debe ser la razón por la que usted ha dudado en darme la respuesta

—Que conste que no le he dicho nada. Creo que no debo dar información sobre esos temas. ¿Por qué no le

pregunta usted a la familia?

—Ya le digo, doctor: tengo serias sospechas de que ese niño fue robado. No voy a preguntarle eso a ellos... Supongo que usted no me va a confirmar si el niño fue recogido en la casa de expósitos de aquí, de Jerez... Aunque tampoco hace falta: con ir y preguntar al director, que, por cierto, es buen amigo mío... En los registros del establecimiento debe estar todo reflejado.

—Respecto a eso, le tengo que decir que las casas de expósitos no son excesivamente meticulosas y a veces entregan recién nacidos a buenas familias sin necesidad de que medien documentos.

—Pues también puede ser eso último... Le voy a ser franco: hay una mujer que me ha comunicado hace poco que ese niño, el de don Jesús y doña Inés, se lo robaron a ella teniendo tan solo unos meses de vida.

—Eso no es problema mío. Yo le he dicho lo que sé. Pero, francamente, no me creo que fuese robado.

—Usted me ha confirmado que doña Inés no estaba embarazada. Desde luego, usted tendría un problema muy serio si resultase que lo del rapto fuese cierto, se pudiera demostrar con pruebas y usted supiera algo. Se le acusaría, como mínimo, de haber encubierto el robo de un niño. O tal vez de ser cómplice.

—Eso mismo que dice usted, digo yo: tendría que haber pruebas del rapto y yo tendría que saber que se había producido... Y le aseguro que no sé nada de eso.

—Claro, don Felipe. Claro. Pero creo que usted me puede confirmar algo. Unas preguntas y no le molesto más. ¿No era usted médico del distrito al que pertenece Alcubilla en el sistema de beneficencia municipal por las fechas en que nació el hijo de don Jesús?

—Déjeme que eche cuentas... Pues sí. ¿Pero eso que tiene que ver?...

—¡Mucho! Y, ¿no era el párroco de San Marcos el vicepresidente del distrito municipal de beneficencia del mismo nombre?

—Sí. Me acuerdo perfectamente. Pero sigo sin entender...

—Yo le explico y terminamos. — El doctor se muestra inquieto—. Hay cosas que no entiendo. En primer lugar, no me explico cómo es posible que, habiendo un niño recién nacido en su distrito, hijo de Juana Raposo... Conoce usted a los Raposo, ¿no?

—Pues no. No caigo...

—Sí, doctor: Juana Raposo tuvo un hijo después del incidente. Del crimen de su hermano, el que mató a los dos Gálvez. ¡No me diga que no lo recuerda!

—¡Ah, sí! No recordaba el apellido, pero el crimen no lo olvidaré en mi vida.

—Sigo. Le decía que no entiendo cómo, habiendo nacido ese niño en su distrito y habiendo tenido que asistir usted al parto...

—Bueno, solo tenía que asistir si era necesario. De ese, en concreto, no me acuerdo.

—Pero, en cualquier caso, usted tenía que certificar todos los partos de su distrito y comunicarlos, ¿no?

—Eso sí...

—Y usted tenía forzosamente que conocer a Juana Raposo. Porque estuvo de criada donde los Gálvez...

—Sí. Ahora recuerdo. La conocía.

—Pues le decía que habiendo usted asistido, o intervenido, en el parto, y conociendo a Juana, no comprendo

cómo usted no relacionó al recién nacido con el crimen de los Gálvez...

—Supongo que sí, que era consciente de que el niño era producto de aquello.

—Y, tres meses después, los Gálvez adoptaron a su hijo, justo cuando desapareció el de Juana. ¡Mucha casualidad! ¿No le parece?

—¿Que desapareció?

—Es un decir. Mi teoría es que los Gálvez lo robaron. Y que usted debía estar enterado. O, al menos, tenía que estar enterado de que el niño que adoptaron los Gálvez era el de Juana Raposo.

—Si el niño desapareció, lo más probable es que fuera por fallecimiento.

No se imagina la cantidad de niños que mueren a los pocos meses de haber nacido. Y más entre las personas de baja condición.

—Pero, si el niño falleció, usted tuvo que asistir a la choza de los Raposo y expedir un certificado de defunción, que seguro constará en el Ayuntamiento... Lo mismo que tuvo que conocer, tres meses antes, el parto...

—La verdad es que no recuerdo nada de todo eso. Cierto es que, si el niño falleció, efectivamente, yo le debí confeccionar el certificado... Pero también podría ser que la madre hubiese tenido al niño sin avisar a los servicios de beneficencia y lo tirase luego por ahí cuando falleció. Los jornaleros y demás

gente baja son así...

—Doctor, tenga cuidado con las palabras. Eso no es justo por su parte. La cosa es que pienso ir al Ayuntamiento y comprobar si el nacimiento y fallecimiento del niño están registrados en la sección de beneficencia. El secretario es un buen amigo y me ayudará.

—Le repito que eso no demuestra nada. Es posible que no haya ningún registro de ese niño en la sección de beneficencia. A veces... —el médico no sabe qué decir; se muestra francamente preocupado y desasosegado.

—Pues son demasiadas casualidades —afirma Montes con contundencia—. Luego, el párroco

tendrá que tener también registrado el enterramiento de la criatura. Porque sepa usted que el niño fue bautizado por los Raposo y, por tanto, no veo el motivo por el que no lo iban a enterrar en sagrado, en el caso de que hubiera fallecido. Si tiene alguna duda, aquí tiene el certificado de bautismo, expedido por el párroco.

El médico parece derrumbarse. El certificado ha sido más un golpe de efecto que una prueba de nada. Y Montes lo sabe. Pero el doctor se siente acorralado. No tanto por las palabras del periodista como por su propia conciencia.

—Mire, yo no participé en nada. Ni he expedido certificados falsos ni he

hecho nada contrario a mi profesión. Mi gran error fue callar lo que tenía delante de los ojos. Siempre me he estado engañando a mí mismo pensando que no tenía por qué inmiscuirme en el asunto. Que no era cosa mía. Ni siquiera los Gálvez son conscientes de que yo sé que el niño que tienen es de Juana Raposo. Se lo voy a contar todo.

—Dígame usted, don Felipe. Dígame.

—Una semana antes, de que me llamaran los Gálvez para comprobar el estado de salud del niño recién llegado al cortijo, yo había estado en la choza de los Raposo. El pequeño estaba algo enfermo. Nada de importancia. Cuando lo vi en el cortijo, me di cuenta

enseguida de que era el mismo. Nunca he dicho nada ni me he querido meter. Supuse que la madre natural lo había entregado a los Gálvez, a su tío Jesús, para que le diera una vida mejor. ¡Le juro que jamás se me pasó por la cabeza que el niño fuese robado!

—Le creo, don Felipe. ¿Se comprometería usted conmigo a afirmar ante un tribunal que Inés no estuvo nunca embarazada y que el hijo de los Gálvez es en realidad hijo de Juana Raposo?

—Lo haré. Se lo garantizo.

—Bien, pues cuento con usted. No ahora. Cuando llegue el momento.

—¿Sabe qué le digo? Que me ha quitado usted una losa que llevaba encima desde hace años. Ya estoy mayor

y siempre me ha pesado haber sido testigo de todo aquello.

—Me alegro. Con su declaración podremos demostrar, en su momento, que el hijo de Inés es realmente de Juana.

—No quisiera desanimarle. Eso no es tanto como demostrar que el niño fue raptado. Además, entre usted y yo: cabe la posibilidad de que Jesús Gálvez pague un testigo falso que jure lo que él le diga. Por ejemplo, que estuvo presente cuando Juana se lo dio voluntariamente a él o a su esposa.

—Tiene usted razón. Habrá que utilizar la sorpresa, para no dejarle reaccionar. Le voy a pedir algo muy importante: no comente esta

conversación con nadie, absolutamente con nadie. Se lo ruego.

—Cuenta con ello. Puede estar completamente seguro.

—Perdone, don Felipe. ¿Sabe usted si queda alguien de aquella época entre la servidumbre de los Gálvez? O recuerda usted los nombres de algunos de los criados. Me gustaría hablar con ellos.

Francisco Montes no tardó en encontrar a Luisa, la chica tímida que sustituyó a Juana en la casa de los Gálvez y presencié la rapto del niño. Hacía años que la habían echado.

«Había crecido y, según doña Ernestina, me había vuelto demasiado respondona», explicó Luisa.

UN TIMO

Francisco Montes finalizó a principios de noviembre las averiguaciones que demostraban el rapto de Antonio Javier Gálvez y que este era hijo de Juana Raposo. Todavía, en breve, le quedaba algo que averiguar que cambiaría todo el curso de los acontecimientos y el rumbo de la desgraciada historia de los Raposo. Más

concretamente del fugado.

Por entonces, José ya había asaltado con nocturnidad y hambre todas las casas de campo de los alrededores de su refugio. Resultó que robar gallinas no era tan fácil como él se pensó al principio. Los perros de las casas, con sus ladridos, y algunos dueños, que al menor ruido tenían la escopeta a mano y a punto para disparar, no ayudaban precisamente. Más de una vez tuvo que salir a toda prisa con la gallina cogida por el pescuezo y el sonido de los disparos de escopeta más cerca de lo deseado.

Respecto a los carabineros, a los que dejamos tres meses atrás camino de Alcalá de los Gazules, estos se llevaron un enorme chasco en dicho pueblo.

—Amigo, buenos días. ¿Me podría indicar por dónde anda un cabrero llamado Pedro Cárdenas?

—Pues no me suena el nombre. Y mire que todos los cabreros de aquí nos conocemos.

—No. Es que el cabrero que yo digo no es de aquí. Es de la Barca de la Florida.

—Entonces ya le digo yo que por aquí no anda. Me parece que ustedes no están al tanto de los asuntos del ganado.

—Oiga amigo, no sé a qué se refiere. Sabemos que está por aquí.

—Verá usted, el cabrero ese no está por aquí. Y no está por aquí porque no puede estar. Y no puede estar porque hay una real cédula de la época del rey Sabio, que dice que en los montes comunales del termino de Alcalá no puede haber más cabreros que los del pueblo. Y, además, no puede estar aquí porque aquí somos más cabreros que piojos en un presidio. Y, como no cabemos más, al que viene de fuera lo echamos a pedradas y no vuelve. No se le ocurre volver ¿Me entiende? No he conocido en todos los días de mi vida un pastor que no sea de Alcalá al que se le ocurra venir por aquí.

—Pero ustedes tiene feria ya pronto a finales de agosto. Supongo que

vendrán pastores de fuera a vender su ganado...

—Pues no lo ponga, mi sargento.

—Digo que supongo. No estoy poniendo nada.

—Yo de finezas de hablar no entiendo. Lo que le quiero decir es que aquí, a nuestra feria, vienen comparadores. Pero pastores de otros pueblos, ni por pienso.

El sargento Roncero dio claras muestras de bochorno. Y más cuando comprobó que la versión de varios cabreros era idéntica.

—Mi sargento, ahora va a resultar que el cabrero de Algar le echó a la caña y usted tragó el anzuelo.

—¡Romerales, no me toque los

cojones!

—Mi sargento, nada más lejos de mi intención. Pero me lo explicó usted tan bien... Lo que había que hacer, digo. Y ahora ya no sé... Perdone que le diga, pero así no me llega a brigada...

—¡Romerales, coño, menos guasa! ¡Mire que le meto un paquete por indisciplina!

La cosa es que los carabineros llevan tres meses recorriendo todas las cañadas, visitando todas las ventas y casas, subiendo a todos los cerros y rondando por los alrededores de todos los pueblos de la sierra, y no han encontrado nada de nada.

Por lo que se refiere a Publio Cano, este se encuentra muy lejos de Cádiz. Cuando se despertó, después de la pedrada de Antonio Aragón, a finales de julio, estaba completamente aturdido. Tardó un buen rato en comprender qué había sucedido. Se vio sin las botas y a lo primero que echó mano fue al revólver y al interior de la chaqueta, donde debía estar la cartera si no se la habían robado. Pero no: el dinero —una buena cantidad de billetes— estaba intacto; del revólver nunca más volvió a saber.

No muy lejos, estaba el caballo pastando tranquilamente. Publio vio que el animal se encontraba completamente

desnudo de atalajes y demás cosas. La carabina había desaparecido.

Tan dolorido por la gran pedrada de la honda como por las pequeñas piedras que se le fueron clavando en las plantas de los pies —pues fue incapaz de subir al caballo, al no tener riendas donde apoyarse—, se fue andando en dirección a Algar. Entró en la taberna de la pensión, se sentó en una mesa y llamó a la chica guapa que servía las comidas. Al cabo de media hora tenía unos buenos zapatos, así como unos aparejos para el caballo, viejos pero suficientes, y se estaba tomando un vaso de vino con queso.

Le urgía decidir qué hacer y empezó a pensar en ello. No tenía

carabina ni revólver, así que, si quería continuar con la caza, tendría que regresar a Jerez. Un revólver era relativamente fácil de comprar; pero una carabina como la que le habían robado, era otra cosa. Por otra parte, si iba a Jerez, el Raposo se le podía escurrir. Cuando regresara a la sierra podía haber salido de la provincia. O tal vez ya lo hubieran cogido los carabineros, y entonces, ¡adiós a los buenos miles de pesetas que le estaban esperando en el cortijo de los Gálvez! Un dineral que iba a perder por culpa de una pedrada.

No veía una solución. Pensándolo bien, no tenía que haber dejado sus actividades anteriores. El contrabando, la verdad, le había puesto en peligro en

alguna ocasión; sin embargo, le había reportado buenos beneficios. La caza legal de delincuentes no había estado mal, si bien, eso sí, le había hecho pasar demasiadas fatigas. Ya estaba cansado de noches al raso y de criminales, a veces más peligrosos de la cuenta.

¡Lo del juego y los timos! ¡Eso sí que fue una buena vida! Y divertida. ¡A cuántos había engañado con las cartas y con otros truquillos que se sabía! El problema era que eso, normalmente, no reportaba mucho dinero como no se diera un buen golpe de suerte. Y él, hasta que se dedicó al contrabando y lo demás, no lo había tenido. El golpe de suerte. Bueno..., ni mucho dinero tampoco.

De repente, se dio cuenta de que tenía la solución delante de las narices. «A ver, he hecho un trato: si mato al Raposo me llevo veinte mil pesetas además de las diez mil que ya tengo. Es mucho dinero. Más del que he ganado en años... ¡Pues ya está! ¡Si ya sabía yo que lo mío no era lo de cazar malhechores!», concluyó Publio contradiciendo el pensamiento que llevaba sosteniendo para sí desde hacía tiempo.

Lo suyo era el timo y el engaño. ¡Decidido! Iba a darse un tiempo, para no despertar sospechas, y luego iba a recoger «su dinero».

Publio se presentó en el cortijo de los Gálvez a principios de septiembre. Salió la misma criada que en julio.

—Buenos días. Querría hablar con don Jesús.

—¿Quién le digo que desea verle?

—Mirando mi cara, ya puede usted explicarle quién soy.

Jesús apareció enseguida, nervioso en extremo.

—Buenos días. ¿Trae usted noticias?

—Sí que traigo.

—¿Buenas?

—Sí que lo son.

—¿Muerto?

—¡Muerto!

—Un momento, voy a avisar a mi

madre.

—Claro, claro.

—La criada le acompañará a una salita. ¡Ah! No se le ocurra comentar que yo le ordené explícitamente matar al Raposo.

—Descuide.

—Ahora vuelvo.

En cinco minutos estaban sentados Ernestina, Jesús, Inés y Antonio Javier con el cazador, el último con una taza de té en la mano y unos pestiños con miel y bolitas de anís al alcance.

—Verán ustedes. Se lo puedo decir en dos palabras: asunto zanjado.

—Pero ¿zanjado..., del todo? —preguntó Jesús.

—¡Del todo! José Raposo ya no

cometerá más fechorías.

—Supongo que usted nos podrá aportar alguna prueba... —duda Ernestina.

—¡Señora, por Dios! ¿No pretenderá que les traiga aquí a la presa para que ustedes mismos la disequen o le hagan un dibujo para la posteridad?

—Tampoco se tiene que poner usted así con mi madre. ¿Nos está usted diciendo que ha tenido que matar a ese criminal?

—Perdonen ustedes. Así ha sido: me disparó y tuve que defenderme. Si no lo hago, me mata. Yo sé muy bien lo que hay que hacer en estos casos. Como comprenderán, no puedo dejar pruebas. ¡Solo faltaba que yo tuviese que

apechugar como un criminal, por ayudarles a hacer un acto de justicia. Y si lo más importante es que no haya pruebas, ustedes no me las pueden pedir. Como no les lleva donde está enterrado...

Inés mira preocupada a Antonio Javier.

—Tampoco es necesario que hable usted con esa crudeza, y menos delante del chico.

—Señora, usted me disculpe, pero la verdad es que esto ya me está enfadando un poco. Yo no he pedido que estén aquí ni usted ni su madre ni su hijo. Ustedes me han pedido lo que me han pedido, que el preso no les molestara más. Ese fue mi trato con don

Jesús y lo he cumplido. ¡Tienen mi palabra de que el problema está resuelto para siempre! Ahora bien, si dudan, lo único que puedo hacer es relatarles con toda su crudeza lo que ocurrió.

—No es necesario —negó Jesús, apoyando la negativa con movimientos de manos y cabeza—. No veo que haya que entretenerse en detalles, aunque sí que me parece oportuno que al menos nos diga, por encima, lo que ocurrió. Eso sí: le ruego que tenga usted la gentileza de tener en cuenta la presencia de mi señora madre, mi esposa y mi hijo.

—Solo les puedo decir que, en un lugar que no conviene que les revele, me encontré con el pastor que usted sabe,

don Jesús. Ya me costó sacarle la confesión de dónde estaba el Raposo. Y digo que me costó, no porque se resistiera, el muy tunante, sino porque no cedió hasta que no le ofrecí mil pesetas.

—¡Vaya!

—Por cierto, creo que lo justo es que usted añada ese dinero a la recompensa, que bien merecida me la tengo.

—Por eso no se preocupe.

—Pues sigo. El pastor me indicó el lugar donde se escondía el Raposo. Lugar que no les diré para su seguridad y la mía. El muy hijo de zorra se defendió bien. Claro está que, al final, mi puntería y mi carabina *Sprinfieled* demostraron que un zorro nunca escapa

a un buen cazador. Lo enterré en un lugar y recé una oración por él. Sé que no se la merecía. Pero yo, señores, aunque no lo parezca, soy un buen cristiano. Practicar no practico, pero a cristiano no hay quien me gane. Una vez yo...

—En fin —cortó Jesús aliviado—, lo importante es que la cosa está hecha.

—Así es. Por cierto, volviendo de terminar mi trabajo, tuve un encuentro con otro cabrero y, fíjese lo que son las cosas, ahí sí que salí malparado. Me ha parecido una señal para dejar este trabajo y buscarme otra vida, digamos, más tranquila.

—¿Y qué fue lo que pasó? —pregunta Antonio Javier, que no parece muy entusiasmado con la noticia y con la

resolución del caso.

—El muy... en fin el cabrero me dio una pedrada con una honda y me robó las botas, la carabina y el revolver. Y lo peor, todo el dinero que usted me había adelantado, don Jesús. En fin, esa es responsabilidad mía. Pero la cuestión es que el trabajo este les ha salido a ustedes a entera satisfacción. Yo, por el contrario, entre la carabina, el revólver y el dinero... ¡Vamos, que esto lo dejo y nunca más, Santo Tomás!

—Bueno amigo, usted comprenderá que lo que a usted le roben o dejen de robar es cosa suya. Yo le debo a usted veinte mil pesetas y se las voy a pagar ahora mismo. Junto a las mil que le dio al pastor, eso sí.

—Ya. ¡Qué le vamos a hacer!
¡Cosas que pasan! Yo les aseguro que de esto no hablaré en todos los días de mi vida. Bien me advirtió usted que ni nos conocemos ni nos hemos entrevistado jamás. ¡Mucho me tendrían que torturar los guardias civiles para que yo dijera esta boca es mía!

—Jesús —intervino Ernestina—: a este... caballero le das diez mil pesetas más y él nos asegura que no nos volvemos a ver nunca más.

—¡Por supuesto! ¡Cómo se nota que es usted una gran señora! Les doy mi palabra de que hoy es la última vez que nos vemos en esta vida. No se hable más. Por cierto, las pastas, buenísimas.

Y, por una vez en su vida, Publio

Cano, cumplió su palabra, porque nunca más le volvieron a ver el pelo los Gálvez. Dos días después, estaba embarcando en Cádiz en un vapor fletado por la *Societé Generale de Transports Maritimes*, con Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires como destinos.

ISÀ

Isà ha asimilado en poco tiempo la huida de José Raposo. Incluso se ha alegrado, en cierto modo, de lo ocurrido. Después de todo, le ha servido de excusa para intentar un cambio de vida. No es que le haya ido mal en Melilla, mas siempre ha sabido que algún día tendría que irse y enfrentarse

consigo mismo. Saber quién es realmente.

Ahora siente un ansia inesperada por encontrarse con su madre. Y un deseo irrefrenable de iniciar un futuro diferente. Hasta el momento, el hecho de ser hijo de un cristiano y una musulmana ha marcado su vida por completo. No sabe cómo, pero quiere que esto cambie de una vez por todas.

El padre de Isà era un soldado español. De nombre Félix Foncubierta, había nacido en Dos Hermanas —muy cerca de Sevilla— en 1824. En 1838 ya era educando de banda en el Regimiento de Infantería Soria número 9, de guarnición en Sevilla. Doce años después, en 1850, ascendió a sargento

de banda y pasó destinado a la banda de cornetas y tambores de la unidad militar denominada «Regimiento Fijo de Ceuta».

Ya por entonces, los cabileños solían hostigar a las tropas españolas cada vez que salían de la ciudad de Ceuta para hacer alguna marcha o algún ejercicio de tiro. A veces, se producían algunos enfrentamientos armados, que no solían pasar de un tímido intercambio de disparos, saldado casi siempre con la huida de los rifeños y pocas veces con algún muerto o herido.

Una tarde, volviendo de una marcha, poco antes de llegar a Castillejos, el sargento Foncubierta, que marchaba algo rezagado con algunos

soldados de la banda, oyó unos gritos no muy lejos del camino. Eran de mujer.

—¡Cabo!, sigue tú con estos que voy a ver qué pasa ahí.

—¡A la orden mi sargento!

Foncubierta se desvió del camino y vio, a unos doscientos metros, una casa de adobe, típica de los rifeños. Los gritos venían de dentro. El sargento se acercó lentamente y se asomó por un ventanuco. Lo que vio le sobresaltó brutalmente: dentro había un hombre y una mujer, algo mayores de edad, tendidos en el suelo rodeados de sendos charcos de sangre. Sobre un jergón, estaba una chica muy joven. Tenía los ojos muy abiertos, pero ya no gritaba. Un soldado estaba a su lado, poniéndole

la punta de un machete en el cuello; delante tenía a otro soldado con los pantalones bajados.

A Foncubierta le faltaba la respiración. Inmediatamente, pensó que tenía que decidirse. Caló la bayoneta de su fusil y entró en la habitación.

—¿Qué pasa aquí?!

El soldado del machete se levantó del jergón y, sin mediar palabra se dirigió hacia el sargento apuntándole con el arma que llevaba en la mano; el otro se giró tratando de coger el fusil que tenía al lado, apoyado en una mesa. Foncubierta no dudó ni un instante. Disparó a bocajarro al que le atacaba con el machete y se volvió al otro que ya estaba cogiendo el fusil.

—¡Quieto!

—¿A mí me vas a dar órdenes con el fusil descargado, mi sargento? ¡Me da igual ocho que ochenta!

El soldado se llevó el fusil a la cara. Foncubierta fue más rápido y le clavó la bayoneta en la barriga, sacándosela por detrás.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a la chica. Era casi una niña.

—Damyá. Damyá Alabi. Yo entiendo algo tu lengua. Poco.

Detrás de una cortina apareció un chico de unos ocho años.

—Mi hermano Magek. Lleva a los dos contigo. Ya no tenemos familia.

—¡Vamos!

Obró automáticamente. Podría

haberlos dejado allí, pero no pudo decir que no a la chica. Los montó en su caballo y en poco tiempo se puso a la altura de sus hombres.

—Mi sargento, ¿qué ha pasado?

—Nada. He estado cazando unas ratas.

El sargento Foncubierta tenía una casa alquilada en Benzú, un pequeño poblado en la parte oeste de Ceuta. Allí instaló a Damya y a Magek. Un año después, en 1851, nacía Isà.

Félix y Damya formaron algo parecido a una familia. No lo era completamente. En primer lugar, porque el sargento estaba casado y sabía que, antes o después, se marcharía destinado a la Península y regresaría con su

esposa. Por otro lado, Foncubierta no se preocupó nunca en exceso en la educación del niño o del hermano de Damya. Sería más justo decir que lo dejó casi todo en manos de ella, aun siendo una niña. Tampoco tenía mucho tiempo, o eso es lo que decía a menudo.

Al sargento ni se le ocurrió bautizar al niño. En una época en que el registro civil y el bautismo iban aparejados, un hombre casado no podía hacer nada al respecto. La iglesia no iba a permitirlo de ninguna manera. Damya enseñó a Isà los fundamentos de su religión, a pesar de no tener muchos conocimientos sobre ella, a parte de cosas rutinarias y básicas. E igual hizo Félix, a su manera. Isá igual rezaba un

padrenuestro que una sura aprendida por su madre de memoria. Para la madre era Isà y para el padre Jesús. El mismo nombre en dos idiomas distintos y una forma de «cumplir» cada cual con su religión.

Foncubierta vivía con ellos. Nunca se le conoció relación con otra mujer que no fuera Damya. Ambos se querían. Sin embargo, había un abismo de costumbres y leyes que los separaban, a pesar de dormir juntos cada noche.

En 1859, los rifeños atacaron Ceuta. España y el sultán del Rif entraron en guerra. El 26 de abril del año siguiente, el tratado de Wad-Ras ratificó la victoria española y le reportó a España el reconocimiento de la

soberanía sobre varias plazas del norte de África. El sargento estuvo fuera casi todo el tiempo que duró la contienda. Cuando regresó ya no era el mismo y Damya se percató enseguida de ello.

Siguió en Ceuta bastantes años más. Pero era frecuente que se pusiera a hablar con ella sobre la posibilidad de pedir destino o de que lo mandasen forzoso a una guarnición de la península. Damya sabía que eso supondría el fin de su relación. Y lo amaba. Él también la quería, pero empezaba a decirse que aquello no podía seguir.

Un día del año 1872 —Isà no recuerda muy bien cómo pasó— Félix Foncubierta se marchó. Su madre siempre le dijo que se había tenido que

ir porque había una guerra en España entre los carlistas y los isabelinos, pero Isà nunca lo terminó de creer.

Cuando se fue su padre, él tenía veintiún años. Su tío Magek, con treinta, estaba ya casado con una musulmana de Ceuta. Isà había estado trabajando varios años con su tío, que tenía una barca de pesca.

A raíz de la partida de su padre, el tío Magek se comprometió a ayudar a su hermana. Con treinta y siete años y amancebada desde los catorce con un cristiano, no tenía la menor posibilidad de sobrevivir sin la ayuda de su hermano o de su hijo. A Damya nunca le faltó algo para comer y vestirse. Y su hermano se encargó del alquiler de la

casa.

En Benzú, Isà era, para el resto de los musulmanes, el hijo de un cristiano; en Ceuta, un musulmán más. El único que no sabía quién era exactamente — con sus padrenuestros y sus suras; su pelo claro y su nariz aguileña— era él.

Muy pronto decidió que tenía que marcharse. Tal vez terminaría averiguando cuál era su verdadera identidad alejándose del barrio donde nació y de los vecinos que conocían su historia.

—Madre, no se preocupe por mí. Algún día regresaré. Se lo prometo.

Fueron las últimas palabras que dijo Isà a su madre. Ahora desea verla de nuevo y abrazarla. Después, ya decidirá qué hace. Se está despidiendo de Ahmed. Salieron de Melilla en la barca del rifeño y ahora están en su cabila.

—Isà, te pido por favor que te lleves este caballo. Te vendrá muy bien para el camino. Ya me lo devolverás cuando puedas, junto con el dinero que te he prestado. Porque ya sabes que todo es un préstamo —asegura Ahmed, con una sonrisa pícaro.

Isà, se marcha. Todo es mirar hacia delante. Su dominio del *Chelja* y su indumentaria lo hacen uno más. Su tez, su cabello y sus ojos son claros, si bien

esto no es imposible, ni mucho menos, entre los rifeños. Cuando llega a Ceuta, días después, se dirige directamente a Benzú, a la casa de su madre. Llama. Al cabo de unos segundos, abre un desconocido, que le contesta en español.

—¿Damyá? Aquí no vive ninguna Damyá. Se habrá equivocado usted de casa.

Esto no se lo esperaba. Se le ocurre que tal vez Magek se haya llevado a su hermana con ella —«Ojalá no haya cambiado de casa mi tío», piensa.

Cuando llama a la puerta de su tío está francamente preocupado e inquieto. Le abre su mujer.

—¿Quién eres?

—¿No me recuerdas? Soy el hijo de Damya.

—¡Ah, sí! Espera.

—Hola Isà, ¿cómo estás? —le dice Magek, que parece alegrarse francamente de verle.

—Bien, tío Magek... ¿Y mi madre? ¡No le habrá pasado algo...!

—No. Nada malo. Anda, entra. Quédate a comer algo, que tienes cara de no haber comido en bastante tiempo. Ahora te cuento.

Mientras comen tío y sobrino, el primero le cuenta a Isà una historia que no se esperaba.

—Verás, Isà. Tu padre volvió...

—¿Cómo?

—Sí. Volvió. Hace ocho años se

retiró del Ejército. Dos años después, en 1880, su mujer cristiana falleció. En dos meses estaba aquí buscando a tu madre. Me ha costado mucho aceptar que mi hermana se fuera con un cristiano a España. Pero sé que ellos se querían..., se quieren. Él le prometió que en cuanto llegasen allí se casaría con ella. ¡Con sus cincuenta y seis años! ¡Quince más que tu madre! Pero sé que se quieren. Además, entre nosotros la diferencia de edad no es ningún problema. Lo que más me ha costado aceptar es que tu madre habrá tenido que hacerse cristiana para casarse. A pesar de todo, la he perdonado hace tiempo.

—No me esperaba todo esto, Magek.

—Ya sabes que tu madre no sabia escribir. Pero tu padre dejó esta carta para ti.

—¿Para mí? ¡No puedo creerlo!

—Yo no entiendo lo que pone. Él solo me dijo que, si volvías, te la entregara. Aquí la tienes.

Isà, atónito, empieza a leer:

Hijo mío. He venido para llevarme a tu madre a España. Me casaré con ella. Siempre la he querido y ella a mí.

Y a ti siempre te he querido, como hijo mío que eres. No supe darte todo el tiempo que se debe dar a un hijo y lo lamento. Tampoco te pude reconocer en su momento y

eso me pesa mucho más de lo que puedas imaginar. Además, eres mi único hijo. Nunca he dejado de sentir haberme ido de Ceuta. Pero ahora todo está como debe ser.

Si quieres venir a vernos o a vivir con nosotros, te reconoceré como hijo mío que eres. Vivimos en Sevilla. Solo tienes que preguntar por la alameda de Hércules. Muy cerca, entre las calles Amor de Dios y Trajano, hay un pasaje en el que podrás encontrar una taberna. Pregunta allí y nos encontrarás. Vivimos al lado.

Me dice tu madre que la harías muy feliz si fueras a vernos y que desea con toda su alma

abrazarte. Si quisieras quedarte, aquí tendrás tu casa cuando nosotros faltemos.

Un abrazo de tu padre.

Félix Foncubierta.

Ceuta, 8 de abril de 1880.

Isà sigue mirando el papel largo rato, a pesar de haberlo leído y releído.

—¿Qué dice?

—Mi padre quiere reconocermelo como hijo suyo y me invita a que vaya a su casa.

—Esto es una decisión tuya. Si quieres quedarte aquí, puedes volver a pescar conmigo. Eres mi sobrino...

—Gracias, tío Magek. Quería pedirte algo. Tengo fuera un caballo de

un amigo. Es pescador cómo tú. Va a ser difícil devolvérselo, así que te lo deajo aquí y lo puedes tener como tuyo con la condición de que, si se presenta la oportunidad, se lo devuelvas. Te diré cómo se llama y dónde vive.

—Por eso no te preocupes. Y respecto a tu decisión, puedes quedarte aquí unos días o el tiempo que quieras, mientras lo piensas con tranquilidad. Mi casa no te va a faltar.

Al día siguiente, Isà está en el puerto de Ceuta, esperando encontrar billete para el primer barco que salga hacia Cádiz. Desde Allí, tomará el tren con dirección a Sevilla. Le está esperando una vida nueva. Está lleno de incertidumbres, mas sabe que está

haciendo algo que ya estaba escrito en su destino desde el día que nació.

NO SOLO DE GALLINAS VIVE EL RAPOSO

Después de haber «visitado» todas las casas de campo de los alrededores, José Raposo ya no sabe qué hacer para llevarse algo a la boca. A parte de algunas perdices, cazadas de noche cerca del río, así como algunos espárragos y tagarninas, lleva varios días sin probar más que agua, aunque

esta no le falta, porque noviembre ha empezado lluvioso. Las noches en la cueva son cada vez más frías, y el hambre aprieta más de la cuenta.

Una mañana se despierta desesperado por el hambre. Ha amanecido, por fin, un día limpio y soleado. La lluvia ha cesado y el cielo está completamente despejado. No se oye el más leve sonido, salvo alguna suave ráfaga de aire. Al fondo, se divisan aún algunos nubarrones negros que se desplazan hacia el noreste. Todo es quietud. No ha sentido tanta paz desde que llegó al refugio; ni tanta necesidad de tomar algo caliente.

Su mayor entretenimiento desde el mes anterior ha sido observar las

cañadas de Galis y de los Caños, viendo cómo van regresando los pastores. Deben haber pasado todos, pero ninguno era parecido a Perico. No se ha atrevido a bajar a pedir comida a los que han ido pasando, porque ha pensado que puede haber carabineros en la venta de Piña: «Seguro que los interrogan y eso me descubriría. No puedo asumir ese riesgo».

De pronto se cumple en José, el dicho de que el hambre aguza el ingenio: se acuerda de la cédula de Antonio Aragón Panés. ¿Y si se afeita, se corta el pelo y se pasa por Algar a la luz del día? Tiene dinero. No es más que estar un rato, como que va de paso, y comprar comida en la primera tienda de

ultramarinos que vea. Luego, volver y comprobar que nadie sospecha ni le sigue.

José se pasa el día entero dándose valor y diciéndose que nadie va a sospechar de un hombre afeitado y a caballo. Bueno, los carabineros deben saber que tiene un caballo. Es un riesgo. Al final, el hambre puede más que todos los temores. Se decide: «Mañana me voy a Algar»

Al día siguiente, «Antonio Aragón», panadero de Chiclana de la Frontera, con una pelliza de buena factura, unos buenos zapatos y unos pantalones algo gastados, entra en Algar montado en un caballo que —para hacerle sentirse inquieto— llama más

atención que él mismo. Su aspecto no es excesivamente bueno, pero tampoco mucho peor que el de algunos lugareños. Y él «viene de viaje desde Chiclana». Entra en la primera tienda de ultramarinos que ve.

—Buenos días.

—Buenos los tenga usted. ¿Qué desea?

—Pues quería comprar algo de comida.

—Usted no es de por aquí...

—No, soy de Chiclana.

—¿Y qué hace usted en Algar, si no es mucho preguntar?

José tiene preparada la respuesta.

—Soy panadero. Resulta que hace unos años mi padre compró unas cabras.

Mi hermano, suele venir a la sierra cuando las lluvias escasean en la costa, pero este año se vino para acá más tarde de lo habitual, porque mi padre estaba enfermo. Cuando mejoró, mi hermano salió con las cabras, pero ahora mi padre ha empeorado y me temo que si no encuentro a mi hermano pronto puede ser que no lo vea vivo.

Son demasiadas explicaciones cuando se han pedido muy pocas. Demasiada justificación. No obstante, el tendero y su mujer se muestran muy interesados y felices de que alguien les cuente toda esta aventura del hermano que busca al otro antes de que su padre fallezca.

—¡Vaya, amigo, sí que lo siento!

Dígame lo que necesita, que, teniendo dinero, se lo sirvo ahora mismo.

«Antonio» carga el caballo de comida. Sobre todo embutidos, queso y cosas que duren. Luego piensa que con su explicación no va a poder volver a Algar y que el hambre sí que volverá.

Monta y, sin precipitarse, sale del pueblo. Va pensando que le ha ganado unos días al hambre. Aunque no tiene la menor idea de lo que hará cuando pasen esos días. Llega a la cañada de Galis, sigue un rato, mira arriba y abajo y sube hacia su guarida. Está seguro de que nadie le ha visto.

José continúa observando las cañadas. Es una rutina que le mantiene distraído y le sirve de excusa para no quedarse dentro de la cueva, mas está convencido de que ya no se encontrará con Pedro Cárdenas. Recuerda las palabras de Perico el Cojo: «clavadito a mí». La cosa es que ya es mediados de noviembre y no lo ha visto. Tal vez haya cruzado de noche o no es tan «clavadito» a su padre. O tal vez ha vuelto más hacia el norte, por la cañada de Ubrique.

A lo lejos, aparece un rebaño. «¡Vaya!, parece que todavía quedaba algún pastor por volver», piensa. Al principio no hay nada que le llame la atención, pero a medida que el rebaño

se va acercando, José va cambiando de cara: «¡Clavadito! ¡Me parece estar viendo a Perico! ¡Es él!».

José desciende por la ladera y espera, agazapado, a que llegue el cabrero a su altura. No hay nadie a la vista salvo Pedro y su rebaño de cabras. Cuando pasa a su lado, le sisea. El otro gira la cabeza, sobresaltado.

—¿Quién anda ahí?

—Soy amigo de tu padre — responde José mientras se levanta—. De Perico el Cojo. ¿Te habló él alguna vez de José Raposo?

—¿Raposo?

—Sí. El niño que tuvo de pastor antes de que tú volvieras de Cuba. Porque tú eres Pedro Cárdenas...

—¡Nos ha Jodido! —Pedro parece haber aprendido la asignatura de frases hechas y de palabras favoritas en la misma escuela que su padre— ¿Cómo me has conocido?

—Porque eres muy parecido a tu padre. ¿Te importaría entrar por aquí, fuera de la cañada?

—No... ¿Por qué?

—Porque soy un fugado de la justicia.

—¡Nos ha jodido! —exclama Pedro mientras azuza a las cabras hacia la ladera con la ayuda de los dos perros que lleva.

Al cabo de un rato, ambos están al resguardo de las vistas, sentados tras una roca, mientras las cabras se

esparcen por la ladera.

—Pues sí, mi padre me habló de ti.
¿Y cómo es que andas por aquí?

José le cuenta su historia.

—Lo del asunto de los Gálvez y tu condena ya lo sé. Lo que no sabía es lo de tu fuga.

—Me escapé del presidio de Melilla a finales de mayo. Terminando el mes de julio, fui a ver a tu padre. Él me dijo que estabas por aquí y que me podrías ayudar a encontrar un refugio, pero no me quise exponer dando vueltas por los pueblos y cañadas de la sierra. Aunque imaginaba dónde podrías estar, porque tu padre me dijo que ibas a los mismos sitios que él.

—Así es. ¿Para qué cambiar?

Cada pastor tiene sus sitios y los comparte con otros cuando llegan a un acuerdo.

—Ya pensaba que no me encontraría contigo. Es muy tarde para volver.

—Sí que es tarde. Nunca había vuelto en noviembre. Pero tengo mis motivos.

—Supongo que conoces la cueva que está al otro lado del cerro...

—Claro que sí. He dormido con mi padre muchas veces ahí. Y solo también.

—Te voy a pedir un favor.

—Lo que quieras.

—En primer lugar, no le digas a tu padre dónde estoy. Los carabineros

podrían interrogarlo y forzarle a decirlo. Desde finales de julio hasta ahora, estoy en la cueva. Y he podido comprobar que es un lugar seguro. No se les ha ocurrido mirar ahí.

—Sí que lo es. Una buena guarida para esconderse. Hay sitios peores.

—¡Desde luego! Si te contara cómo era el sitio donde dormía en el presidio de Melilla... Bueno, el favor que te quería pedir es que vayas a donde el periódico *El Guadalete* y preguntes por Francisco Montes y Pablo Gutiérrez. Para que les digas que estoy bien y dónde me he refugiado. Por si acaso...

—¡Eso está hecho!

—Y a tu padre le das un abrazo de mi parte, le dices que sigo bien y nada

más.

—De acuerdo. ¿Y de viandas, cómo andas?

—Hasta hace unos días, bien; aunque cada vez estoy más escaso. — José le cuenta a Pedro la historia de la cédula y su compra de comida en Algar.

—¿Antonio Aragón? ¡Claro que lo conozco! Buen tipo. No coincidimos mucho últimamente. ¡Pues te has arriesgado yendo al pueblo...!

—Cuando hay hambre se olvida uno de los riesgos.

—¡Nos ha jodido! Mira, voy justo de comida. De todas maneras, te voy a dar toda lo que llevo. En la venta de Piña compraré algo para el resto del camino.

—Si vas a la venta de Piña, diles al dueño y a la hija que estoy bien, pero no les digas nada de la cueva. No quiero que se vean metidos en líos por mi culpa. Tú diles que estoy bien y nada más.

—Se lo diré, no gastes cuidado. Estoy pensando que lo mejor es que me vaya marchando, no vaya a ser que los carabineros o los guardias civiles pasen por aquí y les dé por echar un vistazo.

—Hace tiempo que no les veo pasar. ¿Tú te has encontrado con carabineros?

—Sí que los he visto. Y mi encuentro con ellos es lo que ha hecho que me retrase en volver. El mes pasado, saliendo de Villaluenga del

Rosario con la intención de empezar de regresar a la Barca, me paró un sargento alto y con un bigotillo muy fino. Iba con ocho o diez más. Me preguntó por mí. Yo me sobresalté al principio. Luego le dije que el Pedro Cárdenas, o sea yo, ya me entiendes, se había quedado por Grazalema. Iban de un humor de perros. El sargento me dijo que por Grazalema ya habían estado dos veces y yo le indiqué que estabas en un cerro a la salida del pueblo hacia el norte. El más alto.

—Conozco de vista al sargento. Esos te buscaban a ti para preguntarte por mí, porque saben que tu padre me dijo que te buscara. Lamento decírtelo, pero me temo que le hayan amenazado o

maltratado para sacárselo. Los carabineros son un problema; aunque hay otro que también me ha tenido preocupado, un pelirrojo alto y mal encarado. Desde arriba del cerro pude presenciar cómo estuvo a punto de ahorcar a Antonio Aragón hace tres meses, cuando yo llevaba pocos días aquí.

—Al pelirrojo ese no lo he visto.

—Mejor.

—Pues —continúa explicando Pedro—, cuando se fueron los carabineros en dirección a Grazalema, me puse a cavilar sobre el motivo por el que me estaban buscando. Aunque no podía imaginármelo, me dije que no sería por nada bueno y que, como en

Grazalema no iban a encontrar nada, tal vez tuvieran tiempo de volver a por mí y entonces me las iban a dar todas juntas. Tengo una medio novia cerca de El Gastor, en un cortijillo. La verdad es que va siendo más entera que media. Si no fuera por mi padre, lo mismo me habría quedado allí hace algún tiempo. Más adelante, no lo descarto. La cosa es que me fui para El Gastor, buscando veredas y pastos escondidos, y me he pasado allí el último mes. Pensando que mi padre debe estar más que preocupado, me he dejado crecer la barba durante este tiempo, me he cambiado de ropa y he decidido que había que arriesgarse e ir volviendo a casa.

—Pues, conmigo no te ha servido dejarte la barba. Tu padre también lo hacía.

—Bueno, lo dicho: me voy ya. Aquí tienes la comida que me queda. A ver si hay suerte y nos podemos ver en otras circunstancias.

—¡Ojalá!

—¡Nos ha jodido! ¡Ya verás que sí!

Quince días después, ya terminando noviembre, José está de nuevo desesperado por el hambre. No sabe qué determinación tomar respecto a su futuro inmediato: «Es posible que la

patrulla de carabineros que me buscaba haya desistido. Tal vez sea buen momento para intentar llegar al puerto de Galis y desde allí seguir en dirección a Cortes de la Frontera y Ronda. O mejor no lo hago: los dos periodistas saben dónde estoy y me pueden ayudar. Creo que tengo que aguantar aquí al menos hasta que pase un poco más de tiempo y las cosas se vayan olvidando. Entonces veré a la familia y me largo».

Al final, el hambre lo lleva de nuevo a Algar. Aunque es consciente del peligro, se ha buscado una explicación ante las suspicacias que pudiera levantar su vuelta al pueblo. Llega a la misma tienda que la vez anterior y se baja del caballo.

—Buenos días, amigo.

—Buenos días.

—¿Cómo usted por aquí de nuevo?

¿Y su hermano?

—¡Ni rastro! ¡No me lo explico!

Debe haber vuelto a Chiclana. Voy a comprar comida para el regreso y me voy a mi pueblo, a ver si está allí.

—Usted dirá qué desea...

José carga el caballo de comida y paga. Antes de despedirse, se mira los pantalones y la camisa. Se decide:

—¿Hay en el pueblo alguna tienda de ropa?

—En la pensión que está en la plaza del Ayuntamiento venden género que traen de vez en cuando de Cádiz. Si quiere usted pasarse por allí... Está

cerca.

José ha decidido comprarse algunas prendas que le protejan del frío. El invierno se viene encima y la cueva está helada por la noche. Es un riesgo, pero será un momento. Se va hacia la pensión.

—Buenos días. ¿Qué desea usted?

—Pues vengo de la tienda de ultramarinos que está en la entrada del pueblo. Me han dicho que tienen ropa para vender.

—Tenemos de todo un poco. La cosa es que sea de su talla. ¿Qué necesita?

—Unos pantalones y una camisa. Y un chaquetón también. ¡Ah!, y si tuvieran unas botas y una manta...

—Ya le digo: de todo tenemos un poco.

Al cabo de un rato, José está cargando la ropa y las botas en el caballo.

En la taberna de la pensión, una chica guapa sirve cafés a un par de parroquianos.

—Buenos días. ¿Quiere usted tomar un café.

José no puede resistir la tentación. Lleva meses sin probar nada caliente.

—¿Con leche caliente?

—¡Claro! Siéntese, que ahora mismo se lo traigo. ¿Algo más para entrar en calor? ¿Una copita?

—No. ¿Tienen pan con manteca colorada?

—Claro que sí. ¿Un bollo?

—Mejor dos, si no le importa.

Mientras despacha su segundo café, José ve cómo llegan a la puerta de la pensión unos carabineros. Está a punto de echar el líquido que tiene en la boca. Se queda paralizado. Salir corriendo no es una opción sensata, así que se queda mirando la taza de café y echa otro trago.

Los carabineros desmontan y amarran sus caballos al palo horizontal que está a dos metros de la entrada, justo al lado del caballo del prófugo ¡Es el sargento del bigote fino y los otros! ¡Los que le buscan desde julio!

—Romerales, ¡no me toque los cojones!

—Mi sargento, ¡Dios no lo permita! Usted sabe que yo solo estoy para aprender y para cumplir sus órdenes.

—¡Menos cachondeo, Romerales!

—El sargento pasa casi rozando a José. Lo mira con curiosidad—. Buenos días.

—Buenos días —musita José.

—Como le decía, mi sargento: yo estoy aquí para atender a sus órdenes. Solo que...

—¡Cabo!, que la gente se acomode en la pensión. Mañana temprano salimos para Jerez. Yo me voy a tomar un café y luego iré a ver al cabo de la Guardia Civil para comunicarle nuestro paso y que confirme por telegrama nuestro regreso. —Roncero y Romerales se

sientan al lado de José—. A ver..., Romerales, ¿qué pasa ahora?

—Eso mi sargento, que le decía que yo estoy aquí para obedecer sus órdenes. Pero no me negará usted que nos hemos hartado de dar vueltas por la sierra como zorra por rastrojo. Y todo para nada. ¡Mira que no darnos cuenta de la maldita guasa del que nos mandó para Grazalema! ¿Y el bochorno de ir preguntando por Alcalá de los Gazules cuando allí no entran los pastores forasteros desde no recuerdo qué siglo?

—Mire Romerales, vamos a dejarlo estar... Tengo que decirle algo muy importante: ya he hablado con los dos cabos. Ellos entienden perfectamente que hay ocasiones que

requieren prudencia a la hora de elaborar los informes y que hay cosas que no es necesario contar. Pero usted me preocupa, porque usted, Romerales, es un charlatán y un mete líos de cojones.

—¿Yo?

—¡Sí, usted! ¡Se lo advierto!: como se le ocurra decir una palabra de lo de Alcalá o lo de Grazalema, a mí me perjudica, pero le juro que a usted le busco la ruina en el Cuerpo. ¡Se lo juro!

—¡Por Dios, mi sargento!, no se preocupe por eso. Yo, callado como una tumba.

—¡Se lo advierto! ¡No se meta en camisa de once varas o va a salir malparado!

José se levanta, entra en la taberna y paga la consumición. Sale sin mirar más que al suelo y se dirige, parsimoniosamente, hacia el caballo. El sargento Roncero y el carabinero Romerales continúan hablando. El segundo parece distraerse un momento de la conversación, mira fijamente a José y le da un codazo a su jefe, indicando con el rostro la dirección del tipo que está junto a su caballo a punto de montar.

—Mi sargento —musita Romerales en voz muy baja.

—¿Qué pasa ahora, Romerales?

—Mi sargento —repite romerales en voz más baja aún—. Esa cara...

—No me venga con maniobras de

distracción, Romerales. Atienda lo que le digo y déjese de tonterías.

Cuando el prófugo está ya montado en el caballo, Romerales le llama. José siente que se le para el pulso.

—¡Eh, amigo! —exclama el carabinero con aire dubitativo.

—¿Quién, yo?

—Sí, claro. ¡Usted! ¡Buen viaje, hombre!

—Gracias... ¡Buenos días!

—Eso, ¡buenos días!

—Como le decía, Romerales...

ESFUMADO

El capitán Genaro Quesada está sentado en el recibidor de la casa de los Gálvez, hablando con el jefe de la familia.

—Pues nada, Jesús, lo que te digo: ¡como si se lo hubiese tragado la tierra!

—Pues ya lo siento, porque me hubiera gustado que hubieseis cogido a ese criminal...

—He tenido un pelotón dedicado exclusivamente a la tarea de peinar toda la sierra de arriba abajo. Hay que reconocer que no es tarea fácil encontrar a alguien huido. La sierra tiene muchos lugares donde esconderse, pero resulta extraño que haya aguantado escondido más de tres meses, sin salir de su escondrijo para comer. ¡Imposible!

—Pues no sé qué decirte —afirma Jesús mientras piensa que el dinero que pagó al pelirrojo ha merecido la pena—. Al menos, creo que a estas alturas el criminal no nos pondrá en peligro a los Gálvez.

—¿Qué quieres decir?

—No..., que si no ha venido por aquí, a incordiarnos, o a Dios sabe qué,

estando terminando ya noviembre, no creo que lo vaya a hacer a partir de ahora.

—Nunca se sabe, Jesús. También hay que tener en cuenta que hemos bajado la guardia. No hay que fiarse. Aunque, la verdad es que no creo que se le ocurra venir por aquí. Si se ha quedado quieto como un zorro, no se va a arriesgar ahora.

—Por mi parte, lo que me duele es que no esté en presidio como debería estar. No obstante, como cristiano, después de todo lo pasado, le perdono.

—La cuestión, Jesús, es que el fugado se ha esfumado. Una de dos: o ha tenido algún percance muy grave o ha logrado pasar hacia Sevilla o Málaga y

ya está muy lejos de aquí. Yo me inclino más bien a creer en lo segundo. En cualquiera de los casos, el asunto parece quedar zanjado. No obstante, los destacamentos de Ubrique y Arcos de la Frontera seguirán teniendo órdenes expresas al respecto. Si algún detenido por contrabando o cualquier otro delito coincide con la descripción del fugado...

—Claro, claro. Te lo agradezco, Genaro.

—Solo cumplo con mi obligación, como carabinero y como amigo. Lo que no puedo es mantener por más tiempo un pelotón dedicado exclusivamente a buscar al fugado. Pero voy a mandar a dos de mis mejores hombres a dar una

última batida, a ver si hay suerte.

—Te lo agradezco una vez más. — Jesús piensa en la cara que pondría Genaro, y en el lío en que se metería él, si su amigo supiera que Raposo está muerto y que lo está porque ha pagado a un cazarrecompensas por su cuenta—. Yo también doy por zanjado el asunto. Y si aparece por casualidad, pues será una gran noticia.

—¡Desde luego!

—¡Ah, Genaro!, una pregunta: ¿y la pista del pastor con el que iba a contactar el criminal?

—¡Igual! ¡Ni rastro! Aunque ahí tengo la impresión de que hay que achacarlo a falta de eficacia de mis hombres. Después de estar deambulando

cuatro tres meses por la sierra y no encontrarlo, mandé al jefe del pelotón y a un número a la choza del anciano. Del padre, quiero decir. Resulta que el hijo estaba allí y juró por lo más sagrado que este año había vuelto enseguida. La verdad es que todo me resulta muy raro.

¡Y tan raro!: el sargento Roncero y el carabinero Romerales habían estado dos días antes en la choza de Perico el Cojo. Antes de entrar, el sargento advirtió al carabinero:

—Romerales, déjeme llevar a mí el peso de las pesquisas. No se me entrometa.

—¡Mi sargento! No tiene de qué preocuparse. ¿Por quién me ha tomado?

—¿Por quien? Se lo voy a decir: por alguien que tiene la manía de intervenir en todas las conversaciones y dar opiniones sin que se le pidan.

Cuando entraron, se encontraron de bruces con el pastor que los había mandado a Grazalema.

—¡Usted es el pastor que nos encontramos por la parte de Ubrique y nos dijo que Pedro Cárdenas estaba por Grazalema!

—¿Quién yo? ¿Pero qué dicen? Es la primera vez que les veo a ustedes.

—¿Me está tomando el pelo? ¡Estoy seguro de que era usted! ¿Verdad, Romerales?

—Yo no me suelo equivocar con una cara, mi sargento. Y este es el mismo.

—¡Hombre, Romerales, por una vez no me desmiente!

—¿Cuándo le he desmentido yo, mi sargento?

—Mejor lo dejamos...

Perico oye la conversación sin intervenir. Está algo delicado desde la paliza que recibió del capitán Quesada, si bien no se trata de nada importante. Su estado está más relacionado con el desánimo que siente desde que fue maltratado y obligado a hablar, que con algo físico.

—Mire usted, mi sargento: yo le puedo demostrar que ustedes no se

podieron encontrar con mi hijo en octubre.

—Diga.

—A finales de Julio tuve una visita. Era un capitán de su Cuerpo. Uno grande con el bigote retorcido hacia arriba...

—¡El capitán Quesada! Es inconfundible...

—Romerales, coño, ¿se quiere callar?

—Vale mi sargento. Rectifico: un capitán, sea quien sea.

—A lo que voy —continúa Perico—: el capitán me propinó una buena sarta de puñetazos y me hizo algún que otro corte en los brazos con un machete. Y todo porque quería que le dijera

dónde estaba un preso que se ha fugado. Uno que conocí cuando él era un crío y no he vuelto a ver desde entonces.

—¡El Raposo! ¡El que estamos buscando nosotros!

—Romerales, ¡se lo juro por Dios! ¡No se libra de un arresto ni aunque le concedan una Laureada! ¡Salga afuera y no se le ocurra entrar!

—Rectifico mi sargento: un fugado cualquiera, quería decir.

—¡Que salga, coño! Siga usted.

—Yo no tenía la menor idea de lo que me preguntaba, pero pensé que el capitán me mataba si no le decía algo. Así que me inventé que el preso había estado aquí y que yo le había mandado a encontrarse con mi hijo, aquí presente,

para buscarle un refugio seguro.

—De eso nada: nosotros nos encontramos con su hijo de usted en Villaluenga y él nos mintió ocultándonos su identidad y diciéndonos que Pedro Cárdenas estaba por la zona de Grazalema...

—No. Ustedes no pudieron verse con mi hijo. Porque yo mandé a buscarle inmediatamente para que no tuviese problemas y pocos días después estaba aquí, en mi casa, con el rebaño.

—¡Pero hombre, por Dios! ¡Eso no hay quien se lo crea!

—¿Qué piensa que es más fácil de creer y más ventajoso para ustedes, mi sargento? —pregunta Perico con una sonrisa irónica y burlona— ¿Decir a su

capitán que mi hijo regresó enseguida y lleva aquí más de tres meses, o que yo me busque a un conocido mío para que le diga al capitán que ustedes se encontraron con mi hijo en Ubrique y él los mandó para Grazalema sin que se enterasen de nada?

—Pero usted no será capaz...

—¿Qué no? Haga la prueba...

—Bien. Por ahora no tengo más que hablar... ¡Mucho cuidado con lo que hacen! Y buenos días.

—Lo mismo le digo.

—¿Me amenaza?

—No. Que lo mismo le digo: Buenos días.

—Bien pensado, me parece que lleva usted toda la razón —admite

Roncero—. No puedo asegurar que su hijo fuese el mismo que nos encontramos en Ubrique.

El sargento Nicolás Roncero sale de la choza. Se monta en el caballo. Romerales se pone a su lado.

—¿Qué, mi sargento?

—Nada, que no es el mismo. El hijo lleva aquí más de tres meses.

—¿Cómo que no es el mismo?

—No, Romerales. No es el que nos engañó y nos mandó a Grazalema, nos dejó en ridículo y nos expone a que su padre lo ponga en conocimiento del capitán.

—¿Del capitán? Ahora que lo pienso, mi sargento, lleva usted toda la razón. No es el mismo. No lo es. No se

parece en casi nada.

—Romerales, va aprendiendo. Y yo también. ¿Sabe qué le digo? Que le levanto el arresto.

Poco después, cuando Roncero y Romerales dan cuenta de su gestión al capitán, les cae el «premio mayor»:

—Mi capitán, el cabrero está de vuelta en su casa desde poco después de que nosotros saliéramos para la sierra, a finales de julio.

—Muy raro me parece eso, Roncero...

—Es lo que nos dijo el padre — aclara Roncero—. Mandó aviso a su

hijo, porque se encontraba mal.

—Sí, mi capitán —precisa Romerales—: al parecer, le habían propinado una buena paliza y...

—¡Romerales!

—¿Sí, mi sargento?

—Perdone mi capitán, pero esto es superior a mis fuerzas: ¡Romerales! ¿A usted, quién le ha autorizado a que se ponga a hablar ahora de palizas ni de gaitas?

—Deje, deje, Roncero. Ya sé que Romerales tiene la lengua tan larga como fama de buen tirador.

—Mi capitán —acierta a decir Romerales—, no comprendo qué tiene que ver lo uno con lo otro...

—Pues tiene que ver. ¡Y mucho!

Porque, por culpa de su lengua y de su buena puntería, va a ser usted el que va a acompañar al sargento Roncero a dar una última batida por la sierra. Les voy a dar dos armas de lo último que ha adquirido el Cuerpo: dos fusiles *Remington* de once milímetros. El 20 de diciembre los quiero aquí, a ser posible con el fugado. Vivo o muerto.

UN GIRO SORPRENDENTE

Francisco Montes y Pablo Gutiérrez están sentados en una casa de comidas situada en la calle Larga, justo al lado del Casino Jerezano. Se están tomando dos cafés después de una excelente comida. La casa está muy concurrida, pero las conversaciones son moderadas y de buen tono, cosa que no se puede decir de otros establecimientos

similares de la ciudad. Nuestros dos periodistas suelen acudir con cierta regularidad al lugar. Montes tiene cosas interesantes que contar a su amigo.

—Lo que te digo, Pablo — Francisco baja la voz al mismo tiempo que mira hacia ambos lados—: tengo pruebas contundentes e inequívocas de que el hijo de Jesús Gálvez, el heredero del cortijo, es hijo de Juanita Raposo. Como vimos por el papel que nos dictó ella para su hermano, el niño fue raptado. Pero ahora tengo pruebas de todo.

—¿Qué me dices?! ¿Y cómo lo puedes demostrar, si se puede saber?

—La primera pista me la dio el padre de Juanita. Me dijo que el niño se

registró y bautizó a poco de nacer. En San Marcos. No tuve más que ir a ver al párroco. Con mucha perseverancia y dando algunos rodeos, logré que me expidiera varios certificados de bautismo. Como ya te estarás imaginando, uno corresponde a un niño con apellido Raposo y otro al mismo niño, con apellido Gálvez.

—Bueno, eso no demuestra nada, ¿no?

—Fue el principio. De momento, eso prueba que había dos niños registrados. Luego visité a Felipe Agudo, el médico de la familia. Le he sacado algunas cosas muy importantes, que el está dispuesto a testificar cuando sea necesario. Lo principal, que el hijo

de los Gálvez y el de Juana Raposo son la misma persona.

—¿Cómo lo puede asegurar el doctor?

—En primer lugar, porque Inés, la esposa de Jesús Gálvez, nunca estuvo embarazada.

—Pero eso tampoco es una prueba. Podrían haberlo recogido de la inclusa...

—¡Hombre de poca fe! El doctor sabe que el niño que apareció en casa de los Gálvez hace casi dieciséis años era el de Juana Raposo porque una semana antes lo había atendido en la choza de la última, de una enfermedad sin importancia.

—¡Vaya! Pues sí: eso es una prueba concluyente. Pero los Gálvez

pueden jurar que Juanita se lo entregó voluntariamente. Sería la palabra de una familia adinerada y conocida contra la de una pobre chica. Y ya sabes...

—De momento, con lo que te he dicho, lo que está más que probado es que Antonio Javier es hijo de Juana y no de Inés. Lo cual no es poco. Ahora bien, hay algo que nos falta y que tú has apuntado muy bien...

—Demostrar que se trató de un rapto, es decir, que el niño le fue sustraído a su madre sin su consentimiento.

—Ahí quería yo llegar, Pablo. Siéntate bien, no te vayas a caer. He encontrado a una criada que fue testigo del robo y está dispuesta a declarar

cuando yo se lo pida. ¿Qué te parece?

—¡Genial! Es una gran noticia. ¿Y a qué esperamos para denunciar el caso ante la justicia?

—Hay dos razones. La primera es que no estoy seguro de que esto sea lo mejor. Quiero decir que, cuando demostremos que Antonio Javier Gálvez es hijo de Juana Raposo, podemos quitarle su derecho a heredar los bienes de su familia. Tendríamos que demostrar que es, además, hijo de un Gálvez. Y eso tú y yo lo sabemos. Pero no tenemos pruebas.

—¿Y la segunda razón?

—Que me gustaría que estuviera presente nuestro amigo José en el proceso judicial, si es que denunciamos

el rapto.

—Pues eso sí que va a ser bien difícil.

—No te creas, Pablo —se apresura a replicar Francisco, con una amplia sonrisa—. Puede que no sea tan difícil.

—Ahora sí que me dejas intrigado. ¿Cómo vas a traer a un fugado a presenciar un juicio?

—Ya te he dicho que te sientes bien. Hace unos días, aquí al lado, en el Casino, estaba yo echando una ojeada a un volumen encuadernado de un periódico de Cádiz capital correspondiente al primer semestre de este año. De pronto leí una noticia que me dejó de piedra: ¿Cómo no me había

percatado antes, siendo periodista y conociendo la noticia, de lo que podía significar para José Raposo? La he copiado textualmente en esta hoja de papel. ¿Te importaría leerla en voz alta?

—Dame el papel, Paco, que me tienes en ascuas.

—Lee, lee.

Tras el fallecimiento de su majestad don Alfonso XII, el 25 de noviembre del año pasado, su egregia esposa, la reina regente doña María Cristina de Habsburgo-Lorena, tuvo a bien dictar un real decreto de amnistía que abarcaba en toda su extensión a todos los presos de origen político del reino y

sus posesiones e islas de Ultramar

Anteayer, 26 de abril, la benevolencia de nuestra reina regente ha llegado aún más lejos cuando ha extendido los beneficios de la anterior amnistía a todos los presos, por cualquier circunstancia, que llevasen en el momento del fallecimiento de su real esposo más de doce años sufriendo condena.

Todo ello es de agradecer en gran parte al estadista liberal don Práxedes Mateo Sagasta, que ha sabido aconsejar a la reina para que interprete...

—Vale, vale, Pablo. Es suficiente.

—Está muy bien, Paco. ¿Pero todo

esto, qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Te está pasando lo que a mí: lo tienes delante de la narices y no lo ves. Vamos a ver, Pablo: ¿Cuándo conocimos nosotros a José Raposo?

—A finales de julio, en la choza del cabrero de la Barca de la Florida.

—¿Y recuerdas, más o menos, cuánto tiempo hacía que se había fugado?

—Déjame que piense. Creo que el padre nos dijo que hacía unos dos meses, ¿no? ¡Joder! ¡Se escapó después de que se hubiera promulgado una amnistía que debía haberlo puesto en libertad!

—¡Exacto!

—Pero esto lo cambia todo para el fugado. No hay más que ir a un juzgado y contarlo.

—¡Ojalá fuese así de fácil! Yo pienso que está muy claro que ha habido una negligencia. La cuestión es que el preso seguía en el presidio de Melilla un mes después de la amnistía. Indudablemente, su condena a cadena perpetua ha sido anulada. Estaba ya anulada cuando él se escapó. Pero...

—Pero él se fugó y podrían condenarle por eso a unos años.

—Puede ser...

—Entonces, la amnistía puede arreglar algo. Pero no todo.

—La cuestión es que, si hubo una negligencia, eso podría ir en favor de

José. No sé... Es un caso complicado... Pero, como abogado, creo que puede haber algunas posibilidades de ganarlo.

—¿Qué podemos hacer?

—De momento, vamos a pedir otro café y vamos a preparar un plan.

Lo primero que deciden, tras tomarse el café y discutir sobre los primeros pasos a seguir, es entrar en el Casino, ir a la biblioteca y buscar el decreto, para conocer exactamente los términos en los que se encuentra redactado. Buscan el tomo de la *Gaceta de Madrid* correspondiente al primer trimestre de ese año.

—A ver... 1886, primer trimestre..., segundo... ¡Aquí está! Vamos a leer la disposición.

Pablo lee:

Real decreto sobre ampliación de la Amnistía concedida por S M la reina gobernadora con fecha 25 de noviembre del pasado año de 1885.

Exposición de motivos...

—Esa parte nos la saltamos, Pablo. Ve al articulado.

—Vale. Voy al articulado:

Artículo primero:

Como consecuencia de todo lo expresado en la anterior exposición de motivos, se extiende la amnistía citada a todos los presos por

delitos comunes que en el momento de aprobarse el anterior decreto llevasen, como mínimo doce años de reclusión, cualquiera que fuese el delito que dio origen a su condena.

Artículo segundo:

El ministro de Gracia y Justicia procederá a informar del presente decreto al de Gobernación, para que este ordene, con carácter urgente, a todos las autoridades de la península y de las provincias, islas y territorios de ultramar, que se trasladen órdenes inmediatas a los directores o alcaides de los presidios o prisiones bajo su respectiva

jurisdicción, con el fin de que se dé libertad con la menor dilación a los interesados en este real decreto, de lo cual deberán informar con igual puntualidad.

Dado en Madrid a 25 de abril...

—Vale, Pablo. Es suficiente. Está muy claro que aquí no se dan plazos. Todo se tenía que haber hecho con la máxima urgencia.

—Pues en el caso de nuestro amigo José Raposo, esta celeridad no se dio. Parece que, por algún lado, se tuvo que dar alguna negligencia...

—Para comprobar si hubo dejadez o error, habría que ver cuándo llegó la

comunicación del decreto a Melilla. Si es que llegó.

—Negligencia hubo: si llegó, el responsable de no haber cumplido el decreto es el gobernador de allí; si no llegó, el responsable sería el encargado de enviarlo a Melilla, fuera quien fuese.

—Sí. Parece que no hay duda de que alguien cometió un error grave.

—Paco, yo tengo un amigo en el gobierno civil de Cádiz. Es secretario de no sé qué. Tal vez él pueda ponernos al corriente de cómo se divulgó el real decreto y cómo se comunicó a los presidios. Lo digo porque no sabemos si en el caso de Melilla se cuenta con telégrafo o las órdenes se transmiten por vía marítima. Serían casos muy

distintos.

—Nos vamos a pedir unos días de permiso y nos ponemos en ello.

—Me parece muy bien. Hace años que no pido ni un solo día de vacaciones.

Dos días más tarde, Francisco Montes y Pablo Gutiérrez están en el Casino Gaditano, situado en la plaza de San Antonio, tomando un café con el amigo del segundo, abogado como Francisco. Es un hombre robusto y bonachón, con largas patillas que corresponden a otras épocas. Los dos periodistas han «pagado» la posible

información con una comida, que, en el caso del gaditano, ha sido más que abundante.

—Pues os diré cómo funcionó el tema aquí, en Cádiz. Fácil: funcionó como toda transmisión de órdenes desde el Gobierno. El ministro del ramo, en este caso el de Gracia y Justicia, don Manuel Alonso Martínez, comunicó formalmente al de Gobernación, es decir a don Venancio González, el real decreto; este lo transformó en una circular, que dirigió a todos los gobernadores de provincia y demás autoridades con presidios bajo su jurisdicción. Una circular que ordena, lógicamente, que se cumplimente inmediatamente el real decreto. En el

caso de Cádiz, que es el que yo conozco y os estoy contando, el gobernador de provincia envió la circular a los presidios y cárceles de su jurisdicción. La cosa no se pudo hacer con mayor rapidez: todas las prisiones tienen servicio telegráfico, así que el día veintinueve ya se había mandado la circular por esa vía y todos los presidios la habían recibido. El papel tardaría más tiempo, como es natural, pero la circular llegó inmediatamente. En muy pocos días, todas las prisiones habían comunicado su cumplimiento y habían enviado las listas de los presos puestos en libertad.

—Rafael, nos has explicado cómo se hizo en Cádiz. ¿Pudo ser distinto en

el caso de Málaga?

—No puedo afirmarlo ni negarlo. Me explico: en lo que se refiere a Cádiz, tenemos un presidio que está relativamente alejado. Me refiero al penal del Hacho. Como este presidio tiene servicio de telegramas, todo fue igual de inmediato que en los demás. Pero Málaga, en principio, lo tiene un poco más difícil: El peñón Alhucemas, el de Vélez de la Gomera, Chafarinas y Melilla, dependen a efectos penales de la provincia de Málaga. Yo no estoy al tanto de cómo se transmitió la circular a estos lugares. No hace falta que os aclare que están bastante alejados y aislados.

—Lo importante —opina

Francisco— es saber cuándo llegó la circular a Melilla. Si llegó antes de la huida del preso, tenemos mucho ganado.

—No os puedo decir. Creo que todas las plazas del norte de África tienen activado el servicio telegráfico. Tengo entendido que se tendió un cable submarino hace tiempo. Desde luego, si la circular llegó antes, yo creo que la cosa estaría muy clara, pues el alcaide debió liberarlo y no lo hizo. Por tanto, el fugado debe considerarse incluido en la amnistía.

—Y, si la circular se retrasó por error en la transmisión desde el gobierno de Málaga —se interesa Montes— y llegó después de que el preso huyera, ¿no le afectaría la

amnistía?

—Francisco, tú, como abogado, lo sabes tan bien o mejor que yo. Si fue por error, esa negligencia no puede perjudicar al preso. Da igual que sea una torpeza del gobernador o alcaide de Melilla o de algún funcionario del Gobierno de Provincia de Málaga. El problema sería más difícil de arreglar si el retraso se hubiera producido por fuerza mayor. En principio, parece que esto último es lo más probable.

—Entiendo.

—Tengo que haceros una puntualización. Supongo que sabréis que en Ceuta y Melilla son los gobernadores de dichas plazas los que reciben las órdenes de los gobernadores de

provincia y se las transmiten a los alcaides de sus respectivos presidios. En las demás plazas del norte de África, dada su pequeña entidad, el cargo de gobernador y alcaide de la prisión recae en la misma persona. Lo digo porque, en vuestro caso concreto, la responsabilidad podría ser del gobernador de Melilla, si no ha transmitido la orden al alcaide, o de este último si no la ha cumplimentado.

—¿Y qué posibilidades le ves al asunto de nuestro amigo?

—Yo creo —sentencia Rafael— que la cosa no es nada fácil. El se fugó, y eso es delito. Podría ser que se le terminase aplicando la amnistía y, sin embargo, le cayeran seis o siete años

por fuga.

—Pero el espíritu de la ley era conceder la amnistía, ¿no? —replica Francisco poco convencido—. Y, siguiendo ese espíritu, el preso merece estar en libertad...

—En mi opinión, tenemos algunas posibilidades, Paco —valora Pablo—. Pero más bien pocas.

—Sí. Yo también lo creo. Pongamos, dos sobre diez.

—Mirad. Pienso que en Málaga tal vez se podrían resolver vuestras dudas. Os voy a escribir una carta para un compañero del gobierno civil de allí, que se llama Manuel Barrios. Es secretario particular del gobernador. Estoy seguro de que él podrá ponerlos al

corriente de las fechas exactas de remisión de la circular a Melilla.

—Tampoco sabemos exactamente la fecha de la fuga. Solo que fue a finales de mayo.

—Lo fundamental es saber con qué fecha llegó a Melilla la circular del gobernador de Málaga.

—Rafael, muchas gracias por todo. Mañana mismo salimos para Málaga.

—Ha sido un placer, Pablo. ¡A ver si nos vemos más a menudo! Y encantado de haberte conocido, Francisco.

Francisco y Pablo toman el tren

que sale de Cádiz poco antes de las seis de la mañana en dirección a Sevilla y Madrid. Tras hacer trasbordo en Utrera, un nuevo tren los lleva por Marchena, Osuna, La Roda de Andalucía, Bobadilla y Álora, llegando los dos a Málaga treinta horas después de haber salido de Cádiz.

Ahora están sentados en una taberna de la plaza de la Constitución, hablando con Manuel Barrios, el amigo de Rafael.

—Recuerdo la amnistía, pero, la verdad, no sé con exactitud cuándo se transmitió la circular. Me refiero a que no conozco los detalles. Será cosa de echar un vistazo al libro de registro de telegramas. En papel tardaría más,

lógicamente. Pero, como orden, el telegrama es completamente válido. Y ya os adelanto que Melilla tiene servicio de telégrafos.

—Pues ese dato es muy importante.

—Mañana mismo nos vemos aquí a las dos de la tarde y os traigo noticias concretas.

DÍA DE CAZA

Diciembre se está presentando tan lluvioso como el mes anterior. José no ha podido encender ni una sola hoguera para asar lo poco que ha conseguido cazar, desde que empezaron las lluvias. Antes, en agosto y septiembre, con las ramas secas y aprovechando la noche, no había problema en hacerlo; pero ahora, con la humedad reinante, no

puede arriesgarse a que la gran cantidad de humo que forman las ramas al arder sirva para que lo localicen. Por ese motivo, lleva tiempo comiéndose crudo todo lo que ha cazado. También ha estado cogiendo buena cantidad de zarzamoras, espárragos, tagarninas y raíces comestibles, aunque eso no le ha servido para espantar el hambre.

No sabe qué hacer. Ir de nuevo a Algar sin correr peligro, le parece poco menos que imposible. «Tal vez lo mejor sería que me fuera hacia Ubrique y allí podría comprar comida con la cédula de Antonio Aragón. Pero después de Ubrique, de Villaluenga y de Grazalema, ¿qué hago?».

Por otro lado, el trasiego de

carabineros parece haber desaparecido completamente. Bien se enteró la última vez que estuvo en Algar que sus perseguidores se marchaban para Jerez. A los otros, los que están en Ubrique, no los ha visto por la zona en ningún momento. Estarán, seguramente, más que entretenidos en interceptar a los contrabandistas que vienen desde Gibraltar. Tal vez ha llegado el momento de ir pensando en intentar ir a Jerez y ver, por fin, a la familia. Después es cuestión de llegar a Grazalema, y luego salir hacia Ronda o hacia la provincia de Sevilla.

Tiene dudas sobre esperar un poco más para asegurarse de que todo se va olvidando. Otra posibilidad, a corto

plazo, sería volver a la venta de Piña, pero no está dispuesto a hacerlo sin ser un hombre libre, como le había pedido María. Recuperar el tiempo perdido con ella, le parece un sueño imposible, pero ¿quién sabe?, podría, al menos, verla de nuevo y aprovechar para coger provisiones que le permitan aguantar un poco más.

Se encuentra, en resumen, metido en un mar de dudas y más dudas sobre su destino. Por un instante, piensa que lo más fácil sería entregarse. «Eso sí que no; no puedo rendirme: si me cogen tendrá que ser con los pies por delante. No me voy a entregar ni me voy a rendir. Pero el hambre...».

Está sentado en la cima del monte

cercano al refugio. Hoy hace un día despejado y fresco. Sus pensamientos se van a la época en la que iba con Perico el Cojo por la sierra. Fue un niño feliz. Perico le enseñó todo lo que sabía: a tirar con la honda de forma eficaz, a manejar a los perros, a encontrar los mejores pastos para las cabras... Cosas que tal vez a otro le parecerían insignificantes, pero no a José. Perico le había enseñado dónde se situaban las estrellas según la época del año y los nombres de las constelaciones; le había hecho un experto en ver las señales que indicaban si iba a llover o no, si enero iba a ser buen mes para volver a la sierra o era mejor esperar al verano; lo había llevado a todas las grutas y

cabañas abandonadas que conocía, y, sobre todo, lo había tratado como a un hijo. O mejor de lo que algunos tratan a sus hijos: si solo quedaba un bocado, Perico se lo quitaba de la boca para dárselo a Pepito, «que tú tienes que crecer y yo no, ¡nos ha jodido!», le decía siempre.

Y luego, estaba la venta de Piña. Había jugado con María y se había reído mil veces con ella. María le enseñó a montar a caballo. Lo poco que sabía de lo que es la amistad, se lo debía a María. Un día, ella le dijo:

—Pepito, ¿cuando seas mayor te casarás conmigo?

Y él le había contestado.

—¿Y por qué me tendría que casar

contigo?

José tenía catorce años y María diez.

—Porque mi padre dice que cuando sea mayor tendré que tener a alguien que me cuide. A un buen hombre. Tú eres mi amigo. Y seguro que cuando seas mayor serás un buen hombre. ¿Con quién me iba a casar si no?

«¡Un buen hombre!... Dos años después yo era un criminal con tres muertes a mis espaldas».

A José le habría gustado ser el hombre que decía María. Ahora piensa que podría haberlo sido. Pero, a veces, pasan cosas que uno no sabe por qué pasan. Y todo acaba mal.

«Me quedaré aquí de momento —

decide— al menos por un tiempo más. Volveré a robar gallinas. Al menos tendré un poco más de tiempo. Los periodistas de Jerez saben que estoy aquí y es posible que cuando Pedro les cuente dónde estoy, puedan ayudarme en algo. Aguantaré un poco más».

El sargento Roncero y el carabinero Romerales vienen desde Jerez por la cañada que pasa por el sur de la sierra de las Cabras —la de los Caños—. Hace horas que han salido de San José del Valle y han decidido usar un itinerario distinto al habitual.

—Mi sargento, no entiendo por

qué nos ha tenido que mandar el capitán a recorrer otra vez toda la sierra. ¡Con la paliza que nos hemos pegado este verano y otoño! ¿No era suficiente?

—Muy fácil, Romerales. Porque es el capitán, es el que más sabe y es el que da las órdenes. ¿Le parece poco?

—Hombre, visto así...

—¿Y cómo hay que verlo, si no?

—Que sí, mi sargento. No he dicho nada.

—Menos mal que hoy por lo menos ha clareado un poco. Porque ayer...

—Nos pusimos como sopas, mi sargento. Ayer nos pusimos como sopas.

—Bueno Romerales, vamos a seguir un rato por la cañada, luego nos

volvemos y subimos por la garganta de Bogas a la cañada que va al puerto de Galis. También nos vamos a dar unos garbeos por algún monte. Y con eso, nos vamos a Algar unos días y ya estamos más que cumplidos. Si nos encontramos a alguien, preguntamos; y si nos rehuyen, ya sabemos lo que hay que hacer.

—Entendido mi sargento: lo que se dice una faena de aliño y nos volvemos para Jerez el día veinte

—Yo no he dicho eso...

—Mi sargento, ¿se acuerda de Cañadas? Ya sabe, el pelirrojo. Tenía toda la razón cuando nos dijo que no se creía que el cabrero que estuvo a punto de ahorcar podía estar mintiendo con lo de Alcalá de los Gazules ¡Qué papeleta!

¡Qué mal quedamos, mi sargento!

—No me lo recuerde...

—¡¡Mi sargento!!

—¿Qué pasa ahora, Romerales?...

—Que he visto a alguien moverse ahí arriba en la cima del monte.

—¡Venga ya! Será un lobo o un zorro. O una rama movida por el aire.

—¡¡No, mi sargento!! He visto a alguien. ¡¡Seguro!! Y ha salido corriendo cuesta arriba. ¿¡No lo ve!?

—¡Joder, Romerales! Vamos para arriba. ¡Como no sea nada, se va a enterar!

José estaba totalmente abstraído en sus pensamientos. Por eso, se ha llevado un gran sobresalto cuando se ha dado cuenta de que, abajo, en la cañada, están

dos de los carabineros del grupo que le ha estado siguiendo la pista todos estos meses. O que ha estado intentándolo. Sí. Son los que estaban en la pensión de Algar. Están lejos, mas no le cabe duda: ¡uno de ellos le está señalando con el dedo!

Roncero y Romerales. Suben la pendiente a caballo con dificultad. A algo más de doscientos metros de la cima, tienen que desmontar. Van tirando de las riendas y se están quedando casi sin resuello.

—Mi sargento, ese tío me recuerda al que saludamos en Algar. Lleva la misma ropa.

—Pero ¿qué tío? Yo no he visto nada... Y en Algar, ¿a quién saludamos?

—Luego..., luego se lo explico.
¡Vamos, que se nos escurre!

Una vez llega a lo más alto del cerro, José baja a toda la velocidad que puede hacia la cueva. ¡Lo han descubierto! Al final, van a decidir por él. Se tiene que largar a toda prisa.

Entra en la cueva y saca todo lo que encuentra a mano. Se sube al caballo y tira con fuerza de las riendas. Cuando los dos carabineros llegan a la cima José ya está bajando con el caballo, a más de trescientos metros de distancia de sus perseguidores. Va procurando cubrirse con los árboles y la vegetación.

—¡Allí está mi sargento! ¡Alto!

—Pero ¿dónde?

—¡Alto a los carabineros!! ¡No se mueva!!

—Pero Romerales...

—Romerales lleva un rato con el fusil encarado. Se ha montado en el caballo para tener más posibilidades de acertar el disparo. Ve desaparecer al prófugo por unos matorrales y apunta al lado contrario. Suelta el aire lentamente. Muy lentamente. Raposo aparece de perfil, casi perpendicular a la línea de tiro. El carabinero dispara.

—¡Le he dado, mi sargento!

—Pero ¿qué demonios...? ¿Cómo le va a dar, si ni siquiera se ve nada?

—¡Vamos, que se nos escapa!

Al bajar en dirección a donde Romerales dice haber visto al fugitivo,

pasan por el lado de la cueva. La han descubierto porque se ha quedado una manta enganchada entre los arbustos de la entrada.

—Romerales, aquí no hay nadie. Me parece que ha visto visiones.

Romerales está mirando detenidamente el suelo.

—Mi sargento, ¿Y la manta, la ha dejado ahí un lobo?

Este tío está bajando hacia el río. No podemos perder tiempo o se nos escapa.

—¡Vamos! A ver si al final va a tener razón...

Montan a caballo y continúan el descenso. Las bestias resbalan y los dos perseguidores están a punto de caer

varias veces.

—Romerales, si continuamos cabalgando, vamos a terminar cayendo o los animales van a acabar con alguna pata quebrada.

—Mi sargento, el Raposo tiene un caballo muy bueno. Ese no se baja del caballo ni herido. Si descabalgamos se nos escapa; si seguimos a caballo nos la jugamos, pero tenemos una posibilidad de alcanzarlo.

Roncero no se equivoca del todo. Raposo ha tenido que descabalgarse al principio. Pero luego ha vuelto a montar y se ha dejado llevar. El caballo ha bajado con seguridad la última parte de la pendiente. José lo ha hecho cruzar la cañada de Galis y lo ha dirigido hacia el

río Majaceite. Siente un fuerte dolor en la parte alta del pecho, no muy lejos del corazón. «Me van a coger. Si no me muero antes». Le cuesta pensar. Cuando llega al río tiene claro que el caballo tiene que ir en contra de la corriente, hacía la derecha. Hacia la izquierda, el río se abre y hay muchos claros. Por ahí sería más fácil que lo cogieran o le pegaran otro tiro definitivo. Pero hacia la derecha el río se estrecha y la vegetación es muy tupida.

El animal se mueve ágilmente; José siente un dolor tan agudo que casi no le permite sostenerse encima de su cabalgadura. Al principio, solo había sido como un puñetazo que casi lo tira al suelo, pero ahora la herida se va

enfriando y el dolor aumenta de manera casi insoportable. No se ha percatado de que un hilo de sangre le va recorriendo el tronco hasta las piernas. De hecho, no siente más que un tremendo dolor en el pecho.

—Romerales, vamos río arriba. No creo que se atreva a ponerse a descubierto. Hacia abajo parece que hay menos vegetación.

Los dos carabineros avanzan entre la maleza. Todo está de un verde rabioso. Las adelfas, las retamas y las zarzas chocan contra las caras de los perseguidores. José, por su parte va a unos cien metros por delante. Se ha abrazado al cuello del caballo y deja que este actúe por instinto.

—Un momento, mi sargento. ¡Pare el caballo! ¡Lo oye? Lo tenemos ahí delante. Si no fuera por tanta rama, lo tendría a tiro.

—Yo solo oigo el ruido del agua...

—¡Vamos! ¡Casi lo tenemos, mi sargento!

El caballo de José se mueve con gran facilidad para lo accidentado del terreno. De repente, se abre un claro. Todo está lleno de piedras de distintos tamaños. A ambos lados, dos tajos casi perpendiculares hacen imposible subir a caballo. José comprende que, si sus seguidores llegan al claro antes de que el caballo lo cruce, está perdido. No: ¡Está muerto! Porque no se piensa entregar. Baja del caballo y lo azuza

para que siga corriente arriba. Con enorme dificultad, empieza a subir a toda prisa la pendiente de la derecha. Justo cuando ha alcanzado la cumbre del cortado, aparecen los perseguidores.

—Un momento mi sargento. A ver... sí: ahí delante sigue. Tenemos que avanzar lo más rápido posible. Se nos está yendo. Tiene un caballo muy bueno.

—Sí. Eso es lo que...

Justo en ese momento, el sargento Roncero recibe una pedrada en el cuello. José no puede mover el brazo izquierdo, pero se ha apañado para poner una piedra en la horquilla de la honda y mandar un buen pedrusco a uno de los dos perseguidores. Da media vuelta y se aleja del río. Abajo queda

Romerales tratando de despertar a su jefe.

—¡Mi sargento! ¿Qué ha sido eso? ¡Joder, una pedrada! Ese tío sabe manejar la honda. ¡Mi sargento! ¡Que se nos escapa!

José se interna en un pinar. El terreno es llano, salpicado por altos lentiscos y un monte bajo de palmitos, romero y tomillo. Si sus perseguidores suben la pendiente desde el río, lo van a ver con facilidad. Aunque los caballos no pueden subir por allí. Ante la duda, se mete debajo de un lentisco muy tupido y de gran tamaño. Al dolor en el hombro y brazo se unen algunos cortes en la cara. Pero de eso casi ni se entera. Se queda agazapado, tratando de

recuperar la respiración.

El sargento Roncero se recupera de la pedrada. Desde arriba y en las condiciones en las que se encuentra José, no ha podido desarrollar toda la fuerza necesaria al manejar la honda.

—¿Qué ha pasado?

—Una pedrada, mi sargento. Si le acierta un poco más arriba, le da en la sien y lo deja seco. ¿Cómo se encuentra?

—Tengo un dolor de cabeza que no se imagina. Pero estoy bien. Tenemos que apresurarnos. Se nos va a escapar.

—Mi sargento, ha tirado para arriba por ese cortado. Es imposible subir con los caballos. Así que va a pie. A pie y herido. Podemos seguir el curso del río. Si tenemos suerte y hay alguna

zona próxima para subir con los caballos, lo podemos coger.

—Sí. En ese caso, tendríamos toda la ventaja.

Doscientos metros más adelante, la pared de la derecha se suaviza ostensiblemente.

—¡Vamos, Romerales! ¡Al final lo cazamos!

Los dos carabineros suben con sus caballos al pinar. Está atardeciendo, pero todavía queda suficiente luz. Escudriñan en todas direcciones.

—No le ha dado tiempo a salir. El pinar es bastante extenso. Lo tenemos que encontrar.

Pasa un tiempo que a Raposo le parece interminable. Se está haciendo de

noche y los cazadores no encuentran nada. Los oye acercarse.

—¡Joder, mi sargento, se nos ha escapado! No me explico cómo ha podido correr tanto con la herida que lleva y sin caballo.

Se paran justo delante del enorme lentisco en el que está escondido.

—Mire por ahí detrás.

Romerales rodea el arbusto. Raposo ve los cascos del caballo muy cerca de su cara.

—¡Nada!

—Vamos a darnos prisa, que se hace de noche.

Los perseguidores se alejan. José está exhausto. La noche se echa encima y empieza a llover débilmente. Pierde la

noción del tiempo. Su cabeza se llena de ideas confusas. Está delirando:

—*Pepito, hijo mío, ¿por qué no me dijiste que vendrías? Te habría esperado.*

Déjalo, mujer. ¿No ves que se está muriendo? ¡Qué va a saber él!

—*Es verdad lo que dice padre: Yo no sabía que iba a venir. Pero pronto estaré contigo...*

—*No, hijo. Tú quédate ahí, con Juanita y con tu padre.*

—*A ellos no los voy a ver; pero a ti sí, madre. ¡Muy pronto!*

—*¡Te he dicho que no, Pepito!*

—*¡Qué jodido, Pepito! Te vas a morir sin ver a tu padre y a tus hermanos. ¡Ojo! ¡Se escapa una*

cabra!

—*¿Y mi hijo, qué? ¡Me lo tienes que devolver, hermano!*

—*¡No puedo hacer nada. Me estoy muriendo. Madre...*

—*Coge el caballo y ven. Te esperamos en la venta.*

—*¡María!*

—*Deprisa, Pepito, coge el caballo. Te estás desangrando.*

—*No hay caballo, no hay caballo, no hay caballo. Me muero.*

José abre los ojos. Un ruido extraño ha retumbado en sus oídos. El ruido se repite. Las ramas del lentisco crujen. Gira la cabeza y ve el hocico del caballo. «No puede ser...». Pero no está soñando ni delirando en este momento;

no del todo: el caballo lo ha buscado y está relinchando suavemente.

José se arrastra como puede. No siente dolor, solo un terrible agotamiento y una extrema debilidad. Sale del lentisco y se agarra a una pata delantera del caballo. Con un gran esfuerzo, consigue erguirse, y meter el pie izquierdo en el estribo. Sube al caballo. Este empieza a moverse. José está completamente desorientado. No sabe en qué dirección va. Todo está oscuro y apenas ve lo que tiene delante, se inclina sobre el cuello del animal y se deja llevar.

Al cabo de poco tiempo, se da cuenta de que está entrando en la cañada de los Caños, al sur de la sierra de las

Cabras, la misma que seguían sus perseguidores cuando lo encontraron, que luego sigue por la de los Llanos hasta San José. Tira de la rienda hacia la derecha y el caballo gira en esa dirección. Ahora solo tiene que seguir hasta San José y desde allí continuar hasta la venta.

—Tengo que llegar a la venta de Piña. Voy a llegar. Si no me muero antes —Lo ha dicho en voz alta y luego se lo repite interiormente.

El caballo va a su aire. Pero no se desvía en ningún momento de la cañada. José pierde de nuevo la noción de todo. Sigue delirando.

—*¡Estaba buena, la muy zorra!*

—Largo, ¿tú no tendrás un arma...?

—El preso es condenado a cadena perpetua. ¡Despejen la sala!

—Hijo, no te vengas conmigo todavía.

—¡Haz caso a tu madre, Pepito!

—¡Qué jodido! ¡No te rindas!

—Flaco, eso es lo que quieren los poderosos: que los proletarios se embrutezcan con el alcohol y no sepan leer. Piénsalo. No les sigas el juego.

—¡Tengo que ver a mis padres!

—Pepito, te estamos esperando.

—Tengo que llegar a la venta de Piña —dice en voz alta mientras se despierta.

La poca claridad de la luna, que se insinúa entre las nubes, le hace ver que está pasando por San José. Veinte minutos después entra por detrás de la venta. Baja del caballo y empieza a andar, vacilante, cruzando el gallinero. A su derecha, nota que el cielo empieza a ponerse rojo. Llega a la puerta trasera y levanta la mano derecha para llamar. Se derrumba sobre el escalón.

—Padre, ¿ha oído usted ese ruido?
—María ha pasado la noche medio desvelada y soñando pesadillas que no recuerda.

—No... No he oído nada. Hija, es

muy temprano...

—En la parte de atrás se ha oído algo caer. Estoy segura.

—Vamos a ver, no vaya a ser que tengamos un lobo o un zorro entre las gallinas. —Juan coge la escopeta, mete dos cartuchos y se dirige a la puerta trasera—. ¡María, acude! ¡Hay un hombre tirado en el suelo! ¡Parece Muerto!

José está caído de bruces. María ya está en la puerta y ve como su padre gira al caído. Tiene los ojos cerrados y parece que no respira.

—¡Dios mío! ¡Es Pepito! ¡No puede ser! ¡No puede ser!

—Vamos a entrarlo en la casa. Ayúdame a tirar de los brazos.

Lo cogen cada uno por un brazo. El caído emite un fuerte gruñido de dolor.

—¡Está vivo, padre!

—Sí, hija. El brazo izquierdo no hay forma de levantárselo. Debe tener una herida grave.

Juan levanta por los hombros el tronco de José y, con gran esfuerzo consigue entrarlo unos metros en la casa.

—Hija, quítale la pelliza, a ver qué nos encontramos debajo.

Ha costado, mas, finalmente, padre e hija pueden ver que la camisa de José está completamente ensangrentada. Hay un coagulo de sangre seca de color rojo oscuro a la altura del corazón. Por detrás, en la parte correspondiente del

omoplato, no hay sangre.

—Tiene un disparo muy cerca del corazón. Y creo que la bala está ahí.

—Padre, ¿qué podemos hacer?

—Hay que buscar un médico inmediatamente. Lo primero es salvarle la vida, si es que tienen salvación. Si viene un médico hará preguntas, pero siempre será mejor que Pepito se salve aunque tenga que volver a prisión.

—No lo sé Padre. ¡Un momento! ¿Recuerda que cuando se despidió de nosotros nos habló de dos periodistas, de apellidos Montes y Gutiérrez?

—Sí.

—Me voy para Jerez y busco el periódico ese. Pregunto por los dos y a ver qué pueden hacer.

—Pero hija, eso es arriesgado. Tú por ahí sola con un caballo...

—¡Padre, por Dios! Usted sabe que cabalgo tan bien o mejor que cualquiera. Tenemos que hacer algo y tenemos que hacerlo ya. Se nos está muriendo, padre. ¿No ha visto la cara que tiene? Está blanco como la pared y respira muy mal...

—Hija, ¡que sea lo que Dios quiera! Llevas razón. Vete a Jerez y habla con los periodistas.

—El caballo que ha traído Pepito, si es el mismo que tenía cuando pasó por aquí, es mucho mejor que los nuestros. Si está en condiciones, me voy con él.

—Vale hija.

—En cuando vuelva del corral, me visto y salgo.

María salva los treinta kilómetros de distancia a Jerez en menos de dos horas. A las diez y media de la mañana está en la entrada del edificio de *El Guadalete* preguntando por Montes y Gutiérrez.

TODO ACLARADO

Cuatro días antes del encuentro de Romerales y Roncero con José Raposo, Francisco Montes y Pablo Gutiérrez se encuentran de nuevo con Manuel Barrios, el secretario particular del Gobernador de Málaga.

—¡El chuletón estaba magnífico, amigos! Y no digamos este vinillo dulce.
—De esta manera, resume el funcionario del gobierno provincial de Málaga la

comida a la que ha sido invitado por los dos periodistas —. Bueno, y ahora vamos a lo nuestro.

—Eso. ¿Qué nos puede decir?

—Mucho, amigos, ¡Mucho! —El funcionario es persona a la que le gusta jugar a las adivinanzas y sorprender mientras conversa—. En primer lugar, como os adelanté, Melilla tiene servicio telegráfico. He estado consultando el libro de registros de salida del Gobierno de aquí. ¿Y qué os parece que he podido comprobar?

—Pues, a ver... ¿La fecha de salida de la circular dando orden para liberar a los presos afectados por la amnistía?

—¡Pues no! Lo que he podido comprobar es que la comunicación

telegráfica con Melilla estaba cortada a finales de mayo. ¿Y qué fue lo primero que me pregunté a continuación?

—Pues no sé, si la línea se restableció y se pudo efectuar la comunicación finalmente, ¿no?

—¡Pues no! —responde Barrios, satisfecho—. Lo primero que me pregunté fue si la avería no era un motivo para que el preso estuviera exento de responsabilidad al fugarse. Quiero decir que la culpa de la avería no puede recaer en el preso. En realidad, me hice muchas preguntas. Y lo cierto es que ya tengo algunas respuestas. Pero no os las puedo dar ahora. ¿Y sabéis por qué?

—La verdad es no tengo la menor

idea.

—Ni yo.

—Sí. Esa pregunta era difícil. Decidí que lo mejor era hablar con el señor gobernador y exponerle el caso. Y así sería él quien nos diese las respuestas ¿Y sabéis que me dijo el gobernador?

—¡No! ¡Por favor! ¡No más preguntas!

—¡Perdón, amigos! Esta manía me la tengo que quitar. Lo sé. Pues bien: el señor gobernador ha llamado al magistrado de la Audiencia que dictó la orden de búsqueda del preso y al responsable de telégrafos del Gobierno de Provincia. Mañana nos reuniremos nosotros, los que he mencionado y el

gobernador, en su despacho a las nueve de la mañana. El gobernador es una persona muy resolutiva. Me ha dicho que mañana mismo tiene pensado tener zanjado el tema.

Son las nueve de la mañana. Todos los llamados a la reunión esperan en una sala, ante una mesa alargada, la llegada del gobernador provincial de Málaga, don Antonio del Moral. Este entra en la sala. Todos se ponen en pie.

Del Moral era en 1874 capitán de Artillería. Su adhesión al Partido Liberal lo ha llevado a la política. A pesar de no llegar a los cuarenta años,

ya ha sido gobernador de Sevilla y de Guipúzcoa. Es un hombre muy capaz.

Ha entrado con él su secretario particular, que se encargará de tomar notas y de aportar datos en caso necesario.

—Bien señores, Buenos días. En primer lugar quisiera saludar a los dos periodistas de Jerez, don Francisco Montes y don Pablo Gutiérrez. Me parece muy encomiable su preocupación por el caso y por la persona de la que vamos a tratar. Espero —añade con una sonrisa que quiere ser afable— que todo esto no será una maniobra típica de periodistas deseosos de sacar una noticia sensacionalista que llene las páginas de su periódico...

—En absoluto, señor gobernador. No nos guía más que el deseo de esclarecer este caso. Para decirle la verdad, no pretendíamos armar ningún revuelo. Ni siquiera molestarle. Solo averiguar si el fugado tiene alguna posibilidad. Es decir, si realmente debería estar en libertad.

—Muy bien. Como podrán comprobar, me gustan las cosas claras. No me voy a andar con rodeos ni con paños calientes. Creo que debemos sacar la verdad de aquí. Y si es necesario depurar responsabilidades, lo haré sin vacilar. Puedo adelantarles que ya tengo el caso bastante esclarecido. Al menos eso me parece por el momento. A ver: Sixto, díganos qué pasó con el

telégrafo. Ya sabe, lo que me contó ayer por la tarde...

—Pues verán: las líneas telegráficas que enlazan con las plazas del norte de África que dependen de nuestra provincia, que son todas menos Ceuta, dan un servicio bastante inestable. Hay muchos fallos y las reparaciones se demoran muchísimo. Un cable submarino no es...

—Al grano, Sixto, al grano.

—Sí, señor gobernador. Que no funcionan desde enero de este año hasta el día de hoy.

—Esto no es algo que me haya cogido ahora por sorpresa —aclarar el gobernador— Quiero decir que, lógicamente, estoy al corriente. Por esta

parte, no hay más que decir.

—Manuel —pregunta el gobernador al secretario—, indique a estos señores cuál es el medio habitual para transmitir, de modo ordinario, es decir en papel, circulares u otras directrices a Melilla y demás plazas del norte de África.

—Un vapor de la Marina realiza el servicio con una periodicidad irregular. Como muy tarde cada tres meses.

—Aquí tenemos un dato importante: Manuel, ¿cuándo llegó a Melilla el siguiente vapor tras la llegada del real decreto a este gobierno?

—El seis de junio.

Montes y Gutiérrez ven alejarse a toda velocidad la libertad de José

Raposo.

—O sea, que cuando el preso se escapó, no había llegado la circular a Melilla. Llegó unos días después. De momento, ya sabemos que no hubo responsabilidad en el servicio telegráfico ni en el gobernador de Melilla. De momento...

—Así es —interviene el magistrado, don Luis del Corral—. Cuando la circular llegó a Melilla el preso ya se había fugado.

—¿Esto nos lleva a una resolución del caso, don Luis?

—Creo que todavía hay más cuestiones. Una de ellas es la de saber cuándo comunicó el gobernador de Melilla la fuga. Yo sé cuándo llegó a la

Audiencia.

—Pues llegó cuando regresó el vapor —indica Manuel Barrios.

—¿Y en que fecha fue eso? —pregunta Pablo.

—El veinte de junio —responde Barrios—. Melilla fue el último lugar que visitó el vapor correo. Tengo que aclarar, que de la misma manera que el gobierno civil de Málaga tuvo que servirse del medio ordinario, es decir del vapor, para comunicar el real decreto, el gobernador de Melilla no pudo dar parte hasta que el vapor no volvió. Ya les digo que no había línea telegráfica.

—Y todo esto, ¿a qué nos lleva, señor magistrado?

—En primer lugar, no es relevante saber cuándo llegó el parte de la fuga. Lo que importa es que, cuando el preso se escapó, no había llegado la orden comunicando su liberación

—Entonces...

—Hay otros aspectos a tratar. Aparentemente, todo está claro y en contra del fugado. Ciertamente es que el real decreto, señor gobernador, decía que se tenían que dar «órdenes inmediatas» para su cumplimiento...

—Y se dieron. Otra cosa es que la transmisión de las órdenes no pudiera ser más rápida por el problema del telégrafo.

—Efectivamente, señor gobernador. Pero hay algo que cambia

todo. De hecho, podríamos haber evitado todo lo anterior. Sin embargo, ha merecido la pena exponerlo para que todo quede claro, incluyendo la exención de responsabilidades que hemos comprobado.

—Y, ¿qué es ese algo que lo cambia todo, si me permiten la pregunta? —interviene Montes.

—Una orden ministerial posterior. Verán: el ministro de Gracia y Justicia, fue consciente de que el cumplimiento del real decreto se podía demorar. Y mucho. Ya no hablamos solo de Melilla. Hablamos de las islas Filipinas, de Cuba y Fernando Poo. Con Filipinas es habitual que la aplicación de disposiciones de la metrópoli se demore

varios meses. Y esa orden ministerial resolvía el problema, al mismo tiempo que da luz a la cuestión que nos ha traído aquí.

—¿Tiene a mano esa orden?

—Así es. Con su permiso, señor gobernador, la leo:

*Ministerio de Gracia y
Justicia*

*Aplicación de los efectos del
real decreto 104/86, de 28 de abril.*

*El real decreto objeto de esta
orden ministerial establece que se
transmitan con carácter inmediato
todas las órdenes necesarias para
poner en libertad a los presos por
delitos comunes que llevasen más*

de doce años de condena en la fecha a la que se refiere la expresada disposición.

Dado que, en determinados casos, los efectos se pueden demorar, debido a la lejanía u otras dificultades que se puedan producir en la transmisión de las referidas órdenes...

Aquí se detiene al magistrado.

—Señores, aquí está el meollo del asunto y la resolución del caso. Sigo leyendo:

... la transmisión de las referidas órdenes... se considerará a todos los efectos que los presos

incursos en el real decreto son libres, y así deben ser declarados, desde el mismo día de publicación de la disposición real en la Gaceta de Madrid, es decir el día veinticinco de abril del presente año de 1886.

—Esto quiere decir —explica el magistrado— que, con telégrafo o sin telégrafo, con vapor o sin vapor y con fuga o sin fuga, el preso José Raposo es, a todos los efectos, un hombre libre desde el día 25 de abril. No hay ninguna duda.

—Pero ¿por qué no se tuvo en cuenta la orden ministerial —pregunta, suspicaz, el gobernador.

—La fecha de la orden ministerial es de primero de julio. Han pasado más de cinco meses. No es que no se haya tenido en cuenta. Es que, por desgracia, la justicia, a veces, actúa con excesiva lentitud. Estoy seguro de que el tema está pendiente de estudio sobre alguna mesa. Le garantizo que averiguaré si hay alguna responsabilidad. Pero ahora, lo fundamental es arreglar el entuerto.

—Efectivamente, don Luis. No podemos tener a ese hombre perseguido por el monte siendo libre y estando las cosas tan claras a su favor

—¿Y qué se puede hacer? — pregunta Pablo.

—Señores —habla de nuevo el magistrado dirigiéndose a los dos

periodistas—, tengo que reconocer que si ustedes no hubieran movido el asunto, hubiera sido muy posible que en la Audiencia Provincial el caso se hubiera quedado en el olvido. Ustedes dos, don Francisco y don Pablo, con las gestiones realizadas para esclarecer el asunto de José Raposo, han hecho un buen servicio a la justicia.

—Bien —interviene el gobernador—. Vamos a resolver esto inmediatamente. Bueno, todo lo inmediatamente que estas cosas se resuelven, que, como acabamos de comprobar, a veces no es precisamente en un instante. Toma nota, Manuel. Hoy mismo tienen que estar redactados sendos oficios dirigidos a los ministros

de Gracia y Justicia y Gobernación, explicando todo lo ocurrido.

—Sí, señor Gobernador.

—Sin esperar la respuesta de ambos ministerios, hoy mismo también hay que enviar una copia de ambos escritos a la Audiencia Provincial.

—Señor gobernador, nada más llegar ambas copias, la Audiencia puede actuar de oficio. En dos días le enviamos una revocación de la orden de busca y captura.

—Una vez yo la reciba, se lo comunico al ministro de la Gobernación para que se haga difusión entre todos los gobiernos provinciales. La Guardia Civil y los Carabineros tendrán la anulación de la busca y captura en poco

tiempo. ¿Verdad Sixto?

—Así es, señor Gobernador, porque entre los gobiernos civiles de la Península y el ministerio de la Gobernación, el telégrafo funciona como un reloj.

—Pues señores, si no tienen nada más que añadir, esto está terminado.

—Señor gobernador —interviene Montes—, solo una cosa. Imagínese que esto tardase un poco más de lo necesario. El fugado..., quiero decir el que fue preso y ahora debe estar en libertad, está escondido en el monte como bien sabemos. ¿No habría una forma de que su situación no se demorase ni un solo día más?

—Si me permite el señor

Gobernador —interviene el magistrado—, yo puedo ponerme en contacto con el presidente de la Audiencia Provincial de Cádiz, que es compañero de promoción y amigo, para que, de manera informal, hable con los responsables de la Guardia Civil y los Carabineros de su provincia y estos abandonen la búsqueda.

—Eso, ¿cuánto tardaría?

—El mismo tiempo que estos señores tarden en volver a Jerez. Bueno, una hora más. Puedo ir con ellos si lo desean. Y si usted lo autoriza.

—Pues me parece bien. Todo extraoficial. Pero yo le daré un escrito avalándole. Manuel, ese escrito lo quiero en quince minutos.

—Ahora mismo me pongo. Con su permiso, voy al despacho.

—Y una carta a estos señores periodistas extractando lo que se ha determinado aquí. Sin poner nada de lo extraoficial, claro. Aquí le espero para firmar todo y entregarlo en mano a estos señores.

UN VIAJE PROVECHOSO

El día seis de diciembre, a las siete de la mañana, Francisco Montes y Pablo Gutiérrez están sentados en el tren que los va a llevar hasta Utrera, junto con el magistrado de la Audiencia de Málaga, Luis del Corral. Los asientos son de madera, a pesar de tratarse de primera clase. Eso sí, hay cojines disponibles. Todo un lujo. Nada que ver

con el traqueteo de las infernales diligencias que todavía se utilizan con profusión, sobre todo en recorridos cortos o en aquellos en los que no se ha instalado la línea férrea.

—Don Luis, parece que ya salimos.

—Sí eso parece. Los trenes se sabe cuando salen. En general, suelen ser puntuales a la hora de la partida. Lo que no sabremos nunca es cuando vamos a llegar. A ver si no nos demoramos en el trayecto.

—Hay que reconocer que desde mil ochocientos ochenta las líneas de ferrocarril y las locomotoras han sufrido una notable mejoría —asevera Montes.

—Señores, lo cierto es que desde

la restauración borbónica todo ha sufrido una notable mejoría. Don Antonio Cánovas del Castillo está poniendo a nuestro país a la altura de los primeros de Europa. Como siempre ha sido y como tiene que ser.

—Don Luis —replica Pablo—, sobre eso habría mucho que hablar. Somos un país agrícola, con muchos jornaleros que trabajan para unos cuantos terratenientes. ¡Y no digamos Andalucía! Todo lo demás está por hacer. Eso sí, reconozco que el ferrocarril ha sufrido grandes mejoras últimamente. Aunque no hay que olvidar que todo se ha hecho con inversiones extranjeras. Buenos dineros se llevan y buena deuda nos provocan.

—Creo que usted es demasiado pesimista respecto a nuestro país, Pablo. Y también respecto a nuestra región. Olvida usted, me parece, que aquí, en Andalucía, se crearon los primeros altos hornos de España. Aquí, en Málaga estuvieron funcionando los de Heredia hasta no hace mucho tiempo. Sevilla y Huelva también han conocido una industria siderúrgica. Luego, en el País Vasco, tenemos una floreciente industria naval, y en Cataluña igual le digo respecto a la textil...

—Don Luis no se engañe —refuta Montes—. La inmensa mayoría de la población se dedica a la agricultura. El porcentaje de analfabetismo en nuestro país es excesivo. No hay preocupación

verdadera por la industria. Y no hablemos de la situación política.

—Ahí teníamos que llegar: a la política —se queja don Luis—. ¿Y qué le sucede a la situación política, si se puede saber?

—Don Luis, le ruego que no se moleste. Esto es una conversación informal. Y nada más lejos de mi intención que decir algo que le haga enfadar.

—¡Ah! ¡Esto se mueve! No se preocupe, don Francisco. Soy hombre tolerante y acepto todas las opiniones. Por cierto, ¿qué le parece si nos apeamos el tratamiento?

Me parece muy bien.

—Y a mí.

—Háblenme de ustedes, si no les incomoda. Tienen ustedes familia, supongo... Me refiero a mujer e hijos. Y perdonen mi intromisión.

—Pues yo —comienza Gutiérrez— estoy casado con una jerezana. Tengo cuatro hijos. El mayor con catorce años. Se llama Pablo, como su padre. ¡Un buen chico!

—¡Me sorprende, Pablo! No le veo tan mayor como para tener un hijo de esa edad.

—Me casé con veintitrés y en un año mi mujer estaba ya con mi Pablo en brazos. Así que, eche cuentas...

—Yo soy un año menor que Pablo. Me casé con más edad que él. Ya con treinta años. Por desgracia, mi mujer

falleció el año pasado, cuando la epidemia de cólera. Tengo un hijo de seis años, al que tengo que dejar al cuidado de una institutriz. Gracias a ella, mi hijo está recibiendo el cariño y la educación que necesita un chico de su edad.

—¡Vaya! ¡Sí que lo siento! Ya veo que, efectivamente, he pecado de entrometido.

—¡No se preocupe! Usted no podía saber...

—En justa correspondencia les hablaré de mí. No es necesario que les diga que soy mayor que ustedes. Cincuenta y cuatro años. Y viudo como usted, Francisco. En mi caso llevo así ya casi diez años. Tengo dos hijos. Un hijo

y una hija, para ser más concreto. No hace mucho que mi hijo y mi nuera me han hecho abuelo. Mi hija está soltera y vive conmigo. Aunque ya está prometida y, como es ley de vida, me dejará más solo que la una. Lo que les digo: ley de vida.

—¿Y su carrera profesional?
¿Siempre ha estado en Málaga?

—En eso he tenido bastante suerte, menos una temporada, de joven, que pasé como juez del distrito de Santa Cruz, en Cádiz, el resto del tiempo he ocupado cargos jurídicos en Málaga. Tengo entendido que usted es abogado, Francisco. ¿No ejerce?

—Lo hice hasta hace poco. Con el fallecimiento de mi esposa, el verano

pasado, me vi desbordado. En todos los sentidos. No aceptaba casos ni tenía ganas de trabajar. Pablo, amigo mío desde hace muchos años y periodista casi desde que tiene uso de razón, me invitó un día a visitar *El Guadalete*. Me fascinó el mundo de la prensa. Ya sé que hay mucha noticia tendenciosa. Pero también me di cuenta de que la prensa tiene cosas muy atrayentes. Si no te aplastan con una ley de prensa restrictiva, se pueden exponer ideas; y si esa ley se te viene encima, se aprende a hacer ejercicios de ingenio. A usar palabras y frases de doble sentido. Tampoco es tan diferente de la abogacía, si bien se mira.

—Pues yo también tuve mi época

en la que me dediqué a otros menesteres diferentes a la judicatura...

—No me diga...

—En el año sesenta y ocho me sedujeron las ideas de los unionistas. Ya sabe, un liberalismo, moderado por una parte y defensor de la Iglesia tradicional por otra. Algo difícil de compaginar, lo reconozco. Yo, con casi veinte años menos, pensaba que ya no tenía cabida en España una reina, como doña Isabel, que solo seguía los dictados de los elementos más conservadores del país, si no hacemos mención a los carlistas, claro.

—Y, ¿cuánto duró su etapa como miembro de la Unión Liberal? — Interroga Pablo.

—Poco. El tiempo que tardé en tener por seguro de que don Antonio de Orleáns, ya saben, el cuñado de la reina, no iba a ser rey. Prim con su dinastía de Saboya, se encargó, sin saberlo, de hacerme volver a mi trabajo como juez. Eso sí, tuve tiempo para ser diputado nacional en las constituyentes de 1869.

—¡No me diga! Entonces usted presenció y participó en las discusiones que dieron lugar a la Constitución de 1869.

—Pues sí. Y eso también precipitó mi retirada de la política. Sobre todo la mal traída y peor llevada libertad de cultos y el dichoso sufragio universal. Fue superior a mis fuerzas.

—Le quisiera hacer una pregunta y

espero que no le incomode.

—Diga, Francisco. No se preocupe. No creo en absoluto que sea usted una persona imprudente como para hacer preguntas incómodas.

—Verá..., usted comentó en Málaga que el presidente de la Audiencia de Cádiz es compañero suyo de promoción. Le veo a usted como una persona muy capaz. Por eso me extraña que no haya llegado a ser presidente de alguna Audiencia. Y más, habiendo sido diputado nacional.

—¡Ah, eso! La respuesta es bien sencilla: prefiero mil veces ser magistrado en Málaga, con mi nieto y mi hijo cerca, que presidente de una Audiencia a saber en qué capital del

reino. Varias veces me lo propusieron y todas ellas rehusé.

—Ahora me lo explico.

—La edad me ha hecho saber, sin ningún lugar a dudas, que la familia es realmente lo más importante.

—¡Muy cierto! Tanto como que usted y nosotros tenemos muy poco en común en lo que se refiere a ideas políticas.

—¿Y cuáles son las suyas, si puede saberse?

—Verá —continúa Francisco—, tal vez sea mejor que nos abstengamos de hablarle sobre ellas.

—Hablen con toda confianza. Ya les dije antes que soy persona que sabe escuchar y respetar todas las ideas. Otra

cosa es que las comparta. O que ustedes propugnasen soluciones violentas, cosa que no creo.

—A eso no llegamos nosotros ni de lejos. ¡De ninguna manera! —interviene Pablo—. Nosotros somos republicanos, si bien hombres de orden. Sabemos adaptarnos. Ya sabe, como nuestro Castelar: posibilistas. En estos momentos aceptamos la situación política. Claro está que, como expresa usted, una cosa es respetar y otra compartir.

—Fíjese, Luis, si me permite la familiaridad...

—Por supuesto, ya lo hablamos antes.

—Pues le decía que fíjese que,

precisamente, el haber acabado con la libertad de cultos y el sufragio universal del año sesenta y nueve, me parece uno de los grandes retrocesos de la Constitución del setenta y seis.

—Francisco, usted sabe muy bien que el artículo once de la Constitución en vigor respeta y tolera todos los cultos, siempre que no atenten contra las leyes de la moral universal.

—Y también sé que el mismo artículo vuelve a establecer que la religión católica es la única del Estado Español

—Cómo tiene que ser...

—Verá, para mí —tercia Gutiérrez — una cosa es la religión que profese cada individuo y otra que el Estado

profese una religión. El Estado debe ser imparcial. Con tal de que haya un solo español que no sea católico, el Estado se ve obligado a ser aconfesional.

—No creo que nos pongamos de acuerdo en esto. Yo creo que prácticamente todos los españoles son católicos. Y el Estado somos los españoles...

—Dejémoslo entonces. Pero le aseguro que hay muchos españoles, que siendo católicos convencidos piensan que el Estado debería ser aconfesional.

—Y sobre lo del sufragio universal, Francisco, tengo que decirle dos cosas. La primera que la Constitución no trata el tema. Pero, por eso mismo, tampoco lo suprime

expresamente. Y la segunda que no me parece razonable que el voto de un gañán sirva igual que el de un abogado como usted, un periodista como Pablo o un magistrado como yo. ¡Por ahí no paso!

—Estamos llegando a Álora. ¿Les parece, si nos da tiempo, que nos bajemos para tomar algo?

—¡Buena idea! Y luego vuelvo con lo del sufragio universal, si no les importa.

—Por supuesto, Luis.

Álora es un pueblo pequeño, situado a cuarenta kilómetros de Málaga. En la estación hay una pequeña cantina casi vacía. La única persona que atiende el establecimiento les atiende de

inmediato.

—¿Qué tomarán los señores? Con este frío les recomiendo un café con unas gotas de anís dulce.

Los tres se miran y se muestran de acuerdo. El camarero se va a calentar el café. Mientras esperan, reanudan su charla.

—Aunque les dije que seguiríamos luego, quería remachar el tema del sufragio universal. Señores, no es que yo me oponga de plano a que todos los españoles tengan derecho a votar. Pero para eso es necesario que cambie el nivel cultural del país. Usted mismo, Francisco, constató que el nivel de analfabetismo es muy elevado...

—Haciendo la educación primaria

obligatoria y gratuita se acababa con el problema. Pero la cuestión es si le interesa a la oligarquía dominante que el pueblo, que es inmensa mayoría, sepa leer y entienda si le están engañando o no.

—¡Ya sé lo que son ustedes! Unos idealistas. Me parece bien lo que dicen: cuando todos los ciudadanos sepan leer y sepan distinguir lo que les conviene, que voten; pero eso, hoy en día, es una realidad muy difícil de alcanzar. Y lo seguirá siendo en mucho tiempo.

—¿Sabe que le digo?

—¿Sí?

—Dos cosas. Una que ese día llegará. Aunque no lo veamos nosotros, ese día llegará. Y la otra, que están

avisando y si no nos terminamos el café nos quedamos en tierra.

Los tres ríen de buena gana mientras el magistrado paga la consumición y se apresuran a salir al andén. Ya están sentados de nuevo.

—Sepan que hace tiempo que no tenía una conversación de este tipo tan distendida y agradable. De hecho, como ustedes saben muy bien con toda seguridad, en España no se puede hablar de casi nada sin llegar a las manos o, como poco, sin terminar a voces e insultos de toda clase. ¡Y mucho menos de política! No somos un país dialogante, eso lo reconozco. Yo, a menudo, prefiero no hablar de ciertas cuestiones. Me parece una feliz

casualidad que hayamos coincidido en este tren tres personas que somos capaces de hablar de política sin llegar a perder las formas.

—Lleva toda la razón, Luis. Esta tendencia a cerrar posiciones y no escuchar al otro nos va a traer malas consecuencias algún día. Es lo mismo que estaba yo diciendo antes. Falta educación lo cual es muy malo para el país y, posiblemente, muy bueno para algunos, que solo miran por su propio interés o el de su clase.

—¡Ya salió la clase! ¿Y no va a haber clases? Francisco, usted es periodista y abogado. ¿Se considera usted de la misma clase social que un jornalero, tal vez?

—No es eso. Me refiero a los intereses de la oligarquía. Los que tienen el poder económico y político.

—Francisco, supongamos que llega su sufragio universal, su educación para todos, y los de clase más baja toman el poder. ¿Cree usted que no harán lo posible por mantenerlo como ahora lo hacen los que usted llama oligarquía?

—Posiblemente, pero tendrían más derecho, por ser mayoría.

—Usted habla de mayoría numérica. Pero también hay una mayoría de capacidad económica, por decirlo de alguna manera. ¿Por qué muchos desarrapados deberían imponerse a pocos bien preparados para dirigir al

país.

—Le repito lo mismo de antes. Estoy convencido de que llegará un día en que los de abajo estarán preparados para tomar el poder.

—¡Dios no me mantenga con vida cuando ese día llegue!

De nuevo ríen los tres.

—¿Saben qué les digo? Entiendo sus argumentos aunque no los comparta. ¡Pero qué demonios...!: estamos en un tren hablando de temas que no nos atrevemos a hablar con otras personas para no crear mal ambiente y seguimos sin tutearnos. Como mayor que soy, les ordeno que me tuteen.

—Llevas razón, Luis. No obstante, tal vez deberíamos hablar de otros

temas, no vayamos a terminar rompiendo una amistad que parece se está consolidando en poquísimos tiempo.

—Lo mismo digo —confirma Pablo—. Creo que tenemos ideas muy distintas, mas nuestros sentimientos son muy parecidos. Los tres queremos tener la mejor España posible.

—¿Y, si intentamos dormir un rato? Esto va para largo y luego tendremos tiempo de seguir esta charla. O la que os apetezca.

Varias horas después los despierta el revisor.

—Señores, sus billetes, por favor.

—¿Sería tan amable de indicarnos por dónde vamos?

—Pues camino de Osuna. Hemos

dejado la Roda de Andalucía hace diez minutos, como habrán podido ver.

—Gracias.

Luis consulta su reloj de bolsillo.

Pablo sigue con su sueño.

—¡Casi las dos de la tarde! Llevamos siete horas de viaje. Pues debemos haber estado horas parados en Bobadilla.

—¡Seguro! En Osuna habrá que bajar a comer algo. Allí hay una buena fonda al lado de la estación. Desayunamos muy bien Pablo y yo en el viaje a Málaga.

—Tenemos viaje para largo, Francisco.

—Llegará un día en que estos viajes se harán en pocas horas.

—Amigo mío, tú vives siempre soñando con el futuro. Espero que tengas los pies bien puestos en el presente. Porque hay que lidiar con lo que tenemos ahora.

—Sí que es verdad. Lo que ocurre es que el presente, en algunos aspectos, no me gusta demasiado. Y, como soñar es gratis...

—Eso sí es cierto. Pero ya sabes: «Los sueños, sueños son».

—Es como el tema de las enfermedades...

—¿A qué te refieres?

—Estaba pensando en la enfermedad que se llevó a mi pobre esposa. Estoy seguro de que la ciencia conseguirá curar, en un futuro no muy

lejano, prácticamente todas esas enfermedades que se extienden en forma de epidemia.

—Es muy posible... En un futuro.

—Pero, como siempre, la incultura y la falta de conocimiento, lo domina todo. El Gobierno de Cánovas del año pasado no supo atajar la enfermedad.

—Pero con estas epidemias, ya se sabe que no hay mucho que hacer. Mucha limpieza y poco más.

—Se podía haber hecho mucho más. De hecho, se hizo muy poco. Hay responsables de la sanidad y autoridades políticas que aún opinan que la enfermedad no se transmite de unas personas a otras. Y lo peor de todo es que el ministro Romero Robledo se

negó a que se usara una vacuna que probablemente habría salvado muchas vidas.

—¿Qué vacuna?

—La de Jaume Ferrán Clúa. Cuando estalló la epidemia, el año pasado, el doctor Ferrán vacuno a gran cantidad de personas en Alcira y otros pueblos de Valencia. A pesar de que el éxito era patente, los envidiosos e incultos de siempre criticaron duramente la vacuna, llegando a decir que era peligrosa. El Gobierno de Cánovas, en vez de favorecer la vacunación, la prohibió. Si hubiera sido un francés o un inglés, tal vez habría tenido más suerte. Pero los españoles somos como somos. No puedo dejar de pensar que si

mi mujer se hubiera vacunado tal vez hoy estaría con vida.

—¡Nunca se puede saber! Pero es posible. Lamento mucho tu pérdida, Francisco; pero no es bueno dar vueltas a las cosas que ya no tienen remedio.

—Lo sé. Pero no puedo evitarlo.

La comida en Osuna, ha sido efectivamente, muy buena. Más de dos horas han tenido para degustarla. Ya en el tren de nuevo, sobre las cinco de la tarde, dormitan y piensan en sus cosas.

Francisco Montes sueña con un país en el que las personas discuten sin llegar a las manos y sostienen ideas diferentes sin matarse. Donde las personas se vacunan sin que la autoridad lo prohíba y leen y escriben y tienen

derechos políticos iguales, sea cual sea su condición.

Después, ya despierto, piensa en José Raposo y en la alegría que se va a llevar su familia. Y él, claro. Y piensa en Juana, en el acto de justicia que sería demostrar ante todos que ella es la madre del actual heredero de los Gálvez, sin que este quedase desheredado. Claro que para eso habría que demostrar que Antonio Javier es un Gálvez.

Lo es, sin duda; mas otra cosa es demostrarlo. Si eso fuera posible, ese niño se llamaría, o se debería llamar, José Gálvez Raposo. Y seguiría siendo el único heredero del cortijo de los Gálvez, de sus viñas y casas en Jerez.

Esto compensaría, de alguna forma, el mal que se le ha hecho a Juana, porque ella sería «la madre del heredero».

—¿En qué piensas, Paco?

—En los Raposo.

—Ya... Se van a llevar una gran alegría.

—¡Eso seguro! Pero estaba meditando sobre cómo abordar el tema del hijo de Juana. Como bien sabes, tengo pruebas de su maternidad, pero no podemos demostrar que su hijo es verdaderamente un Gálvez.

—Ya: demostrando que ella es la madre no hacemos un gran favor al hijo.

—Iremos por pasos. Haremos lo que sea mejor. Ahora, lo primero es ir a la guarida de José y darle la noticia.

—Hizo muy bien en decir a Pedro Cárdenas que contactase con nosotros.

—Con el documento que nos ha dado el gobernador civil, ya podemos llevarlo tranquilamente a Jerez con su padre y su hermana. Por otra parte, en unos días la Guardia Civil y los Carabineros tendrán muy pronto en su poder la orden de anular la busca y captura.

—De eso me encargó yo — comenta Luis, que se acaba de despertar y ha estado oyendo a los dos.

Cuando llegan a Utrera es ya de noche. El tren que viene de Madrid no pasará hasta la mañana. Tienen que esperar en la estación o buscarse una pensión para dormir. Optan por lo

primero. Hay una cantina abierta toda la noche y tienen una buena estufa.

—Mañana o pasado habrá tiempo para dormir. Ahora prefiero que sigamos con nuestras conversaciones —decide Luis.

Se acomodan cerca de la chimenea. No se está mal del todo. El cantinero les trae unas tazas de caldo bien caliente.

—Me gustaría hacerte una consulta como magistrado. Yo solo soy un abogado.

—Lo de «solo» estoy seguro que sobra, Francisco. Pero dime lo que desees.

—Verás, es un tema relacionado, indirectamente, con nuestro prófugo y

ahora hombre libre. La causa del crimen que cometió fue que su hermana fue violada. Como consecuencia de aquello, tuvo un hijo. Y resulta que, unos meses después de nacer, este hijo le fue arrebatado a la fuerza por los Gálvez.

—¡Pero eso es un crimen horrendo! ¡Robar a una criatura! Eso no hace falta que me lo consultes. Tú lo sabes como cualquiera.

—No voy exactamente por ahí. Lo sé. Y, lo que es más, tengo pruebas y testigos.

—Pues a quien cometió el rapto le va a caer una buena condena. Solo tienes que denunciarlo.

—Lo sé. Pero el caso es que no tengo pruebas de que el hijo lo sea de

uno de los dos violadores. Si denuncio y devuelvo el hijo a su madre legítima, este perdería sus derechos de herencia.

—Ya te entiendo. En un caso de violación, como en muchos crímenes, la única prueba la aportaría un testigo. En otro caso podría ser la confesión del autor. Pero en este, obviamente, no cabe confesión. Por lo que veo, solo tenemos la palabra de la chica.

—Un testigo. Claro. Pues sigo sin saber si conviene denunciar el rapto.

—Como magistrado, te diría que siempre se tiene la obligación de denunciar un delito. El rapto, sí que está probado, según me dices.

—Sí. Ahí sí tengo un testigo dispuesto a declarar. Una criada, que

estuvo presente.

—Bueno, Paco —rectifica Gutiérrez— en realidad podríamos tener dos testigos. Porque la raptora fue en su calesa. Y las calesas no se conducen solas...

—¡Dios mío! ¡Se me acaba de ocurrir algo! ¡El cochero! No me refiero a ser testigo del rapto. Que lo tuvo que ser. Me refiero a la violación. Vamos a ver: en los cortijos de Jerez, que yo sepa, los cocheros tienen una caseta a la entrada de las cuadras, donde suelen dormir. A veces se trata de una casa en toda regla. Depende del cortijo. Pero casi siempre hacen, por decirlo de alguna forma, de guardianes de la cuadra. Si el cochero de los Gálvez

tiene caseta o casa y si estaba esa noche en ella, hay una posibilidad de que hubiera visto algo y callado.

—Pues es una posibilidad —estima Del Corral—. Si hay un testigo de la violación, lo tienes todo. Si no lo hay, no podrás demostrar nunca que la chica fue violada por un Gálvez. O por los dos.

—Una posibilidad remota, lo reconozco. Pero hay que intentarlo.

—Estoy pensando... Quizá haya una posibilidad de arreglo entre las partes.

—No veo qué arreglo podría haber.

—Verás: como tú muy bien debes saber, el rapto de un niño es un delito

tipificado en nuestro Código Penal. Pero hay algo con lo que estarás de acuerdo conmigo: no es lo mismo, penalmente hablando, el rapto de que un niño desconocido que llevarse por la fuerza a un niño que forma parte de la familia. Me refiero a que la pena sería menor.

—Sí. Estoy de acuerdo. ¡Ya sé por dónde vas! Si los Gálvez reconocen que el chico raptado es hijo de uno de ellos, se librarán de una condena muy severa. Y eso permitirá que se pueda reconocer al joven como hijo de Juana y no pierda sus derechos.

—¡Exacto! Normalmente, es el padre el que reconoce a un hijo fuera del matrimonio. Pero si el supuesto padre falta por haber fallecido, basta que un

hermano reconozca la paternidad del fallecido. O el hermano lo hace o tendrá que sufrir una larga condena. Y tal vez le tengan que acompañar su madre y su esposa, en calidad de cómplices o encubridoras.

—¡Lo tengo! No se podrá negar a reconocer que el chico es hijo de uno de sus dos hermanos.

—Una cosa que no hemos dicho, Paco, es que hay dos registros en la parroquia correspondiente —interviene Gutiérrez—. Supongo que, una vez aclarado, se podrá suprimir sin dificultad segundo. El que hicieron los Gálvez.

—Eso no es problema. Una vez demostrado que los dos registros

corresponden a la misma persona, el segundo tiene que ser anulado por el párroco. Y, respecto al primer registro, con la resolución judicial, el párroco tendrá que añadir el apellido del padre.

El viaje de Utrera a Jerez pareció interminable. El magistrado se ofreció para mediar con la familia Gálvez y convencerlos si fuera necesario de la ventaja de reconocer al niño como hijo de uno de los dos fallecidos. Los dos periodistas, después de despedirse efusivamente del magistrado, bajaron del tren.

Había nacido una buena amistad, basada en una característica común en los tres. No era la edad, ni, desde luego, la ideología. Era algo muy difícil de

encontrar en un país en el que siempre ha parecido mejor una guerra civil que un pacto; siempre ha parecido más resolutivo un garrotazo que un razonamiento, y siempre se ha huido del diálogo y se ha buscado tener la razón y la verdad a toda costa.

—Paco, son las doce. ¿Qué hacemos?

—Pablo, yo estoy agotado. Creo que lo mejor será que nos vayamos a nuestras casas, durmamos a pierna suelta y mañana nos vemos en el periódico. Tenemos mucho qué hacer con lo de Raposo. Hay que ir a la sierra y traerlo a Jerez. Con su familia. Y hay que cerrar una estrategia para la cuestión del hijo de Juana.

—Desde luego. Y también tenemos que ir al periódico y reanudar nuestro trabajo. Si no, nuestro director nos va a echar del periódico con cajas destempladas.

—Pues nos vemos allí a las ocho de la mañana, como siempre.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

SALVAR UNA VIDA

A las ocho de la mañana están nuestros dos amigos en la sede del periódico *El Guadalete*.

—Paco, cuando esto termine tenemos que escribir la historia en el periódico. Va a ser algo grande.

—¡Desde luego! Tal vez tengamos que ocultar algún detalle. No sería malo que hablemos con el director y le

aclaremos que de todas nuestras idas y venidas va a salir un trabajo muy beneficioso para el periódico. Así justificamos nuestras próximas gestiones. Porque pedir más vacaciones ya no cuela.

En esto aparece un chico joven en el despacho que comparten Francisco y Pablo con varios redactores.

—Don Francisco y don Pablo, hay una mujer en la entrada que pregunta por ustedes.

—¿Por nosotros? Vale, ya vamos.

En la puerta está María con el pelo algo enmarañado. Lleva una falda ancha y solo una camisa, a pesar de que el día está fresco.

—¿Qué le sucede, señora?, la veo

muy alterada —comenta Pablo.

—¿Son ustedes don Francisco Montes y don Pablo Gutiérrez?

—Sí..., ¿nos conocemos? Pero baje del caballo y pase, por favor, que la veo muy fatigada.

—Me llamo María Piña. No tenemos tiempo para entrar. Tenemos que irnos ya.

—No entiendo... ¿Qué le ocurre?

María habla en voz baja.

—Mi padre tiene una venta antes de llegar a San José del Valle. A las seis de la mañana o un poco antes nos hemos encontrado en la puerta de atrás a José Raposo. Tiene un disparo en el pecho y está muy mal. Sé que solo puedo acudir a ustedes. Creo que se muere. Pero tal

vez con un médico de confianza haya alguna posibilidad.

—¡Pablo! ¡Hay que hacer algo! ¿Cómo has venido al periódico?

—Como siempre: andando. Ya sabes que mi casa no queda lejos.

—¡Vaya, yo igual! Señora, me subo con usted en su caballo y vamos a buscar un médico. Hay uno que nos va a venir muy bien. Pablo, me voy. Di cualquier cosa al director. Ya te contaré.

María se echa hacia la grupa y Francisco monta. Salen a un trote largo que levanta alguna protesta de los viandantes que cruzan las calles. Llegan a la puerta de la casa de Felipe Agudo, el doctor. Allí mismo tiene su consulta. Francisco espera tener suerte y que no

haya salido a alguna visita. Llama.

—Buenos días, ¿qué desea?

—¿Está el doctor? Es muy urgente.

—Pues sí que está. ¿Quiere usted pasar?

—Sí. Por favor, avísele. Dígale que soy Francisco Montes y que es muy urgente.

—El médico sale enseguida.

—¿Qué sucede?

—Doctor, ¿le gustaría hacer un servicio que podría compensar cierto daño que hizo usted a una familia?

—No le entiendo. Dígame lo que sea.

—El hermano de Juana Raposo está muy grave. Le han disparado en el pecho.

—¿El fugado de presidio?

—Ya no lo es; ahora es un hombre libre, pero esa es otra cuestión. La cosa es que parece que se muere. Como le digo, tiene una bala en el pecho.

—Ahora mismo voy. ¡Petra!, dígale al paciente que está en mi despacho, que se tome lo mismo y que he tenido que salir urgentemente. — Continúa hablando con Francisco—. ¿Dónde está el herido?

—Cerca de San José del Valle.

—Tengo un coche con un caballo para las visitas que están algo lejos. Recojo el instrumental y en cinco minutos nos vamos.

Han llegado a la venta poco después de las dos de la tarde. José está

muy pálido. Respira de forma casi imperceptible, pero ha recuperado por completo el conocimiento.

—El lugar del disparo es delicado. Han hecho muy bien en no quitarle la camisa. Tiene un coágulo de sangre y se podría haber despegado, provocándole una hemorragia. Con las horas que han pasado, podría haber sido fatal.

—¿Qué hacemos doctor?

—Necesito alguien que me sirva de ayudante. Bueno, me tienen que ayudar los tres, pero alguien tiene que estar constantemente a mi lado.

—Yo lo hago, doctor —se ofrece María.

—Lo primero que tienes que hacer es lavarte las manos muy bien. Usted —

se dirige al ventero— encárguese, si no le importa, de que no falte agua caliente. Que hierva y luego se vaya enfriando.

—Voy a ello.

—No tarde. Le vamos a necesitar para quitar la camisa. Y busque toallas o sábanas limpias. Todas las que tenga. Tal vez tengamos que taponar. Don Francisco, vaya a mi coche y tráigame una caja que tengo allí de madera. Hay vendas y otras cosas. Pero traiga la caja completa.

—¡Ahora mismo!

En unos minutos, llega Juan con una olla casi llena de agua caliente y Francisco con la caja de madera.

—Vaya calentando más agua por si acaso hiciera falta.

—María, vaya humedeciendo estas gasas y aplicándolas sobre la camisa. Con cuidado. Pero con agua abundante. Yo iré tirando, poco a poco, de la camisa. Antes la voy a cortar y voy a dejar solo la zona pegada.

Al cabo de varios minutos, entre quejidos apagados de José, el médico consigue dejar la herida al descubierto.

—El lugar es delicado. Pero ha habido suerte: está encima del corazón y no ha tocado la clavícula ni, sobre todo, algún vaso sanguíneo importante. El omoplato ha impedido que lo atravesara la bala. El problema es que el proyectil ha entrado en oblicuo y voy a tener que ahondar bien. Necesito licor. El más fuerte que tengan.

Juan va detrás de la barra y trae una garrafa de cuatro litros. En la etiqueta pone: «Anís Venus. Rafael Reyes Rodríguez. Rute. Córdoba».

—Eso es lo más fuerte que tengo: anís seco.

—Esto te va a doler, amigo — anuncia el médico.

Sin dejar más espacio a que el herido piense, le derrama lentamente el líquido sobre la herida. José lanza un terrible aullido de dolor.

—Échate un buen trago —le indica llenando un vaso hasta arriba.

—No.

—¿Cómo que no? ¡Bebe todo lo que puedas! Si no lo haces, lo vas a pasar muy mal.

—No, doctor. Lo pasaré mal. Si usted lo dice, así será. Pero no pienso beber ni un trago.

—José —interviene Francisco—, voy a comunicarte algo que quizá te dé fuerzas: Ya no eres un fugado de presidio. Tu situación se ha aclarado. Había una amnistía y tú no lo sabías. Ya te contaré. Y, ahora, haz caso al doctor y échate un buen trago.

—No entiendo. ¿Libre? —José habla con suma debilidad y de forma entrecortada—. Ya me lo explicará. Sí que es buena noticia. Doctor, no espere más. No voy a beber nada. Cuando quiera...

—Pero se me va a mover. Y, si se mueve, podemos tener un disgusto. ¡Es

imposible que aguante, hombre!

—¡No me moveré!

—No espero más. Aguanten fuertemente a este hombre por los hombros. Aunque se queje por todos los demonios del infierno, sujétenlo con todas sus fuerzas.

Todos los presentes, menos el doctor, averiguan lo interminable que puede ser, o parecer, la extracción de una bala, y la angustia de no tener la seguridad sobre si se va a poder sacar o no. Juan y Francisco tienen serias dificultades para inmovilizar a José, a pesar de que por su boca solo sale un ronquido apagado de vez en cuando. Afortunadamente, llega un momento en que el herido pierde completamente el

conocimiento y el médico se puede centrar más tranquilamente en su tarea: una carnicería, tan horrible como necesaria. María llora con un trozo de gasa en la mano, esperando instrucciones del médico.

—¡Aquí! ¡Aquí la tengo! Espero que no se me resbale. A ver... ¡Ya está! ¡La tengo! ¡Tapone con la gasa! ¡Vamos! ¡Eso es! ¡Usted, la garrafa!

Felipe Agudo derrama un abundante chorro de licor sobre la herida. Luego coge vendas de la caja y procede a cubrir detenidamente la herida, pasando bandas de gasa por debajo de la axila y por encima del hombro.

—Esto ya está. Ahora, lo más

peligroso sería que la herida se infectase. No le quiten la venda al menos en diez días. Cuando se la retiren, le vuelven a echar un buen chorro de licor. Y lo vuelven a vendar como he hecho yo. Al principio, durante dos o tres días, será normal que tenga algo de fiebre. Pero si dura más o notan que es muy alta, me avisan. De comer, cuando lo pida. No hay prisa con eso. Y respecto a la bebida, conviene que le den agua de vez en cuando aunque él no lo solicite.

—Yo me encargo —resuelve María—. Estaré junto a él el tiempo que haga falta, ¿verdad padre?

—Claro que sí, hija. Don Francisco, ¿qué es eso de que Pepito es

libre? —pregunta Juan, antes de dirigirse a abrir la puerta de la venta—. Supongo que lo habrá dicho para darle fuerzas, ¿no?

—Así es: se lo he dicho para animarle a que resistiera la operación. Pero es verdad. Ya os lo contaré con más tiempo. Ahora lo importante es que se mejore.

—No lo dejaré un momento —asegura María. Y si ocurre algo ya sé dónde vive usted, doctor.

—Y a mí me avisas también, María. Os voy a dejar este documento. Tiene el sello y la firma del gobernador de la provincia de Málaga. En él se explica que el preso es libre y que se está gestionando la comunicación oficial

a todas las autoridades para que lo tengan en cuenta. Es importante que lo tengáis a mano por si acaso.

—Descuide. Lo haremos.

—Don Felipe —expresa Montes—, primero que nada, le quiero dar las gracias. No me cabe duda de que si usted no viene este hombre no habría sobrevivido. Dígame cuanto le debo por la intervención. Si no le importa, me voy con usted en su coche para Jerez y allí le pago.

—A lo de ir juntos a Jerez, le digo que no hay ningún inconveniente; lo del pago ya es otra cosa. No pienso cobrar ni una peseta por esto. Ya me dijo usted que con esto saldaba una deuda. Creo que hay deudas que nunca se saldan del

todo, pero no puedo cobrar por esto.

—Se lo agradezco. María y Juan, ha sido un placer conocerles. Veo que José sigue sin estar consciente. Cuando puedan, le dicen que se tiene que mejorar pronto. Para ver a su familia y para algunas cosas importantes que tenemos que hacer por los Raposo. Ya le explicaré.

El médico y Francisco Montes vuelven a Jerez.

Diez días después, el dieciséis de diciembre, el doctor Agudo y Francisco Montes regresan a la venta, junto con Pablo Gutiérrez diez días después. El

médico comprueba que José ha mejorado notablemente.

Francisco y Pablo explican a José los pormenores de sus gestiones para averiguar que la amnistía de abril le afectaba de lleno. Ya está en poder de la guardia civil y los carabineros de Jerez la orden de sus superiores suspendiendo su busca y captura. La visita de Luis del Corral a la Audiencia Provincial de Cádiz ha surtido los efectos deseados.

—José, en vista de que estás mejor, voy a darte una sorpresa. Si Juan no se opone, me gustaría traer a tu padre y a tu hermana para que paséis juntos las navidades. Todavía no estás para viajar. Y creo que ya es hora de que os podáis dar un abrazo. O muchos.

—No sabe cuánto le agradezco todo lo que está haciendo por mí. Por nosotros.

—A partir de ahora me hablas de tú, José ¿O es que no somos amigos?

—De acuerdo, amigo.

—Me marcho. Antes de nochebuena estoy de vuelta con tu padre y tu hermana.

—Tengo que devolverte algo, amigo: la escopeta. Ni siquiera la he tocado. Ha estado todo el tiempo desmontada en las alforjas del caballo.

—Me parece bien. Me la llevo.

—Y el caballo también es tuyo. O de Pablo. Lo justo es que lo recuperéis.

—¡Eso sí que no! El caballo es tuyo. Considéralo un regalo.

El día veinte de diciembre nuestros dos carabineros vienen de vuelta para Jerez.

—Mi sargento, no me explico cómo se nos pudo escapar el Raposo. Estoy seguro de que se quedó sin caballo.

—Que el que se nos escapó era José Raposo, lo dice usted, Romerales. Lo único que sabemos con seguridad es que era alguien que debía tener algo pendiente con la justicia. En caso contrario, no habría huido.

—¡Le digo que era él! Bueno, no estoy seguro del todo. Lo que sí sé es

que era el mismo con que nos cruzamos, el mes pasado, en la pensión de Algar.

—A eso no le digo que no.

—Lo que no me explico es cómo aguantó con un tiro en el pecho y sin caballo. Se nos escurrió. Por más vueltas que hemos dado, no hemos encontrado el menor rastro ni de él ni de su caballo.

—Nosotros hemos cumplido, Romerales. Esta tarde estaremos en Jerez. Informaremos al capitán Quesada de lo sucedido y espero que, al menos, tengamos unas navidades tranquilas.

—Sí, mi sargento, que a la mujer y a los niños hace meses que no casi no les vemos el pelo.

—Sí que es verdad...

—Esto de ser carabinero no se lo deseo a nadie, mi sargento. Fíjese que llevamos cinco meses pasando calamidades y persiguiendo, como quien dice, humo por esta maldita sierra. Y todo para nada. Mucho frío, mucho calor, poca paga y más de un disgusto. Eso es lo que se saca en el Cuerpo de Carabineros. Y, encima la mujer y los niños siempre temiendo que nos pase algún incidente y no volvamos.

—¡Hombre Romerales! Me espero todo de usted, pero esto... ¿Se olvida del servicio que prestamos? Ciertamente es que pasamos frío y hambre y todo lo que usted quiera. Pero ¿cuántos malhechores ha contribuido usted a detener y poner a buen recaudo? ¿O es que eso no merece

la pena?

—Lleva usted razón, mi sargento. Como siempre. Creo que este caso me ha desanimado bastante. Ha sido mucho esfuerzo para no conseguir nuestro propósito.

—Así son las cosas, Romerales. Pero puede usted estar orgulloso de lo que hace. Además, ahora le digo que usted sí que me llega a cabo como siga así. ¡Venga hombre, no se me desanime!

—Le agradezco sus palabras. Mire, estamos a punto de llegar a la venta de Piña. Ya está todo el pescado vendido. ¿Qué le parece? ¿Nos tomamos una copita antes de seguir para Jerez?

—¡Venga esa copa!

Los dos carabineros entran en la

venta y se dirigen directamente a la barra. Sentado en una mesa, a la izquierda según se entra, hay alguien tomando un café. Los dos carabineros se dirigen al ventero. Buenos días amigo. Pónganos un par de copitas. Lo que usted vea mejor. A ver si se nos quita el frío de la sierra.

—Ahora mismo señores.

Con la copa en la mano, tras haber dado un primer trago, Romerales apoya el codo derecho en la barra y se gira hacia la izquierda para hablar cómodamente con el sargento. La copa se le cae al suelo y se hace añicos.

—¡La madre que me parió. El Raposo!

No tiene el fusil a mano. Ni el

sargento tampoco. Lo han dejado en sus caballos. Pero Roncero saca el revólver que lleva enfundado en una pistolera sujeta al cinto.

—¡No se mueva, Raposo queda detenido!

—El sujeto sigue tomando café como si no estuviera atento a lo que habla el sargento.

—¡Suelte ese vaso ahora mismo y póngase en pie o le pego un tiro!

Raposo suelta el vaso sobre la mesa y deja las manos visibles.

—Le voy a hacer una pregunta —vocea Romerales con intensa curiosidad y mirando fijamente a José—: Usted es José Raposo, ¿no?

—Sí señor. Yo soy José Raposo.

—¡Lo sabía! ¡Lo tenemos, mi sargento!

—Perdonen. Ustedes no tienen nada —le contradice María que acaba de aparecer con un papel en la mano—. ¿Pueden leer esto?

—¿Este papel? A ver, traiga. No sé qué tiene que ver...—Romerales lee en voz alta. Su tono se va mostrando más y más sorprendido a medida que va leyendo:

Por el siguiente documento certifico que José Raposo Lobillo, natural de Jerez de la Frontera, estuvo cumpliendo condena a cadena perpetua en el presidio de Melilla, de mi jurisdicción como

gobernador, hasta el día 25 de abril del presente año de 1886.

La orden del ministerio de Gracia y Justicia de primero de julio del corriente año, que desarrolla el real decreto de la fecha primeramente expresada, en su parte final, dice lo siguiente:

«Se considerará a todos los efectos que los presos incursos en el real decreto son libres, y así deben ser declarados desde el mismo día de publicación de la disposición real en la Gaceta de Madrid, es decir el día veinticinco de abril del presente año de 1886».

Lo que certifico para que ninguna autoridad ni fuerza de

seguridad persiga ni detenga al expresado José Raposo Lobillo en tanto se regulariza oficialmente su situación.

El gobernador de la provincia.

En Málaga a

—¡La leche! ¡El certificado es de cuatro días antes de que yo le pegara un tiro!

El sargento coge precipitadamente el certificado y lo lee en voz baja.

—Parece que no hay ninguna duda. Este hombre no debe ser perseguido. Lo hemos estado siguiendo todos estos meses y ahora este papel lo cambia todo. En fin, nosotros cumplimos

órdenes. El sello está muy claro y el papel es oficial. Esto no parece una falsificación.

—¿Y si lo fuera, mi sargento?

—Romerales, no me pregunte.

Ahora mismo estoy en blanco.

—Señores —trata de aclarar, José

— Hace dos semanas estaban ustedes corriendo detrás de mí y me alcanzaron con un disparo. Ya ven en qué estado me encuentro. ¿De dónde voy a sacar yo este documento?

—Alguien lo puede haber traído, eso es indiscutible. Pero no me saca de la duda sobre si se trata de una falsificación o no.

—Lo trajo un amigo de José que ha hecho gestiones ante el gobernador de

Málaga —aclara María—. Trajo el papel y me dijo que lo usara en caso necesario.

—Miren —interviene José—. Comprendo que ustedes no sepan qué hacer. Les propongo que uno de los dos se quede aquí conmigo y el otro vaya a Jerez a consultar con sus superiores. También convendría que fuese a ver a Francisco Montes y Pablo Gutiérrez, que son periodistas de *El Guadalete*. Ellos le podrán aclarar las cosas.

—Me parece bien. Romerales, será mejor que se quede usted y yo vaya a Jerez. Por ninguna circunstancia se debe ir el preso de aquí mientras no tenga noticias mías, ¿entendido? Confío en usted.

—Entendido, mi sargento.

El sargento sale y Romerales se sienta, desolado, a dos metros de José Raposo.

—¡Y pensar que no le he matado de milagro! Si es cierto lo que está escrito en ese papel, tendré que pedirle mil excusas.

—Eso no será necesario. Usted cumplía con su obligación.

—¿De verdad es usted un hombre libre?

—Se lo juro.

—Pues le pido mil perdones. No sabe usted la suerte que ha tenido. Yo le apunté al corazón. Y le aseguro que no suelo fallar.

—Lo dicho. Olvídese. Usted hizo

lo que tenía que hacer. Y yo estoy vivo y libre. Así que todo está muy bien. Mire, me quedan algunas pesetas. Le invito.

Al día siguiente, un carabinero viene de Jerez a buscar a Romerales.

—Ezequiel, de orden del capitán Quesada que no hay nada contra José Raposo y que te presentes en el cuartel. Anda, coge tus cosas que nos vamos.

—Amigo, yo le repito a usted...

—¡Nada! Usted no tiene que repetirme nada. No se preocupe. Seguro que nos vemos algún día por Jerez y hablamos de todo esto.

—No le quepa duda. Así será.

LA FAMILIA

Los Raposo han pasado la mejor Navidad de su vida. Juana no para de dar besos a su hermano, que aguanta estoicamente el dolor, que todavía acude de vez en cuando al hombro izquierdo. José padre, con casi setenta años, parece haber recuperado una capacidad casi olvidada de hablar y reír. Juan y María Piña celebran la primera

Nochebuena en compañía desde hace mucho tiempo.

Unos días después, los Piña y los Raposo están sentados alrededor de una mesa redonda. Hablan, cantan y se cuentan cosas. Todos oyen embelesados las historias de José. Sus fatigas en el presidio, su peleas, el hambre, anécdotas de personajes, a veces curiosos y a veces terribles. El hombre libre les cuenta orgulloso cómo un negro de Puerto Rico le dio el mayor ejemplo que ha recibido en su vida, cómo se empeñó en enseñarle a leer y a escribir y cómo le hizo comprender que la bebida era la perdición de las personas. Y más aún de los pobres.

—Desde que lo conocí, he leído

más libros que vasos de aguardiente me bebí antes. Ojalá pueda volver a encontrarme con él y darle las gracias. Y a enseñarle que gracias a él soy un hombre bueno.

—Ya te lo dije, Pepito.

—¿El qué, María?

—Que cuando fueras mayor serías un buen hombre.

Todos se ríen. Pero José y María se miran intensamente. Ambos se levantan y se buscan, dándose un abrazo que deja a todos callados, mirándoles enternecidos y emocionados.

—¡Vamos a ver! —se queja Juana — ¡Que me voy a poner celosa! ¿No hay nada para mí? ¡Para esto tiene una hermanos mayores!

José se acerca a su hermana y le llena la cara de besos entre las risas de todos.

El capitán Quesada está hablando con Jesús Gálvez. Se encuentran en el mismo saloncito de la casa que en otras ocasiones. Pero hay dos diferencias: Quesada viene acompañado por un capitán de la Guardia Civil y no están tomando nada. Tras las presentaciones, comienzan a hablar. Quesada se muestra mucho más serio y circunspecto de lo habitual en él.

—Tengo que darte algunas noticias que te van a sorprender enormemente.

—Tú dirás, Genaro.

—Como recordarás, la última vez que nos vimos te comenté que José Raposo se había esfumado.

—¡No me digas que ha aparecido!
—exclama Jesús en un tono que quiere ser jocoso, pero denota inquietud.

—Pues sí. Eso es lo que vengo a decirte. Entre otras cosas...

—Pero eso es... imposible...

—Pues no. No lo es. José Raposo ha aparecido. Sabemos dónde está.

—¡No me lo puedo creer!

—Debería ser una buena noticia para usted, ¿no? —indaga el capitán de la Guardia Civil. Se supone que si ha aparecido es por que lo hemos apresado...

—Sí..., por supuesto.

—Mira Jesús, te voy a ser claro.

En octubre de este año que termina, un señor de Cádiz se presentó en la Comandancia de la Guardia Civil de allí. Es amigo del coronel y le informó de una historia sorprendente. El capitán Nicolás Estévez está aquí para contártela.

—Pues verás, don Jesús: el amigo del coronel, que se llama Enrique Berlanga, le contó que su sobrino por parte de madre, de nombre Publio Cano Berlanga. Estuvo en Cádiz para despedirse de él. Se marchaba para América. Aunque le dijo a su tío que no sabía dónde se asentaría definitivamente.

—No entiendo qué tiene que ver esa historia con la aparición o desaparición de Raposo.

—¡Mucho! Cuando termine lo entenderá. Resulta que Publio Cano le dijo a su tío que había estado trabajando para el dueño de un cortijo de Jerez de la Frontera. Buscando a un fugado, de nombre José Raposo. —Luis se pone blanco.

—Parece ser que el tal Cano —añade el capitán Quesada— es una pieza de cuidado. De difícil ajuste. No le gustó trabajar con su tío en un almacén de venta y alquiler de pianos y se pasó al mundo del juego con ventaja, el timo, el contrabando y la caza de hombres al servicio de la Justicia.

—Y el coronel, como es lógico, se pregunta quién podría haber contratado al timador —continúa el capitán Estévez—. Y digo esa palabra porque el sobrino le confesó al tío que, en vez de cumplir y cargarse al fugado, mintió al que le había ofrecido la recompensa y se la llevó sin más. A grandes rasgos esa es la parte de la historia que me toca contar.

—Tú no sabrás nada de esto, ¿no Jesús?

—¿Yo? ¿Qué voy a saber?

—Desde luego, el que ha pagado por matar a un individuo al margen de la ley lo tendría muy mal si no fuera porque el tal Publio no le dijo el nombre a su tío. Este fue a la Guardia Civil más

que nada por escrúpulos. No sabía qué hacer y se le ocurrió acudir a su amigo.

—¿Y qué pasó? —pregunta Luis inquieto.

—El coronel le aconsejó que no fuese a denunciar el caso a un juzgado —sigue Quesada—. En definitiva, se trataba de la declaración que le había hecho su sobrino, un personaje de poco fiar. Y no había ningún nombre ni pista de quién había sido el que le había contratado. En caso de que todo fuera verdad. Pero te aseguro, Jesús, que no nos chupamos el dedo. En caso de ser cierto —cosa muy probable—, solo hay una familia que pueda estar interesada en eliminar al fugado. Por varias razones.

—Genaro, te aseguro que no sé de qué me hablas.

—No importa ahora. Te voy a contar yo la segunda parte de la historia para que todo cuadre. Esto te va a sorprender más aún. José Raposo es un hombre libre.

—¿¡Qué!?

—Lo que oyes. Hubo una ley de amnistía en abril de este año, que completaba otra de noviembre del año pasado. Le tenía que haber afectado. La cuestión es que, tras diversas aclaraciones, la orden de busca y captura que pesaba sobre José Raposo ha sido anulada.

—¡Pero eso no puede ser!

—Puede ser y es, Jesús.

—Y ahora —advierete el capitán de la Guardia Civil— le tengo que decir algo muy seriamente. Es el motivo principal por el que estoy aquí. Usted no habrá sido el que contrató al matón y no sabrá nada de esto que le hemos hablado. Se lo acepto todo. Pero, como haya el menor indicio de que intenta algo contra José Raposo, le aseguro que dará con sus huesos en la cárcel. ¿Me ha entendido?

—Pero yo no tengo nada que ver...

—¿Me ha entendido, sí o no?!

—Sí. Sí. Perfectamente.

—Y otra cosa —comenta Quesada—. Me ha defraudado enormemente que hayas mostrado tan poca confianza hacia mí y hacia mis carabineros. Te ofrecí

toda la ayuda que se puede prestar en estos casos. Incluso más. Y tú te buscaste a un matón para resolver el caso. Si te han timado, creo que te ha estado bien empleado.

—Pero Genaro —se queja sin convicción Jesús—, es que todo eso de que yo contraté a un matón no es cierto...

—Mira —concluye Quesada—, oficialmente, lo vamos a dejar en eso. En un rumor que no se puede confirmar o desmentir. Lo importante es que ahora quedas advertido. No se te ocurra hacer nada contra Raposo.

—Mire, don Jesús. Se puede entender, hasta cierto punto, que alguien contrate a un sicario para que «haga desaparecer» al asesino de sus

hermanos. Se puede echar una mano al jefe de una familia conocida y respetada. Pero —advierte severamente el guardia civil— lo que no se puede es hacer la vista gorda si alguien atenta, de alguna forma, contra un ciudadano libre. Por muy jornalero que sea y por muchos crímenes que haya cometido, si estos ya han sido redimidos. ¿Me entiende?

—Sí. Le entiendo. No obstante —arguye Jesús—, y perdonen que les diga, veo que están muy interesados en la seguridad de Raposo. ¿Y la de nuestra familia? Porque él está suelto y nadie sabe qué puede hacer.

—Jesús, ¡no me toques las narices! Este hombre estuvo en Jerez y ni se le ocurrió acercarse al cortijo; eres tú el

que ha mandado a alguien a matarlo. Con eso no te quiero decir que no comprenda que tengas cierta inquietud por tu seguridad. Pero, en ese sentido, no te quepa duda de que igual que vamos a estar pendientes de lo que hagas, también vamos a tener vigilado a Raposo. Pero eso solo podrá ser durante un tiempo prudencial. Hay más ciudadanos y más delitos que perseguir.

—De acuerdo —admite Jesús—.

Lo que más me duele de todo esto es que pienses que no he confiado en ti como amigo o en los carabineros como Cuerpo de Seguridad.

—Por el momento no veo motivos para pensar lo contrario. Y fijate lo que son las cosas. Tu matón, tu supuesto

matón —concede Genaro—, se llevó, presuntamente, tu dinero y te timó de mala manera; sin embargo, mis hombres localizaron a Raposo y a punto estuvieron de matarlo. Afortunadamente no lo consiguieron. Pero me mostraron su valía. Tengo un carabinero al que voy a proponer para su ascenso inmediato a cabo.

Pasado el fin de año, el dos de enero de 1887, Francisco Montes y Pablo Gutiérrez se presentan en la venta de Piña. Traen una berlina en la que caben, algo apretadas, seis personas. Además de las dos que pueden ir en el

pescante.

—Buenos días a todos —saluda Francisco—. ¿Cómo está nuestro herido?

—Mucho mejor —responde María—. La herida va muy bien. Aunque el brazo no lo puede casi mover y todavía tiene bastantes dolores.

—Estoy bien. Cada día un poco mejor.

—¿Tanto como para estar en condiciones de viajar a Jerez? —inquire Pablo.

—¡Hombre! A caballo, supongo que me costaría lo mío. Pero en ese carruaje voy yo hasta Madrid si hace falta.

Risas de todos.

—Verás, tenemos varias cosas pendientes en Jerez, José. Hay algo que afecta a Juana, que tú sabes muy bien. Y ya va siendo hora de que arreglemos la cuestión.

—¿A mí? —pregunta Juana inquieta.

—Sí Juana, a ti. Ya sabes, tu hijo. No quiero decirte más. Pero tenemos muchas posibilidades de demostrar que Antonio Javier Gálvez es tu hijo. Y siempre hemos querido que José estuviera presente cuando destapásemos la olla.

—¡Ay Dios mío! ¡No puede ser! — Juana rompe a llorar.

—Yo creo que sí podrá ser, Juana. Además, te lo mereces. Por cierto, he

traído la berlina porque he pensado que os podía llevar a todos de regreso a Jerez.

—Sí. Ya va siendo hora de que volvamos a la casa —acepta José padre—. Hemos pasado aquí unos días muy buenos con Juan y María. ¡Muy buenos!

—Cuando queráis, ya sabéis que aquí estamos, José. Para lo que haga falta. Y para que os paséis cuando os apetezca por la venta a disfrutar unos días como estos que hemos pasado todos juntos.

—José, tengo que decirle que lo que yo pretendo no es exactamente llevarles a su casa, sino a la mía. Verá, yo quería que su hijo estuviera en mi casa durante los días que estemos

zanjando el tema del hijo de Juana. Y ustedes querrán estar con él, ¿no?

—Pero yo no puedo aceptar...

—¿Y por qué no? ¿Es que no puedo invitarles yo a pasar unos días en mi casa igual que los han pasado con Juan y María? No me va a hacer ese feo...

—No, por Dios. No es por eso. Es que a uno no le gusta abusar.

—¡Abusar! Bastante han abusado de ustedes toda la vida. Es una invitación que yo les hago.

—¡Hombre! Visto así, no nos podemos negar, ¿no, Juanita?

—Lo que usted diga, padre, está bien dicho.

—Pues no se hable más —

concluye Francisco—. Cogen sus cosas y nos vamos todos para Jerez. A mi casa.

La casa de Francisco Montes es imponente. Y no solo por su tamaño. Tras el amplio zaguán, se abre un grandísimo patio porticado con columnas y suelo de mármol blanquísimo. Puertas altas y brillantes, casi todas abiertas, dan paso a diversas estancias: un amplio comedor, varias salitas finamente amuebladas y una biblioteca bien nutrida, entre otras habitaciones.

Al fondo, por la parte de la

izquierda, un pasillo flanqueado por despensas, conduce a la cocina, tras la cual se abre un patio al descubierto; por la derecha hay otro pasillo que conduce directamente al mismo patio.

Tras este, aparece un hermoso y extenso jardín, plagado de plantas y arbustos ornamentales y salpicado por araucarias, naranjos, limoneros y otros árboles frutales.

En el piso superior, al que se llega por una amplia escalera de dos tramos, y de mármol rojizo, un pasillo de cuatro lados, con una balaustrada también rojiza da acceso a un sinfín de dormitorios y baños.

Todo esto lo han recorrido los Raposo enmudecidos y con los ojos muy

abiertos. Asombrados.

—Pues esta es mi casa. Como habréis podido comprobar, demasiado grande para mí y mi hijo pequeño.

—Ah, tiene usted un hijo...

—Juana, vamos a dejarnos de ceremonias y de tratamientos. Si sois mis invitados es que sois mis amigos. Y si os he dado la confianza, me habláis de tú. ¿De acuerdo?

—Pero nosotros no podemos... —
musita el padre.

—Ya sé que os costará trabajo. Pero vais a intentarlo. Poco a poco.

—A lo que iba... pues sí, tengo un hijo de seis años. Mi niño Paquito. El pobre se ha quedado muy solo. Como yo. El año pasado perdimos a su madre.

Bueno, ya no es el año pasado; quería decir en el ochenta y cinco. Una faena que nos hizo la vida.

—¿Es la señora que está en el cuadro grande de la escalera?

—Sí, Juana, esa era mi mujer y la madre de Paquito. Mandé hacer el cuadro a poco de casarnos.

—¡Era muy guapa!

—Sí que lo era. Pero lo más importante es que rebosaba bondad. No tenía nada suyo. Y era una buena madre. Siendo tan distintas, en muchas cosas me recuerdas a ella.

Juana se ruboriza hasta las orejas.

—Por cierto, estoy seguro de que ella estaría encantada de que te pusieras alguna ropa suya. Todavía la conservo

intacta en su habitación. No soy capaz que retirarla.

—¡Qué cosas tiene usted! ¡Yo no puedo ponerme ropas de su señora! Sería el hazmerreír de todo Jerez...

—Juana, mujer, no te vayas a creer que toda la ropa de Rafaela, mi querida esposa, era como la del cuadro. Ella era bastante sencilla vistiendo. Eso sí, no usaba el negro como tú.

—A ver, don Francisco, ¡que no! ¡Que eso no puede ser! Cada uno con lo suyo.

—Juana, no me digas «don Francisco», mujer. Que voy a parecer un anciano. Mira, las pocas veces que te he visto siempre ibas de negro. Y no era para menos. Tu hermano en la cárcel, la

pérdida de tu hijo... Pero ahora tienes que vestirme con más colores, mujer. Además, vas a recuperar a tu hijo. Y querrás que te vea guapa, ¿no?

—Eso de recuperar a mi hijo no lo veo yo tan seguro...

—A mí ya me gustaría —advierete José—. Sin embargo, suponiendo que se demuestre que el chico es hijo de mi hermana, eso es una cosa y otra que él lo admita y la reconozca como madre. Son dieciséis años viviendo con los Gálvez.

—Ahí te doy la razón, José. Lo que haga el chico no depende nada más que de él. Bueno, Juana, cuando quieras o te sientas dispuesta, no tienes más que decírmelo. Y te pones la ropa que te parezca más apropiada. Y si no te gusta,

ya compraremos algo.

—Usted perdone la intromisión —
interviene el padre—, pero viendo esta
casa no me entra en la cabeza por qué se
dedica usted a trabajar en un periódico.

—Que no quiero que me habléis de
usted... Bueno, iremos poco a poco.
Pues es muy fácil, José: solo tengo un
hermano. Mi padre tenía más fincas y
más casas de las que parece razonable.
Recuerdo que, siendo pequeño, siempre
me impresionó la gran diferencia entre
el trabajo y las fatigas que tenían que
pasar los hombres en el campo para
ganarse cuatro reales y el bienestar que
gozábamos nosotros. Nunca me sedujo
la idea de continuar la ocupación de mi
padre como propietario agrícola. Ni a

mi hermano tampoco. Cuando mis padres fallecieron, lo vendimos todo. Menos esta casa y otra que está cerca de Jerez que se la quedó mi hermano. Con el dinero que obtuvimos tenemos ambos suficiente como para vivir cuatro vidas sin preocupaciones. Mi hermano lleva varios años de viaje por esos mundos de Dios. Es lo que siempre quiso hacer.

—Entonces, es lo que yo digo: ¿para qué trabaja? —se admira el padre.

—Porque siempre he pensado que el hombre tiene el derecho y el deber de trabajar. Y porque tengo que dar ejemplo a mi hijo.

—Es usted una persona asombrosa.

—No te creas, tengo mis cosillas.

Como cualquiera. Pero estoy muy satisfecho con mis convicciones. Os he hablado de mi hijo. Creo que ya va siendo hora de que lo conozcáis.

Suben por una estrecha escalera a una tercera planta. Hay una terraza amplia y algunas habitaciones a la derecha. En ellas se oye a un niño reír. Francisco llama. Salen una señora muy bien vestida y un chico cuyo rostro recuerda a su padre. La señora saluda.

—Buenos días, Francisco. Aquí estábamos jugando. Hoy Paquito se ha portado estupendamente. Como siempre. Bueno —sonríe afablemente—, como casi siempre.

—Cecilia, le presento a los Raposo.

—Mucho gusto en conocerles

—Igualmente —responden los tres

casi al unísono—. Mucho gusto.

—Cecilia se encarga de la educación de Paquito.

Los Raposo están admirados y se les nota: jamás se hubieran podido imaginar que una «criada» pudiera vestir así, como una señora.

—Y ahora, Paquito, les vas a dar un beso a estos señores. Este señor es José padre. Este José hijo. Y esta señora es Juana.

Cuando Juana oye la palabra «señora» se ruboriza. «Este hombre debe estar loco. ¿Cómo se le ocurre decirle al niño que yo soy una señora. ¡Y con las ropas que llevo!».

Paquito da un beso al padre y al hijo. Pero, cuando se acerca a Juana, la mira un rato y la abraza con ternura.

BIEN ESTÁ LO QUE BIEN ACABA

A mediados de enero de 1887, José se encuentra junto con Francisco y Pablo en la estación de ferrocarril de Jerez. Llevan más de una hora esperando.

—Ya no puede tardar mucho más.

—Nunca se sabe...

—Mira, parece que ya llega...

—Poco después, entre humos y ruidos, Luis del Corral desciende del negro vagón, portando una maleta de más que medianas dimensiones.

—¡Buenos días, señores! Mejor ya, buenas tardes. Me alegro mucho de veros.

Francisco y Pablo abrazan efusivamente al recién llegado.

—¿Qué tal el viaje?

—Como bien sabes, Francisco, todavía no ha llegado el futuro tan halagüeño que auguras. Así que me ahorro decirlos cómo ha sido el viaje.

—Luis, aquí tenemos a nuestro amigo José Raposo. José, este señor es don Luis del Corral, magistrado de la Audiencia de Málaga. Gran parte de tu

libertad se la debes a sus gestiones.

José se muestra un tanto abrumado y cohibido.

—Buenas tardes señor. Se lo agradezco. Mucho gusto.

—Es un placer conocerle, José. Como estos señores le consideran su amigo, usted ya lo es mío. Ya sabe que he venido a ayudarle a arreglar el asunto de su hermana y el hijo que le quitaron. Tenga usted toda la seguridad de que la cuestión se va a resolver satisfactoriamente.

Hace años, José Raposo no se habría enterado muy bien de los razonamientos del magistrado; ahora es distinto.

—No sé cómo les podré pagar

todo lo que usted y estos dos amigos han hecho y están haciendo por mí.

—Mire, la satisfacción de hacer justicia es algo que ya está pagado por sí mismo. Así que no se preocupe.

—Lo primero que vamos a hacer es ir a mi casa para que descargues las cosas y te asees —interviene Francisco—. Luego nos vamos a ir a comer y a preparar todo lo necesario para aclarar el tema con los Gálvez lo antes posible. ¿Os parece?

Nuestros cuatro amigos están tomando café tras la comida.

—Hay una cosa que me parece

muy importante. Se trata de encontrar el lugar más adecuado para hablar con Jesús Gálvez.

—Muy cierto, Luis —confirma Francisco—. En mi opinión, no deberíamos hacerlo en su casa. Sería muy difícil enfrentar a José y Jesús en el lugar donde ocurrió el...

—Yo no podría entrar allí —reconoce José—. La verdad es que me costaría muchísimo ponerme delante de don Jesús, sea donde sea. Estoy casi seguro de que él tiene la mayor responsabilidad en lo del robo del niño de mi Juanita. Pero yo maté a sus hermanos y a su padre. Ahora me duele más que nunca haberlo hecho. No me siento capaz de ponerme delante de un

Gálvez.

—Nadie te va a obligar, José —apunta Pablo—. Además, tal vez sea mejor que, al menos al principio, no estés presente.

—Desde luego —decide Luis—, hay que descartar la casa de los Gálvez. Además, sería, en cierto modo, como jugar en el terreno del «enemigo».

—¿Y en algún despacho del periódico? —inquire Pablo.

—No me termina de convencer la idea. No descarto que, después de todo esto, publiquemos varios artículos sobre el caso —responde Francisco—. Al fin y al cabo, para eso debe estar la prensa: para denunciar casos e informar, quiero decir. Pero tampoco me parece

conveniente que el periódico se convierta en el centro de todo. No sé si me explico...

—Llevas razón. No. En *El Guadalete* no puede ser.

—¿Y en mi casa o en la tuya, Pablo?...

—Yo no veo inconveniente — responde este.

—Me parece una buena idea — valora Luis.

—Creo que la mejor opción es mi casa —decide Francisco— Allí está Juana ahora. Si es necesario, podemos llamarla en su momento.

—Me parece muy bien — confirma, Luis—. A Gálvez habrá que ofrecerle que venga acompañado de su

esposa o de quien él crea oportuno. Como si desea que le acompañe algún experto en leyes...

—Él es abogado. Pero, efectivamente, hay que darle la oportunidad de defenderse.

—Yo me pregunto —interviene José— si no es suficiente con denunciar el robo...

—No, porque queremos que los Gálvez reconozcan que el hijo de tu hermana es hijo de uno de los dos que tú...

—¿Y eso qué importa? Lo que hace falta es que paguen por la fechoría que le hicieron a mi hermana, como yo pagué por la mía.

—Sí que importa —asevera Luis

— El chico es el único heredero de los Gálvez y debe conservar ese derecho. Si Jesús Gálvez reconoce que uno de sus hermanos es el padre, el joven recibirá su herencia cuando llegue el momento. A cambio, ellos conseguirán que su condena sea menos rigurosa, pues no es lo mismo raptar un niño cualquiera que hacerlo con tu sobrino...

—Eso, si tú estás de acuerdo, José...

—Ya entiendo. No tengo derecho a despojar al chico de su herencia. Y tampoco me importa demasiado que los Gálvez paguen más o menos tiempo de prisión. De sobras sé lo duro que es. Lo que sí quiero es que reconozcan que no hicieron bien y que mi hermana recupere

a su hijo, o al menos, el derecho a que la consideren su madre.

—Entonces, parece que estamos de acuerdo en cómo hacerlo —apunta el magistrado—. Primero iremos nosotros tres —dice mientras señala con el dedo a Francisco y Pablo— a visitar a Jesús Gálvez. Y después ya veremos. En principio, no me parece adecuado meter a las mujeres en todo esto. Creo que entre hombres nos entenderemos mejor.

—¡Ay, Luis! —se queja Francisco — Ya surgieron los prejuicios conservadores. Yo pienso que, si quieren decir algo, las mujeres tienen tanto derecho como los hombres a estar en la reunión. Inés tiene derecho a defenderse y Juana a opinar y a declarar

sobre lo que sucedió.

—A ver, Francisco, ¿has visto tal vez a alguna mujer abogada? ¿Hay alguna señora trabajando como periodista en tu periódico o en cualquier otro? Pues no creo que haya dudas de que hay cosas de mujeres y cosas de hombres.

—Amigo Luis, tú vas a tener suerte y no lo verás. Así se evitarás disgustos. Pero estoy seguro de que llegará el día en que haya mujeres abogados y periodistas. Y desarrollando cualquier profesión. Es cuestión de tiempo.

—Bueno, por ahora lo dejamos en lo que dije antes. Lo primero es que vayamos a casa de don Jesús; luego ya decidiremos si van Inés y Juana.

—De acuerdo. Mañana mismo nos pasamos por el cortijo de los Gálvez.

—Buenos días. Ustedes dirán.

—Somos don Luis del Corral, don Pablo Gutiérrez y don Francisco Montes —comunica el último, circunspecto—. Necesitamos hablar de necesidad con don Jesús Gálvez. Aquí tiene nuestras tarjetas de presentación.

—Esperen un momento los señores. Voy a ver si don Jesús está disponible.

—Dígale que es muy importante.

Los tres esperan de pie en el recibidor. Al cabo de poco tiempo,

aparece Jesús.

—Buenos días señores. No tengo el gusto...

—Caballero, yo soy don Luis del Corral, magistrado de la Audiencia Provincial de Málaga.

A Jesús le recorre un escalofrío de arriba abajo. ¿No será que en Málaga se ha sabido algo nuevo sobre el maldito Publio Cano y le van a buscar las cosquillas?

—Estos señores son don Francisco Montes y don Pablo Gutiérrez, redactores de *El Guadalete*. Don Francisco, además, es abogado.

Un magistrado y dos periodistas... Y uno de ellos abogado... Todo esto y la extrema seriedad de los tres le dice a

Jesús que se avecina algún problema.

—¿A qué se debe su visita, señores?

—Verá usted, no me voy a andar con rodeos. Se trata de un tema muy grave. Quizá, don Francisco se lo pueda resumir.

—Se lo voy a decir sin ambages ni circunloquios: tenemos pruebas concluyentes de que su hijo, Antonio Javier, fue raptado. Y sabemos a quién se lo robaron ustedes.

Jesús mira para todos lados esperando que la tierra se lo trague. Pero no. De repente, se le ocurre que no tienen nada con qué acusarle. «Todo es un farol —medita—. El maldito Raposo ha mandado a estos tres para echarme un

órdago a la cara. A mí no me engaña ese pordiosero asesino. ¡De eso nada!».

—Eso me parece una afirmación muy aventurada por su parte. Si tienen pruebas, ¿por qué no lo han denunciado?

—Porque hemos creído mejor llegar a un acuerdo con usted —le replica Luis— antes de denunciarles. Pero no tenga usted ninguna duda de que, con acuerdo o sin acuerdo, denunciaremos a su esposa y a usted por autores y a su madre por cómplice o encubridora. ¡No le quepa la menor duda!

—Me parece, señores, que se están propasando con sus afirmaciones. ¡Mi esposa y yo autores de un delito! ¡Qué desfachatez! No obstante, ya que

hablan ustedes de llegar a un acuerdo, les exijo que me expliquen ahora mismo a qué se refieren.

—Ahora no es el momento. Es algo que tenemos que discutir detenidamente. Solo se lo repetiré una vez. Tenemos pruebas concluyentes de lo que acabamos de afirmar y le ofrecemos un trato. Si está de acuerdo, podemos tener una reunión mañana a las nueve de la mañana en casa de don Francisco Montes. En la tarjeta tiene la dirección. Puede usted traer a quien considere conveniente, sea un asesor legal o las personas de su familia que desee o considere necesario traer. Le advierto que José y Juana Raposo están residiendo provisionalmente en casa del

señor Montes y, si lo consideran conveniente, tienen derecho a intervenir.

—¿Ese criminal delante de mí? ¡Ni muerto! ¡Todo esto es un atropello!

—No. Atropello fue que ustedes raptasen al chico. Esto es una oferta; una oferta generosa. Mañana a las nueve de la mañana le esperamos. Si usted no se persona a esa hora, tenga por seguro que les denunciaremos inmediatamente a los tres. A su madre, a su esposa y a usted. ¡A los tres!

—Caballeros, pienso que...

—No tenemos nada más que hablar. Ya le hemos dicho con toda claridad lo que veníamos a comunicarle. ¡Buenos días!

Nada más salir Luis, Pablo y

Francisco, Jesús, blanco como la pared, se sirve una copa de brandy y se pone a meditar en todo lo que se viene encima.

Al cabo de media hora, algo más sereno, llama a la criada con una campanilla.

—¿Señor?

—Haga usted el favor de comunicar a doña Ernestina y a doña Inés que deseo que vengan al recibidor. Si doña Ernestina estuviera indispuesta, me avisa y las veo yo en su dormitorio.

—Sí señor.

En un minuto, está Inés hablando con su marido.

—Jesús, ¿qué sucede? Me ha dicho la criada que dos hombres han estado para verte por algo urgente.

—Eran tres. ¿Mi madre, podrá venir?

—La está ayudando la criada a levantarse y arreglarse un poco. Ahora viene.

Inés espera inquieta mientras Jesús continua sirviéndose brandy. Al cabo de una media hora, aparece Ernestina. Está torpe, ojerosa y algo temblona. La edad.

—¿Cómo se encuentra hoy, madre?

—Como siempre, hijo: hecha polvo —contesta Ernestina lastimeramente mientras la criada la ayuda a sentarse.

Jesús pone a las dos al corriente de lo que acaba de ocurrir.

—¡Dios mío! —se lamenta Inés—. ¿Cómo es posible que salga esto a la luz

ahora, después de tantos años?

—Supongo que es cosa del asesino de mis hermanos y mi padre. Su hermana le habrá contado lo del niño y se ha buscado a tres impresentables para hacerle el trabajo. Parece mentira que haya gente de nuestra clase que se dedique a defender a jornaleros asesinos en vez de estar apoyando a la gente de bien como nosotros.

—Hijo mío, yo no me creo nada de lo que te han dicho esos señores. O lo que sean. Si Raposo los ha mandado aquí, es porque quiere asustarnos y presionarnos. ¿Qué pruebas ni que gaitas van a tener?

—Pues eso mismo he pensado, yo madre. Pero parecen estar muy seguros.

Dicen que, si no voy mañana a la casa de uno de ellos, nos denuncian y que tienen pruebas de todo. Yo creo que es un farol. Podemos arriesgarnos y no hacer nada...

—Jesús, creo que no has caído en la cuenta de que hay dos testigos de aquello —recuerda Inés—: el cochero y la criada que vinieron con nosotros a la choza de los Gálvez.

—Ahora pienso que no debimos haberlos echado del servicio —comenta Ernestina.

—A ver, suponiendo que estos impresentables hayan contactado con ellos, ¿quién va a creer a un cochero y a una criada? No hay más que decir que deben haber sido pagados para que

mientan.

—¡Es verdad, hijo!

—Además, si tienen testigos, nosotros también podemos tener los nuestros —dice Jesús—. Con dinero tendremos a quien jure lo que más nos convenga.

—¡No tienen nada, hijo! Incluso podríamos buscar a la criadita aquella y a Juan, el cochero y pagarles para que tengan el pico bien cerrado o para que hablen lo que nosotros les digamos.

—Todo esto me escama mucho —duda Inés—. Si estos señores no tuvieran pruebas no vendrían aquí con amenazas.

—¡Un farol, Inés! Se nota que no juegas a las cartas... ¿Sabéis que os

digo? Voy a ir mañana y veré qué quieren. Si me hubieran dado más tiempo, habría encontrado a la chica y a Juan. De todas formas, en el caso remoto de que nos denuncien, ya los encontraríamos y los usaríamos a nuestro favor en el juicio. O a otros testigos que desmonten todas sus patrañas. ¡Les voy a cantar las cuarenta a esos! ¡No saben con quién se las están jugando!

—¿Dices que vas a ir? Querrás decir que vamos a ir, hijo. Yo eso no me lo pierdo. Además, de sobra sé que, para ciertas cosas, no te puedo dejar solo.

—Madre, usted no está en condiciones...

—¡Está decidido! ¡No me lleves la contraria!

—Madre, en la casa donde voy a encontrarme con esos está el asesino de mis hermanos. No creo conveniente que usted...

—¡Te he dicho que voy a ir! ¡Y no se hable más!

—¿Y tú, Inés? —pregunta Jesús—. ¿Quieres venir? No puedo negarte el derecho a defenderte, pero tampoco te puedo obligar a que vengas. Yo, la verdad, preferiría que no lo hicieras.

—No, no. No puedo ir. No puedo...

—¡Cómo que no puedes! ¿Fuiste capaz de acompañar a Jesús a recoger a tu hijo —las dos últimas palabras las expresa Ernestina lentamente, con

énfasis— y no vas a dar la cara ahora y luchar por él?

—¡No puedo! Es que llevan razón, Jesús. Tú le quitaste al niño. Y el cochero y tú le propinasteis una paliza al abuelo de la criatura. De mi Antonio Javier...

—¿Ahora me vienes con esas, Inés? ¿Cuándo me has reprochado hasta ahora lo que hice aquel día?

—Bueno, ya veremos —duda Ernestina—. Y a Antonio Javier hay que contárselo todo. De la forma que más nos convenga. Si es un Gálvez como tiene que ser, también vendrá con nosotros a desenmascarar a esos sinvergüenzas. Ya tiene dieciséis años y es todo un hombre.

Al día siguiente, a la hora convenida, están los cuatro Gálvez en la entrada de la casa de Francisco Montes.

—Pasen ustedes. ¿Las señoras y el joven estarán presentes?

—De momento mi esposa y mi hijo esperarán donde usted les indique — responde Jesús, alterado y serio—. Luego veremos qué se hace. Mi madre, doña Ernestina va a estar conmigo.

—Muy bien don Jesús. Señora, no se inquiete. Por el momento, solo estaremos los tres que fuimos a hablar con su hijo hace tres días.

—¡No me inquieto en absoluto! —

grita con fuerza Ernestina, a pesar de su ostensible debilidad física—. ¡No tengo ningún problema en verme cara a cara con ese asesino y decirle lo que pienso de él!

—Señora le advierto...

—¿Usted le advierte a mi madre?

—interrumpe Jesús muy alterado—. ¡Qué desfachatez!

—Sí, don Jesús —replica Francisco—. Y déjeme terminar. Le advierto a su señora madre, y también a usted, que si en mi casa dan una sola voz más, les pongo de patitas en la calle y nos vamos a formalizar la denuncia. Aquí estamos para llegar a un acuerdo con ustedes. Y cuando sepan todo lo que sabemos nosotros ya se les bajarán esos

humos.

—¡Eso lo veremos! —replica Jesús con inusitada firmeza—. Vamos ya a donde haya que ir y vamos a aclarar las cosas de una vez.

Se sientan en un salón grande, alrededor de una mesa.

—Les ruego me perdonen, pero no tengo criados. Si desean algo, me lo dicen ahora. Luego no convendrá ninguna interrupción. Aquí tienen agua y vasos a su disposición.

—Empiece ya de una vez, que esto está tardando y tenemos cosas que hacer —replica Jesús con sequedad.

—De acuerdo. Esperen un momento. Voy a acompañar a su esposa y al chico a un lugar cercano donde

puedan esperar.

En una habitación diferente, con Paquito y la institutriz, están Juana y su padre. Les acompañan el doctor Felipe Agudo y Luisa, la criada que lo presencié todo.

—Comencemos —dice el magistrado una vez ha regresado Francisco—. Como ya le expresamos ayer, don Jesús, tenemos pruebas concluyentes de que Antonio Javier, supuestamente hijo de usted, fue raptado de los brazos de su madre, que no es otra que Juana Raposo. Se trata de un delito muy grave. Usted sabe bien de lo que hablo...

—¿Y de qué pruebas concluyentes hablan ustedes, si se puede saber? —

pregunta Jesús entre risueño y despectivo.

—En primer lugar, tenemos el testimonio de una criada...

—Me extraña mucho. Porque nadie ha robado a ningún niño... Ahora bien, testimonios falsos no dudo que puedan tener ustedes.

—La criada está aquí y dirá lo que sabe como testigo —indica el magistrado haciendo caso omiso a las palabras de Jesús y haciendo una seña a Francisco.

Este sale y vuelve con Luisa, que trata aplacar su nerviosismo frotándose las manos.

—Tranquila, mujer... Siéntese.

Luisa mira de reojo a Luis que,

furioso, parece a punto de echársele encima y atacarla.

—Prefiero quedarme de pie.

—Bien, será solo un momento.

Diga usted lo que sabe del rapto.

—Fue en abril del año setenta y uno. El día doce. Lo recuerdo perfectamente porque justo dos días después, el catorce, el niño se bautizó.

—¿Y qué pasó ese día, Luisa? Tranquilícese. Solo tiene que decir la verdad.

—Ya estoy un poco más tranquila. Si no les importa, me siento. Pues pasó que yo acompañé al señor don Jesús y a la señora doña Inés a una choza en Alcubilla y se llevaron de allí a un niño. A don Antonio Javier.

—¡Se habrá visto mentirosa y desagradecida! —la increpa Ernestina al mismo tiempo que grita Jesús:

—¿Y cómo demuestras tú que eso es verdad? ¿Cuánto te han pagado estos?

—Digan lo que quieran libremente. Pero no alcen la voz. ¡Se lo advierto por última vez!

—A mí no me ha pagado nadie, don Jesús. Bueno, ahora que lo pienso, ustedes sí me dieron una buena propina cuando me echaron de la casa. Y me dijeron que los criados tenemos la obligación de callar los secretillos caseros. Que esa obligación está incluida en el trabajo.

—¡Cómo te atreves, desagradecida! —le recrimina Jesús—.

También tendrás que demostrar eso.

—Yo solo estoy diciendo la verdad...

—Luisa —pregunta el magistrado —, ahora, al cabo de estos años, ¿piensa usted que el niño se lo llevaron a la fuerza o fue más bien que se lo entregaron? Piénselo bien. Aunque estos señores parecen dudarle, yo pretendo ser lo más justo posible.

—A la fuerza, señor. Estoy segura. Don Jesús salió con el niño en brazos y la chica de dentro, la madre, gritaba como una loca. Cuando el abuelo salió corriendo para recuperar al niño, el cochero le pegó bien fuerte en el estómago con el mango de una fusta. Luego, don Jesús empezó a dar patadas

al anciano. Un buen rato. Doña Inés le pidió que parase porque lo iba a matar si seguía.

—¡Se habrá visto mala pécora!
¡Decir que mi hijo y mi nuera se llevaron a un niño a la fuerza!

—¡¡Señora, cállese!! —corta Luis
— Me da la impresión de que usted no es consciente de lo cerca de entrar en prisión que están todos ustedes.

—¿Ah sí? —ironiza Jesús—. Pues con estas pruebas «concluyentes», me parece que el que no se da cuenta de nada es usted. ¿Desde cuándo vale ante un tribunal de justicia más la palabra de una criada que la de una familia de bien? ¿Y dice usted que es magistrado?

—Lo que no me explico es que,

siendo usted abogado, no sepa que la justicia debe ser igual para todos. Creo que ya hemos hecho pasar bastante mal rato a esta chica —continúa, impertérrito, el magistrado—, a la cual tenemos que agradecer su sinceridad. Yo pienso que lo mejor es llamar al siguiente testigo y aclararlo todo de una vez. Así conseguiremos que estos señores entren en razón y se den cuenta de dónde están metidos.

Cuando Francisco regresa con Felipe Agudo, los Gálvez intercambian miradas inquietas.

—Pero usted...

—Sí, yo. Tengo la prueba concluyente. Y le aseguro, don Jesús, que a mí sí me va a creer cualquier

tribunal.

—Cuenta lo que sabe, don Felipe.

—Lo voy a decir brevemente: sin ningún lugar a dudas, el hijo que tuvo de Juana Raposo hace dieciséis años y Antonio Javier son la misma persona.

—¿Cómo es posible que usted pueda estar seguro de eso? —murmura Ernestina.

—Pues lo estoy porque yo asistí al hijo de Juana Raposo una semana antes de que apareciera en su casa. Luego, ustedes me llamaron para que hiciera un reconocimiento médico a su supuesto hijo ¡Y puedo jurar ante quien sea necesario que se trataba del mismo niño!

—Suponiendo que fuera el mismo niño —reacciona Jesús a duras penas—,

eso no prueba que fuera arrebatado a la fuerza.

—Pues digan ustedes cómo sucedió —invita el magistrado.

—Jesús explícales tú... que para eso eres abogado...

—¿Yo? Sí..., claro. Verán, reconozco que mi esposa y yo fuimos a la choza de los Raposo y nos llevamos al niño. Al fin y al cabo es un Gálvez... Pero todo fue producto de un acuerdo. Mi señora convenció a Juana y a su padre de que era lo mejor que se podía hacer, y ella se lo entregó voluntariamente.

—Mire, don Jesús —puntualiza el magistrado—, de momento, tenemos una testigo que asegura que se lo llevaron

contra la voluntad de Juana Raposo y su padre. Corrijo: tenemos dos, ¿no es así Pablo?

—Cierto. Hemos localizado al cochero. Está dispuesto a declarar en un juicio. No ha venido, pero contamos con él.

—Luego, están la madre y el abuelo, que también declararán que el niño fue robado y que usted maltrató de obra al anciano. Son ya cuatro testigos.

—Lo concedo —afirma Jesús—: ustedes tienen pruebas de que Antonio Javier es hijo de Juana. Eso no se lo puedo negar. Pero, sobre su pretensión de que fue raptado y de que yo forcé o maltraté a los Raposo no creo que se pueda decir que las tienen todas

consigo. Aquí los únicos maltratados somos nosotros. Tres difuntos tenemos. ¿Cuántos tienen estos?

—Creo que sería importante que doña Inés confirmara su versión, ¿no le parece?

—Me niego a que le hagan pasar por este mal rato. No se merece ese trato.

Mire, don Jesús —explica el magistrado con suavidad—: cuando se dé el caso de un juicio de verdad, eso será lo que ocurra después de que declaren los cuatro testigos. Llamarán a declarar tanto a su señora como a Juana. Y entonces no se podrá negar usted a que su señora declare. ¿No es mejor que lo haga ahora y tal vez le evitemos que

tenga que declarar en un juicio tan oneroso como el que se les viene encima? Le doy mi palabra de que la trataremos con la máxima consideración.

—Le preguntaré. Si ella quiere, que declare aquí; si no desea hacerlo, no la voy a obligar.

—Pues si su esposa no declara, tenga usted por seguro que ahora mismo nos vamos a formalizar la denuncia y se termina esto. Perderán la ocasión de disfrutar del trato que le pensábamos ofrecer.

Francisco, para impedir que Jesús hable a solas con su esposa, le acompaña. Vuelven con Inés al salón. El médico se ha quedado.

—Señora, tenemos pruebas de que

su pretendido hijo no es suyo realmente, sino de Juana Raposo. Nosotros sostenemos que ustedes se lo arrebataron a la fuerza. ¿Qué tiene usted que decir al respecto?

—Lo único que les puedo decir es que no pueden tener pruebas de algo que no es cierto.

—Hija —le replica Ernestina abatida—, sí que las tienen. Di la verdad.

—Pero es mi hijo... Lo he criado yo... Y está registrado y bautizado por nosotros.

—Ese es otro asunto del que tenemos que hablar, señora —interviene Francisco—. Tengo en mi poder dos certificados de bautismo. Uno de José

Raposo, hijo de padre desconocido, fechado el ocho de enero del año ochenta y uno, y otro de Antonio Javier Gálvez Sánchez, con fecha diecisiete de abril del mismo año. Dado que es indiscutible y podemos demostrar ante un Juez que ambas personas son la misma, está más que claro que el bautismo, como el registro parroquial de su pretendido hijo, no es válido, puesto que el otro fue anterior. El joven que hasta ahora ha constado como su hijo se llama José Raposo, hijo de padre desconocido.

Inés llora desconsoladamente.

—Pero es mi hijo...

—Señora —argumenta Pablo—, con toda seguridad usted lo ha tratado

como la mejor de las madres. Pero fue injusto arrebatárselo a su verdadera madre. Su esposo y su suegra ya saben que tenemos pruebas definitivas de que el chico es hijo de Juana.

—Fue para darle una vida mejor. Es un Gálvez...

—Pues, oficialmente, es un Raposo —le contradice Francisco—. El registro es claro al respecto. No tenían ustedes derecho a arrebatárselo a su madre.

—¿Y qué quiere usted que hiciera yo? Mi marido me convenció. Él es su tío... Mi suegra es su abuela... Y yo no podía..., no puedo, tener hijos. Se hizo lo que se tenía que hacer...

—Pero usted participó y ayudó a

raptar a un niño de los brazos de su verdadera madre.

—¿Qué podía hacer yo? —se defiende Inés con rabia—. ¿Quién se va a creer que una madre va a dar a su hijo de buen grado? Yo no pretendía forzar nada. Entré en la choza e intenté llegar a un acuerdo con Juana, pero ella se aferraba al niño. No entendía que le condenaba a una mala vida. Mi marido tuvo que entrar y llevárselo a la fuerza. Se lo tuvo que arrancar de los brazos. El padre salió corriendo para recuperarlo. Yo no tengo la culpa de que el cochero y mi marido...

—No me diga más, señora. Entiendo su sufrimiento. Aquí, ante varios testigos, con sus palabras, queda

todo aclarado. El niño fue raptado. Y se hizo uso de la fuerza. No cabe duda — concluye el magistrado.

—Pero yo no he dicho...

—Sí, Inés, has dicho lo suficiente. Como abogado te digo que estos señores tienen razón. Como esposo, lamento todo esto.

—Ahora lo veo claro, Jesús. A ti te cegó la idea de que yo no podía darte un hijo. Y a mí también, lo reconozco. Pero no debiste llevártelo a la fuerza. ¡No debiste! Al final, todo esto nos va a hundir. ¡Yo soy culpable de haberme quedado con el niño; pero tú fuiste quien lo raptó y maltrató a su abuelo!

—Hija, cómo te atreves... — replica Ernestina sin convicción.

—¡Mira madre, cállate de una vez! Voy a decir toda la verdad. Nunca podré perdonar a José Raposo la muerte de mis hermanos y mi padre. Yo quería quitarles al niño y tú, madre, fuiste la que me dio la idea. Y, encima, actuaste ante Inés como si no tuvieras nada que ver, y yo lo acepté. Los dos queríamos que los Raposo supieran lo que es perder a un ser querido. Y, sí, al abuelo le di una buena paliza. Y se la volvería a dar. ¿No mataron ellos a mi padre y a mis hermanos?

—Pero lo que hicieron tus hermanos a Juana Raposo no tiene nombre, Jesús. Y lo que hemos hecho nosotros, con el niño tampoco —replica Inés.

—¡Pues bien que te callaste y aceptaste todo entonces! ¡Se nota que no era a tu padre y a tus hermanos a los que mataron los Raposo!

—Señores, hemos llegado al punto al que queríamos llegar. ¿Recuerda usted que le hablamos de concretar un acuerdo?

—Sí... —confirma Jesús
repentinamente abatido.

Ernestina parece ensimismada; Inés llora en silencio.

—Pues le explico: Usted sabe que no es lo mismo, desde el punto de vista penal, raptar a un niño desconocido que llevarse a un niño que es familiar. Por ejemplo, a un sobrino y nieto.

—Supongo que, por este motivo, la

justicia será más benévola. Aunque nos caerá una condena, al menos será menos dura.

—¡Exacto! Pero hay un problema. El niño fue bautizado y registrado por su verdadera madre antes de que ustedes lo hicieran. Y, como usted sabe muy bien, el registro que hicieron ustedes en la parroquia, habiendo otro anterior, no es válido. Cuando la justicia determine que Antonio Javier es realmente José Raposo, usted y su esposa habrán raptado, oficialmente, a un niño de otra familia.

—Ya veo...

—La única forma de arreglar esto, en parte, y este es el acuerdo al que queríamos llegar, es que usted, don

Jesús, reconozca previamente a Antonio Javier, es decir a José Raposo, como hijo de uno de sus hermanos fallecidos. De esa manera, habrá que rectificar el registro inicial, el chico pasará legalmente, a llamarse José Gálvez Raposo y, en ese caso, la condena será mucho más leve.

—Me parece justo. En realidad, nosotros nos llevamos al niño sabiendo que, sin lugar a dudas, era un Gálvez.

—Así se hace justicia a todos — determina el magistrado—: ustedes tienen la condena que corresponde a llevarse a un familiar, mucho más leve que la otra, y Juana obtiene el reconocimiento de maternidad que le corresponde. Luego, el chico decidirá.

Nadie niega que doña Inés lo habrá cuidado como si fuera su madre. Y el chico tendrá sus afectos, sobre los que no manda nadie.

—Estoy de acuerdo. Lo reconoceré ante notario como hijo de mi hermano Javier, puesto que era el mayor de los dos.

—Yo creo... —comienza Ernestina débilmente.

—¡Tú te callas, madre!

—Asunto zanjado —dictamina el magistrado—. Además de don Francisco y don Pablo, don Benito se mostrará dispuesto, sin duda, a corroborar lo que se ha acordado, en caso necesario.

—¡Por supuesto que lo haré!

—Creo que queda una cosa por

hacer —opina Francisco— La madre, es decir, Juana Raposo, debería confirmar si está de acuerdo con este trato. Y su hermano y padre, es decir, el tío y abuelo del joven, tienen derecho a dar su opinión.

—No me niego a lo primero. Ni a que venga el abuelo. Pero al hombre que mató a mis hermanos no puedo aceptar verlo cara a cara. Es superior a mis fuerzas.

—Lo entiendo. Avisaré a Juana y a su padre.

Cuando Juana entra, se hace un silencio denso, expectante. Inés baja la cabeza avergonzada; su suegra está más ensimismada aún que antes. Juana lleva un traje azul oscuro, y el pelo recogido.

Parece una persona distinta a la que vivía en la choza de Alcubilla. Cualquiera podría confundirla con una señora sencilla y humilde, pero de más posición de la que tiene.

—Juana —comienza el magistrado—, hemos llegado a un acuerdo. Denunciaremos a estos señores. Antes de hacerlo, don Jesús reconocerá que tu hijo es un Gálvez y que su padre es Javier, el mayor. De esa forma, tendrán una condena poco severa y tú serás, legalmente, la madre del joven José Gálvez Raposo. ¿Estás de acuerdo?

—No. No puedo estar de acuerdo. —Jesús Gálvez se sobresalta; Inés sigue llorando con la cabeza baja; Ernestina no está—. Eso no puede ser.

—¿Por qué no, Juana? —inquire Francisco, extrañado e inquieto.

—No puedo aceptar que condenen a estas personas, por poca que sea la pena. Sobre todo a doña Inés. Lo que hicieron no está bien. Me lo arrebataron. Pero yo sé que mi hijo tiene que querer a doña Inés como si fuera su verdadera madre y a don Jesús como a su verdadero padre. No quiero que los condenen porque eso solo serviría para hacer sufrir a mi hijo. Además, ellos también lo han pasado muy mal con la pérdida de sus familiares.

—Juana —asevera el magistrado—, es usted una persona excepcional.

—Sí que lo es. Una gran persona... —confirma Francisco.

—Y usted, don José, ¿tiene algo que decir?

—¿Yo? ¿Y qué voy a decir yo? Si está todo arreglado...

—A usted lo maltrataron de obra cuando se llevaron al niño. Tiene derecho a hablar ahora.

—Mire usted, yo no entiendo de esas cosas. Es verdad que obras no pude volver a hacer ninguna. No me dieron trabajo en Jerez nunca más. Y yo sé que eso fue cosa de los Gálvez. Pero yo lo perdono todo si mi hija está contenta. Porque ya ha sufrido mucho. Todos hemos sufrido. Y sé también que los Gálvez habrán sufrido lo suyo.

—Ya... Pues ahora sabemos — afirma sonriente y benévolo el

magistrado— que no le dejaron trabajar a partir de aquello. Pero yo me refería a la paliza que le dio don Jesús...

—¡Ah, eso! Lo perdono también. Me llevé muchos días encamado y casi sin poderme mover de los dolores. Pero yo entiendo que don Jesús estaba rabioso por lo que hizo mi hijo José. No le culpo. Además, como cristiano que soy, tengo que perdonar ¿no?

—Señores, después de oír a Juana Raposo y a su padre, este es el nuevo trato: usted, don Jesús, reconoce a su sobrino como hijo de su hermano Javier. A cambio, le cuenta todo, absolutamente todo lo que sucedió, sin faltar en nada a la verdad. Como consecuencia de este acuerdo, y a petición expresa de Juana,

ninguno de ustedes será denunciado.
¿De acuerdo, don Jesús?

—Sí...

—¿De acuerdo, Juana? ¿Alguien tiene algo que objetar? ¿Nadie? ¿Doña Inés? —Todos guardan silencio—. Pues, ahora sí, esto está terminado.

En ese momento entra José Raposo.

—No quiero molestar a nadie. Comprendo que ustedes —explica dirigiéndose a los Gálvez— no hayan querido que esté presente. Pero, aunque solo sea un momento, tampoco quiero que esto termine así, sin que yo diga algo...

Jesús se ha levantado de la mesa y busca algo en el interior de su levita.

Con los ojos desorbitados, saca una pequeña pistola de dos cañones, apunta y dispara precipitadamente. La bala pasa a menos de un centímetro del rostro de José y se clava en la pared. Todos gritan mientras Francisco se precipita hacia Jesús. Pero, antes de que llegue a él, este ya ha montado la pistola y está apuntando de nuevo. Francisco se interpone en la trayectoria hacia José, pero este se planta delante de Jesús.

—Dispare si lo desea, don Jesús. Comprendo su rabia. —Jesús, sometido a una gran presión, tiembla ostensiblemente mientras apunta al pecho de José, el cual se ha puesto pálido por primera vez en su vida—. Así comprobará, como lo he hecho yo

después de tantos años en el presidio, que matar es lo último que debe hacer un hombre.

Jesús duda un momento y, a continuación, vuelve el cañón de la pistola hacia su sien derecha.

—¡¡Hijo, por Dios te lo pido. No lo hagas!!

—¡¡Jesús, deja eso, por favor!! — exclama Inés.

Los Raposo, al igual que Francisco, Pablo, el médico y el magistrado, no se atreven ni a pestañear. Pasan unos segundos que parecen siglos. Jesús, finalmente, se derrumba en la silla y apoya la pistola sobre la mesa sin soltarla.

—Don Jesús, entrégueme el arma,

se lo ruego.

Jesús, profundamente abatido, retira la mano y Francisco recoge la pistola.

—Lo que quería decirles es que deseo pedirles perdón de todo corazón —acierta a expresar José, tras un momento de silencio—. Sé que causé un daño irreparable y no voy a buscar excusas. Lo que hice no tiene nombre. Ahora sé que nadie se merece eso. Tenían que haber pagado su crimen, pero no de esa manera. Y su padre, don Jesús, no tuvo culpa de nada. Nunca me perdonaré haberlo matado, aunque sé que, si no lo hubiera hecho, él me habría matado a mí.

Sobre el hijo de mi hermana,

ustedes le hicieron mucho daño a mi Juanita y también a mi padre. Los despreciaron por ser unas personas pobres e indefensas. No tuvieron en cuenta que ella era la madre del niño que le robaron. Todos nos hemos hecho mucho daño. Y yo el que más.

Pero ahora hay una persona que va a pertenecer a las dos familias. No digo que podamos llegar a hablar como si nada hubiera pasado. Y menos conmigo. Lo entiendo. Pero, don Jesús, dígame a su sobrino, que también lo es mío, la verdad de todo lo que ocurrió. Y, al menos, no nos volvamos a hacer daño, por el bien de ese chico. Y respecto a lo de hace un momento, aquí no ha ocurrido nada.

—Nada en absoluto —corrobora
el magistrado.

EPÍLOGO

Un mes después, a mediados de febrero, Francisco Montes llega muy alegre a su casa.

—¡Buenas noticias! Traigo la orden judicial que determina el cambio de apellidos de José. No hay más que ir al registro.

—Francisco —dice Juana—, no sé cómo vamos a poder agradecerte todo

esto.

—Siempre hay maneras, Juana.

—No te comprendo. Si puedo...

—Pienso que sí...

José abuelo y José tío atienden intrigados.

—Di qué quieres y te lo doy, Francisco —afirma José tío.

—Quiero algo de Juana —musita Montes.

—Lo que sea, Francisco —concede ella.

—Pues verás, mi Paquito va a entrar pronto en el colegio. Hasta ahora la institutriz le ha enseñado más de lo que suele saber un niño de su edad. Pero debe relacionarse con otros niños.

—¿Y qué puedo yo hacer con eso?

—Para el curso que viene voy a prescindir de la institutriz. Ya me ha indicado que pretende volver a su tierra. Es del norte. Voy a necesitar una mujer en casa...

Juana se huele lo que se le viene encima y se inquieta ostensiblemente.

—Francisco, eso está muy bien. Siempre va a hacer falta alguien para cuidar al niño...

—Lo que te quiero pedir que me des como pago por mi ayuda es que tú seas ese alguien.

—¡Por Dios! ¿Cómo va a ser eso? Yo soy una mujer sin conocimientos. No puedo enseñarle nada al niño...

—Lo admito, Juana. Pero eso se puede arreglar. Ya me encargaré yo de

que aprendas a leer y a escribir y muchas otras cosas, si tú quieres. Sin embargo, yo no necesito para mi Paquito una mujer con conocimientos. Ya te he dicho que lo voy a llevar a la escuela. Tiene que relacionarse con otros niños. Lo que yo necesito..., quiero decir..., lo que necesita mi Paquito, es una mujer con sentimientos. Y no conozco a ninguna con mejores sentimientos que tú.

Juana mira a Francisco incrédula.

—Además, ya que te despojaron tantos años de ser madre, tú podrías ser como una madre para Paquito. Esto no es una oferta; es un pago que tú me haces, Juana. No te puedes negar...

—Pero yo no puedo dejar solo a mi padre. Está mayor.

—Mujer —replica el anciano—, por eso no te preocupes. Ya me las apañaré. Además, ¿es que no te das cuenta de lo que quiere decir don Francisco?

—¡José, hombre! ¡Deje el «don» tranquilo! Pues sí, Juana. Quiero decir que he visto que eres una gran mujer; que eres una persona generosa, y que en toda tu vida lo único que has hecho es dar amor a los demás. Sí Juana, te prefiero a ti antes que a todas las sabiondas de Jerez juntas. Lo único que te pido por ahora es que te quedes aquí y cuides a mi niño. Luego el tiempo irá diciendo.

—Pero mi padre...

—Tu padre se queda también.

¡Faltaría más! ¿Cómo lo vamos a dejar solo?

—¿De verdad?

—¡Pues claro, mujer! Y José, el nuevo tío, mi amigo, tiene aquí su casa siempre que quiera. Esto es muy grande y somos muy pocos...

—Te lo agradezco, Francisco, pero tengo a alguien esperándome en la venta de Piña. Le dije al padre y a la hija que cuando fuera libre iría a verlos.

—¿Y te piensas quedar?

—Si ellos quieren..., si ella quiere..., sí. Puedo ayudar en la venta. El padre lo agradecerá.

—¡Y la hija también, hombre! —concluye Montes entre risas—. La hija también...

—Mañana me voy para allá. Pero no te preocupes padre, ni tú tampoco Juanita, que no os perderé de vista.

—Juana, no me has contestado. ¿Aceptas?

—De la forma que me lo has pedido y explicado, no puedo decir otra cosa que sí.

Francisco abraza a Juana y le da un sonoro beso en la cara.

—Pues vamos a darle la noticia a Paquito. Seguro le se llevará una gran alegría. Te ha cogido mucho cariño en muy poco tiempo. Y a tu padre también.

José Raposo, el excriminal, el

exprófugo, el hombre libre, cabalga hacia la Barca de la Florida.

—¡Qué jodido, Pepito! ¡Así que eres un hombre libre!

—Así es. ¿Y usted cómo está, Perico?

—Hombre, podría decirte que estoy como un roble, pero te mentiría. Tampoco estoy tan mal. Vamos tirando que no es poco. Mi hijo anda por aquí, hasta que se acabe la primavera. Después tendrá que irse para la sierra con las cabras. Él dice que lo vende todo y se queda conmigo, pero no se lo voy a consentir. Yo me tendré que ir un día y él tiene que seguir aquí y ganarse el pan. Además, me ha hablado de una moza de El Gastor. O se la trae para acá

o terminamos mal.

—Si va para allá, que se pase por la venta de Piña y así me da razón de usted. Seguramente estaré allí.

—¡Qué jodido, Pepito! ¡Qué jodido! ¡Venga un abrazo!

José sigue su camino hasta la venta. Cuando llega, entra y se encuentra a Juan y a María tras la barra. Ella le sonrío con los ojos; Juan los mira atentamente.

—Juan, ¿recuerda?: Cuando salí para la sierra como un zorro perseguido, su hija me ofreció que volviera si llegaba a ser un hombre libre.

—Sí que lo recuerdo, Pepito. Lo recuerdo muy bien. Si eso fue lo que te ofreció María, tendrás que preguntarle si

el ofrecimiento sigue en pie, ¿no?

—María —pregunta José con un ligero temblor en la voz—, ¿sigue en pie la oferta? ¿Quieres que me quede aquí?

María sale de detrás del mostrador y se queda mirando fijamente a los ojos a José. Apenas diez centímetros separan sus rostros. Le coge las dos manos y le contesta:

—¡Sí quiero, Pepito! ¡Sí quiero!

Se acerca el mes de abril. Juana está sentada hablando con Paquito. Desde que se quedó en la casa de Francisco, se ha empeñado en hacer la comida, limpiar la casa de arriba

abajo, jugar con el niño y aprender las primeras letras, que le ha ido enseñando el dueño de la casa. Un día este argumentó que hasta que vino ella la casa había estado muy abandonada y que no podía ser que ella estuviera todo el día trabajando para tenerla en buenas condiciones. No era para eso para lo que le había pedido que se quedase allí. «Hay que contratar a dos personas para que te ayuden. ¡Nada de criadas! Odio esa palabra y ese concepto».

Mientras Juana juega con el niño, llega el padre.

—Juana, hay un chico que quiere hablar contigo. Yo me llevo a Paquito. Supongo que será mejor que estéis solos.

Juana se sobresalta. Se levanta de la silla, se vuelve a sentar, se remueve las manos, se toca el cabello...

—No te preocupes. Todo va a salir bien. Le digo que pase, ¿de acuerdo?

—Sí...

—Buenas tardes señora.

—Buenas tardes...

—Yo soy...

—Sé muy bien quién es usted. Le he visto de lejos algunas veces —acierta a decir Juana con voz temblorosa.

—¿Ah, sí?...

—Me iba a escondidas cerca del cortijo de su familia y miraba cómo montaba usted a caballo y le oía hablar. Tiene usted una voz muy parecida a la de mi hermano.

—Se refiere usted a mi tío...

—José. Sí. Se llama como usted. Y como su abuelo de usted.

—Señora por favor, hábleme de tú...

—Sí, hijo.

—He estado muchos días dudando. Pero me he decidido. Verá, yo quiero a mi tío Jesús y a mi... tía. Como a unos padres. Pero usted es mi madre y no tiene culpa de nada. Ella sí. Me duele decirlo, pero mi... tía fue una egoísta. No debió separarme de usted. Y mi tío igual.

—Hijo —Juana rompe a llorar tiernamente, sin aspavientos, ni quejas —, no he dejado de quererte ni un solo día de mi vida. Pero comprendo que tú

tienes ya tu vida. Eres un Gálvez...

—Señora... Madre... También soy un Raposo. Yo quisiera venir a verla..., a verte, con frecuencia y que me hables de tu familia. De mi familia. Los Raposo. De mi abuelo y mi abuela. Y de mis dos tíos. Yo a mi tío José..., no sé..., son cosas difíciles... Pero, en cierto modo, le entiendo. Le he dado muchas vueltas. Y lo que hizo fue por amor hacia ti, madre.

—Hijo mío, me dices esa palabra y me das la vida.

—¿Cuál? ¿Madre? Pues te la repetiré más veces. Te la diré siempre.

—¡Hijo mío!

—Madre, ¿te puedo dar un beso?

OTROS LIBROS DEL AUTOR PUBLICADOS EN AMAZON

—*Cádiz y el Conflicto religioso durante el Sexenio Democrático.*

Basado en su tesis doctoral.

—*Barricadas y Partidas. Los Voluntarios de la Libertad de Cádiz.*

Breve libro de historia que relata la visión de los miembros del Partido Democrático de Cádiz sobre los inicios de la revolución española de 1868.

—*Indomable. El condenado del Rif.*

Libro (electrónico y en papel) de historia, contado con apariencia de novela, sobre la condena la primera condena a prisión que sufrió Fermín Salvochea Álvarez.

—*Dicen que era yo.*

Los recuerdos que le quedan al autor acerca de un niño que vivió una época muy cercana y, al mismo tiempo muy diferente a la actual.